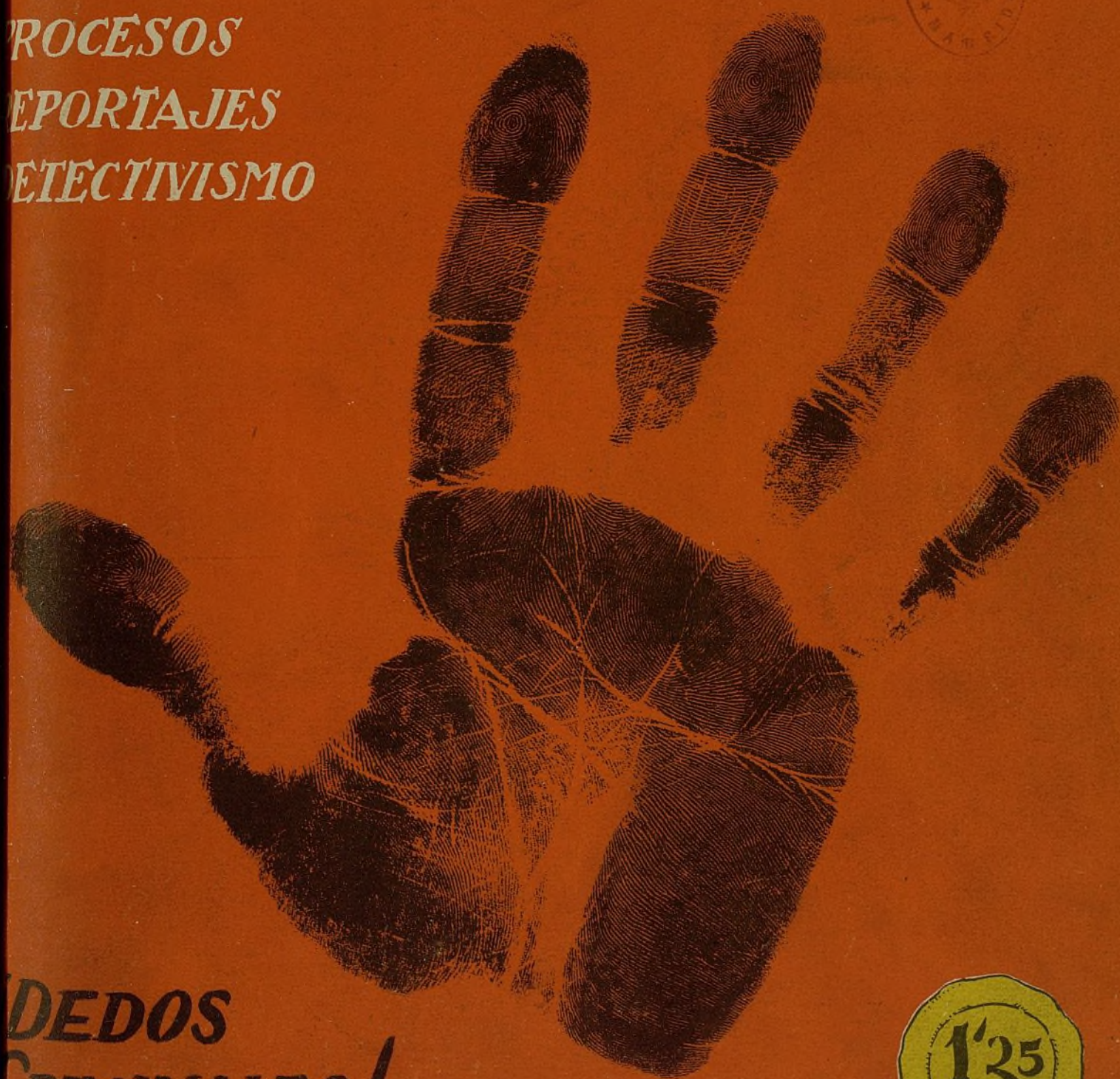


HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES
DE DETECTIVES
PROYECTOR

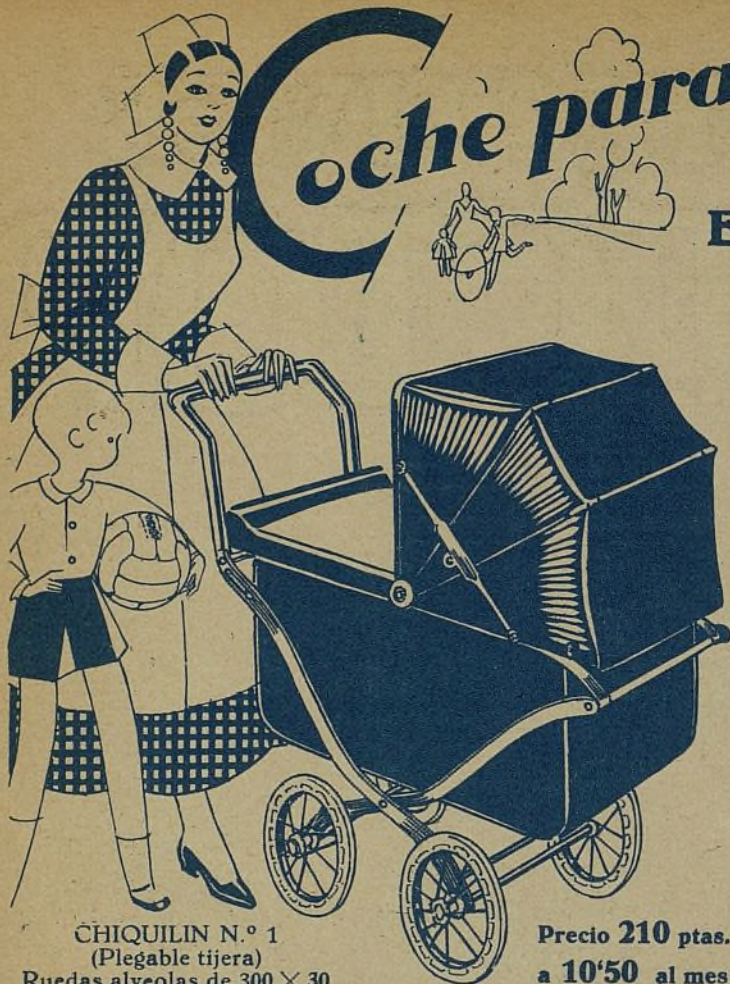
PROCESOS
REPORTAJES
DETECTIVISMO



**DEDOS
CRIMINALES!**
Lea este interesante
reportaje en la página 34

Ayuntamiento de Madrid





Coche para niños *marca* **CHIQUILIN**

**El descanso y la tranquilidad
para la madre**

**El reposo y la salud
para el niño**

¡MADRES! Desde hoy, ya no más tener a vuestros hijos en brazos, en posturas inverosímiles, e incómodas, que provocan su llanto con la consiguiente alteración de vuestros nervios, y al esposo que llega del trabajo ansioso de paz y descanso, le produce desazón encontrarse ante un cuadro tan lamentable, que en muchos casos, ha sido por desgracia, la causa original de discordias matrimoniales!

Además, cuantas enfermedades de los niños, como la desviación de la columna vertebral, provienen de no saber llevarles en brazos, y de obligarles tercamente a ir rígidos, cuando la posición que necesitan es la horizontal.

En el extranjero, el uso del cochecito para niños, no es ni mucho menos, privilegio de la gente adinerada, pues cualquier ciudadano, por modesta que sea su condición social, sabe destinar unos céntimos diarios para ofrecer este desahogo a su mujer y velar por el normal y sano desarrollo de su retoño.

CHIQUILIN N.º 1
(Plegable tijera)

Ruedas alveolas de 300 X 30

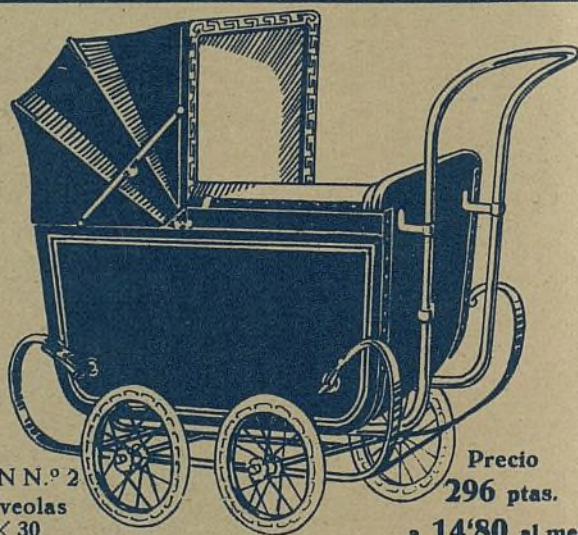
Precio 210 ptas.
a 10'50 al mes

20 meses de crédito

Contrariamente en España han sido hasta hoy, pocos los niños que han tenido la fortuna de ser paseados en cochecito por parques y paseos, provocando un suspiro a la humilde madre que se cruzaba a su paso, pensando que también quisiera AQUELLO para su nene...

Pero desde este instante, ya está este simpático vehículo al alcance de todas las fortunas, pues gracias a nuestra ORGANIZACION (la más perfecta, en su género) hemos logrado poder satisfacer este antiguo deseo de las *madres españolas*, proporcionándoles por 10'50 Ptas. al mes un soberbio cochecito, comodamente estudiado, de *fabricación inglesa*, sólido, esbelto de líneas, de suspensión suave, (acero puro templado) para conseguir la máxima comodidad del niño, y de un acabado tal, que solo una casa como **CREDITO LOINAZ, S. A.** contando con una clientela tan numerosa como selecta, es capaz de vender a estos precios sin competencia.

10'50 al mes



CHIQUILIN N.º 2
Ruedas alveolas
de 300 X 30

Precio
296 ptas.

a 14'80 al mes

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a **CRÉDITO LOINAZ, S. A.**, un Coche para niños marca **CHIQUILIN**, Modelo N.º conforme a su descripción y por el precio de ptas. a plazos de Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de Ptas. a la recepción y los restantes, de Ptas. cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Nombre y dos apellidos Edad Profesión

Dirección del empleo Calle Población

Provincia Estación Al contado 10 % de descuento.

Cuando la expedición se hace por f. c. cargamos 6 Ptas. por el embalaje que se cobran con el primer plazo.

FIRMA

Móvil de
15 céntimos

CREDITO S. LOINAZ, S. A. Miguel Imaz, 5 - SAN SEBASTIAN

GRAN PROYECTOR MENSUAL

Año I

NOVIEMBRE 1930

Núm. 6

SUMARIO

Ciencia y Justicia	3
<i>(Editorial de «Gran Proyectors».)</i>	
El Curioso Caso de las Perlas de Andrews, por Renata Hanley	4
<i>(También la mujer puede actuar brillantemente como detective.)</i>	
La Superviviente de un Drama, por Irene Polo	7
<i>(Una entrevista con Teresita Guitart, la que fué secuestrada por Enriqueta Martí.)</i>	
Por el Dollar de un Chino (II), por Roswell Bailey	9
<i>(Sigue, cada vez más desconcertante, el misterio del robo de las perlas.)</i>	
Fotografía de Ester Ralston, en Love and Learn	13
Fotografía de Charles Bickford, en una interesante caracterización	14
Fotografía de Louis Walheim, en Condenado	15
Fotografía de Gary Cooper, en una sugestiva actitud	16
El Hombre que Pasó a la Cuarta Dimensión, por Roberto Strome	17
<i>(Alucinante alegato de un periodista injustamente condenado a muerte.)</i>	
La Santa Hermandad de Ntra. Sra. de Caridad y Paz, por Enrique Mariner	22
<i>(Cómo funciona la institución que asiste a los condenados a muerte.)</i>	
Las Mujeres Delincuentes, por Segundo Holmes	25
<i>(Aspectos de la gente del hampa.)</i>	
Detective a la Fuerza, por Alfonso Ordóñez Cantó	27
<i>(Una aventura del autor en un hotel de Valencia.)</i>	
Casos y Cosas	30
<i>(Algo de lo que sucede en todo el mundo.)</i>	
Asesinato de Mlle. Evenepoell y sus dos criadas	31
<i>(Un proceso de Bruselas en que se impusieron dos penas de muerte.)</i>	
Hazañas del Detective Tim Yesyés, historieta por Moreno	33
<i>(VI. La mina sospechosa.)</i>	
Dedos Criminales, por Howard L. Barlow	34
<i>(Unos ejemplos que demuestran que la dactiloscopia es ciencia exacta.)</i>	
La Redada	39
<i>(Novela cinematográfica basada en la película del mismo título.)</i>	
Delitos Tragicómicos, por Don Justo	43
<i>(Comentarios cómicos.)</i>	
La Ley del Tallón	44
<i>(Cómo se ha aplicado la terrible ley de «Ojo por ojo, diente por diente».)</i>	
El Crimen del Marqués de Ganges, por G. P. M.	45
<i>(Una página de la corrompida corte de Luis XIV.)</i>	
Del Mundo del Delito	48
<i>(Fotografías de actualidad.)</i>	
El Hombre de la Litera Número 10, por Mary Roberts Rinehart	49
<i>(Novela en «letín encuadernable».)</i>	
Nuestros Concursos	59

Ejemplar suelto 1'25 pesetas

POR SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un año . . . 15 ptas.
 AMÉRICA: Un año . . . 19 ptas.
 OTROS PAÍSES: Un año . 25 ptas.

REDACCIÓN
 Diputación, 211. - BARCELONA

ADMINISTRACIÓN
 Diputación, 211. - BARCELONA
 Valverde, 21 dup. - MADRID

Administración de Publicidad en esta Revista
PUBLICITAS, S. A.
 ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD

BARCELONA: Plaza Cataluña, 9, 1.º
 Teléfono 16406. - Apartado 228
 MADRID: Gran Vía, 13
 Teléfono 16375. - Apartado 911

63 piezas FINISIMA CRISTALERIA DE BOHEMIA LUJO-SAMENTE TALLADA



Las 63 piezas de que se compone este juego están ricamente

11 Ptas. al mes TALLADAS A MANO

por especialistas en esta clase de primoroso trabajo.

Todas las copas tienen asimismo el **Pie tallado**, lo cual les da mayor riqueza y como además el estilo es de una elegancia irreprochable y sumamente moderno, hace que el conjunto sea de una distinción capaz de satisfacer el gusto del más exigente.

Este nuevo juego de cristalería se compone de las siguientes piezas:

12 copas para agua	12 copas para
12 » » vino	champagne
12 » » jerez	2 botellas para vino
12 » » licor	1 jarro para agua

Nuestros juegos de **cristal sonoro** son de una blancura y transparencia inimitables, y han sido fabricados por una de las manufacturas más importantes del mundo.

¡Cuántas veces habrá V. pensado adquirir un juego de cristalería semejante y no lo ha hecho por no ocasionar desequilibrios en su presupuesto doméstico! Sin embargo ya puede V. hoy satisfacer su antiguo deseo solo destinando unas pocas pesetas al mes.

Adorne su comedor y cause admiración y asombro a sus amistades.

El nombre **QUILLET** denota distinción, seriedad y buen gusto. No lo olvide!

No desperdicie esta favorable ocasión que se le presenta y suscriba hoy mismo el adjunto boletín de compra.

SE ENVIA FRANCO DE EMBALAJE

18 meses de crédito

BOLETIN DE COMPRA G.P. 11-30

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos **QUILLET, S. A.**, un juego de Cristalería Modelo n.º 2, conforme a su descripción y por el precio de 198 Ptas. que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, de 11 Ptas. el primero a la recepción y los restantes, cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerará ésta en calidad de depósito en poder del comprador.

Al contado 10 % de descuento

FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Población

Provincia

Estación f. c.

Monto de 15 castrinos

Corte y envíe el boletín de compra a Establecimientos **QUILLET, S. A.** - Mallorca, 237 bis - BARCELONA

Delegación en Madrid: Churruga, 15.

Ayuntamiento de Madrid

CIENCIA Y JUSTICIA

En el relato titulado «El Hombre que Pasó a la Cuarta Dimensión» presentamos hoy a nuestros lectores uno de los casos más extraordinarios que se conocen en la Historia del Mundo.

Es un caso tan excepcionalmente extraño, que, de haberse estudiado con un poco más de interés en el tiempo que ocurrió, hubiese desconcertado, indudablemente, a la Ciencia y a la Justicia de un solo golpe, como quien maneja una espada de dos filos.

Hubiese desconcertado — decimos — a la Ciencia por el inaudito invento que describe el autor del relato. Por muy estupendas que sean las creaciones de la Ciencia, es fácil descubrir que, en el fondo, todas ellas responden al orden supremo que gobierna la sucesión de las cosas, o mejor dicho: que ningún invento contradice las leyes de la Naturaleza. Así, por ejemplo, la aviación tiene el precedente en las aves, la navegación submarina lo tiene en los peces, la electricidad en el rayo, y así en todo lo demás. Pero, en cambio, la misma Ciencia — ayudada con frecuencia por la Filosofía — cuenta con una serie de hipótesis a las que viene dando vueltas desde tiempo inmemorial sin que las haya resuelto todavía, acaso por implicar una evidente contradicción con las leyes naturales. En este caso están, por ejemplo, la cuadratura del círculo, el sexto sentido, la piedra filosofal, el agua de Juvencia y, entre algunas pocas más, la famosa *cuarta dimensión*. ¿No desconcertaría, pues, a la Ciencia hallarse ante una máquina — ingeniosamente construída — que permitiese al hombre trasladarse a la cuarta dimensión con sólo hacer funcionar un resorte?

Y hubiese desconcertado igualmente a la Justicia, porque la coartada que en este alegato presenta el acusado justificaría no sólo su inocencia, sino la real existencia del inventor de la máquina maravillosa, a quien el mundo hoy cree muerto, asesinado de un modo repugnante.

Sin embargo, nadie de cuantos asistieron al hecho que figura en tal relato creyó que realmente se trataba de un caso digno de estudio.

¿Fué ilusión o realidad el viaje que hizo el periodista Roberto Strome por el fantástico mundo de la cuarta dimensión?

Juzgue el lector por sí mismo el caso. Nosotros nos limitamos a consignar que la Ciencia — indiferente — miró el invento como una alucinación, y la Justicia — recelosa — lo consideró como una coartada excesivamente sutil.

Y el reo, inocente o culpable, murió ajusticiado.

El *CURIOSO* CASO de

¿Puede una mujer hacer de detective?

El presente caso de Renata Hanley nos demuestra no sólo que puede hacer investigaciones detectivescas la mujer, sino que la perspicacia femenina es capaz de conseguir el triunfo donde acaso al hombre le hubiese sido punto menos que imposible.

— Mire, es una habitación muy grande.

RECONOCI el rostro de aquel hombre apenas entró en la sala de recibo. Un recuerdo casi olvidado, desagradable y siniestro a la vez, revivió en mí inmediatamente. Pero no pude recordar cómo se llamaba. Tenía los carrillos abultados, los labios sensuales, bajo un bigote corto y recortado, los ojos pequeñitos, y el cabello espeso y negrísimo. Vestía un traje gris de corte inglés. Su aspecto altanero hacía

las JOYAS de ANDREWS

por RENATA HANLEY

Muchacha Detective de la Agencia de Investigación
"HOWARD BROWNE."

pensar en automóviles de lujo, en los clubs de la Quinta Avenida, en fabulosos capitales colocados en los bancos de Wall Street.

Recorría el despachito de un lado a otro, como tigre furioso. Llegamos juntos a la puerta de la sala de los detectives, donde se detuvo un momento. Como me interceptó el paso, no tuve más remedio que detenerme a mi vez, mientras le dirigía una mirada interrogadora.

Por el fruncimiento de sus cejas y el brillo de sus ojos noté que nos habíamos reconocido mutuamente, aunque, por lo visto, él no estaba dispuesto a confesarlo.

— Señorita, ¿quiere usted hacerme el favor de averiguar por qué Braid me hace esperar? — me preguntó, malhumorado.

— Hace cinco minutos que estoy aquí dando vueltas.

A mí no me impresionan los personajes de significación, pues lo mismo haría un favor a la mujer encargada de la limpieza que al mismo rey de Siam. Pero cuando un individuo quiere darse aires de superioridad sin más fundamento que su presunción, no consigue más que le suelte un descaro. Se me ocurrieron a la vez media docena de respuestas apropiadas, pero me contuve. Volviéndome entonces a la telefonista, pregunté con la mayor suavidad:

— Oye, María, ¿has anunciado a este señor?

Si las miradas pudiesen matar, yo habría quedado convertida allí mismo en polvo. Las que aquel hombre me dirigía parecían puñales.

María se limitó a contestar con visible naturalidad:

— El señor Braid está ocupado ahora con un cliente. Dentro de unos momentos recibirá al señor Andrews.

José Madison Andrews era el nombre completo de aquel impaciente sujeto. Al oírlo, recordé en seguida todos los detalles del caso Andrews Morrison.

Andrews no era su verdadero apellido. No quiero decir con esto que fuese Andrews un ladrón, no; era, muy al contrario, un cliente nuestro. Sin embargo, conozco multitud de ladrones a quienes respeto mucho más que a aquel filántropo de Wall Street.

Sin duda alguna sería interesante el objeto que le traía a nuestra oficina. El hecho de que acudiera en persona indicaba que se trataba de algún pecadillo personal y reservado. Por ello, yo es eraba con toda mi alma no verme obligada a trabajar en aquel asunto.

Además, tenía necesidad de vacaciones y trabajaba de mala gana en poner en claro el escándalo de uno de nuestros clientes. Quizás el recuerdo del aire embalsamado por las flores silvestres era el responsable de mi disgusto por tal trabajo, hasta el punto de que me daban ganas de presentar la dimisión si no me concedían un mes de vacaciones.

Pues bien, a pesar de que aquella tarde me sentía animada de tan rebeldes intenciones, el caso es que tuve que aceptar uno de los asuntos más peligrosos en que he llegado a intervenir, y precisamente por cuenta del antipático señor Andrews.

UNA hora más tarde sonó el timbre, llamándome al despacho del señor Braid.

Después de leer a toda prisa el informe que tenía hecho sobre el caso de escándalo en que intervenía, acudí a la llamada.

— El señor Sandera, abogado de la acusación, me ha dicho que no me necesita más — dije dejando los papeles encima de la mesa. — Y ahora me atrevería a pedirle, señor Braid, unos días de vacaciones.

— Lo siento mucho, querida Renata, pero no puede ser



— No tuve tiempo más que para esconderme debajo de la cama, cuando se abrió la puerta.



—contestó el señor Braid, sin mirar siquiera mi informe.

— ¿Ha visto usted al señor Andrews en la sala de visitas?

En vista de que yo hacía una señal afirmativa, añadió:
— Han robado las joyas de su mujer, las cuales nos hemos comprometido a recobrar en dos semanas.

Sentada en el duro sillón de roble que había junto a la gran mesa del jefe, me preparé a escuchar. Estaba furiosa, pero, como es natural, no podía discutir con mi superior.

— Tendremos que proceder con la mayor discreción — continuó diciendo. — Andrews no quiere que se prenda a nadie. Pagará muy bien por recobrar las joyas, pero el ladrón no debe enterarse del origen del dinero.

Hizo una pausa para encender un cigarro. Después de echar unas bocanadas de humo azulado, me preguntó inesperadamente:

— ¿La ha visto a usted alguna vez Isabel Morrison?

— ¿Isabel Morrison? Si se refiere a la hermana de Tomás, no señor, no me ha visto nunca. Yo solamente la he visto una vez, en la sala del tribunal, el día en que condenaron a su hermano. Su madre vino aquí una vez, el día antes de suicidarse. Ya recordará usted que se arrodilló a los pies de Andrews, ofreciéndole restituir...

— Pues bien, la descripción de la muchacha de quien sospecha Andrews concuerda exactamente con Isabel — me interrumpió el jefe, que continuó hablando. — Aquí están sus señas. Es una muchacha rubia, de tipo raro, ojos castaños, algo oblicuos como los orientales, labios gruesos, con unos hoyuelos en las mejillas, manos bien formadas, dedos largos y puntiagudos, hombros caídos, cinco pies y medio de estatura y voz ligeramente ronca.

— ¿Por qué sospecha de ella? — pregunté.

El señor Braid, contestó lentamente:

— Según ha contado Andrews, un amigo suyo le pidió prestado su piso para dar una recepción en honor de un cliente forastero. El vió salir a Isabel del dormitorio de su esposa. En la actualidad la señora Andrews se halla en un sanatorio para curarse de un desorden nervioso. Casi loca durante una temporada, espera ya en período de franca convalecencia volver muy pronto a su casa. Ayer escribió preguntando a Andrews si había depositado en el banco algunas joyas que dejó olvidadas en un cajón del *bureau*. Entonces él fué a buscarlas y vió que habían desaparecido.

— No comprendo, pues, por qué acusa de ladrona con tanta seguridad a Isabel.

El señor Braid sonrió maliciosamente.

— ¡Oh! probablemente ella se quedó las joyas. Mientras Andrews estaba aquí me dirigí al despacho de Brand y llamé a la encargada de la casa a quien conozco. Yo estaba casi seguro de que Andrews no me decía la verdad. Y, en efecto, resultó que en su casa no se dió ninguna fiesta. De haber sido así, estoy seguro de que hubiese entregado el ladrón a la policía. Los criados habían sido despedidos e Isabel estaba sola en el piso con Andrews. Por esto tiene la seguridad de que ella se ha llevado las joyas. Y por esto, también, no quiere que la detengan ni que se dé publicidad al caso.

— ¿Y qué ha sido de sus deberes cívicos? — no pude menos de preguntar.

— Estuvo muy elocuente al hablar de ellos cuando la madre de Tomás Morrison le ofreció restituir aquella acción de quinientos dólares, pero ahora convendría que...

— Ahora no se trata de eso — me interrumpió el jefe, — sino de la restitución de las joyas. Esta noche daré órdenes de vigilar todos los *clubs* nocturnos para ver si damos con esa muchacha. Me interesa que mañana empiece usted a seguirle los pasos.

— ¿Cuánto tiempo hace que se cometió el robo?

— Aquí no ha existido ningún robo — contestó el jefe sonriendo al corregir mis palabras. — No hubo violencia. Es un simple caso de hurto. Ocurrió hace cinco días, en los que ya habrá tenido la ratera tiempo suficiente para transformar las perlas.

— Algo así como el caso de Harden — insinué para demostrar al jefe que no olvidaba nada de lo que ocurría. — Calentaron y ablandaron las perlas y luego les quitaron las capas superiores para que variaran tanto en el peso como en la forma.

— Exactamente. Sin embargo, cuando se ha hecho algo de eso, un perito puede descubrirlo. Antes de gastar dinero, visite a Max para que examine las joyas que se disponga usted a comprar.

La reputación de Max no es muy buena. Es harto conocido entre la gente del hampa, pero es un perito estúpido, que se dedica especialmente a estos asuntos confidenciales.

— Váyase a su casa con sus mejores trajes — me ordenó el señor Braid, mientras oprimía el botón eléctrico para llamar a su secretaria. — Si logra el éxito, le daré vacaciones. (Sigue en la página 57)

— Le aseguro, Isabel, que no trato de devolver las joyas al señor Andrews — le dije mintiendo.



La SUPERVIVIENTE de un DRAMA

*Una entrevista con Teresita Guitart, la que
— niña en 1912 — fué un tiempo prisionera
de la famosa secuestradora Enriqueta Martí*



POR

IRENE POLO

EN estos momentos en que se debate de nuevo la existencia de los ladrones de niños, en que vuelve a discutirse la realidad de sus crímenes y en que incluso la culpabilidad de Enriqueta Martí, la famosa secuestradora catalana, ha sido puesta en duda, la supervivencia y el testimonio de una de las víctimas de esos odiosos delitos es de una importancia extraordinaria.

Máxime cuando se trata de la más conocida de todas: de la niña Teresita Guitart, protagonista del escandaloso «affaires» que hace dieciocho años conmovió a Barcelona y a España entera.

El día 10 de febrero de 1912, Teresita Guitart, que entonces tenía cinco años, fué raptada por Enriqueta Martí y secuestrada durante diecisiete días. La reaparición, tan inesperada como milagrosa de la niña, causó su salvación y el descubrimiento de la célebre infanticida.

VIVE todavía Teresita Guitart? ¿Dónde está actualmente la famosa «niña pelada» de Enriqueta Martí? ¿Cómo estará ahora?

Estas preguntas se han alzado muchas veces en la mente de la mayoría de los barceloneses que recuerdan el inolvidable suceso. Teresita Guitart, en aquella época, y en Barcelona, fué durante largo tiempo una entrañable figura de actualidad. Su cabecita, cruelmente rapada por Enriqueta, se hizo popular a través de todos nuestros periódicos. Teresita era, además, una niña preciosa, y fué esto precisamente, su belleza infantil, dulce y triste, lo que añadió al dramatismo de su caso una gran intensidad sentimental.

Durante más de dos meses Teresita estuvo recibiendo obsequios y regalos de parte de una multitud de barceloneses que la idolatraban. Y era que Teresita, con sus cinco años tímidos y asustados, su linda carita pálida y sus ojos negros, profundos, hacía a todos el inconsciente efecto de una niña de cuento, rescatada de las garras tenebrosas de una bruja voraz...

Y he aquí que nosotros hemos hallado ahora a Teresita Guitart.

Sencillamente. Una tarde hemos buscado su pista en su calle de entonces: San Vicente. Una calle que a nosotros, aterrados indeleblemente por la memoria del suceso inolvidable, nos parece siniestra todavía. Sin embargo, ahora está toda llena de chiquillos. De chiquillos que ríen y juegan ruidosamente, alegres y despreocupados. Sin darnos cuenta, tememos aún sobre sus cabezas la sombra funesta de Enriqueta Martí.

La pista no se nos hace difícil. Al contrario. Teresita Guitart vive todavía en la misma casa y en el mismo piso de antes. En el 19 y en el tercero. Subimos por la escalera estrecha y oscura, hasta él, y llamamos a la puerta angosta.

Nos abre una señora de pelo blanco y de sonrisa afable.

— ¿Teresita Guitart?

— Pase... No está en este momento. ¿Qué quería?

— Verla.

— Pues hasta el domingo no podrá ser. Toda la semana estará fuera... Si quiere algo yo se lo diré. Soy su madre.



La joven Teresita Guitart cuando fué rescatada (en el círculo), y en la actualidad, al contar a los lectores de GRAN PROYECTOR las tristes circunstancias de su secuestro.



Entramos. Nosotros no queremos más que verla, para que nos hable de su historia, de la historia que apasionó a toda España, hace dieciocho años...

El rostro de la anciana Ana Congost se ensombrece a la evocación nefasta. Y repone:

— Mi hija no se acuerda de nada. ¡Era tan chiquita, entonces!... Además, vale más olvidar eso. A ella le sabe mal recordarlo, ¿sabe? Y a mí también. Crea, es mejor dejarlo. Luego...

— añade — ¡quién sabe! ¿No podría ser esto un mal para ella?

— ¿Por qué, señora?

— No sé. Pero la gente de Enriqueta Martí me da miedo todavía.

— ¡Por Dios, mujer! ¡La gente de Enriqueta Martí! ¿Qué gente?

— Su familia. Todavía el otro día mi marido se cruzó con el Pujaló en la Plaza de la Universidad. El Pujaló era el esposo de la Enriqueta. Y en San Feliu queda su cuñada. Y su amiga...

— Pero ¿es que tienen ustedes miedo aún?

— Sí, señorita. Cuando se ha pasado lo que hemos pasado nosotros ya no se está nunca más tranquilo.

NO obstante, el domingo nos presentamos en casa de Teresita Guitart, con el fotógrafo.

Esta vez es el hermano de ella el que nos abre la puerta. Es el chiquillo escuálido, de traje de marinera, que vimos entonces en las fotografías del suceso, al lado de sus padres y de los guardias.

En el comedor se agrupan dos niñas más, el padre — Isidro Guitart, — Ana Congost — la madre — y una mujercita morena, muy morena, con una sonrisa muy blanca, una mirada profunda, negra, y la barbilla partida. Una barbilla partida que hemos visto en alguna parte, que nos trae algún recuerdo lejano.

La señora Congost, nos la presenta:

— Mi hija.

— ¿Teresita Guitart? — preguntamos, gozosos de verla.

La mujercita morena acentúa su sonrisa para nuestro asombro emocionado. Y confirma:

— Sí, soy yo.

— ¡La heroína de Enriqueta Martí!...

— exclamamos.

— Pero, ¿aun se acuerdan ustedes?

— ¡Naturalmente! Y usted también, ¿verdad?

— Yo sí, claro...

— ¡Ah! Pues entonces tendrá usted que contarnoslo.

— ¡Pero si ya lo salen todo!

— Sí, nena. Sabemos todo lo que sabe todo el mundo. Pero no sabemos lo que sabe usted. Y es eso lo que queremos saber.

— Pues mire...

Entramos en la pequeña salita, humilde y limpia. Su madre trae sillas.

— La noche del 10 de febrero de 1912 — empieza Teresita, un poco sobrecogida. Está muy pálida, y sus ojos vuelven a ser aquellos ojitos profundos y tristes de las remotas fotografías — bajé con mamá a comprar.

— ¡Vamos a buscar leche para ella, que tenía mal de cuello... — explica su madre.

— Mamá se paró en la puerta a hablar con una chica vecina y yo me aparté. Fui andando hasta la calle de Ferlandina. Y me detuve frente al escaparate de un colmado, mirando. A los pocos minutos se me acercó una mujer y me tomó de la mano: «Anem, nena, que't compraré confits», me dijo. Pero yo me desasí: «No, no, yo quiero ir con mamá.» Pero de repente me sentí la cabeza tapada. Yo llevaba un abrigo, el abrigo-

to de cuadros, ¿te acuerdas, mamá?, que tenía una balona. Se ve que la mujer me la levantó y me la echó a la cabeza. Cuando me la descubrió me encontré en un piso feo y triste, grande y solo. (Un piso que todavía ahora veo exactamente.) Y me eché a llorar, llamando a mi madre. «Calla, calla, que ja vindrà la mamà!», me dijo la mujer. «Jo soc la teva tia.»

Luego salió otra niña como yo, que me preguntó cómo me llamaba. «Teresina», dije yo. Pero la mujer gritó: «No es verdad que te llamas Teresina. Tú te llamas Felicidad.» Entonces la otra niña me dijo: «Pues yo me llamo Angelita.»

Al poco rato nos dió un vaso de café con leche, que estaba lleno de marro, y nos acostó. Las dos juntas a los pies de su cama. Luego se acostó ella, a la cabeza. Yo lloraba, y ella me dió un puntapié en la cara...

Al día siguiente, muy tarde, nos dió un plato de garbanzos y patatas hervidos y se marchó.

Volvió hacia la tarde. Entonces me quitó la ropa que yo llevaba y me puso un vestido sucio y roto, con una manga sola. Al otro día me cortó el pelo al rape. Yo lloré mucho y ella me pellizcó. Me pellizcaba siempre. Hasta por las noches. Estoy segura. Mientras estábamos en la cama durmiendo, yo sentía todas las noches que me pellizcaban las piernas.

— Y era verdad — interviene su padre, — porque al rescatarla, la hice mirar toda por el médico forense de la Audiencia, y me dijo que no tenía nada, pero que en las piernas se le notaban cardenales y arañazos, efecto, seguramente, de pellizcos.

— Y la otra niña, Angelita, ¿no te pegaba nunca?

— preguntamos a Teresita.

— No. Nada más cuando yo quería



Teresita Guitart con sus padres y su hermano después de ser rescatada de la secuestradora Enriqueta Martí en marzo de 1912.



Teresita Guitart con sus padres y hermanos, en la entrevista que le acaba de hacer nuestra colaboradora Irene Polo.

(C continúa en la página 63)

EL famoso collar de perlas, valorado en doscientos cincuenta mil dólares, seguía sin aparecer. Por su causa ya había muerto un chino, y el sheriff estaba dispuesto a no dejar piedra sobre piedra hasta dar con las perlas robadas.

por el Doctor
ROSWELL BAILEY
según su relato a
CARL EASTON WILLIAMS



Por el COLLAR de un CHINO

RESUMEN de lo publicado en el número anterior. — En una casa donde se ha cometido un doble crimen se encuentran el doctor Roswell Bailey y el periodista Carl Easton. Terminado su trabajo, el médico invita a Easton a que le acompañe a la ciudad, pero éste le hace observar que no está bien dejar solos a los cadáveres. El doctor, riéndose, le contesta que la costumbre sentimental de velar los muertos no tiene ninguna utilidad práctica y que, en estos casos, lo mejor es irse a dormir. Y para demostrárselo, le cuenta un interesante hecho que a él le sucedió.

Años antes, el doctor Roswell era médico auxiliar de una importante compañía minera. En la aldea donde vivía apareció cierto día un individuo de aspecto dudoso, llamado Frisco Irish, del cual se sospechaba que era el autor del robo, cometido en San Francisco, de un collar de perlas, valorado en doscientos cincuenta mil dólares. Confirmada esta sospecha, el sheriff se dispuso a detener a Frisco, pero le encontró adormecido por los efectos del opio en un fumadero y sin el collar que buscaba. Interrogado Sing Ling, el dueño del fumadero, confesó que fué él quien, aprovechando el sueño de Frisco, le había sacado del bolsillo el collar para contemplarlo, pero que lo dejó encima de una mesa, y alguien, pasando la mano por el cristal roto de una ventana, se llevó misteriosamente la joya. Después de detener a los dos, el sheriff continuó sus investigaciones en busca del tercer ladrón del collar, averiguando que, a la hora en que Sing Ling declaró que le habían robado el collar por la ventana, se vio que rondaba la casa un lavadero chino llamado Sam Wong. Como resultó que éste había huido a la montaña, el sheriff salió inmediatamente en su busca y le encontró tendido en el suelo, desangrándose.

Le condujo a una cabañacercana y llamó al doctor Roswell, cuyos cuidados no lograron salvar la vida al chino, el cual expiró sin haber declarado y sin que se le encontrase encima el misterioso collar. Aunque el sheriff con sus hombres dió una batida por los alrededores, no encontró a nadie, excepto al doctor Beecher, médico principal de la compañía minera, hombre casi degenerado, el cual, acompañado de un individuo llamado Shifty Joe, se dirigía a visitar a un enfermo. Después de la inútil búsqueda, el sheriff decidió regresar a la ciudad, pero el doctor Roswell, en vista del mal tiempo, prefirió acabar de pasar la noche en la cabaña, en la que sólo vivía accidentalmente un mestizo a quien llamaban Jorge el Soñoliento. Como en la casa solamente había dos camas: la de Jorge, que era pequeña, y otra mayor, suficiente para dos personas ocupada entonces por el cadáver del chino, el mestizo quería trasladar a la cama pequeña el cadáver, pero el doctor se opuso afirmando que no siendo supersticioso no tenía inconveniente en dormir con un muerto. Y así lo hizo con gran espanto de Jorge. Mas una vez apagada la luz, no dejó de experimentar el bromista doctor cierta sensación de miedo al pensar que tenía un cadáver a su lado, y comenzó a excitarse su imaginación hasta llegar a dudar de que su compañero de cama estuviese realmente muerto.

AUNQUE, desde luego, estaba convencido de que mi compañero de cama ya era cadáver, en algunos momentos casi esperaba verle moverse. Escuché con atención para cerciorarme de que no respiraba y recordé la ilusión que a veces uno siente al contemplar a un muerto, figurándose que, de un momento a otro, se le va a hinchar el pecho por la respiración.

A pesar de mis razonamientos y de mi convicción de que todo eso eran tonterías, no lograba calmar la excitación de mi mente. La situación, misteriosa por demás, en que me encontraba podía más que mi fuerza de voluntad. ¿Estaría acaso flotando por la estancia el espíritu del chino muerto, aun turbado quizás por su criminal participación en el robo del collar de perlas?

Todas estas reflexiones, que a la luz del día parecen estúpidas, tenían, de noche y en aquellas circunstancias, un poder de preocupación muy difícil de vencer.

Sin embargo, la fuerza del cansancio pudo más que todos los enigmas del caso y, al fin, me quedé dormido. A ello, sin duda, contribuyeron el haber cenado bien y la agradable temperatura que reinaba en la cabaña.

Un rato después, quizás al cabo de una hora, me despertó un ruido cercano, como si fuese el de la puerta al cerrarse. Abrí los ojos y miré alrededor. Entonces recordé dónde estaba, porque mi mano se puso en contacto con la cara del cadáver.

Jorge desobedeció, al fin, mis órdenes, porque había encendido la luz, aunque a la sazón ardía con llama muy baja. Gracias a ello, pude ver que su cama estaba desocupada y que mi poncho había desaparecido. De ello deduje que el pobre Jorge no tuvo el valor de continuar en la cabaña y había escapado, probablemente en mi mismo caballo. Riéndome, volví a apoyar la cabeza en la almohada.

Así, pues, Sam Wong y yo éramos los únicos ocupantes de la cabaña. De haberlo deseado, hubiese podido tenderme en la cama de Jorge, pero una estúpida testarudez me impidió hacerlo. Es más, estuve pensando si haría bien apagando la luz y sólo dejé de hacerlo por pura pereza.

Presté oído a los silbidos del viento y al rumor de la lluvia, que seguía golpeando las paredes y las ventanas. Miré a estas últimas y entonces, con toda seguridad, vi un rostro, casi sumido en la obscuridad, que me estaba contemplando. Pero esto sólo duró un momento, pues al volver a mirar, como la luz era tan vaga y escasa, no pude distinguir ninguna otra cosa.

Desde luego, atribuí aquello a la imaginación excitada por las circunstancias en que me hallaba, si bien he de confesar que, a pesar de todo, experimentaba una sensación muy rara y me daban escalofríos. Me censuré de ser tan cobarde como Jorge, y, al fin, logré dominarme.

Me parecía percibir todavía el olor del cloroformo que había empleado. Luego, creyendo que aun habría rastros de él en el ambiente, respiré con fuerza, para ver si de este modo conseguía dormirme. Concentré la imaginación en el deseo de conciliar el sueño y de nuevo me quedé dormido.

Tuve un sueño muy extraño. Soñé que estaba ocupado en operar al pobre Sam Wong y que con mis instrumentos abría la herida y me esforzaba en encontrar la arteria para ligarla. De cuando en cuando interrumpía el trabajo para aplicar al paciente un poco de anestésico, mediante una gasa empapada de cloroformo, que le ponía sobre la nariz. Pero las emanaciones de la droga llegaban a mi propio olfato de tal manera que, por momentos, sentía cómo me iba mareando, hasta llegar a temer que, en vez de quedar anestesiado el paciente, llegaría a estarlo el doctor. Era un sueño muy curioso. No podía alejarme de la pesadez que me causaba la aspiración de aquellos gases. Luchaba por no aspirarlos, deseando despertarme y continuar la operación. Pero no pude. La cabeza me daba vueltas y experimentaba una rara sensación en el cerebro.

Luego, como si mi espíritu se hubiese desprendido de mi cuerpo, me vi tendido sobre una mesa, cual si fuesen a operarme. La mesa parecía estar flotando en el espacio y la rodeaban otras personas, médicos y enfermeras, y por doquier era muy penetrante el olor del cloroformo.

Mientras flotaba en aquel lugar, oí unas voces, aunque no pude ver a las personas que las pronunciaban. Sus palabras se repetían una y otra vez. «Es raro, ¿verdad?», decía una de ellas. «Es muy raro que anestesiemos a un doctor para operar a un enfermo.»

Parece mentira que una cena indigesta, a altas horas de la noche, pueda ocasionar tales pesadillas.

De pronto, se oyó otra voz que decía: «Verdaderamente vamos a tuestas. Pero es posible que estén aquí.» Estas palabras resonaron una y otra vez en mi mente, mientras me parecía ser un espíritu desprendido del cuerpo,



que flotaba por la estancia. Por fin, alguien empezó a dar fuertes sacudidas a mi cuerpo, al mismo tiempo que una voz gritaba: «¡Despiértese! ¡Despiértese!»

Fué aquella una sensación tan curiosa como confusa. La persona que pronunciaba tales palabras parecía estar muy lejos y tenía que franquear una distancia considerable para llegar junto a mi cuerpo y sacudirlo. Por fin lo hizo con mayor vigor y en todas direcciones. La mesa de operaciones parecía haberse convertido de nuevo en una cama, y mi espíritu volvió a penetrar en el cuerpo. Reinaba el mayor silencio, interrumpido tan sólo por aquella voz extraña. De pronto, me di cuenta de que estaba tendido en el lecho y casi despierto. Entonces, la misma voz que había oído en sueños empezó a gritar junto a mí:

— ¿Está usted despierto?

Al abrir los ojos, vi a mi lado a Frank Green, el agente del sheriff. Era ya de día. Fuera de la cabaña brillaba espléndidamente el sol. El agente se reía.

— ¡Caramba! Son casi las doce del mediodía y a pesar de eso me ha costado un triunfo despertarle. Por lo visto ha dormido muy bien al lado del chino muerto. Es usted un hombre sereno, doctor.

¿Al lado del chino muerto? ¡Ah, sí! Ya me acordaba.

Me incorporé aún soñoliento. Las ventanas estaban cerradas y en la estancia se percibía todavía el olor de cloroformo. Sin duda dejé mal tapada la botella después de operar a Sam Wong. También observé que sobre la mesa estaba la gasa que utilicé como mascarilla y me reconvine por no haberla tirado.

El olor del cloroformo seguía molestándome y además había otros olores que me revolvián el estómago. Tambalearme, busqué la salida y Frank acudió a sostenerme y me sacó al aire libre.

En cuanto me vió un poco más aliviado, el buen muchacho me dijo:

— No me extraña, doctor. Yo también me hubiera puesto malo al lado del cadáver del chino.

— No es eso — repliqué en cuanto pude hablar. — Es que esta madrugada he cometido la tontería de tomar una cena indigesta.

Aún me sentía mareado, fatigado y débil. Frank me acompa-



Vi un rostro casi sumido en la oscuridad, que me estaba contemplando.

ñó lejos de la casa y me senté a tomar el sol, con el cuerpo apoyado en el tronco de un árbol. Entonces me dejó diciendo:

— Quédese ahí respirando el aire puro. Ya le traeré sus cosas.

Al ver que Jorge estaba allí también, me esforcé en recordar los sucesos de la noche y los repasé uno por uno. De ello saqué la conclusión de que había hecho mal en cenar como lo hice, pues, como médico, bien sabía el peligro a que me exponía.

Frank me trajo la caja de instrumentos, el sombrero y otros efectos de mi pertenencia. Los zapatos ya estaban secos y me los puse. No quise entrar de nuevo en la cabaña. Entonces apareció Jorge trayendo el caballo de la brida, con el poncho atravesado sobre la silla. Esto me hizo recordar que durante la noche oí el ruido de la puerta al cerrarse.

— ¡Hola, Jorge! — le dije. — A pesar de que no fuiste capaz de continuar en la cabaña, te advierto que he dormido muy bien.

— Mire usted, doctor — me contestó el mestizo. — Es usted un hombre muy valiente, pero le advierto que, a pesar de que dijo que los muertos no se movían, hubo mucho ruido en la casa durante toda la noche. Sí, señor — añadió al ver que me sonreía con expresión de incredulidad. — El muerto estuvo llamando a las ventanas, gritando y...

— ¡Hombre, eso era la tempestad! — le dije riéndome.

— No, señor. Oí la tempestad, y además otras cosas.

Entonces me fijé en que había otro caballo. Jorge me dijo

que era el de Sing Ling y que lo habían encontrado por allí. A la sazón Frank y Jorge penetraron en la cabaña para sacar el cadáver. Lo cargaron en el caballo de Sing Ling y lo ataron a la silla. Yo también me preparé para montar a mi vez.

— Un momento, doctor — dijo Frank. — Ya sabe usted que no queremos descuidar ninguna precaución y por consiguiente me permitirá que le registre.

Lo hizo, en efecto, aunque sin ningún resultado, y yo, después de reírme, le pregunté si habían encontrado algún indicio interesante.

— No, señor — contestó. — Ni siquiera sabemos quién mató al pobre Sam Wong. La lluvia ha borrado todas las huellas.

DURANTE el camino de regreso el aire puro fué devolviéndome parte de mi vigor, aunque aún sentía bastante fatiga. Al poco rato noté un ligero escozor en la muñeca derecha que me impulsaba a rascarme. Había allí un puntito negro, quizás debido a la mordedura de una araña. Por eso me abstuve de rascar para no correr el peligro de que se infectara la herida.

Frank llegó después que yo al pueblo, porque, naturalmente, no podía ir tan aprisa llevando de la brida el caballo que transportaba el cadáver. Me dirigí inmediatamente a mi habitación, para cambiar impresiones con mi jefe el doctor Beecher, pero no estaba en casa. Ya dije antes que compartíamos la misma vivienda, aunque cada uno de nosotros tenía muebles e instrumentos por separado.

Mientras me preparaban un poco de café para reanimarme, me dediqué a anotar en mi registro el caso de Sam Wong. Tenía la costumbre de tomar nota de todos los casos que trataba y aquella vez quise hacerlo inmediatamente, dado lo extraordinario del caso.

Cuando me dispuse a escribir, la pluma estilográfica no tenía tinta. Como también estaba vacía la botella que había sobre la mesa, me dirigí a la de mi jefe, para llenar la pluma. Gracias a la torpeza de mis movimientos — así lo he de decir — se me cayó al suelo el capuchón de la pluma, que, naturalmente, fué a parar debajo de la mesa. Me fué preciso ponerme a gatas para cogerlo, pero, al retirarme, calculé mal la elevación de los cajones de la mesa y di de cabeza contra el fondo de uno de ellos.

Sin embargo, el golpe fué mucho más suave de lo que había de ser, como si lo hubiese ametrinado alguna sustancia, y, lo que es más raro, se me quedó la cabeza ligeramente pegada al fondo del cajón. Di una sacudida para libertarme y, al llevarme la mano al cabello, encontré un pedazo de goma de mascar, cosa que me disgustó.

Evidentemente, Beecher volvía ya a las costumbres de la infancia, como lo demostraba el hecho de haber pegado bajo el cajón un pedazo de goma de mascar. Al separarlo de mi cabello lo hice con tanta violencia que con él salieron dos o tres hebras y lo arrojé todo al cesto de los papeles. En aquel momento me acordé de que Beecher no tenía la costumbre de mascar goma, sino tabaco. Pero se me ocurrió que quizás se le había terminado el tabaco y se había entretenido mascando goma, y, sin dar más importancia al asunto, volví a mi escritorio y tomé nota del caso de Sam Wong.

Cuando salí con objeto de tomar café, encontré al portero en la acera y le pregunté si alguien había ido a verme.

— No, señor — me contestó. — pero Shifty Joe ha venido dos o tres veces a visitar al doctor Beecher.

¿Shifty Joe? Me sobresaltó el recuerdo que despertó este nombre. El agente encontró por la montaña, la noche anterior, al doctor y a aquel individuo, quienes dijeron que habían ido a curar la mano enferma de Pete Galveston. El *sheriff*, que deseaba averiguar quién pudo herirse al pasar la mano por la ventana que tenía el cristal roto, me rogó que fuese a visitar a Galveston, y yo lo había olvidado por completo. Convenía, pues, que lo antes posible fuese a disculparme ante el *sheriff*.

Personalmente me importaba muy poco Shifty Joe. Era un jugador profesional que gozaba de mala reputación, de modo que el hecho de que se hubiese visto al doctor Beecher en su compañía no hablaba nada en favor de mi jefe y colega.

AL llegar al hotel de Stony Creek, donde solía comer, eran ya cerca de las cuatro de la tarde, y el camarero me prometió servirme buena comida. Mientras aguardaba, empecé a rascar involuntariamente la diminuta herida que tenía en la muñeca, la cual me molestaba bastante. Sin duda me había picado un insecto mientras dormía al lado del chino muerto. Esto me dió bastante asco. De haber sospechado la posibilidad de que pudiera picarme un insecto de una cama extraña, no hay duda de que hubiese arrostrado la tempestad para ir a dormir a mi casa. Mientras comía, fui recordando mi extraño sueño, alguno de cuyos detalles estaban fantástica-

mente relacionados con la noche y el lugar, según ocurre con frecuencia en los sueños. Pero lo más raro del caso era que la pesadilla continuaba persiguiéndome durante el día.

Aunque a la luz del sol las cosas tomaban otro aspecto más normal, aun me sentía mareado. Lo atribuí a haber respirado una cantidad exagerada de ácido carbónico, a causa de la mala ventilación de la cabaña.

El establecimiento de Sing Ling estaba ya en poder de la policía, que practicó un registro completo, pero todavía no habían encontrado cosa alguna. Yo me dirigí al despacho del *sheriff*, quien me recibió cordialmente.

— ¡Hola, doctor! Tengo entendido que ha dormido usted de un modo estupendo. ¡Habrá pocos hombres capaces de hacer lo que usted ha hecho!

— Lo cierto es que he dormido demasiado y por ello no me encuentro muy bien. Pero he ve-

podía salir sin someterse a un registro de su persona y de sus efectos. Para ello había tenido que nombrar a una serie de agentes voluntarios, dispuestos a no dejar piedra sobre piedra hasta encontrar las famosas perlas. Puesto que había conseguido coger a Frisco Irish, quería encontrar, también, el collar para obtener la recompensa ofrecida.

— Si quiere usted, puede registrar mi despacho, *sheriff*.

— Si es necesario, no dejaré de hacerlo. Aunque lo más



Sing Ling se encogió de hombros

nido, *sheriff*, a presentarle mis excusas por que no me he acordado de vi-

sitar a Pete Galveston como usted me había indicado.

— ¡Oh, no se apure! Ya hablaré de eso con Beecher.

— ¿Dónde está?

— Creo que ha ido a hacer una visita.

El *sheriff* me comunicó que había establecido un cordón de vigilancia en torno de la población, de manera que nadie

probable es que uno de los chinos sea el autor del robo.

— Pero, ¿cómo es posible que estuviesen enterados de la existencia de las perlas? ¿Acaso algún ladrón de San Francisco avisó a Sing Ling?

— Ya me lo he preguntado eso varias veces. Pero conviene tener en cuenta que nadie podía adivinar el hecho de que Frisco Irish viniese a esta población ni nadie estaba enterado de que él hubiese robado las perlas. Ya comprenderá usted que él debió de mostrarse muy discreto acerca del particular.

— Tiene usted razón.

(Continúa en la página 63)



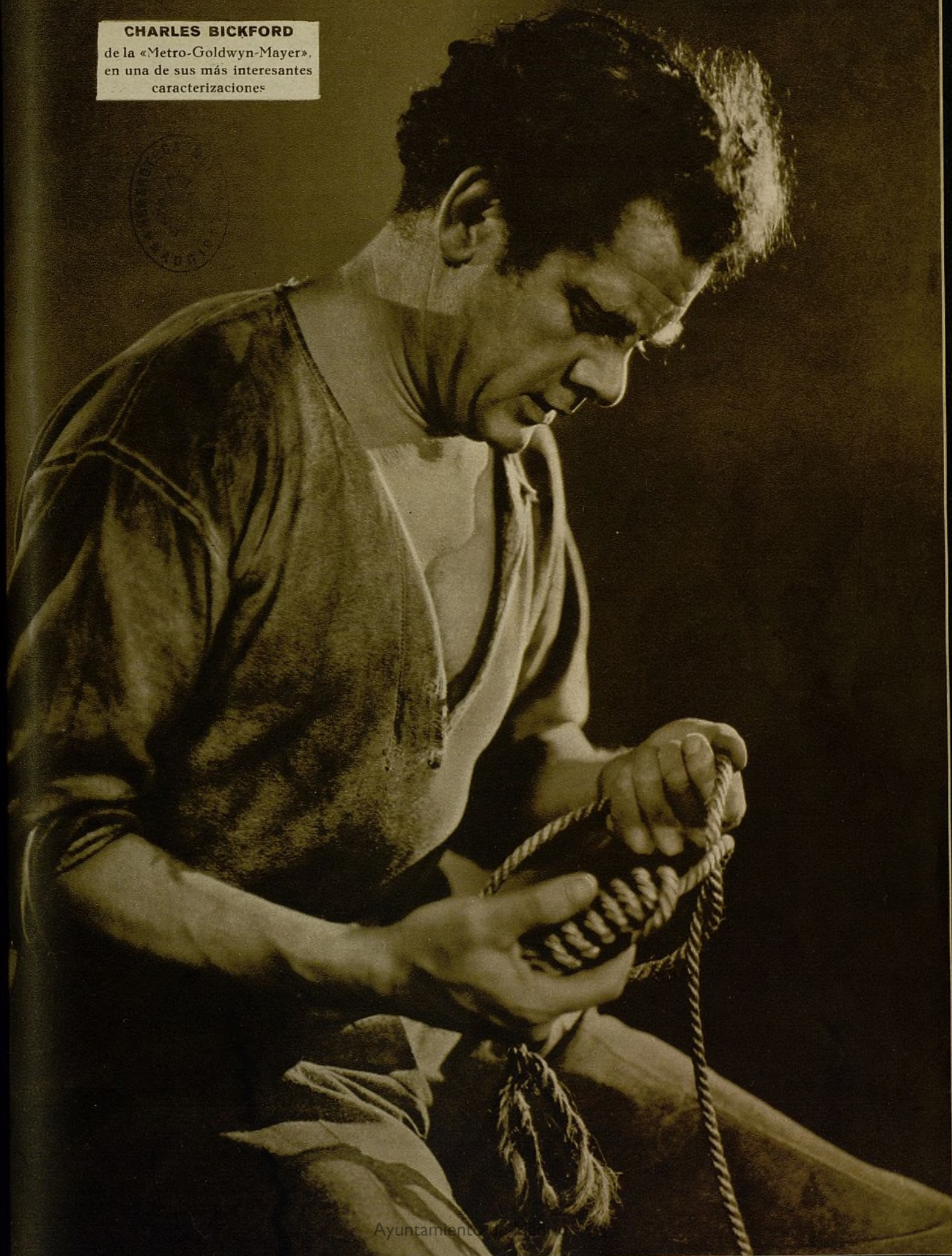
ESTER RALSTON
en
LOVE AND LEARN
de la «Paramount»

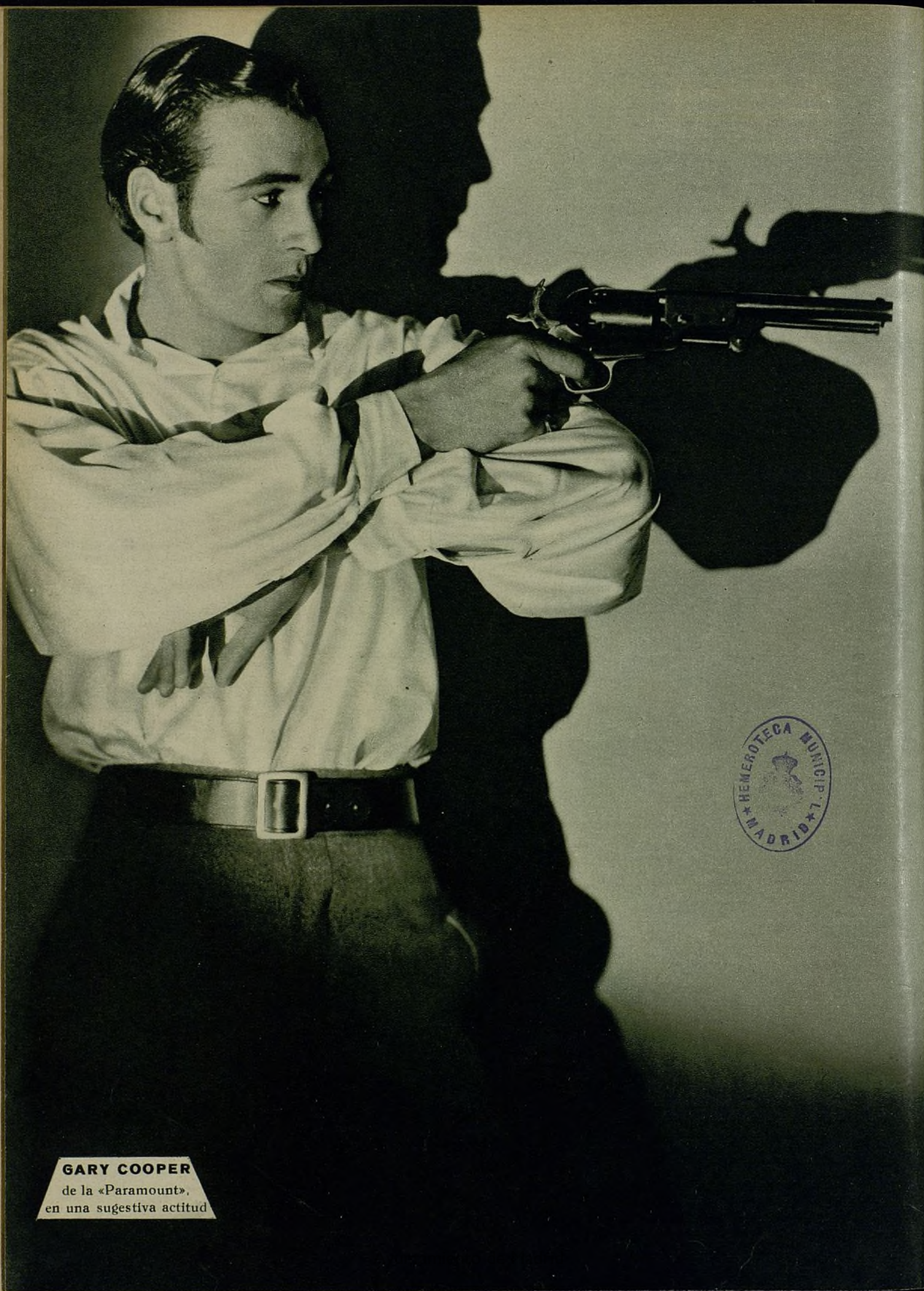
LOUIS WALHEIM
en **CONDENADO**
de «Artistas Asociados»



CHARLES BICKFORD

de la «Metro-Goldwyn-Mayer»,
en una de sus más interesantes
caracterizaciones





GARY COOPER
de la «Paramount»,
en una sugestiva actitud

El HOMBRE que PASÓ a la CUARTA DIMENSIÓN

Según el relato de ROBERTO STROME



EN el estrecho corredor de la cárcel parecía pesar la temible sombra de la muerte. El carcelero, uniformado de azul, se inclinó para mirar por el ventanillo enrejado que daba a la celda del condenado. Vió a Strome sentado en su camastro, ocupado todavía en escribir. El silencio daba escalofríos. El guardia se revolvió inquieto en su asiento y consultó el reloj que llevaba en la muñeca. Un cuarto de hora después llegarían los mensajeros de la muerte.

Rápidamente se deslizaban los minutos. Se oyó resonar una puerta de hierro, los pasos de unos hombres en el corredor y el ruido de varias llaves que chocaban entre sí. Strome levantó la cabeza, abandonando la escritura, dió un suspiro que más parecía un sollozo y prosiguió en su tarea. El director de la cárcel, dos vigilantes y el capellán se acercaron a la estrecha puerta.

— Todavía está escribiendo — dijo el carcelero de servicio.

— Ya es la hora — se limitó a contestar el director.

Y, seguido del sacerdote, penetró en la celda.

Strome — que en aquel instante daba por terminado su trabajo — se puso en pie.

— ¿Está usted dispuesto? — le preguntó el director sin poder disimular cierta emoción.

— Cuando ustedes quieran — contestó Strome con voz clara.

El director hizo un signo y todos salieron precedidos por uno de los vigilantes. El reo caminaba con paso seguro, apoyándose ligeramente en el brazo que le ofrecía el sacerdote, y detrás seguían el director y el otro vigilante.

Silenciosamente, como si contase los pasos, la fúnebre comitiva siguió por un corredor no muy largo y se detuvo ante una habitación cuya puerta estaba abierta.

El director entró primero y tras él lo hicieron los vigilantes con el reo en medio. A éste, al trasponer el umbral, se le doblaron las piernas y pareció que iba a caer; mas se repuso en seguida y penetró en la estancia, ocupada por las autoridades y los testigos de la ejecución.

Sin oponer resistencia alguna el condenado se dejó conducir a un sillón colocado en el centro de la habitación. Escuchó atentamente las palabras del sacerdote y después besó con gran devoción el crucifijo que le acercó a los labios. Hizo entonces al director una señal para que se acercase y con voz entrecortada, pero que oyeron perfectamente todos los presentes, dijo:

— La justicia humana me ha con-

denado equivocadamente y estoy resignado a sufrir su fallo. En este último momento de mi vida confío únicamente en Dios y espero que El en su justicia infinita hará que algún día resplandezca mi inocencia.

Y, cambiando de tono, prosiguió:

— Sobre la mesa de mi celda he dejado escritas unas cuartillas que le ruego, señor director, haga llegar a su destino. En ellas, los pocos amigos que nunca han creído en mi culpabilidad encontrarán la prueba de mi inocencia y quizás puedan utilizarlas algún día para rehabilitar mi memoria.

Profundamente emocionado, el director estrechó la mano de Strome en señal de asentimiento y se retiró unos pasos.

A una señal suya, los empleados sujetaron los brazos y piernas del condenado y le colocaron sobre la cabeza el fatídico casco. Inmediatamente, un empleado dió paso a la corriente eléctrica, y, unos segundos después, la justicia de los hombres se había cumplido.

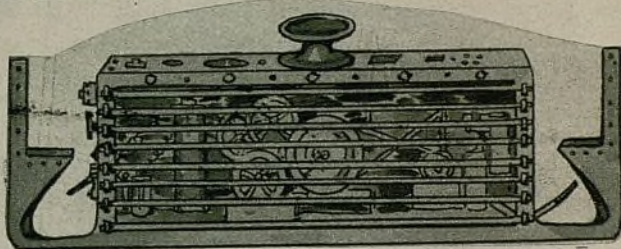
Poco a poco, los presentes fueron abandonando la habitación, en cuyo ambiente parecía resonar aún el eco de las últimas palabras de Strome: «En ellas los pocos amigos que nunca creyeron en mi culpabilidad encontrarán la prueba de mi inocencia y quizás puedan utilizarlas algún día para rehabilitar mi memoria.»

AL cabo de unos días, los amigos de Strome recibían dentro de un sobre que llevaba el membrete de la dirección de la cárcel donde aquél había sido ejecutado, un sensacional manuscrito, cuyo contenido — que reproducimos a continuación — constituiría, de ser cierto, la revelación científica más inconcebible y fantástica de que se tiene noticia en nuestro siglo de invenciones y maravillas.

ESCRIBO esta declaración final para justificaros, amigos míos, a los ojos del mundo, vosotros que tanto habéis luchado por evitarme la tumba de un asesino y habéis continuado creyendo en mi inocencia, a pesar de todas las pruebas que sirvieron de base para que me condenase el jurado y el juez pronunciara contra mí la sentencia de muerte.

Relataré los incidentes de la desaparición, y no de la muerte, del profesor Helming.

En la mañana del 6 de junio recibí una llamada telefónica en la oficina del periódico neoyorkino en que estaba empleado como redactor de asuntos sensacionales. Helming me habló desde el extremo opuesto de la



Alucinante revelación que un reo, injustamente condenado a muerte, escribió durante la última noche de su vida.

En este manuscrito, el condenado relata cómo, por medio de una ingeniosa máquina, científicamente construida, logró pasar de nuestro mundo a los fantásticos dominios de la cuarta dimensión.

línea y me rogó que fuese a verle aquel mismo día, a la una de la tarde, a su laboratorio de Brooklyn.

— Venga usted preparado a pasar el resto de la tarde conmigo — dijo, — pues quiero que presencie un experimento que no dudo hallará sensacional.

Examiné la lista de las cosas que tenía que hacer aquel día y vi que podía aplazarlas todas para acudir a la invitación de Helming. Sus fantásticos experimentos me habían proporcionado excelentes materiales para mis artículos y hasta algún renombre, de manera que le prometí que iría a verle.

Además, esperaba que tendría algo de interés excepcional que me permitiera no solamente escribir un artículo periodís-

tico, sino también una reseña especial para una revista científica, porque el caso es que tenía urgentísima necesidad de dinero. Desde algunos meses atrás mi madre estaba enferma, a causa de una lesión orgánica indefinida, y hacía ya seis semanas que se hallaba en el hospital sometida a un tratamiento. Cuanto dinero había podido yo ahorrar, y aun pedir prestado, sirvió para el inútil intento de devolverle la salud perdida.

Cosa de media hora después de haber hablado con Helming, telefoneé al hospital preguntando cómo seguía mi madre, pero me contestaron que el doctor Stuggart deseaba verme.

Me apresuré a ir al hospital. El facultativo me dijo que mi madre tenía un cáncer, pero que, si se la operaba dentro de breves días, aun había



Con vacilantes gestos saludamos a aquellos desconocidos seres'

la posibilidad de que se restableciese. Fui luego a la habitación de mi madre, que me acogió con una sonrisa a pesar del dolor que sentía, y si demostró estar preocupada, no era ciertamente por la operación, sino por no saber cómo podría yo hallar el dinero necesario.

Yo estaba casi indispuesto a causa de mi extremado apuro. Después de pagar los setenta y cinco dólares que importaba la estancia semanal de la enferma en el hospital — dinero que, dicho sea entre paréntesis, había pedido prestado a mi jefe, — no me quedaban en el bolsillo más que tres dólares y algunos

centavos. Y después de hablar con el doctor Stuggart supe que los honorarios mínimos que cobraría el especialista serían quinientos dólares.

Sin duda, el doctor Stuggart leyó el apuro en mi rostro, porque me dijo:

— Soy buen amigo del doctor Brown y estoy seguro de que no tendrá inconveniente en practicar la operación sin pedir el dinero adelantado. Así podrá usted disponer de una semana para reunir la cantidad necesaria.

Le di agradecido las gracias y le aseguré que haría cuanto de mí dependiese, aunque, en realidad, no sabía cómo reunir aquella suma. Y, desesperado ya por mis deudas, añadí:

— Estoy tan apurado, que antes que pedir prestado, preferiría venderme el alma por esos quinientos dólares.

— No diga usted tonterías — replicó secamente el doctor, y luego, con mayor bondad, añadió:

— Cuando se necesita dinero,



De pronto, dos muchachas se separaron del grupo y se acercaron a nosotros.



siempre acaba uno por encontrarlo. No se preocupe, porque todo se arreglará.

Pronuncié algunas palabras de asentimiento y luego, como ya era cerca del mediodía, tomé el metro en dirección a Brooklyn.

El profesor Helming vivía en una calle muy tranquila, cerca del Prospect Park, en una vieja casa de dos pisos, edificada más adentro de la rasante de la calle. El mismo Helming salió a recibirme a la puerta de su estudio, saludándome con su característica amabilidad. Me ofreció una silla y después de darme un cigarro procedió a cargar su pipa. Era un hombre de elevada estatura, corpulento, de treinta y tantos años, de ojos azules y frente espaciosa.

Quedóse en pie, ante mí, examinándome con cierto humorismo. Luego, sin más preámbulo, exclamó:

— No se apure, hombre, que el caso no es tan malo como le parece.

— ¿Qué caso? — pregunté.

— El que le preocupa, sea el que fuere. Por esa cara que pone, cualquiera creería que está a punto de acabarse el mundo.

Traté de evitar la respuesta, pero él, con su bondad, me obligó a confiarle mis pesares.

— ¿No es más que eso? — preguntó en cuanto hube terminado. — Pues tiene fácil remedio. Puedo prestarle ahora mismo los quinientos dólares. Precisamente esta mañana saqué del banco esta cantidad para pagar a mis ayudantes y los gastos de mi ama de llaves. Pero como puedo retirar mañana más dinero, no hay inconveniente en prestarle a usted el que ahora tengo.

Se sacó una cartera del bolsillo y contó los billetes sobre la mesa, mientras yo protestaba débilmente, diciendo que no podía aceptar, por ignorar cuándo podría devolver aquella suma.

— Dentro de diez años a partir de hoy — dijo él, sonriendo. — Estoy dispuesto a esperar a que pueda hacerlo sin extorsión alguna.

Con un gesto de mano acalló la expresión de mi agradecimiento y añadió:

— No puedo ocultarle que mi generosidad tiene un motivo egoísta. Lo hago porque quiero que escuche usted atentamente una explicación algo complicada y luego sea testigo de un experimento que, sin duda, será el más atrevido que se ha intentado desde que el mundo es mundo. Y estoy seguro de que no podría hacer eso, si estuviese agobiado por sus preocupaciones personales.

Era una manera muy delicada de acallar mis escrúpulos. Sentado como estaba en el sillón, me acerqué hacia la mesa que nos separaba y me quedé mirándole.

— ¿Tiene usted alguna idea de lo que se quiere indicar por cuarta dimensión? — me preguntó sin dar importancia a la cosa.

A otro cualquiera le habría contestado que sí, pero en conciencia no podía hacer lo mismo con el profesor Helming. Por eso le repliqué con sinceridad:

— Sólo sé que es algo relacionado con el tiempo y el espacio en combinación.

El profesor no pudo contener una sonrisa.

— Sin duda ha leído usted algunos artículos de vulgarización acerca de la teoría de Einstein. Pero no importa. Vamos a ver si puedo explicárselo claramente. Ya sabe usted que vivimos en un mundo de tres dimensiones, de manera que un hombre puede moverse en tres direcciones: hacia arriba y hacia abajo, a cada uno de sus lados y de atrás hacia adelante o a la inversa. Ahora bien: ¿puede usted imaginarse una cuarta dimensión?

Reflexioné un momento y contesté que no podía concebir siquiera la posibilidad de semejante cosa.

— Vamos a ver si consigo hacerle comprender en qué puede consistir la cuarta dimensión. Imagínese un ser tan inteligente como usted mismo, pero que viviese en un mundo de dos di-

mensiones, en vez de tres. Un ser aplanado que, para comprender mejor el caso, diremos que vive entre dos hojas de cristal. Podría ir hacia atrás y hacia adelante y hacia cada uno de sus lados, pero no podría ni subir ni bajar. Además, este ser ni siquiera tendría la posibilidad de mirar hacia arriba o hacia abajo. Habría nacido entre los dos cristales, y allí habría pasado toda su vida, llevando a cabo sus ocupaciones dentro de las dos dimensiones posibles para él. Como es natural, le resultaría inconcebible una tercera dimensión o dirección, lo mismo que se lo resulta a usted imaginar la cuarta. ¿Sigue usted mi razonamiento?

— Sí, señor — le contesté. — Comprendo perfectamente su explicación. Quiere usted decir que para tal ser no existiría nada por encima ni por debajo de él. Es decir, un ser de la segunda dimensión podría ser, por ejemplo, la imagen reflejada en el espejo.

— Exactamente. Ahora imagínese que usted o yo, seres que vivimos en un mundo de tres dimensiones, contemplásemos

por encima del cristal la vida y los trabajos de esos seres aplanados. Supóngase que estamos viendo a dos de esos individuos que hablan entre sí, y, de pronto, usted se inclina hacia ellos, levanta la hoja de cristal sin molestarles y toma uno de tales seres en la mano. ¿Puede imaginarse el asombro del otro ser al darse cuenta de que su amigo, que estaba frente a él y con quien hablaba, ha desaparecido de pronto de su vista? La cosa sería para él un milagro inexplicable. Y luego, mientras siguiera atónito por lo ocurrido, usted podía dejar de nuevo a su compañero en el mismo lugar de donde lo sacó, pero vuelto del revés, es decir, con el lado superior hacia el suelo. El pobre espectador se moriría de horror. Eso equivaldría a que yo, sentado ante usted, desapareciese de pronto y un momento después volviese a presentarme andando con la cabeza.

Moví acompasadamente la cabeza de arriba a abajo, para significar que comprendía, y luego presté atención a un ruido que ya me venía preocupando desde el primer momento de hallarme en la estancia. Era el débil maullido de un gato. Al principio se oyó cerca del lado de la mesa de Helming, pero luego lo percibí junto a mis pies. No era más que la sombra, por decirlo así, del maullido de un gato, y supuse que procedería del sótano de la casa. Sin embargo, experimentaba la extraña sensación de que no era así. Se dejaba oír como si el gato estuviese a mi lado, pasándose por entre las piernas, como suelen hacer esos animales. Pero al mirar al suelo no veía cosa alguna, por más que todo me daba la rara impresión de que el animalito estaba allí y se esforzaba en llamarme la atención.

— Durante muchos años — continuó explicando el profesor — me he esforzado en hallar la dirección en que pudiera encontrarse la cuarta dimensión. Luego, a fuerza de figurarme yo mismo un ser de dos dimensiones solamente, he comprendido, de pronto, dónde se hallaba. Desde entonces, el problema ha consistido en construir una máquina capaz de salir de este mundo de tres dimensiones y pasar al de cuatro, de la misma manera que el ser de dos dimensiones podría desear otra máquina que, rompiendo la plancha de cristal, le llevase hasta la tercera dimensión.

Luego añadió:

— Sepa usted, Strome, que después de diez años de experimentos he logrado construir la máquina necesaria.

Me quedé mirándole. ¿Se habría vuelto loco? ¿Querría cambiarse de mí? El profesor sostuvo tranquilamente mi mirada. De pronto, me puse en pie de un salto, porque el maullido que antes resonara entre mis pies se oyó sobre mis rodillas, como si el gato se hubiese subido a ellas. Acaso hice mal en saltar sin motivo, como pudiera haberlo hecho una mujer asustadiza, porque hube de exclamar:

— ¡Pero si no hay ningún gato!

El debió de adivinar mis pensamientos, porque replicó:

Emprendimos un viaje extraño a través de un mundo silencioso, sumidos siempre en una semiobscuridad. Pasábamos a través de las personas, que gesticulaban y hablaban en silencio a nuestro alrededor.

— Siéntese, Strome. Dentro de un momento se lo explicaré. Obedecí. «Sin duda, pensé, Helming quiere divertirse a costa mía. Tendré un poco más de paciencia.»

— Creo que ya son superfluas más explicaciones — dijo. — He construido una máquina que puede transportarme a la cuarta dimensión. Sé que funciona bien porque ya la he probado. Esto le explicará el misterio del gato. Esta mañana, antes de telefonear a usted, hice el experimento con el animalito. Lo puse en la máquina y moví la palanca que puede llevar cualquier ser vivo a la cuarta dimensión o dirección. Lo malo fué que el gato saltó antes de que hubiese terminado el experimento y, por tanto, ahora no se halla ni en la cuarta ni en la tercera dimensión, sino en algún espacio intermedio, condenado a ir de un lado a otro, tal vez por toda la eternidad, entre dos mundos.

¿Estaría loco o quería bromear? Muy preocupado examiné su rostro. Pero no había ningún indicio de locura en aquellos ojos claros y azules, ni en su tranquilo continente, ni en su actitud fría y ponderada.

Indudablemente, quería divertirse un poco a costa mía. Pero ¿por qué? En fin, puesto que se ha-

que, puestos con el mayor orden, vi matraces, máquinas para pesar y ensayar, hornos eléctricos y mil aparatos más cuyo uso no habría podido adivinar siquiera.

Al llegar al extremo opuesto a la puerta del laboratorio se volvió hacia mí y dijo:

— La máquina se halla en un cuartito del sótano. Es una estancia secreta, que incluso ignoran mis ayudantes. La he hecho yo mismo y la construcción de la máquina la he llevado a cabo durante las noches, cuando me hallaba en la soledad más completa. Será usted el primero, después de mí mismo y del gato, en entrar ahí y ver la máquina.

Miré por el suelo, a todo mi alrededor, y no pude ver ninguna trampa ni manera de penetrar en la secreta estancia.

— No se preocupe — dijo mi amigo riéndose.

Luego, deslizándose la mano por debajo de uno de los bancos, oprimió un botón. El suelo que tenía delante de mí retrocedió hasta dejar al descubierto un agujero negro, que, un momento después, quedó inundado por la luz verdosa y fantasmal de unas poderosas lámparas de vapor de mercurio.

Helming se quitó el gabán y lo dejó en el banco. Luego, mientras se sacaba del bolsillo del chaleco algunas monedas sueltas — que dejó al lado del gabán — explicó:

*Roberto, Roberto mío.
Vuelve y demuéstrole
que eres inocente.*

bía mostrado tan bondadoso conmigo, lo menos que podía hacer yo era tomar a bien la cosa y así, sonriendo, le dije:

— Parece muy interesante. Supongo que tendrá usted la bondad de mostrarme la máquina, ¿verdad?

— Sí — contestó. — Precisamente para eso le he llamado. Venga usted.

Me hizo salir de la casa, atravesamos el patio en que cultivaba algunas plantas de flores y me llevó a una especie de cobertizo de hormigón. Abrió la puerta y entonces me vi en su laboratorio. Era una estancia enorme, de catorce metros de larga por veinticuatro de ancha, con ventanas en todos sus lados. Debajo de ellas había varios bancos de trabajo, en los

— No puede llevarse encima nada de metal para hacer esta prueba. Mejor será que haga usted lo mismo que yo. Deje ahí las monedas sueltas, el reloj y todo objeto metálico que lleve consigo.

Saqué de mi bolsillo las escasas monedas que llevaba y las dejé sobre el banco. Registré los demás bolsillos y saqué un gemelo de metal y un llavero con llaves, y lo puse todo al lado de mi dinero.

— Deje usted también el reloj — dijo él.

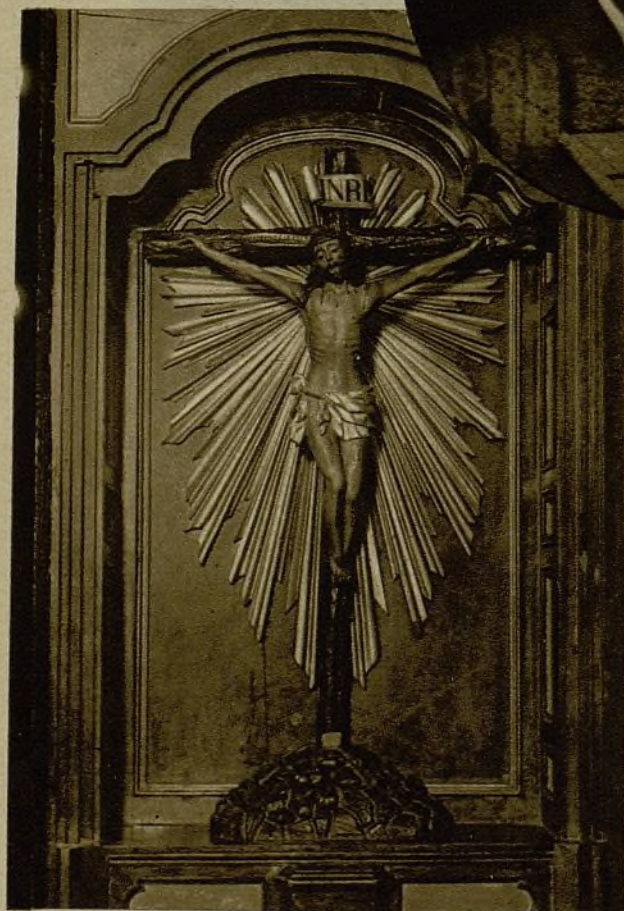
(Continúa en la página 69)

LA SANTA de Nuestra Señora

Una institución SECULAR ESPAÑOLA



Arriba: Iglesia de Santa Cruz, en Madrid, donde está el altar y las imágenes de la Caridad y la Paz. Abajo: El Cristo que acompaña a los ajusticiados. — En el círculo: El duque de la Unión de Cuba, presidente de la Hermandad.



CON este nombre se conoce en España la Cofradía encargada de auxiliar espiritual y temporalmente a los reos que la Justicia destina al último suplicio, dando a sus cadáveres sepultura eclesiástica.

El origen de la piadosa institución es antiquísimo. Los cronistas nos hablan ya, como su más directa antecesora, de la Cofradía del Campo del Rey, instituida en el reinado de don Juan II de Castilla el año 1421 para asistir y dar sepultura a los que morían por la Justicia. Tenía la Orden un hospital en los terrenos cercanos a la Real Armería actual y, cuando se llevó a cabo la refundición de los once existentes en la corte en un solo hospital general bajo el reinado de Felipe II, los hermanos de la Caridad llevaron la imagen de la Virgen que veneraban a la iglesia de Antón Martín y, poco después, a la de Santa Cruz, cediendo a la Corona la finca en que estaba enclavado el hospital.

Con la misma finalidad cristiana nació después, acaso para conmemorar la paz ajustada entre los Comuneros y las tropas del alcaide de la cárcel del Alcázar, otra hermandad llamada de Nuestra Señora de la Paz que, pasando por análogas vicisitudes que la anterior, fué también a albergarse en la iglesia de Santa Cruz.

De tal identidad de fines surgió la inevitable competencia. En cada ejecución se originaban disputas entre los hermanos de una y otra cofradía y el deseo de concordia sugirió la fusión que se llevó a cabo el 11 de febrero de 1796.

Las crónicas registran también otras obras piadosas de la hermandad fusionada que, al quedar libre de los cuidados de la hospitalización, instituyó dotes para casar huérfanos pobres y dió de comer por espacio de muchos años en las tres Pascuas a los reos de las cárceles de la Corte.

Pero, a través del tiempo, perdida la costumbre de esos socorros, sólo subsiste la que verdaderamente caracteriza a la Cofradía: la asistencia a los reos en capilla.

Las crónicas a nuestro alcance no dicen más, pero es indudable — pensamos — que en los archivos de la Hermandad existen documentos curiosos que divulgar para curiosidad de nuestros lectores y así pensando hemos llegado hoy al domicilio social de la Cofradía guiados por el culto secretario don Enrique Moreno, que amablemente satisface nuestro afán de reporteros.

Se halla situada la casa de la Hermandad en el barrio de Salamanca y en singular contraste por su modestia con las viviendas generalmente suntuosas de la moderna barriada. Todo el museo de la Hermandad y el sencillo mobiliario de sus juntas se acomodó, tal vez provisionalmente (y allí continúa desde que tuvieron los cofrades que abandonar su primitivo local de los barrios bajos que amenazaba ruina), en una sola habitación rectangular de reducidas proporciones; al frente el dintel de damasco rojo con los retratos de los fundadores don Juan II y doña María de Aragón; bajo él los sillones de terciopelo blanco y verde, la mesa revestida para las Juntas, como aparece en una de las fotografías que ilustran este artículo, y frente a ella los bancos para los hermanos; en el testero de la izquierda un retablo del siglo XVII con la antiquísima imagen del Cristo que tradicionalmente debe acompañar a los ajusticiados y que ha sido recientemente restaurado por Aniceto Marinas, y en el testero opuesto al retablo el armario de alcanfor donde se guardan los estandartes de la Orden, el primitivo, que reproducimos aquí, y el último, verdaderamente magnífico, regalado por la reina doña Isabel II.

— Desde la fundación de la Hermandad se anotaban las ejecuciones en los libros de las misas celebradas en sufragio de los ajusticiados — nos dice nuestro interlocutor. — Sólo desde 1687 existen registros de ejecuciones. Pero, además, el registro desapareció entre las llamas

HERMANDAD de Caridad y Paz

Reportaje por
ENRIQUE MARINER

al ocurrir el incendio de la iglesia de Santa Cruz y por eso sólo verá usted en esos libros las referencias de 1070 ajusticiados. Los últimos de ellos Higinia Balaguer, el capitán Clavijo, el capitán Sánchez, Sánchez Navarrete y los demás compañeros suyos del crimen del correo de Andalucía.

Pasamos las hojas del libro donde hallamos nombres célebres de regicidas, de bandoleros, de reos políticos.

En ese voluminoso libro, que es el cuarto tomo del registro, y abarca todo el pasado siglo, están las inscripciones de todos los ajusticiados en uno de los períodos más revueltos de nuestra Historia. Entre ellos figuran el revolucionario Riego, el célebre ladrón Luis Candelas, convertido en héroe popular por la leyenda, el cura Merino que en 1852 atentó contra la vida de la reina Isabel.

Son referencias sencillas, escuetas, pero que, a veces, en una sola línea contienen el esquema de una vida. Así por ejemplo, la de don Rafael de Riego, extendida en la cárcel de la Corte el 7 de noviembre de 1823 y que dice así: «El Mayordomo mayor, Tesorero secretario con otros individuos de la Real Archicofradía de Caridad y Paz, pasaron a la habitación o capilla del reo, saludándole. Dijo llamarse don Rafael de Riego, natural de la parroquia de Auña, concejo de Tineo, obispado de Oviedo, de edad de 39 años cumplidos, de estado casado con doña María Teresa del Riego y Riego, del mismo concejo, e hijo de don Eugenio Antonio y doña María Teresa Flórez Valdés. En el mismo día 7 sufrió la pena de horca en la plazuela de la Cebada y sitio acostumbrado, por patricio y defensor acérrimo de las libertades patrias. Al toque de oración el cadáver fué recogido por la Hermandad y amortajado con el hábito de nuestro padre San Francisco y conducido a la parroquia de San Millán para darle sepultura, todo en la forma acostumbrada por la archicofradía...» La inscripción con otros pormenores nimios concluye especificando la inversión de la colecta en favor del reo que se hizo durante los días 5, 6 y 7 y que produjo un total de 2,470 reales vellón.

De pasada, mientras el fotógrafo obtiene las notas gráficas que ilustran este reportaje, el señor Moreno nos va diciendo...

— No tienen nuestros hermanos, como erróneamente se supone, la facultad de impedir la muerte del reo cuando, por defecto de la máquina de la Justicia, quedan con vida. Hay en contra de esta creencia varios testimonios. El año 1650, al tiempo de ahorcar a un famosísimo ladrón, cayeron de la horca el reo y el verdugo. Los hermanos intentaron arrancar al criminal de manos de la Justicia, pero los alguaciles lo impidieron y el Gobernador de la Sala dispuso que la sentencia se ejecutase por otro medio y se colocase luego el cadáver en la horca. En los archivos de la Orden hay otros casos igualmente demostrativos de este aserto. Sólo el Rey puede conferir la gracia del indulto.

— ¿...?

— Sí, la caridad cristiana ha hecho desaparecer las penas infamantes, pero, mientras estuvieron en vigor, nuestra hermandad tenía el privilegio especial, determinado en sus constituciones, de recoger los restos de los reos descuartizados y darles sepultura y lo mismo en el caso de los reos encubados, acortando la sentencia de modo que apenas caída en el río la cuba los hermanos la condujesen a la orilla y extrajesen el cadáver para amortajarlo. Nuestra Hermandad puede vanagloriarse de haber detenido el cumplimiento de cinco penas de cremación, intercediendo cerca del Monarca para que las conmutase por la de horca.

— ¿...?

— No, no es exacto que vengamos obligados a satisfacer todos los deseos extravagantes de los reos en capilla. Por el contrario, nuestras



Arriba: La mesa de la presidencia de la Hermandad de Caridad y Paz en su sala de juntas. — A ajo: El primitivo estandarte de la Hermandad. — En el círculo: Don Enrique Moreno, secretario de la Hermandad de Caridad y Paz.



constituciones previenen, al hablar de la comida que se dará al reo, que en estos casos han de guardarse la moderación, prudencia y precauciones que es estilo; y las primitivas constituciones decían que «la comida fuese decente, moderada y suficiente sin profusión», procurando que el servicio sea todo de metal, que no se pongan al alcance del reo cuchillos ni tenedores y que los pescados y carnes sean limpios de espina y huesos.

Las limosnas que imploran los Hermanos por el reo en capilla se invierten, en sus tres cuartas partes, en los gastos de asistencia y en sufragio por su alma, y de la cuarta parte restante puede el reo disponer en beneficio de sus herederos pobres o para pago de deudas.

Brevemente puntualiza después el señor Moreno los deberes de los hermanos. El Mayordomo mayor, acompañado del Tesorero de la Archicofradía, asiste a la notificación de la sentencia, se acerca al desgraciado, le estrecha entre sus brazos y le conduce a la capilla. Y una vez allí, después de suministrar al reo los auxilios necesarios, deja señalados los turnos de los hermanos que han de quedar de guardia relevándose por parejas y asistiéndole a la hora de las comidas. La Hermandad acompaña al reo al patíbulo, pide limosna, dice una misa en sufragio de su alma y en la noche de la víspera de la ejecución procede a la ceremonia de recibir por hermano al reo para que goce de todas las gracias e indulgencias concedidas a la Cofradía por la Santa Sede, levantándose acta de todo ello en el libro de ajusticiados.

Llegada la hora de la muerte se administra al reo la comunión; el Mayordomo y el Hermano Mayor le visten, y a la



La hopa amarilla con que se revistió al regicida Merino.

hora de salir de la capilla asiste la Corporación en masa rodeando al reo, llevando los Mayordomos en unas cajas agua, vino, bizcochos y vinagre por si el sentenciado tuviere necesidad de ello. Terminada la ejecución, los Hermanos visten el cadáver con el hábito de San Francisco y le conducen al cementerio.

— ¿Y son ustedes muchos hermanos? — inquirimos.

— Solamente treinta y cinco y tres aspirantes. Preside la Hermandad, como Mayordomo Mayor, el señor duque de la Unión de Cuba y pertenecen a ella como hermanos, desde principios de siglo, otros aristócratas, como el duque de Arión, el marqués de Santa Cruz y el conde de Cerregería. Hace también bastantes años ingresaron el duque de Alba y el de Medinaceli, los marqueses de Rafal y de Portago y los condes del Real de los Corbos y de Villagonzalo.

Entre los tres aspirantes aludidos está el duque de Almazán.

De muchos detalles más nos informa amablemente el secretario de la Cofradía, mientras el conserje va mostrándonos cuadros, imágenes, ropajes y reliquias. Así por ejemplo, la hopa amarilla con que se revistió al cura Merino, y que aparece reproducida en uno de estos grabados. La hopa de los reos vulgares es negra.

Pero nos damos cuenta de que abusaríamos de la paciencia de nuestros lectores si alargásemos este reportaje y salimos a la calle, iluminada y alegre, un poco abrumados todavía por la evocación terrorífica de la muerte que parece flotar en el museo-archivo de la Hermandad de Caridad y Paz...

ENRIQUE MARINER



El servicio de plata, sin cuchillo ni tenedor, preparado para la comida de los reos.

Las MUJERES DELINCUENTES

Aspectos de la Gente del Hampa

por SEGUNDO HOLMES



EN el mundo de la criminalidad hay un ser digno de compasión: la mujer delincuente. A la figura de la mujer, —orgullo del hombre, compañera de nuestra vida que alienta nuestro decaimiento, que enjuga nuestras lágrimas, que fué nuestra propia madre y es la madre de nuestros hijos, — a ese ser tierno y delicado que es todo sentimiento y dulzura, también suele azotarle el vendaval de la vida y, como otra María de Magdala, peca y se arrastra por el fango, aunque luego su misma alma sensitiva la redima de sus faltas.

La mujer delincuente es algo triste que apena el ánimo, porque si profundizamos un poco acaso veamos que el mismo hombre tomó parte en su caída.

Cuando ella delinquir, la fuerza del propio delito pudo hacerla retroceder del camino emprendido; pero la vida siguió mostrándose implacable con ella, endureciéndole lo único grande que siempre tuvo: el corazón. Y continuó su marcha hasta embotarse su sensibilidad y su ternura.

Es digna de compasión la mujer delincuente, la que ha delinquido una y otra vez, la que hizo profesión del delito. ¡Pobre mujer nacida siempre para causas nobles y puras! Dos ideas me animan al hablar de ella: la primera, ver si con el ejemplo del pecado se horrorizan de su propia obra, volviendo al camino del bien, las que aun sintieran tentación de delinquir, y la segunda, evitar los golpes de mano de las que ya son profesionales del delito, descubriendo sus intimidades y maneras de operar.

Las bolsilleras

VARIAS son las especialidades a que se dedica la mujer delincuente.

Empezaré por describiros las *bolsilleras*, que, como su nombre da a entender, son aquellas que se dedican a desvalijar los bolsillos y bolsos de las señoras, introduciendo en ellos con cautela los *bastes*, o sean los dedos en su argot, aprovechándose de las aglomeraciones ante los escaparates, en las paradas de tranvías, etc.

Algunas veces, en el primer avance, solamente abren el bolso de mano, o sea el *limo*, como dicen en su jerga, y siguen su camino, aprovechando otro descuido de la futura víctima, a quien persiguen, para volver a la carga, desvalijando en un segundo ataque el contenido del bolso.

Las *bolsilleras* también se dedican a operar con preferencia en las iglesias, las *cangris*, donde aparentan suma devoción arrodilladas junto a las señoras, amparadas de la semiobscuridad reinante; tan-
tean, primero,

con precaución el punto donde suponen que están los bolsillos de los trajes de aquéllas y, deslizando en ellos después las manos con maestría, los despojan de cuanto contienen.

También algunas *bolsilleras* se colocan sobre el pecho unas manos enlazadas, de cera, sujetas con un aparato especial a la cintura. De esta disposición y cubiertas con un manto, deslizan las manos auténticas bajo él, registrando y desvalijando los bolsillos ajenos, con la mayor impunidad, ya que su aparente devoción las libra de todas sospechas.

Las *bolsilleras* vigilan también a las señoras devotas que dejan sus asientos y van a confesarse o a comulgar, abandonando sus bolsillos de mano sobre las sillas que ocuparon. Cuando los ven solos, como gatos sobre los ratones, se precipitan, felinas, sobre los bolsillos, de los que se apoderan, huyendo con el fruto de su rapiña.

Criadas que no lo son

OTRA de las plantas de la delincuencia femenina son las supuestas criadas, que entran a servir en las casas para desvalijarlas a la primera ocasión de hallarse a solas. Las amas de casa no deben admitir a su servicio a ninguna criada, sin referencias precisas y de verdadera garantía.

A propósito de tales criadas, voy a referiros un lance que le ocurrió a cierto individuo, que había amasado una considerable fortuna con una casa de compraventa y dando dinero a rédito y que era extraordinariamente avaro y tacaño. Como tenía varios hijos y esposa, necesitaba por lo menos una criada y una cocinera, lo que le tenía fuera de sí. En sus relaciones hipotéticas, le recomendaron una criada que servía

para todo, pues era una consumada cocinera, lavaba a la perfección y sabía ir al mercado, regateando hasta el céntimo en las compras. Nuestro hombre vió el cielo abierto y la admitió a su servicio, despidiendo a las otras dos fámulas. En efecto, la nueva sirvienta era un modelo de criadas. Todo lo reunía, hasta el carácter afable y modoso, negándose desde el primer momento a salir los domingos y días festivos. Con tales prendas personales se captó la confianza y simpatía de todos.

Pero no habían transcurrido quince días, cuando nuestro ex prestamista, al volver un día festivo del teatro con su familia, al que no iba casi nunca por misero, se encontró con la casa medio desvalijada. Habían desaparecido ropas de valor y cuantas al-



Amparadas de la semiobscuridad de la iglesia, las bolsilleras aprovechan el momento de piadoso recogimiento de las señoras para quitarles el bolso.

hajas y dinero guardaba en un armario que violentaron los ladrones, haciendo saltar las tablas de la pared de atrás, las cuales volvieron a colocar en orden después de cometido el robo; importaba éste en total unas 50,000 pesetas. Nuestro hombre quedó consternado, pero aun su desesperación llegó al colmo al encontrar dentro de la cajita vacía de las joyas un papel con las siguientes líneas escritas por la criada modelo, la cual era la autora del robo: «Soy el alma vengativa de todas sus miles de víctimas, a quienes estrujó usted como un limón. Pero como no conozco personalmente a ninguna, me hago dueña de cuanto he encontrado de valor, cumpliendo aquella máxima de que el que roba a un ladrón, ha cien años de perdón. ¡Ah! Como me gusta ser agradecida, ya le recomendaré a usted otra criada que sirva para todo, como yo...»

¡Y tanto que sirvió para todo! El pobre ex prestamista estuvo en cama dos meses, de la impresión.

En contraposición con esta anécdota, voy a contaros otra a la que puso epílogo la nota triste y dolorosa del error, sumiendo a una pobre muchacha en la desesperación y la deshonra.

En cierto hogar de un acomodado industrial, viudo y con un hijo, de unos veinte años, entró a servir de criada una linda muchachita, que desde los primeros momentos agradó al dueño de la casa por su actividad en el trabajo y su carácter franco y alegre.

A poco de empezar la criadita a ejercer su misión en la casa, el industrial comenzó a notar la falta de dinero de un cajón de su mesa de despacho, donde tenía costumbre de guardarlo, y sin que se notara señal alguna de violencia en el mueble.

Sospechó, claro es, de la criadita, a la que celó diligente, sin que pudiera sorprenderla *in fraganti*. Pero como el dinero seguía desapareciendo por arte de magia, hizo una contraseña a algunos billetes del Banco y los colocó en el lugar acostumbrado, de donde, como otros muchos anteriormente, también se evaporaron, sin dejar vestigio alguno por donde se pudiera colegir quién era el autor de la substracción.

Pero el industrial, que sospechaba únicamente de la criada, la mandó detener y conducir a la comisaría de Policía como supuesta autora del hurto, donde la infeliz negó con energía el delito; pero como el perjudicado siguió sosteniendo su acusación, se levantó el consiguiente atestado, poniéndola a disposición del Juzgado de guardia, pero no sin pasarla antes por el Gabinete de Identificación, donde fué fichada y retratada como supuesta autora de un hurto doméstico, siendo su ficha

En los comercios, las mecheras hacen desaparecer piezas enteras por entre los pliegues de sus faldas, aprovechando siempre el descuido del dependiente.



y retrato colocados entre los de las profesionales delincuentes.

La pobre muchacha, mientras estas operaciones, lloró desconsolada y amargamente, haciendo protestas de inocencia; pero de nada le valieron, siendo al fin conducida por el centro de la ciudad entre dos guardias de Seguridad a disposición del juez de instrucción, sufriendo un nuevo calvario afrentoso, que tuvo su epílogo doloroso ingresando horas después en la cárcel de mujeres.

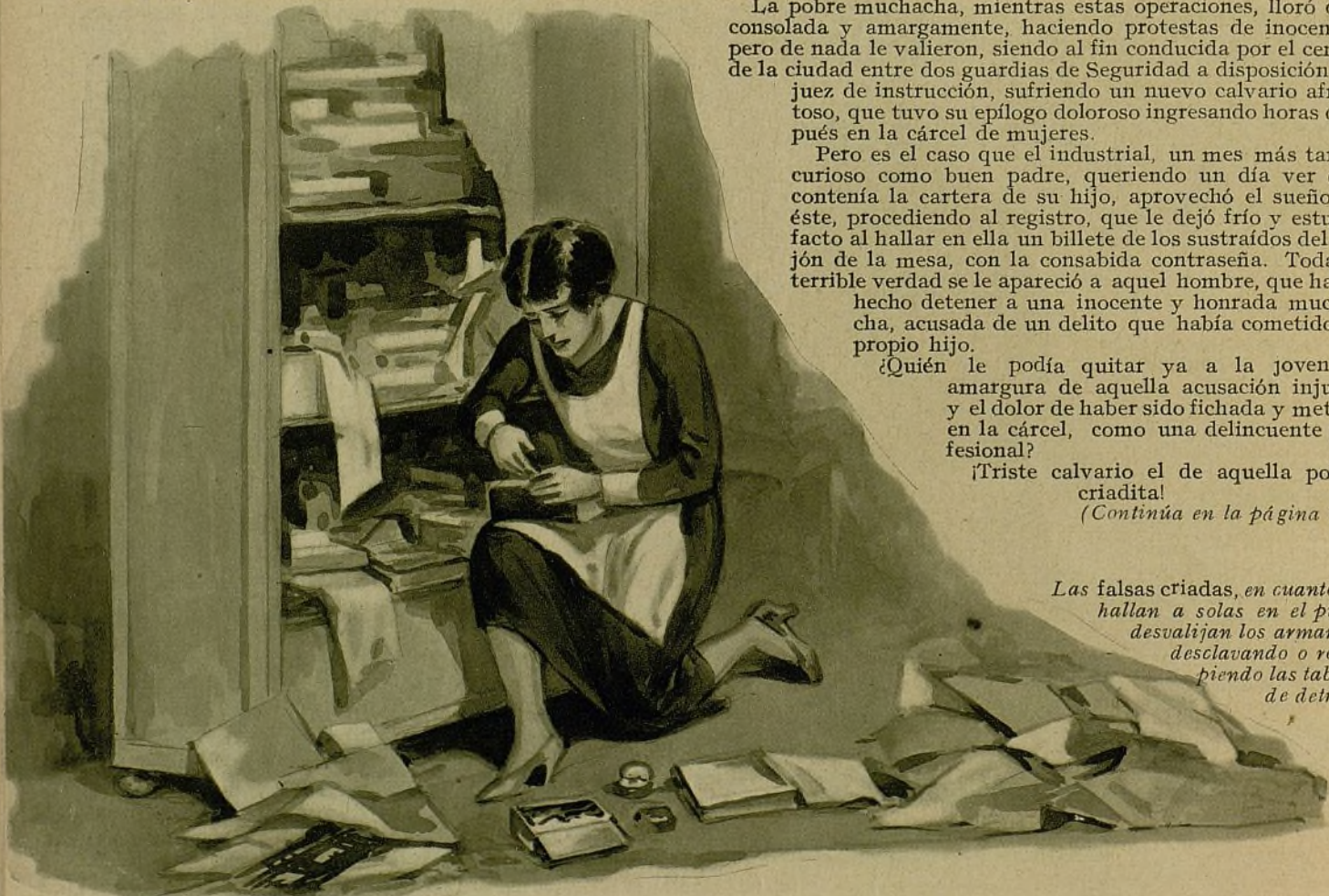
Pero es el caso que el industrial, un mes más tarde, curioso como buen padre, queriendo un día ver qué contenía la cartera de su hijo, aprovechó el sueño de éste, procediendo al registro, que le dejó frío y estupefacto al hallar en ella un billete de los sustraídos del cajón de la mesa, con la consabida contraseña. Toda la terrible verdad se le apareció a aquel hombre, que había hecho detener a una inocente y honrada muchacha, acusada de un delito que había cometido su propio hijo.

¿Quién le podía quitar ya a la joven la amargura de aquella acusación injusta y el dolor de haber sido fichada y metida en la cárcel, como una delincuente profesional?

¡Triste calvario el de aquella pobre criadita!

(Continúa en la página 73)

Las falsas criadas, en cuanto se hallan a solas en el piso, desvalijan los armarios desclavando o rompiendo las tablas de detrás.



DETECTIVE a la FUERZA

por ALFONSO ORDÓÑEZ CANTÓ

Durante su estancia en Valencia



El joven murmuró algunas palabras incoherentes y se alejó de la muchacha con paso inseguro y apoyándose en las paredes.

Impulsado por la curiosidad, excitado por su amor propio y obligado por las circunstancias, un pacífico ciudadano se vió forzado a actuar de detective y logró salir airoso de su difícil empeño.

QUE un detective pueda narrar una aventura interesante de su vida, con sus ladrones misteriosos, sus momentos de emoción y de peligro, sus luchas en las que no sólo rivalizan la calidad del revólver y la firmeza del pulso, sino también la astucia y la audacia; que un detective, lector, como los que firman en otras páginas de este periódico, logre interesante contándose un fragmento de su biografía, no tiene nada de particular.

En cambio, me parece que te sorprenderá que yo, que jamás he sido detective ni he tenido aficiones detectivescas, pueda contarte una de esas autoaventuras, tan curiosa e interesante como las que refieren los profesionales del detectivismo.

El caso es inaudito: fui detective durante una semana. Fui detective, o desempeñé el papel de detective, a la fuerza. De nada me valieron mis aficiones contrarias, mi aversión al mundo de la delincuencia, ni mi condición de hombre pacífico. Tuve que hacer de detective. Veréis cómo.

Ocurrió el hecho en Valencia, donde a la sazón — hace unos diez años — me hallaba. Había ido a resolver ciertos asuntos relacionados con mi negocio, y, como diera la casualidad de que entonces comenzaran las Ferias en la bella capital levantina, decidí quedarme, unos días más, después de dejar resueltos los asuntos que allí me llevaron.

Me había alojado en un hotel de primer orden, y allí llevaba algunos días viviendo tranquilamente, cuando una noche, a poco de acostarme, oí un ruido en la habitación de al lado.

Fué un ruido extraño, semejante al que produce una persona al caer o un mueble al rodar por el suelo. Sin embargo, no di importancia al hecho — nunca me ha interesado lo que pueda ocurrir en las habitaciones vecinas de los hoteles — y me volví del otro lado para tratar de conciliar el sueño lo antes posible. Pero a poco volvía a sacarme violentamente de mi somnolencia un ruido muy parecido al anterior, procedente esta vez de la habitación frontera. El hecho se repitió dos o tres veces más durante la noche. Como nunca he creído en duendes, y al día siguiente no tuve noticia de que por la noche hubiese ocurrido nada extraordinario en el hotel, no supe a qué atribuir aquellos ruidos insólitos, y decidí no pre-

ocuparme más del asunto. Además de mi poca curiosidad, necesario es decir que tenía otros motivos para conducirme así. Por otra parte, cuando viajé no me olvidé nunca de cerrar bien la puerta de la habitación ni de tener a mano una pistola automática... por lo que pudiera suceder. Es una costumbre adquirida en mis frecuentes viajes, y que, en diversas ocasiones, he podido comprobar que era excelente.

Aquel día, al bajar al comedor, mi vecino de mesa, un caballero grueso, de tipo extranjero, después de haberme pedido en diversas ocasiones que le acercase las vinagreras, o el pan, o la botella de agua... — que estaban, por cierto, a su alcance — lo que dió motivo a entrar en conversación conmigo (y tal vez sólo para eso me había molestado), comenzó a hacerme algunas preguntas acerca de mi persona. Como el caballero aludido parecía una buena persona, y yo no tenía nada que ocultar, además de que en mi negocio convienen siempre relaciones nuevas, lejos de rehuir el interrogatorio, contesté a todo lo que el caballero me preguntó y hasta le expliqué, de propina, algunas cosas más que no sé si tenía interés en saber, pero que,

unos dos pasos, y con expresión entre indignada y temerosa, gritó al que yo había creído su novio:

— ¡Le he dicho a usted que se vaya! ¡Esta no es su habitación, ni tiene usted nada que hacer en ella!

El joven murmuró algunas palabras incoherentes y se alejó de la muchacha con paso inseguro y apoyándose en las paredes. Al pasar por mi lado me hizo una exagerada reverencia y balbuceó torpemente algunas palabras.

Comprendí que estaba borracho o hacía ver que lo estaba y me quedé mirándole mientras se alejaba por el pasillo, para volver después la vista hacia la joven.

Esta abrió inmediatamente la puerta de su cuarto y la cerró con violencia, después de haber desaparecido tras ella.

También yo penetré en mi habitación, pero fué para tratar de descifrar aquel suceso incomprensible. ¿Por qué, cuando creían que no les veía nadie, aquella pareja cuchicheaba en tono confidencial, demostrando en su actitud tanta afectuosidad que me parecieron dos enamorados, y, en cambio, cuando supieron que alguien los miraba, hicieron ver que ni se cono-

ANTES de salir tuve un pensamiento repentino: llevarme en el bolsillo las joyas. Y al ir a buscarlas, advertí que había desaparecido el brazalete de mi madre.

de todas suertes, me figuré que oía con verdadera atención. Por la noche, a la hora de la cena, creí que volvería a hallar al curioso huésped a mi lado, pero vi que se había sentado a otra mesa, y que hablaba animadamente con el que comía a su lado. En los días sucesivos hice la propia observación. Jamás el comunicativo extranjero comía dos veces en la misma mesa; cosa rara, porque precisamente los huéspedes de un hotel, aunque lo sean por pocos días, prefieren, por lo general, comer siempre en el mismo sitio. Esa circunstancia, que tal vez en otra ocasión no me hubiese llamado la atención, considerándola un sencillo capricho poco en consonancia con la costumbre de otras personas, sin que yo mismo sepa por qué, me intrigó entonces. ¿Lo relacioné acaso, en mi subconciencia, con los ruidos que percibí aquella noche?

No habría tenido nada de particular que fuera así. En mi vida de hombre pacífico, absorbido por los negocios, no ocurría nunca nada extraordinario. Por eso cualquier insignificante anomalía, cualquier suceso, por pequeño que fuese, con tal que saliera de lo común, tenía para mí visos de acontecimiento y se me fijaba en la memoria con exagerada intensidad. Tal ocurrió con los ruidos percibidos aquella noche en el hotel y con el proceder del extravagante huésped, y al quedar estos dos sucesos destacados en mi memoria, no habría sido extraño que se relacionaran por sí mismos, sin que mi razón pusiera nada de su parte.

Me di cuenta de que estaba cayendo en la vulgaridad de interesarme por las vidas ajenas, como la gente curiosa y desocupada, y, considerando que esto era impropio de un hombre serio como yo, me prometí no volver a ocuparme ni del huésped ni de los ruidos.

PERO he aquí que al día siguiente lo extraordinario se presentó de nuevo ante mí, echando a rodar, muy a pesar mío, todos mis buenos propósitos de discreción.

Subí a mi habitación, después de comer, cuando, al entrar en el pasillo al que correspondía el número de mi cuarto, vi que algunas puertas más allá había una pareja que cuchicheaba, tan cerca el uno del otro, que retrocedí instintivamente.

Comprendí que se trataba de dos enamorados que, en aquella soledad propicia, se demostraban su cariño más expresivamente que acostumbraban a hacerlo en público y, llevado de un sentimiento compasivo, quise evitarles la turbación de verse sorprendidos en aquella actitud demasiado apasionada.

Fingí dar un tropezón lo bastante fuerte para que los tórtolos lo oyeran a pesar de su arrobamiento, y penetré de nuevo en el pasillo.

Entonces ocurrió lo sorprendente. Ella, separada del joven

cían siquiera? ¿Por qué aquel joven demostró de pronto estar embriagado?

Me di por vencido respecto a mis propósitos de discreción. ¿Cómo era posible acallar la curiosidad ante aquellas cosas inexplicables que me estaban sucediendo?

Después de mucho reflexionar, me pareció dar con la clave del enigma. Se trataba de dos enamorados que, sabe Dios por qué motivo, tenían empeño en guardar secreto sobre sus amores. Por eso hicieron aquella comedia. Demostrando que ni se conocían ni simpatizaban, harían más imposible que se sospechara de su cariño.

La hipótesis representó un descanso para mi mente y pude pasar una tarde tranquila.

Pero por la noche...

AL entrar en el comedor a la hora de la cena, vi que otra vez el extravagante huésped estaba sentado a la mesa que yo acostumbraba a ocupar.

Me recibió muy amablemente y se mostró tan locuaz como la primera vez. Me fijé bien en él. Era un caballero de unos cincuenta años. Vestía correctamente. Su estatura mediana, su complexión robusta. Iba completamente afeitado. No sé si era español, pero lo hablaba correctamente.

— No deje usted abierta de noche la puerta de su habitación — me dijo. — En este hotel se han cometido recientemente algunos robos, cuyo autor se desconoce en absoluto.

La revelación me interesó sobremanera. De súbito habían vuelto a mi pensamiento todos aquellos recuerdos que tanto me habían preocupado los días últimos. Ciertamente, aquello podía explicar algunas cosas que hasta entonces no había logrado comprender, sobre todo los ruidos de aquella memorable noche. Sobre la extravagancia del huésped que me estaba hablando, no me dió la revelación ninguna luz; pero, en cambio, me pareció que lo que aquella tarde me había ocurrido al entrar en mi cuarto...

— Parece que le ha impresionado a usted mi revelación. ¿Acaso le ha desaparecido alguna cosa?

Me sobrepuse y traté de quitar al hecho importancia contestando:

— No, señor. Pensaba únicamente que de haber sabido eso antes, acaso hubiera cometido alguna imprudencia. Habría salido de mi cuarto a media noche revolver en mano o habría sospechado de personas que, a buen seguro, son inocentes. Me están sucediendo cosas extrañas desde que entré en este hotel. El extravagante caballero me miraba fijamente.

— ¿Ah, sí? — preguntó con evidente deseo de averiguar lo que me había sucedido.

— Sí, señor. Hace algunas noches oí ruidos sospechosos en las habitaciones vecinas y esta misma tarde he sido testigo de un hecho inexplicable.

Me detuve al pensar que sería impropio de un caballero publicar la actitud demasiado vehemente en que hallé a la joven la primera vez que entré en el pasillo. Por otra parte, si se trataba de dos jóvenes honorables que tenían necesidad de ocultar su amor, no sería muy piadoso descubrirlos.

Continué, ante la evidente ansiedad con que el extravagante huésped me miraba:

— Pues sí, señor, esta tarde he presenciado una escena extraña. Iba a entrar en mi habitación, cuando he visto en el pasillo a una joven que increpaba a un individuo, instándole a que se marchara de allí. El se fué con paso vacilante, como si estuviera borracho. Pero yo estoy por asegurarle que no había en su cuerpo ni una gota de alcohol.

— ¿Quiere usted describirme a esos dos jóvenes?

Los describí. Ella era rubia, con aspecto y acento de extranjera. También di detalles de él.

Entonces mi amigo se echó a reír.

— Esa joven es mi hija, y él, un buen muchacho de esta tierra.

Me quedé estupefacto. Mi pensamiento, avezado ya a la deducción por el continuo ejercicio de aquellos días, sacó en el

acto de tales palabras muchas consecuencias importantes...

Por el tono con que mi amigo había hablado del muchacho, comprendí que no se opondría a unos amores entre él y su hija, si los hubiese, y si los enamorados no tenían que ocultarse del padre de la joven ¿qué podía importarles que les vieran los demás? La farsa que representaron no tenía ningún objeto, mejor dicho, ningún objeto que yo pudiera comprender. ¿Qué misterio había en aquella charla confidencial que después tuvo tan raras e incomprensibles derivaciones? ¿Qué interés podían tener en que yo no supiera ni siquiera que se conocían? Si el padre conocía al joven, y me lo acababa de demostrar hablándome de sus buenas cualidades con el tono seguro y firme del

(Continúa en la página 74)



Hizo un movimiento para buscar una arma con que agredirme, pero no le di tiempo. Le eché las manos al cuello y, más ágil y robusto que él, me hubiera sido fácil ahogarle.

CASOS Y COSAS

Competencia ruinosa

EN Berlín se ha registrado el primer caso conocido de un atraco realizado por mujeres. Un comerciante que regresaba a su casa a altas horas de la noche fué saqueado por varias mujeres que, apostadas en una esquina y provistas de revólveres, dejaron al pobre hombre sin un marco.

Será cuestión de que los atracadores profesionales protesten contra esta nueva intromisión del sexo débil en un trabajo hasta ahora explotado exclusivamente por los hombres. Pase que haya mujeres médicos, mujeres abogados, mujeres boxeadores, pero mujeres atracadoras ¡es demasiado!

Aconsejamos a los pobres hombres que hasta ahora se habían ganado honradamente la vida en este oficio, que lo dejen, pues la competencia será ruinosa para ellos. De ahora en adelante, mientras todo el mundo procurará resistir a un atracador, no habrá ningún mortal medianamente galante que sea capaz de negar nada a una voz femenina que, de noche y cariñosamente, le detenga con la consabida frase de ritual.

— Caballero, ¡la bolsa o la vida!

Un vivo y un muerto

HUGO Klein — esto está atestiguado por la prensa polonesa — tenía alquilada una finca en los alrededores de Soldau (Polonia), y en ella llevaba una vida casi ascética. Unicamente parecían interesarle las tareas agrícolas y solía vérselo con el pico en la mano, como un sencillo labrador, o encaramado a los árboles con las tijeras de podar, cual humilde jardinero.

¡Qué descansada vida la del que huye el mundanal ruido!...

Pero Klein, además de los versos de Fray Luis, conocía sin duda ese refrán que dice: «Hombre prevenido vale por dos», y un buen día se fué a la cercana ciudad de Dantzig y se aseguró la vida.

Estamos seguros de que los del seguro se extrañarían de que un hombre que no tenía a nadie a su alrededor quisiera asegurarse la vida, pero hubiera sido de tontos hablar de eso. Lo que a ellos les convenía era «arrancar» pólizas — lo cual es mucho más difícil que arrancar muelas con los dedos, — y si el ingenuo señor Klein quería hacerse un seguro inútil, que los sevillanos se las compusieran con él.

Se firmó el contrato, y el sencillo horticultor pagaba religiosamente las primas. ¡Estupendo! «Hombres así convienen a la casa», decía el director de la compañía de seguros. Y debía de añadir para sus adentros: «Cuando se muera, con los 50,000 marcos que hubiéramos tenido que entregar a su familia, si la tuviese, le haremos un entierro de primera y le llevaremos todos los años un ramo de margaritas.»

Pero el hombre propone y Dios dispone. Dos años después de estar cobrando primas el feliz director, se presentó en la oficina de seguros un señor que también se llamaba Klein y que arrojó esta bomba en el despacho del jefe:

— Soy hermano de Hugo Klein, y como el pobre ha muerto, vengo a cobrar los 50,000 marcos que se estipulan en este contrato.

No se podía negar que aquel hombre era hermano del muerto, por dos cosas: primera porque se parecía mucho a él y segunda porque lloraba de un modo que sólo un hermano que hereda 50,000 marcos es capaz de llorar como él lo hacía.

El director puso la misma cara que si se acabara de tragar una espina.

— Bien, bien — dijo buscando el modo de retrasar el momento doloroso del pago. — Pero, como se trata de un desembolso tan importante para la compañía, necesitamos ver a su hermano de cuerpo presente.

— ¡Oh, señor director! — clamó el cliente lanzando desgarradores gemidos. — Nadie puede ver ya a mi hermano. Acabo de dejarlo en la tumba fría.

— ¡Ah! Pues sin ese requisito la compañía no puede pagar. Si su hermano está ya enterrado exhumaremos el cadáver.

En vista de que no había más remedio, Klein se conformó y al día siguiente se dirigió al cementerio acompañado de un agente de la compañía.

Se abrió la tumba, se extrajo el féretro y se destapó la caja.

El agente quedó estupefacto. El cadáver se parecía a Hugo Klein, pero, más que de cadáver tenía el aspecto de esos maniquíes que se ponen en los escaparates de las tiendas de modas. Hasta los pelos del bigote parecían clavados con un punzón.

Contó lo ocurrido al llegar a la oficina y ésta trasladó a la policía el relato.

Se volvió a exhumar el cadáver sin que se enterase el hermano del difunto y entonces se pudo comprobar que aquello no era un muerto y que el tal hermano que reclamaba el seguro era un vivo.

Lo que había dentro de la caja era un muñeco de cera construido por el propio Hugo Klein, el cual se hizo pasar después por hermano de sí mismo para cobrar los 50,000 marcos del ala.

Ni que decir tiene que Klein no cobró los dólares. Lo que cobró fué un miedo espantoso a la policía al saber que se había descubierto el pastel, y, antes de que pudieran echarle el guante, puso pies en polvorosa y acaso esté corriendo todavía.

Ahora vaya un consejo a las casas de seguros: también los aseguradores deben asegurarse, si no están seguros de los que se van a asegurar.

Para ser rentista

En Budapest ha sido detenido un individuo contra el cual varios comerciantes de la ciudad presentaron sendas denuncias.

Todos estos señores se quejan en sus respectivas acusaciones de lo mismo: de que Fritz Hausberg — que así se llama el individuo en cuestión — poniendo en juego un original truco, les ha tomado el pelo y, lo que es más sensible, les ha estafado cincuenta coronas.

Para atraer a sus víctimas, Hausberg publicaba en los periódicos el siguiente anuncio:

«¿Quiere usted ganar mil coronas en tres días? Escribame en seguida acompañando cincuenta para la contestación.»

Como en Budapest, lo mismo que en Pekín, abundan los cándidos, hubo varios que creyeron de buena fe que quizás les revelarían el secreto de la piedra filosofal; enviaron las consabidas cincuenta coronas y esperaron ansiosos la contestación.

Esta no se hizo esperar; al cabo de tres días todos recibieron la siguiente contestación:

«Lo mismo que yo he hecho con usted, hágalo usted con otras veinte personas y recogerá las mil coronas. A mí no me ha fallado nunca.»

Como se ve, el truco es viejo, pero aun de cuando en cuando surte efecto.



He aquí la única víctima de unos desórdenes comunistas en una calle de Berlín. Este farol — que siempre se limitó a cumplir su obligación sin protestar, aunque le obligaran a trabajar los domingos y a dar luz más de ocho horas — ha pagado al pato de la revuelta y ahora, torcido y moribundo, ni siquiera despierta la compasión de esta pareja de schuppos que, serena y pausadamente, pasan de largo cuidando de mantener el orden.

ASESINATO de Mlle. Evenepoell y sus dos criadas

Un proceso célebre en que se impusieron
dos penas de muerte por un triple asesinato

(Bruselas, 1847)



El 2 de septiembre de 1847, sellenaron de consternación los habitantes de Bruselas al tener conocimiento del horroroso crimen que se había descubierto aquella noche en la plaza de Saint-Gery, número 13, donde habían aparecido, bárbaramente mutilados, tres cadáveres, correspondientes a todas las personas que habitaban aquella casa.

El cochero de la familia Evenepoell, llamado Cornelio Moreus, llegó a cenar, entre nueve y media y diez, como tenía por costumbre hacerlo diariamente, y como no le respondieran a las repetidas llamadas que hizo, dió la vuelta al portal y encontró entreabierta la entrada del patio, observando que había luz en la cocina. Avanzó resuelto a dicha pieza y experimentó enorme terror al contemplar tendido en el suelo el cuerpo ensangrentado de una mujer y, saliendo a la calle precipitadamente, comenzó a dar gritos pidiendo auxilio, hasta que llegaron los agentes de la autoridad.

Se procedió inmediatamente al registro de la casa, viéndose a la entrada del patio y a orilla de la puerta dos enormes charcos de sangre, en los que había algunos fragmentos de cuero cabelludo, con largos mechones de pelo de mujer, y pedazos de tela de vestidos. Desde aquí partían dos regueros de sangre, perfectamente paralelos, que llegaban hasta el lavadero, inmediato a la cocina, en cuyo centro aparecía el cadáver de María Teresa de Sain, cocinera de la casa, y más adelante, dentro de la cocina, junto a la entrada de la cueva, se hallaba el cuerpo inerte de la otra sirvienta Ana María Gertrudis Esmeets.

En el comedor, casi atravesando la entrada que desde esta habitación daba acceso al *boudoir*, se halló el cadáver de madame Evenepoell, completamente empapado en sangre y con el rostro tan desfigurado, que era imposible distinguir ni una sola de sus facciones.

Todas las habitaciones tenían manchado el pavimento por huellas sangrientas de zapatos de dos hechuras y tamaños diferentes, lo que demostraba que en aquel crimen habían intervenido al menos dos malhechores. La mayoría de los muebles habían sido fracturados para registrar con precipitación sus interiores, viéndose saltadas las cerraduras de la gaveta de Mlle. Evenepoell, para lo que se utilizó, sin duda, un



El criminal Francisco Rosseel, según un grabado de la época.

cuchillo de tahonero, encontrado sobre el mencionado mueble.

En la pared inmediata a la puerta se distinguía perfectamente la huella de una mano negra, producida indiscutiblemente con polvo de carbón, y encima de la mesa de la cocina se halló un martillo, también ennegrecido por carbón, en cuya cabeza se notaban varias manchas de sangre.

Según el dictamen de los médicos forenses, las tres víctimas habían sucumbido a causa de terribles y numerosos golpes dados en el cráneo, con un instrumento contundente, que había llegado a reducir a pasta una gran porción de la masa encefálica. Habían sufrido, además, cuando aun tenían vida, una enorme herida en la garganta, que les seccionaba la yugular, llegando en las tres la punta del puñal o estilete que se usara en esta agresión, a herir la espinal dorsal. De ello se deducía que el arma empleada era de gran tamaño y que, por la identidad de las lesiones que habían sufrido las víctimas, era una misma persona la autora de los asesinatos o, si intervinieron dos, una esgrimió el objeto contundente y otra el arma punzante.

Según declaración del padre de Mlle. Evenepoell, los criminales se habían llevado de la casa muchos objetos de oro y plata, entre ellos un juego completo de cubiertos y seis relojes, faltando, además, noventa y cuatro y cinco florines de los Países Bajos, en monedas de oro, y diez y siete piezas de plata de tres florines cada una, suma esta última que estaba guardada en la gaveta de su hija.

Se registró, con minuciosidad, todo el edificio, extendiéndose esta diligencia a los pozos, cisternas y comunes, que podían dar acceso a la casa, así como el río que rodea la plaza de Saint-Gery. No se halló huella ninguna de escalo, por lo que se supuso que los criminales entraron por la puerta de la casa, llamando a la misma con algún pretexto.

Se pudo precisar la hora exacta del suceso, que fué de siete y media a ocho de la noche, porque la viuda de Drabbe fué a la casa del crimen a las siete y media, con un recado de la señora de Keimobu, hermana de Mlle. Evenepoell, y habló con la cocinera, a la que dió el encargo que traía, y, antes de las ocho fué de visita un agente de cambio, el cual al llamar tres veces y no obtener respuesta se marchó. Poco después, o sea antes

de las ocho y media, llegó el novio de la cocinera, llamado Dauckaerts, e hizo la señal convenida de dar tres golpes en el muro, por la parte que correspondía a la cocina, y tampoco obtuvo respuesta. Distinguió que había luz en el gabinete de la señorita y esperó, repitiendo varias veces la señal, hasta que a las ocho y media se marchó, por creer que alguna circunstancia le impedía a su novia acudir aquella noche, lo que no le hizo sospechar nada anormal por haber ocurrido lo mismo otras veces.

No había ni el más pequeño indicio que pudiera señalar una pista para descubrir a los autores del triple asesinato, pues nadie observó la presencia de persona alguna sospechosa en aquellos lugares, con la única excepción de la criada de la señora Renart, llamada Chain, que vivía en el número 14 de la misma plaza. Esta sirvienta declaró que al pasar por el domicilio de Mlle. Evenepoell, a las nueve y cuarto próximamente, vió asomar por la puerta la cabeza de un hombre que inmediatamente se retiró, sin que, a causa de la obscuridad, pudiera ella distinguir nada de sus facciones. Le preocupó la rapidez con que se ocultara y, estando pensando en este insólito hecho, oyó los gritos del cochero demandando auxilio.

Efectuadas toda clase de investigaciones entre las personas que directa o indirectamente tenían relación con las víctimas, no se logró absolutamente nada, transcurriendo así cerca de tres meses. Los mismos agentes de la autoridad, tras infructuosas pesquisas, llegaron a creer, igual que todo el mundo, que el espantoso crimen iba a quedar impune.

CUANDO mayor era la desconfianza para encontrar a los autores del bárbaro crimen, un individuo llamado Hauguet denunció al Procurador del Rey que un mozo de panadería, conocido por Silvestre, le había dicho lo siguiente:

— El día que yo quiera, serán arrestados inmediatamente los asesinos.

Se dió cuenta de la confidencia al jefe de policía, y éste procedió a encontrar a Silvestre y someterle a un interrogatorio, cuyo resumen transcribimos a continuación, sacándolo del correspondiente proceso:

Dijo Silvestre: «Que en la actualidad era jornalero en Hal y que en un día de fines de agosto de aquel mismo año se había encontrado en la calle de Collne con dos individuos, a los que conoció y trató en la cárcel de los Carmelitas, donde él había extinguido condena; que uno de ellos se apellidaba Vaudenplas y había tenido una panadería en la calzada de Etterbek, y el otro se llamaba Francisco Rosseel, y era criado de tahona; que, habiendo oído que este último se quejaba de estar en la mayor miseria, por haberse arruinado durante el tiempo de prisión, contestó Vaudenplas que a él le ocurría lo mismo y que estaba esperando le dieran noticias de un *buen golpe* en Alseberg que le haría salir de apuros, invitando a Rosseel a participar en el negocio, lo que el otro aceptó, quedando en verse al día siguiente. Añade Silvestre que previno a sus dos amigos de que no se fiaran de un tal llamado Bosch, que él creía confidente de la policía, y entonces Vaudenplas dijo que también en Bruselas había posibilidad de negocio, lo que no convenció a Rosseel, que manifestó su propósito de marcharse a Holanda, donde no era conocido, para lo que ya tenía arreglado el pasaporte; pero, al fin de la conversación, resolvieron entrevistarse al siguiente día en el horno de Renard, sin que Silvestre hubiera vuelto a hablar con ellos, aunque, con posterioridad al crimen de la plaza de Saint-Gery vió a Vaudenplas acompañado de mujeres públicas y haciendo gasto con ellas en las tabernas.»

La policía se dedicó a buscar a los dos sujetos que había nombrado en su declaración Silvestre y averiguó que Vaudenplas se había marchado a Irelles, para donde salió un agente.

Se comprobó que, después de permanecer allí unos días, el mencionado sujeto se trasladó a San José-ten-Noude, donde intentó poner un establecimiento; pero, desistiendo de ello en los últimos momentos, había regresado a Bruselas. Aquí se dió al fin con su paradero, en la calle de las Cinco Estrellas, donde comenzaba a organizar un prostíbulo.

La vigilancia establecida cerca de este malhechor dió por resultado convencerse de que derrochaba el dinero, ignorándose su procedencia y contrastando esta abundancia con dos datos perfectamente controlados. El primero de ellos se refería a que el veinte de febrero de 1847 fué preso por tentativa de incendio, poniéndosele en libertad el once de mayo por falta de pruebas; el día dieciséis del mismo mes manifestó que estaba

sumido en la mayor miseria, no teniendo ni un céntimo para comer, por lo que recibió un préstamo de cinco francos, que no había devuelto, y aseguró que se suicidaría por no poder resistir tantas privaciones, lo que hizo que se compadeciera una mujer de Bulteau y le diera asilo en su casa, de donde salió en el mes de julio, yendo a habitar al domicilio de otra mujer, llamada Piané, la cual tuvo que despedirle en el mes de agosto, porque no le había podido pagar los cuatro francos que importaba la mensualidad del hospedaje. El otro dato era que el día veinticuatro del citado mes de agosto había empeñado en el Monte de Piedad su viejo redingote en la ínfima suma de medio franco, procediendo a redimir esa prenda el 4 de septiembre o sea dos días después del crimen.

Mientras se continuaba espionando a Vaudenplas y adquiriendo noticias de la vida que había hecho desde el mes de septiembre, se tuvo conocimiento de que Rosseel vivió durante todo el año de 1846 en una casa de la propiedad de Mlle. Evenepoell, y que en el mes de septiembre de aquel año había sacado tres pasaportes en el término de tres semanas, enterándose por último la policía de que habitaba en Bourges, cerca de la frontera de Holanda.

Concluida la encuesta policíaca, se procedió al arresto simultáneo de los dos sospechosos.

Del informe comunicado al Procurador del Rey anotamos los hechos más principales, además de lo dicho anteriormente.

«Vaudenplas, el domingo 4 de septiembre por la mañana, fué a la ermita de San Guillé en los arrabales de Bruselas, acompañado de dos mujeres, con las que gastó seis francos y medio, y el domingo siguiente, día 11, pasó todo el día en la ermita de Vilborne,

donde llegó en un fiacre, bebió una botella de vino de Burdeos y media de vino blanco con un guarda del campo al que convidó a comer, dos botellas más con una mujer desconocida que llegó a la venta, recibiendo por la noche la visita de Andrés Renard y José Simón, con los que consumió nueve botellas, pagando sólo por estas últimas seis florines.

Vaudenplas, los días 13 y 14 del mismo mes de septiembre, hizo gastos superiores a quince florines diarios en varias tabernas, acompañado de José Simón y de una muchacha, llamada Bárbara Amor, que había encontrado en Grenade y de la que ya no se separó hasta el momento de ser arrestado.

Rosseel había sido visitado en varios puntos de la frontera holandesa por Vaudenplas, habiendo recibido éste dinero que aquél le entregara personalmente o que le mandaba por correo y que procedía de ventas de objetos de plata y oro que el Rosseel hacía a distintas mujeres y a un mercader judío llamado Levy.

No se había podido identificar ninguna de las alhajas como pertenecientes a la casa de Mlle. Evenepoell, por no conservarlas en su poder las personas que las adquirieron, pero sí era de tener en cuenta que las monedas de oro gastadas por Vauden-

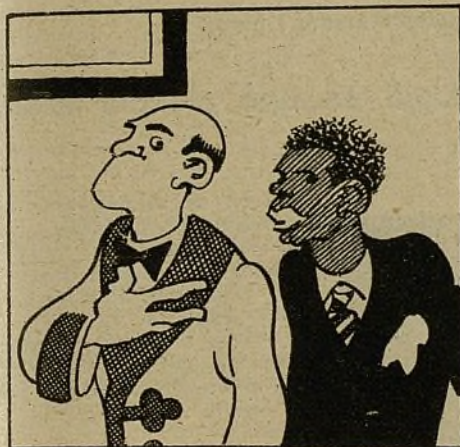
(Continúa en la página 77)



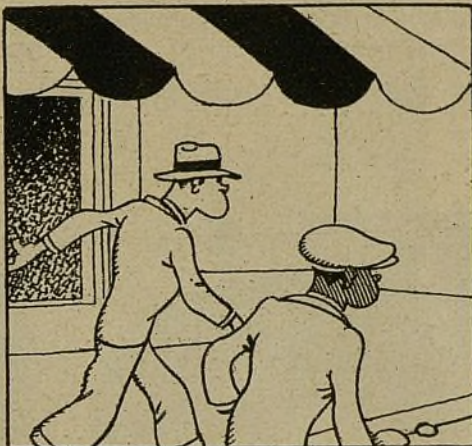
El criminal Vaudenplas, según un grabado de la época.

HAZAÑAS DEL DETECTIVE TIM YESYÉS

VI. — La mina sospechosa, historieta por Moreno



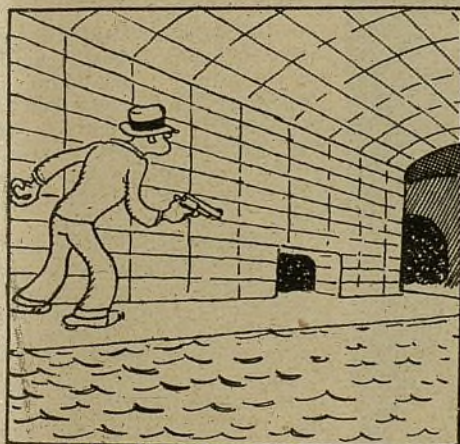
Yesyés, que cree haber dado con una pista importante, da orden a su ayudante de que se halle preparado.



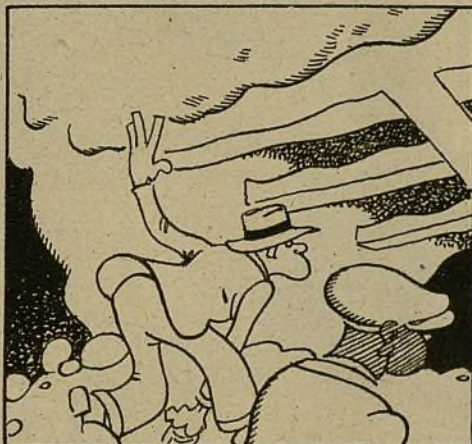
Y sin más explicación, el detective, ligero, seguido de su escudero, da comienzo a su misión.



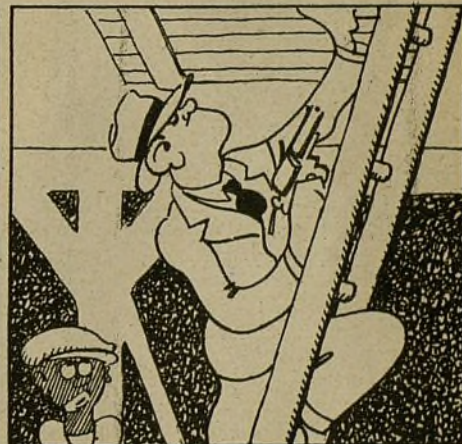
Después de grandes rodeos, hallan, por fin, un boquete, por el cual Yesyés se mete sin andarse en titubeos.



Decididos y valientes, andan los dos un buen rato entre el olor poco grato de las aguas malolientes.



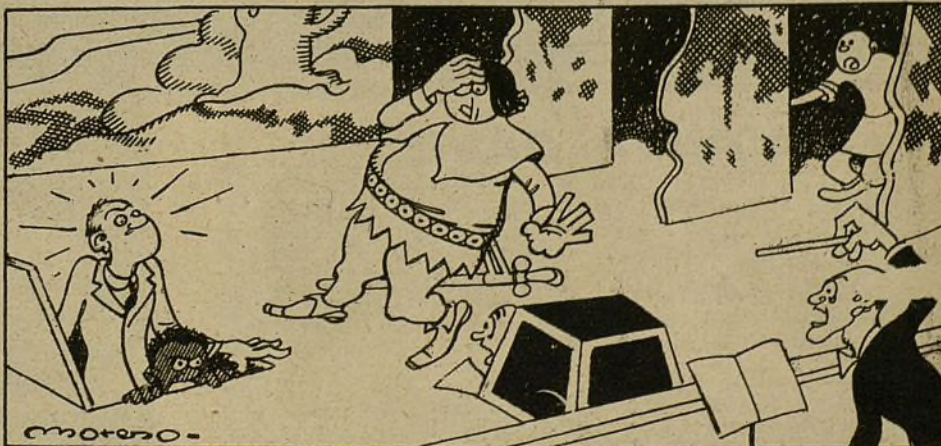
Hasta que, tras mucho andar, tropiezan con una mina, por donde Yesyés opina que debieran continuar.



—No debemos continuar— dice el negro, muy seguro. —No sé por qué me figuro que nos vamos a colar.



De pronto, con estupor, oyen sobre su cabeza que alguien dice con fiereza: —¿Dónde estará ese traidor?



Yesyés, hombre temerario, dándose por aludido, avanza muy decidido e irrumpe en un escenario.

Viendo ya de qué se trata, exclama con pesadumbre: —Por no perder la costumbre, he vuelto a meter la pata.

¡DEDOS CRIMINALES!

UN REPORTAJE EN QUE EL SARGENTO

Howard L. Barlow

Perito en Huellas Digitales de la Jefatura de Policía de los Ángeles (Estados Unidos)

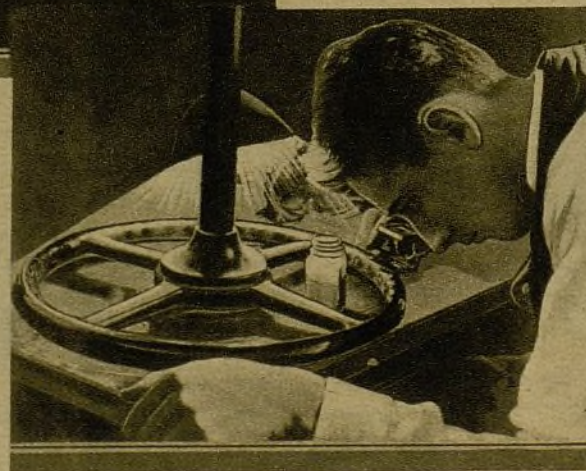
demuestra con maravillosos ejemplos que la dactiloscopia es una ciencia exacta



por **AMANDA DAVIS**

Arriba: El sargento Howard L. Barlow, uno de los mejores peritos dactilóscopos de los Estados Unidos, estudiando, infatigable, las impresiones digitales que han de identificar a los criminales.

Abajo: El mismo sargento Barlow examinando el volante del auto en que Guillermo Edward Hickman condujo el cuerpo mutilado de la infeliz jovencita Mariana Parker.



¡Acaba de derrumbarse uno de los más fuertes pilares de la labor policíaca! Una ciencia internacional, reconocida mundialmente como exacta, parece que ha sido destruida. Han sido descubiertas dos huellas dactilares idénticas de dos personas distintas. Las huellas dactilares también pueden ser falsificadas.

LOS ojos del sargento Barlow relampaguearon al leer esta noticia en los brillantes titulares de un periódico de la tarde.

— ¡He aquí otro invento sensacional de los reporteros ávidos de fama! — exclamó. — ¡Falsificar las huellas dactilares! ¿A quién se le ocurre? ¡Vamos! ¡Que me traigan una impresión dactilar que un perito no pueda clasificar inmediatamente!

Y arrugando el diario, el sargento lo arrojó a la papelera.

— ¿Dónde pueden haberse encontrado dos impresiones dactilares idénticas de diferentes personas? Es imposible. En la naturaleza no existen dos ejemplares iguales, y por lo tanto nunca podrán existir dos huellas dactilares exactas. No se ha hecho ni se hará nunca un descubrimiento que quiebre la infalibilidad de la dactiloscopia.

El joven perito hizo una pausa. Respiró y volvió a decirme:

— No cree usted que tengo razón, miss Davis? ¿Y no hay para indignarse al leer esos artículos ridículos, sin un solo átomo de verdad? Actualmente, los tribunales de nuestro país y de todos los países que conozco, han considerado la dactiloscopia como una ciencia. Y no solamente como una ciencia, sino como una de las ciencias más exactas.

Diariamente se dan casos en el tribunal de descubrir asuntos con la sola ayuda de las impresiones digitales. Estos casos, si tuvieran mayor publicidad, podrían interesar al público con mayor motivo que la superchería de que las huellas digitales son inútiles. Sin embargo, se da cuenta de los casos que le digo en un espacio insignificante, en tanto que la noticia de que se han descubierto dos personas con las mismas huellas digitales ocupa el primer lugar en todos los periódicos.

— ¿Cómo pueden falsificarse las impresiones digitales? ¿Y cómo descubren los peritos una falsificación? — pregunté yo entonces, recordando que el artículo que tanto había excitado al sargento decía que sería muy fácil condenar a un hombre inocente por medio de impresiones digitales falsificadas o transferidas.

El sargento Barlow extrajo de un cajón de su mesa varias impresiones dactilares.

Uno de los últimos retratos de la niña Mariana Parker, secuestrada, primero, y villanamente mutilada, después, por el criminal Hickman.



Estaban hechas sobre una superficie blanda y habían sido aumentadas varios centenares de veces. Los surcos eran grandes líneas llenas de glóbulos de aceite y presentaban una forma irregular. La fotografía micrográfica las reproducía claramente.

— Vea usted — dijo Barlow. — Si se tuviera que presionar lo suficiente para trasladar la impresión sobre otra superficie, todos los glóbulos se romperían o se aplastarían. No obstante, el autor de ese necio artículo aun se atreve a decir que podría tomarse una fotografía de la impresión digital de una persona y transferirla donde al falsificador le conviniera. ¡Mentira! Figúrese usted, por ejemplo, miss Davis, que yo quisiera cometer un crimen y deseara atribuírselo a usted. Lo primero que tendría que hacer sería tomar lo mejor posible una impresión de uno de sus dedos, cosa que, en medio de todo, sería bastante fácil y podría hacerse incluso sin que usted se diera cuenta. Mas para ello yo tendría que dirigirme a un laboratorio, hacer mi trabajo, y entonces transferir o dejar la impresión donde fuera preciso, en tal forma, que al hacerse un análisis químico de los glóbulos aceitosos pudieran coincidir exactamente con los de la impresión digital de usted, sin ninguna señal de distorsión y sin que pudiera apreciarse ningún glóbulo roto. Y, sobre todo esto, tendría que secuestrarla a usted para que no le fuera posible establecer ninguna coartada, porque, si no, ¡adiós mi plan!

Guillermo Edward Hickman, acusado por las huellas digitales como autor del secuestro y descuartizamiento de Mariana Parker.



El sargento Barlow me miró con una sonrisa de triunfo.

— Entonces — pregunté yo — ¿usted cree que todas esas combinaciones son imposibles?

— Completamente. Y siento, como ya le he dicho, que se preste más atención a estas patrañas a propósito de una supuesta falibilidad de la dactiloscopia, que a los casos verdaderos que han probado su exactitud.

— ¿Por qué no me explica usted estos casos? Su publicación en los periódicos podría deshacer seguramente todas estas insinuaciones equivocadas...

— Está bien — resolvió entonces el perito dactiloscópico Howard L. Barlow. — Voy a explicar a usted algunos de esos casos. Empezaré por el de Guillermo Edward Hickman.

LA CICATRIZ DELATORA

TODO el mundo conoce los más horripilantes detalles del secuestro y asesinato de la niña de doce años Mariana Parker, ocurrido en Los Angeles el último diciembre; lo mismo que los de la persecución del criminal, que despertó un interés tal, que miles de policías y de ciudadanos juntaron sus esfuerzos día y noche para poder darle caza. Pero se ha escrito muy poco acerca de la impresión digital de Guillermo Edward Hickman, resultado de su identificación decisiva.

El día 16 de diciembre yo llegué a la Jefatura, como de costumbre. Casualmente había hojeado el diario, que hablaba del secuestro de la pequeña Mariana, mientras se hallaba en la escuela.

Poco después del mediodía, el jefe de detectives Herman Cline se paseaba por el gabinete de dactiloscopia, con la primera carta del raptor, ofreciendo la devolución de la niña sana y salva, a cambio de un rescate.

— Mire esto, Barlow — me dijo Mr. Cline, gravemente.

Siempre he observado que el papel absorbe la humedad que sobre él depositan los poros sudados, y esto dificulta mucho el descubrimiento de las huellas dactilares, si se ha de efectuar poco tiempo después de haber sido impresas. Por esto preparé los polvos de revelar con más cuidado que nunca. Con un cepillo nuevo de pelo de camello extendí el polvo encima de la carta, e inmediatamente apareció sobre el papel, limpia y distinta, la huella de un dedo pulgar. Seguidamente, con la cámara dactiloscópica de alta potencia, retraté la huella y la envié al fotógrafo para que la revelara.



Al siguiente día se recibieron la segunda y la tercera carta del raptor de Mariana Parker, el cual se firmaba «Fox».

Sobre la carta — que empezaba diciendo: *Mi nombre es «Fox», el muy astuto, como ya se sabe* — hallé otra huella de un pulgar, que, una vez fotografiado, me apresuré a confrontar con la huella encontrada en la primera carta. Eran idénticas. Cada una presentaba una ligera cicatriz, casi invisible a simple vista, pero claramente perceptible por el microscopio.

¡Muy bien! Una misma mano había escrito las tres cartas. Pero, ¿a quién pertenecía aquella mano?

A la otra noche — la noche en que el torso mutilado de Mariana Parker fué entregado a su padre — yo no fui a mi casa. Hay más de 165,000 fichas de huellas dactilares en la Oficina de Identificación del Departamento de Policía. Me propuse, si era preciso, revisarlas todas.

A las cinco de la mañana del domingo, día 19 de diciembre, llegó la noticia de que un coche, sospechoso de ser el que el asesino de la niña Mariana Parker utilizó para acudir a la cita con el padre de su víctima, había sido abandonado en una



Estas dos impresiones digitales del pulgar de la mano derecha de Hickman fueron halladas por el perito Barlow en las cartas que el criminal dirigió a Mr. Parker exigiéndole una crecida cantidad por el rescate de su hija Mariana.

parada de cerca de la estación. Corrí a la parada, pero, como que la policía había sido destacada allí, esperando la vuelta del hombre que había abandonado aquel coche, me fué imposible hacer un examen completo. Sin embargo, en el volante descubrí la impresión de un índice derecho, y en el espejo hallé la huella de una ancha yema, con una extraña cicatriz.

Me apoderé del espejo y regresé a la Jefatura.

Empezó el desfile de sospechosos. Cada hombre, cuyas señas personales recordaban la descripción que del asesino y secuestrador de Mariana había hecho la maestra de la escuela de la niña, fué trasladado inmediatamente a la Jefatura de policía para ser fichado.

Ninguna de las impresiones digitales que de todos aquellos hombres obtuvimos presentaba la característica inconfundible de la huella del pulgar asesino.

De repente, llamaron al teléfono al jefe Cline, de parte del jefe de los detectives, L. R. Toyne, del Departamento de policía de la ciudad de Kansas. Y cuando el jefe Cline colgó el auricular, sabía que el coche utilizado por el asesino de Mariana Parker había sido comprado a un médico de Kansas por un joven que respondía en todo a las señas del secuestrador perseguido; habiéndole invitado, además, el jefe Toyne a que transmitiera a la Oficina de ensayos de Los Angeles un mensaje advirtiéndole que Guillermo Edward Hickman, antiguo empleado de banca, acusado de falsificación, no había sido visto en la ciudad de Kansas durante todo el mes anterior.

El jefe Cline anotó el nombre del joven desaparecido en una hoja de papel, y dió orden de cursar el mensaje.

Mientras tanto, y creyendo posible que el asesinato de la pequeña Mariana Parker hubiera sido cometido por un degenerado, yo me dediqué a estudiar especialmente las fichas de los acusados de hechos de esta naturaleza.

Me hallaba examinando un pliego de nombres, procedente de la Oficina de detectives, cuando me encontré con el trozo



He aquí otras dos impresiones digitales del mismo pulgar derecho de Hickman, obtenidas por el sargento Barlow: la de arriba, tomada directamente del asesino en la cárcel de Los Angeles, y la de abajo, hallada en el espejo retrovisor del auto conducido por el secuestrador de la niña Parker.

de papel en el que el jefe Cline había escrito en lápiz, mientras hablaba por teléfono con el jefe Toyne, estas líneas:

Guillermo Edward Hickman, falsificador, antiguo empleado de banca.

Este nombre, junto con el informe de que se trataba de un antiguo empleado de banca, actuaron sobre mi mente como un resorte eléctrico.

Corrí a los archivos y busqué las fichas de las huellas dactilares de Hickman, tomadas en la época de su arresto por falsificación. ¡Por fin! En la ficha dactiloscópica de Guillermo Edward Hickman reaparecía, como una acusación terminante, la cicatriz delatadora del pulgar izquierdo correspondiente al asesino de la niña Mariana Parker.

Hickman era, pues, el criminal perseguido.

Saqué de los archivos una fotografía de Hickman y la mandé a la Oficina de detectives. Se enviaron mensajeros a las dos maestras de escuela que habían visto al secuestrador y asesino de Mariana Parker, y se dieron órdenes de recoger todas las antiguas direcciones de Hickman.

Una hora más tarde llegó el capitán Cato, y arrojó la fotografía de Hickman sobre la mesa, con un gesto despectivo:

— ¿Qué dicen las dos maestras, capitán? — preguntó el jefe Cline.

— Miss Holt dice que éste no es él, y miss Britton, que sólo se le parece un poco.

— ¿Está usted positivamente convencido de su identificación, Barlow? — me preguntó luego el capitán Cato. — ¿Está seguro de que Hickman es el hombre que escribió aquellas cartas, y cuyas huellas dactilares se encontraron en el coche?

— Segurísimo. Y espero demostrarlo — respondí yo. — De momento, puede usted asegurar que Hickman es el hombre que escribió las cinco cartas y el hombre que condujo el automóvil del doctor de Kansas, como si con sus propios ojos le hubiera visto usted escribir las cartas y guiar el coche.

Al hallarse la habitación en que el cuerpo de la niña Mariana Parker fué descuartizado, hallé, mediante la fotografía, las huellas del índice izquierdo de Hickman en una azucarera, las del pulgar y cordial derecho, en una jarrita de miel y las del índice izquierdo en el borde de un plato.

No fué necesario buscar más huellas digitales. Estas eran suficientes. Y el famoso Hickman, ante su incontestable evidencia, no tuvo más remedio que confesarse autor del secuestro y asesinato de la niña Mariana Parker.

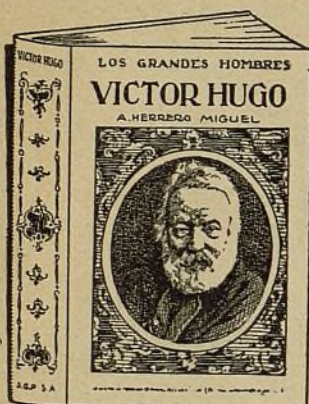
«¡JURO QUE JAMAS HE TOCADO ESTA BOTELLA!»

UN chino llamado Quan Sam fué acusado de ser cabecilla de una gran banda de traficantes de narcóticos que había estado persiguiendo a la policía durante mucho tiempo.

Y un día los detectives Yoakum y Kirkpatrick detuvieron a un hombre que ellos creían era Quan Sam. El oriental, que no deseaba, por lo visto, contactar con la Ley, distrajo a los policías, y montando en un taxi que pasaba escapó de ellos sin que tuvieran tiempo de evitarlo.

VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Víctor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Víctor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. 4 ptas.
En rústica. 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

Detective a la Fuerza

(Continuación de la página 29)

que está bien enterado, ¿no era natural que le conociera también la hija? Y si era natural, ¿qué persiguieron con aquella farsa extravagante? ¿Acaso la conversación que sorprendí primero no era amorosa?

Estas ideas y otras muchas me vinieron en tropel al pensamiento, formando allí, en pocos segundos, un tremendo caos y haciéndome comprender que nada conseguiría aclarar si no obtenía nuevos datos.

Mi compañero de mesa seguía mirándome, observándome.

— Sin embargo — le dije, — ese joven se fingió borracho. ¿Por qué?

— No se fingió — repuso con seguridad: — lo estaba. Es su único defecto, y no es extraño, pues viaja una fábrica de licores.

— Entonces, hagamos la pregunta que encabeza ciertos acertijos: ¿Dónde está el ladrón?

— Si se supiera, amigo mío, no le habría hecho la advertencia de que cerrara usted bien la puerta de su cuarto, pues el ladrón estaría ya en la cárcel y el peligro habría desaparecido.

— ¿Acaso sospecha usted de alguien?

— De nadie. Conozco a todos los huéspedes del hotel y no tengo la menor idea de quién pueda ser el ladrón.

— Como en las películas — dije con extraño nerviosismo que trataba de ocultar con burlas.

— Usted lo ha dicho: como en las películas.

MI equipaje no contenía ninguna fortuna, pero sí algunas joyas de valor, sobre todo un brazalete que conservaba como recuerdo de mi madre.

Oculté esta joya apenas llegué a mi habitación, y, ya estaba acostado, cuando caí en la cuenta de que también debía de guardar las demás, a pesar de que sólo tenían para mí un valor puramente material. Eran dos alfileres de corbata y tres sortijas que sólo usaba cuando tenía que hablar con algún cliente a quien me interesara dar la sensación de que mis negocios marchaban bien.

Las guardé bajo llave y me volví a acostar, sin que apenas pudiese dormir aquella noche. La pasé cavilando.

Como consecuencia de estas reflexiones, a la mañana siguiente me levanté muy temprano, cuando todos los huéspedes dormían y así pude entrevistarme a solas con el dueño del hotel.

— Parece ser — le dije — que en esta casa, de algún tiempo a esta parte, no están las habitaciones muy seguras.

— ¿Le ha faltado a usted algo? — me respondió alarmado.

— No, señor. Pero ha podido faltarme.

— No se lo diga usted a nadie. Se lo ruego, eaballero. Si no logramos descubrir al ladrón, eso puede traerme la ruina. Imagínese usted que se divulga que en mi hotel no hay seguridad, que mi clientela se escama...

— De modo que en esta casa se han perpetrado algunos robos. ¿Y no sospecha usted de nadie?...

— ¿De quién voy a sospechar?...

— Entre el personal puede haberse deslizado algún ladronzuelo...

— No, no es posible que el ladrón pertenezca al personal. Se ha puesto a todos a prueba. Además, de día se vigilan todas las habitaciones...

— No me he fijado en que nadie las vigilase.

— Es una vigilancia discreta...

— Bien, bien. Pero, y ¿de noche? No podría ocurrir que, por la noche, mientras los huéspedes duermen, algún rata...

— De noche no queda nadie del personal en el hotel. Todos duermen en un edificio anexo que no tiene comunicación con éste...

— Entonces ¿cómo se explica usted lo que ocurre?

— No sé, no sé. Es para volverse loco. Cinco o seis robos en pocos meses... Pero no se lo diga usted a nadie, caballero...

— Oiga usted: ¿Hay aquí un joven de extraño aspecto, viajante muy aficionado a la bebida?... No podría ser que...

— ¿También ha sospechado usted de él?...

— ¿Cómo también? ¿Es que a usted no le inspira mucha confianza?...

— Sí, sí. Nada sé en contra de él.

— Pero ¿cómo ha dicho también?...

— Es que al principio, claro, sospechaba de todo el mundo. Pero me he convencido de que era sin motivo...

— ¿Se ha convencido usted, o le ha convencido alguien?

— ¿Qué quiere usted decir?...

— Si el convencimiento ése es personal o sugerido.

— No le entiendo.

— Si se lo ha sugerido alguien que se interesa por ese devoto de Baco.

— ¿Alguien que se interesa?... ¿Quién va a ser? Ese joven no conoce a nadie en el hotel. Vive aquí solo.

— ¿No podría ser que fuera su amiga una muchacha extranjera?...

— Hay varias.

— Una que vive en el tercer piso... muy rubia...

— ¡Ah! La señorita Branton, la hija de Samuel Branton. Son excelentes personas, le respondo de ello. Precisamente, en fin..., no quería decirse a usted, pero puesto que ya hemos comenzado a hablar del señor Branton y usted me parece una persona discreta, le diré que ese señor es detective...

— Es una de las cosas que he deducido esta noche a fuerza de reflexionar. Así se explican sus curiosidades y sus extravagancias, y lo bien enterado que está de la condición y vida de todos los huéspedes del hotel.

— Es una excelente persona. Además, sépalo usted, un verdadero as en su profesión...

— ¿Quién se lo ha dicho a usted?

— Sus certificados... Un detective de primer orden, que hasta hace poco ha pertenecido a la Jefatura de Policía de Nueva Orleans.

— ¿Y con un detective así en el hotel, no se puede dar con un rata?... Me parece extraordinario.

— El ha jurado que lo cogerá con las manos en la masa antes de ocho días.

— Entretanto, ya se han cometido algunos robos en el hotel.

— Cinco o seis, pero no lo divulgue usted, por favor. Es cuestión sólo de ocho días el acabar con esa pesadilla...

El pobre hombre me dió lástima. Había tenido ya que indemnizar a cinco o seis huéspedes robados, y aquello llevaba visos de no terminar.

— ¿Quiere usted un consejo de amigo? — le pregunté. — Busque usted otro detective o encargue el asunto a la

policía, que me parece que sabe más que los detectives.

Se quedó indeciso.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Acaso lo comprenda usted más adelante, sin necesidad de que yo se lo explique — repuse sonriendo misteriosamente. — Esta noche he reflexionado mucho.

Le dejé con la boca abierta y volví a mi habitación para ponerme el traje de calle.

Antes de salir, tuve un pensamiento repentino: llevarme en el bolsillo las joyas. Y al ir a buscarlas, advertí que había desaparecido el brazalete de mi madre.

SE escapó de mis labios una furiosa exclamación de protesta. ¡Eso sí que no lo consentiría! Aquello representaba para mí la pérdida de un objeto valioso y querido y, además, una burla intolerable.

Bajé las escaleras como un rayo. Pregunté al dueño del hotel:

— ¿Qué número tiene la habitación del viajante de bebidas?

— No le encontrará usted. Ha salido mientras nosotros conversábamos.

— Perfectamente — repuse dirigiéndome a la escalera.

La habitación del detective la conocía. Llamé insistentemente a la puerta. No cesé de llamar hasta que se levantó y me abrió.

— ¿Qué le sucede? — me preguntó al advertir la expresión de mi rostro.

— Me sucede que acaban de robarme una joya y necesito a toda costa recuperarla.

— Ya le dije que debía cerrar bien la puerta de la habitación.

— ¡Basta de comedias! He dicho que quiero recuperar esa joya. Usted, como detective, la encontrará y me la devolverá antes de que termine el día.

Estas últimas palabras las había pronunciado sílaba por sílaba, mirando fijamente al detective.

— No comprendo su actitud.

— ¡Ya lo creo que la comprende! ¿Verdad que podía darse el caso de que hubiera usted encontrado al ladrón, y, por afecto o porque le unan ciertos lazos con una persona para usted muy querida, deseara encubrirlo en vez de hacer pública su deshonra?

Me miró fieramente. Jamás hubiera creído que aquel semblante siempre bon-

doso y sonriente fuera capaz de adoptar tal expresión.

— ¡Es usted un miserable! — exclamó crispando las manos y echando fuego por los ojos. — ¡Salga de aquí inmediatamente!

Confieso que me desconcertó aquel inesperado arranque de dignidad herida, y comprendí que en aquel momento no podría hacer nada mejor que marcharme.

Lo hice lo más airoso que pude y oí que la puerta se cerraba violentamente a mis espaldas.

Toda la mañana estuve pensando en lo que debía hacer, cuando, de pronto, hallándome en el vestíbulo, vi entrar al viajante de bebidas. Después de vacilar ligeramente, me fui tras él, dispuesto a interrogarle, pero entonces pude ser testigo de un hecho que me dejó clavado al pie de la escalera.

Quiso el azar que en aquel momento bajara la hija del detective y, al cruzarse con el viajante de bebidas, ni se saludaron, ni se miraron siquiera.

¿Cómo era posible que yo pudiera creer en la sinceridad de aquella actitud, después de haberles visto departir confidencialmente la tarde anterior? Otra vez el recuerdo de la absurda comedia que después representaron me vino al pensamiento y se me grabó en él con fuerza inusitada.

Desistí inmediatamente de interrogar al viajante de bebidas. Acaso con ello sólo consiguiera prevenirle. Y entonces como nunca me pareció que la solución que había dado al enigma era exacta. El viajante de bebidas era el autor de los robos y el detective tenía interés en que no se hiciera pública su deshonra. «Pero ¡ah! no por eso voy a perder el brazalete de mi madre», me dije, y empecé a hacer cálculos y proyectos.

EL deseo de recuperar la joya y de dar al cínico ladrón su merecido, no precisamente porque robaba, sino porque me había robado a mí y de un modo que me parecía una burla, me daban ánimos para proseguir mis investigaciones. Quería recuperar a todo trance la joya de mi madre y desenmascarar de paso al odioso ladrón.

Como que si denunciaba mis sospechas a la policía, probablemente sólo conseguiría poner en guardia al pájaro, pues no tenía ninguna prueba acusadora y, además, era seguro que el detective me llevaría la contraria, decidí no decir ni una palabra a nadie y obrar por mi cuenta.

Si, como suponía, el viajante de bebidas era el ladrón, iría seguramente a vender las joyas robadas o a depositarlas en lugar seguro. Lo mejor era seguirle y espiar todos sus movimientos hasta encontrar una ocasión oportuna para denunciarle. Y a fe que triunfé en toda la línea.

El día siguiente, que era festivo, permanecí toda la mañana en el salón de lectura del hotel, sin que mi perseguido saliese para nada. A la hora de almorzar le vi en el comedor en la mesa de costumbre.

No cambió ni siquiera una palabra con el detective, y esto no hizo sino afirmarme en mi creencia de que había dado con el ladrón.

Por la tarde seguí observando. A eso de las cuatro, el detective y su hija abandonaron el hotel.

Media hora después salió el viajante, y yo le seguí. No me importaba perder el tiempo. Perdería toda la tarde, un día entero, dos, tres, pero estaba seguro



Obras recomendables para la educación de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

HACE FALTA UN MUCHACHO, por Arturo Cuyás 5 ptas.

SUEÑOS DE TRIBILÍN, por Arturo Cuyás. 4'50 »

LOS HIJOS BIEN EDUCADOS, por el Dr. Saimbraum 2 »

COMO SE CRIAN SANOS NUESTROS HIJOS, por el Dr. Vázquez Yepes 2'50 »

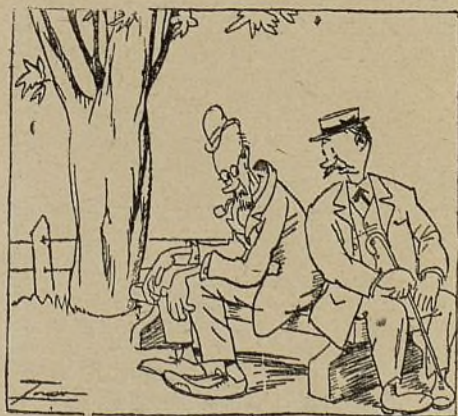
PARA EDUCAR AL NIÑO, por el Dr. Eleizegui 2'50 »

LOS JUEGOS EN LA INFANCIA, por el Dr. Eleizegui 2'50 »

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES
DIPUTACIÓN, 211, — BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID



— ¡Fíjese usted: el Estado hace un empréstito de quinientos millones y se apresuran a darle cerca de dos mil, y yo intento hacer uno de dos pesetas y no encuentro un capitalista ni para un remedio.

(De La Voz)



¿Qué me dices de Trent?

justicia frecuentemente, pero no era posible obtener por ellos una prueba de la culpabilidad de Trent. Aquella banda era un verdadero prodigio de orden, eficiencia y disciplina.

Había surgido al fin el peligro. El asunto que ahora se ventilaba en la Audiencia se desarrollaba sin ninguna dificultad para Trent, como todos los anteriores, cuando uno de los encartados tuvo el valor de mezclar en el asunto el nombre del jefe, prometiendo hacer importantes declaraciones. La prensa había dado la noticia la noche anterior, y así se explicaba que hubiera despertado tanto interés la vista de aquella mañana.

«Risueño» podía ver la aglomeración de gente que había en la sala. Precisamente la ventana de su habitación caía sobre la que se abría a la izquierda del estrado. Y como aquella estaba en el lado opuesto del patio y sólo dos pisos más arriba, «Risueño» no tenía más que descender un poco el *stor* para ver la mesa presidencial y la pequeña plataforma de los testigos.

«Risueño» iba vestido con su traje de golf y en un rincón de la estancia se veía el alto y estrecho cesto con los útiles del aristocrático deporte.

Estaba también Gabby en la habitación. Era éste un atleta de hombros formidables y abultado pecho. Su semblante era la antítesis del de su compañero. El de éste sonreía siempre, con una sonrisa que hacía relampaguear sus ojos, justificando el sobrenombre de «Risueño». El de Gabby era feroz y terrible.

— Esta vez — dijo — no daría cinco centavos por la cabeza del jefe.

«Risueño» mostró sus blancos dientes en una alegre sonrisa. — Esta vez, como todas, la cabeza de Trent se quedará en su sitio.

Consultó el reloj. — Va a empezar la fiesta. Sería mejor que te marcharas. — ¡Haberlo dicho antes! Ya me estaba jeringando tanto esperar.

Se fué sin decir adiós. «Risueño» se acercó entonces a la ventana y exploró el terreno. Ya había llegado el presidente. Iba a comparecer el testigo.

Se fué tranquilamente al cesto del golf y extrajo de él una corta escopeta. Con la misma calma, volvió al lado de la ventana. Ya estaba el testigo sobre la pequeña plataforma, jurando con la mano puesta sobre la Biblia. Se levantó en la sala un rumor de expectación. El encartado iba a acusar a su jefe, iba a dar las pruebas necesarias para que Trent se pudriera con él en presidio.

«Risueño» se llevó la culata del rifle al hombro, apuntó y apretó el gatillo. Como el arma era silenciosa, sólo se oyó el grito que profirió el declarante al caer con una mano en el pecho. Como «Risueño» disparó desde dentro, por entre los encajes del *stor*, nadie vió nada.

El deportista volvió a guardar el arma en el cesto, se echó éste al hombro y salió de la habitación silbando.

En el vestíbulo se encontró con el dueño del hotel.

— ¿Qué, don Guillermo, a jugar el partidito diario?

— Lo de siempre — repuso «Risueño» con su amable y eterna sonrisa.

CUANDO Nolan, el jefe de la sección de detectives del Estado, se enteró de que habían matado al traidor de la banda de Trent, se tragó las cinco pastillas de goma de masticar que tenía en la boca e hizo crujir la mesa de un puñetazo.

El que le dió la noticia tomó las de Villadiego, pues sabía cómo las gastaba el jefe cuando estaba furioso.

Nolan se levantó y se quedó pensativo en medio del despacho. Era un hombre alto y recio. Sus manazas parecían las de un gigante. Era bastante feo, pues a la irregularidad de sus facciones se sumaba una gran abundancia de pecas, pero había en aquel rostro una extraña simpatía, aun cuando, como ahora, presagiaba tempestad.

Entró en la habitación contigua. Quince o veinte hombres había en ella y, entre todos, sólo uno hacía algo útil.

Era éste un muchacho de mirada triste. Escribía a máquina. Versos.

Nolan se acercó a él y leyó por encima de su hombro: «El bien y el mal, ¡ay de mí!» Arrancó de un zarpazo el papel y con la otra mano cogió al joven por la solapa.

— ¿Qué diablos hace usted aquí? — preguntó.

— He ingresado al servicio de usted, como detective.

— ¿Cómo se llama?

— Juan Donovan.

— Pues bien, joven Donovan, si le vuelvo a pillar escribiendo estupideces, sale usted por la ventana. Aquí quiero yo hombres valientes y de buenos puños. Un poeta no puede ser buen detective.

— Yo le demostraré lo contrario, jefe.

— Pues te voy a dar ocasión en seguida.

Y añadió, dirigiéndose a todos:

Averigüelo usted, que para eso es detective.



— Esta tarde me vais a traer a la cárcel a toda la gente maleante de la ciudad. Por cada uno que traigáis os daré un puñetazo menos. Ha de ser lo que yo llamo una redada. A las nueve quiero tenerlos a todos aquí.

Se portaron bien los muchachos. A las nueve estaba la cárcel rebosante de una multitud que armaba un ruido infernal. Donovan se presentó al jefe para decirle:

— Acabo de traerle a «Risueño». ¿Qué le parece, señor Nolan?

— Para empezar está bastante bien. Dispensa si te he ofendido esta mañana.

Se fué en seguida a las dependencias donde estaba la prisión provisional. Enormes estancias con una verja corrida que iba de un lado a otro del edificio. A través del colosal enrejado se veía una compacta multitud de malhechores. Apestaba a sudor y a tabaco.

Nolan echó a andar a lo largo de la verja. De vez en vez se detenía, introducía el brazo por los barrotes y cogía una solapa.

— ¿De qué te ríes, imbécil?

— Es que éste me ha dicho un chiste — contestaba el interrogado con visible intranquilidad.

Nolan le daba un empujón y continuaba su camino.

Buscaba en los semblantes el gesto sospechoso. Se proponía nada menos que adivinar quién había sido el autor del misterioso disparo que había salvado a Trent.

Se detuvo; su mano se posó sobre un hombro.

— Hola, «Risueño».

— Hola.

— ¿Qué me dices de Trent?

— Ya sabes que yo nunca sé nada.

Bien lo sabía Nolan. Era inútil todo cuanto se hacía por arrancar una palabra a aquel hombre que no cesaba de sonreír.

— ¿Por dónde anda Gabby?

— Ahí lo tienes con su cara de malhumor. Le han traído conmigo.

Nolan abrió la puertecilla de la reja y salió al punto llevando a Gabby casi a rastras.

— Sal también tú, «Risueño» — dijo antes de cerrar. — Quiero haceros algunas preguntas interesantes.

Una vez fuera, Gabby logró desasirse de la mano de Nolan y le miró con un gesto de odio y de rabia.

— Si no llevaras eso, no tratarías así a la gente.

Señalaba la cintura del detective, ceñida por un cinturón del que pendían dos revólveres.



Nolan, sereno y sonriente, avanzó por en medio de la sala.

Inmediatamente, Nolan se quitó el cinturón y se lo entregó a «Risueño». Este quedó tan estupefacto, que no hubiera podido utilizar los revólveres aunque se lo propusiera.

Nolan cogió a Gabby de la solapa.

— Ahora estamos en iguales condiciones. Defiéndete, imbécil.

Y le dió un empujón para que tuviera tiempo de atacarle a su gusto.

Comenzó un match de boxeo que atrajo a las verjas a todos los malhechores. Naturalmente, los presos estaban por unanimidad del lado de Gabby y le animaban con gritos. Los puñetazos de éste parecían golpes propinados con una maza de hierro. Nolan tuvo ocasión de comprobarlo. Pero de hierro era también el cuerpo del detective.

Los puños funcionaban como hélices. Por fin, Gabby comenzó a perder la resistencia y la confianza en sí mismo, ante la inutilidad de su esfuerzo. Y este fué el momento que Nolan aprovechó para derribar al bandido.

Se limpió con una manga la sangre de la boca y el sudor de la frente y ayudó a levantarse a Gabby.

— Por hoy tienes bastante — dijo. — Podéis volver a vuestra habitación.

Y abrió la puerta de la verja y les hizo entrar, después de quitar el cinturón de las manos del estupefacto «Risueño».

FUE a lavarse y después a visitar el departamento de mujeres. Si ruido y agitación había en el de los hombres, no podía compararse con los que promovían aquella multitud femenina.

Unas fumaban, otras bailaban o cantaban, otras refan, otras discutían. Aquello parecía una jaula de grillos.

Nolan experimentaba cierta inquietud. Hubiera preferido enténderselas con gigantes a tratar con mujeres.

Sobre unos cajones amontonados vió una joven que fumaba con indiferencia y en ella fijó la atención.

Vestía con elegancia y era muy bella. El perfil de su rostro era de una perfección clásica y sus ojos, negros y dulces, parecían de brillante cristal.

Aunque sabía que Nolan la miraba, seguía fumando con indiferencia un cigarrillo de boquilla de oro y aroma intenso.

— ¡Baja de ahí! — le ordenó Nolan.

Ella obedeció con un gesto de hastío.

— ¿Cuál es tu nombre?



A los pies del joven ayudante había dos hombres caídos



Entonces oyó un disparo.

— ¿A usted qué le importa?
— Contesta como es debido, pues hay circunstancias en que el mal genio cuesta caro. ¡Vamos! Dime quién eres y cuál es tu ocupación.

— Averíguelo usted, que para eso es detective.

— Eso hago: averiguarlo.

— Pues lo que es por mí no sabrá usted una sola palabra. ¡Primero me dejaría arrancar la piel a tiras!

Había en sus ojos tanta indignación, que Nolan quedó un tanto sorprendido.

— ¿Qué te han hecho, muchacha? Parece que no estás de muy buen humor.

— ¿Y lo pregunta usted, que ha traído aquí a media ciudad por meras sospechas?

— ¿Te parece que no hay motivo después de lo que pasó ayer en la Audiencia?

— ¿A mí qué me importa lo que pasó en la Audiencia?

— Eso habrá que discutirlo más despacio. ¿Crees que no sé que eres muy amiga del jefe de la banda?

— ¡Como si quisiera tener amistad con Rockefeller! Eso a usted no le importa.

— ¡Me estás acabando la paciencia!

— ¡Hace rato que me la ha acabado usted a mí!

Les interrumpió el joven Donovan.

— Señor Nolan, Trent está echando a la calle a todos los detenidos, bajo fianza.

La muchacha se echó a reír.

Nolan la miró fijamente.

— Es demasiado pronto para reír, buena moza.

— Me llamo Dora, para servirle — replicó burlescamente.

Al día siguiente, Nolan había formado ya sus planes. Llamó a Donovan, el pacífico escritor de versos, y le explicó:

— Ya que Trent no quiere que tenga aquí a su gente, iremos a buscarla. Hay cierto café en los barrios bajos que, aunque parece un establecimiento público, no es más que una especie de salón de actos de la banda de Trent. Si te atreves les haremos una visita.

— Yo voy donde usted vaya, jefe, y agradecido de que tenga por mí esta preferencia.

— Pues vamos allá.

Había que bajar algunos escalones para penetrar en el antro, que quedaba por debajo del nivel del suelo.

(Continúa en la página 81).



¡Y le he matado yo!

DELITOS *Tragicómicos*

SALVAJADA PRIMERA

Durante la lidia de uno de los becerros en un festival taurino se arrojaron al ruedo Salvador Mas y Juan Meliá, los cuales, armados de largos palos con agudos pinchos, empezaron a martirizar al pobre animal con tal saña, que hubo necesidad de retirar al bicho para poner fin a tal salvajada.

(Heraldo de Castellón.)

Se ve la polvareda de hostilidad que han levantado los espontáneos rejonadores, de modo que en la misma situación angustiosa quedan ellos que el becerro.

La Sociedad Protectora de Animales debe intervenir por los tres.

SEGUNDA SALVAJADA

Málaga. — Anoche durante una fiesta cómica que se celebraba en la plaza de toros, una banda que figuraban ser pieles rojas mataron a un becerro acuchillándolo bárbaramente entre todos.

El público protestó indignado.

El gobernador ordenó a la Guardia civil que averiguase quiénes eran los pieles rojas para imponerles una sanción.

(El Pueblo Vasco, de San Sebastián.)

Estos, al menos, tuvieron la franqueza de vestirse de pieles rojas, y estamos seguros de que, si les dejan, se comen crudo al becerro después de matarlo, lo que hubiera constituido un importante documento acerca de las costumbres de aquellos indígenas contra los que Washington tanto tuvo que luchar. Pero aquí no hay curiosidad por nada.



CONSECUENCIAS DE LA INCULTURA AGRICOLA

Coruña. — En la calle del Ferrol fué detenido el mendigo Francisco Puga Díaz, de sesenta y cinco años, que llevaba un saco con veinte kilos de patatas cuya procedencia no supo explicar satisfactoriamente.

Pasó a la Comisaría.

(El Noroeste, de Coruña.)

He aquí una demostración de que la incultura tiene consecuencias desagradables. Hoy, para vivir tranquilo, hace falta saber muchas cosas. No basta la contabilidad, la aritmética y la mecánografía. Hay que saber también si estos tomates son de Valencia o de Murcia y si aquellas patatas son holandesas o americanas. Otro gallo le cantara

a Francisco Puga Díaz si hubiera podido decir de dónde procedían las que llevaba en el saco.



O TODOS O NINGUNO

Barcelona. — A requerimientos del súbdito italiano Mario Rolando Rizi, de cuarenta y tres años de edad, fué detenido en el muelle de Levante, José Linares, de veintiocho, al que acusaba aquél de haberle amenazado con una navaja, expresándole que le iba a cortar el cuello.

El detenido dijo a la policía que dicho súbdito italiano había sufrido una confusión, pues lo que hizo fué amenazarle en tono jovial con que le iba a cortar el cuello... de la camisa.

(La Noche, de Barcelona.)

A ver quién es capaz de castigar a este hombre, a menos que quiera echarse sobre la conciencia una carga de varios quintales. Porque, una de dos: o el cortar cuellos de camisa no es ningún delito y entonces hay que dejar en libertad al que quería cortarlo, o sí es un delito y entonces hay que dar una batida por todas las camiserías de España.

UNA MALA BUENAVENTURA

Bilbao. — Concepción Goti Ugalde, de veinte años, fué ayer a hacer las compras de ordinario a la plaza del Mercado de la Ribera, cuando se le acercó una gitana bien parecida, con un «churumbel» en brazos. «¿Te la echo, resalá?», dijo, y ya se disponía a leerle el porvenir en las rayas de la mano, cuando Concepción la rechazó. Entonces la «cañi» le pidió un poco de uva para el niño y, una vez que obtuvo la fruta, desapareció.

Al poco rato de esta escena, Concepción Goti Ugalde notó la falta de una carterita con 500 pesetas, que llevaba en un bolsillo del delantal, y sospecha que es la gitana la autora del hurto. La policía, con las señas que posee, la busca.

(El Liberal, de Bilbao.)

Si reflexionamos un poco, veremos que la culpable de lo sucedido fué la joven Concepción y no la gitana. Si aquella hubiera aceptado la proposición que le hizo ésta de leerle el porvenir, se hubiera enterado de que le iban a desaparecer 500 pesetas y habría tomado las medidas necesarias. Pero no quiso saber nada y después tuvo que saberlo a la fuerza, cuando ya era demasiado tarde. La gitana se había ido con la buena ventura y le había dejado a ella la mala.

QUIEN ROBA A UN LADRON...

Madrid. — Esta mañana la pareja de guardias de seguridad que prestaba servicio en la plaza de la Cebada vió a un individuo que llevaba una caja registradora. Los guardias le preguntaron dónde iba, y el individuo tiró la caja al suelo y huyó.

Poco después se averiguó que la máquina pertenecía a un bar situado en la calle de Toledo, donde poco antes el desconocido había forzado otra caja registradora de gran tamaño y se apoderó de 235 pesetas que había en ella. La caja que tiró al suelo guardaba 221 pesetas.

Parece que el ladrón se había quedado escondido en la cueva cuando cerraron el establecimiento.

(El Liberal, de Bilbao.)

Por si caes, pobre caco, en poder de la policía, vamos a decirte lo que tienes que declarar ante el juez. Hazle comprender que si esas cajas se pasan el día registrando, también tienes derecho a registrarlas tú a ellas. Dile también que la policía debe dejarte en paz durante cien años, que es el tiempo de perdón que le corresponde al que hace lo que has hecho tú, es decir, robar a un ladrón. Porque no hay que darle vueltas: si tú eres ladrón por registrar, más lo serán esas máquinas registradoras.



POR EL DECORO NACIONAL

Madrid. — En los alrededores del puente de Toledo dió una batida la policía para detener a gente maleante.

Un policía intentó detener a Antonio Escobar, «el Serrín Mayor», que saltó una zanja de ocho metros y atrevió a nado el Manzanares.

Una vez en la orilla opuesta, comenzó a burlarse de todo el mundo, yendo desnudo. El policía atravesó el Manzanares, y logró detener a Antonio, que se encontraba oculto entre unas matas, esperando que se le secase la ropa.

(La Voz de Aragón, de Zaragoza.)

Por fin despertamos de nuestro marasmo. Estábamos en ridículo ante las grandes naciones europeas y americanas, sobre todo ante los Estados Unidos, donde la policía ha de tomar automóviles y disparar tiros y entrar por las chimeneas para coger a los ladrones, que emplean para huir medios igualmente audaces y extraordinarios. Una persecución a nado por el Manzanares, aunque este río no es el Niágara ni mucho menos, no está mal para empezar. Hombres como «El Serrín Mayor» son los que necesita España para que suba la peseta.

DON JUSTO

La LEY del TALIÓN

TODO delincuente debe sufrir un daño igual al que cometió y, cuando esto no sea posible, la pena que se le imponga habrá de estar en relación con el delito cometido o con el medio de que se valió para ejecutarlo.»

Este principio—que, resumido en el antiquísimo y conocido aforismo «Ojo por ojo, diente por diente», constituyó la base de todas las legislaciones penales de los pueblos antiguos — perdura en las leyes y costumbres de muchas naciones aun hoy atrasadas, y su espíritu palpita en multitud de disposiciones de la moderna jurisprudencia.

Del diario de un cronista francés, que ha viajado por las extensas y casi desconocidas regiones del sur de Colombia, reproducimos la siguiente narración que demuestra cómo esta terrible ley se halla aún vigente y se aplica en nuestros días.

En un poblado de la montañosa región del Cauca — región que, por no haber sentido apenas el influjo de la civilización, conserva en toda su pureza las costumbres primitivas de los indios — un indígena supo que su mujer le era infiel.

Cada día, mientras él estaba en el campo, la puerta de su tienda se abría para dar paso al amante de su compañera. Hasta que un día, el marido regresó de improviso y sorprendió a los adúlteros besándose.

Dominando sus deseos homicidas, acudió al jefe de la tribu, al cual pidió el castigo de los culpables.

— Quiero que sean juzgados según las costumbres antiguas de nuestro pueblo, que castigaba el adulterio con la muerte, y exijo que sean ejecutados según la ley del talión.

Fué inútil pretender que desistiera de su propósito. El ultrajado indio quería vengarse, y la ley amparaba su venganza. Los dos adúlteros fueron condenados a morir tal como prescribía la ley del talión.

Al día siguiente, los reos, atados por la cintura, uno frente al otro, fueron conducidos a la plaza pública donde se les obligó a arrodillarse y permanecer con los labios unidos, y, en esta actitud, el propio marido les fué cosiendo lentamente las bocas. Puesto que les había sorprendido besándose, era de ley que murieran de la misma manera que delinquieron y por eso les selló los labios en un beso de muerte.

Renunciamos a describir más detalles del horrible espectáculo. Los dos amantes fueron conducidos a una piragua y abandonados a su suerte, quedando así cumplido el bárbaro precepto.

La ley del talión surgió para limitar el deseo de venganza ese impulso innato que siente el que ha recibido un daño cualquiera y le impele a causar a quien se lo infirió un daño igual o mayor que el suyo.

En los comienzos de la vida de la humanidad, cuando el poder social no tenía apenas vigor, la víctima de un delito o sus parientes reaccionaban contra la ofensa recibida infiriendo un mal al delincuente o a alguno de los individuos de su familia, pues siempre los familiares del ofendido se consideraban soli-

darios de la víctima y los familiares del culpable, solidarios de éste.

La venganza, entonces, no reconocía más medida que el grado, meramente accidental y arbitrario, de excitación del individuo lesionado.

Esto, como es natural, daba lugar a males sin cuento, y que, en lugar de remediar y extinguir la injusticia que entrañaba el delito, no hacía más que duplicarla, dando origen a las grandes guerras privadas que causaron en muchos pueblos de la antigüedad la desaparición de numerosas familias.

De aquí que fuera preciso limitar el derecho de venganza y esta limitación fué el talión. Su fórmula salvaje «Ojo por ojo, diente por diente» representa en la historia del derecho penal un progreso, es decir, que sobre la venganza ciega y momentánea, ejecutada sin reflexión ni deliberación alguna, existe un principio superior, cual es la proporción entre el delito y la pena.

Fué, pues, el talión el primer bosquejo que existió en el mundo de una ley penal, hasta el punto de que en la primera ley escrita que se conoce, el código babilónico de Ammurabi — faraón que vivió hacia el año 2250 antes de

Jesucristo — ya se halla admitida la ley del talión.

El pueblo hebreo castigaba con el talión los delitos de sangre, y en la Biblia se halla expresamente descrito. En los admirables códigos griegos y romanos también se halla claramente expuesta, y durante toda la Edad Media constituyó el alma de las legislaciones feudales, como, en España, el Fuero Juzgo, las Partidas y, en especial, los fueros municipales, que establecían penas como la de amputar la mano al ladrón y al perjurio, cortar la lengua al falso testimonio, quemar al blasfemo, etc.

Poco a poco, sin embargo, a medida que el derecho fué evolucionando, se vió que el talión no era aplicable a todos

los casos, y así fué cómo empezaron a aparecer otras penas inspiradas en principios más justos y humanitarios.

Algunos tratadistas han sostenido que la ley del talión es más equitativa y hasta más conforme a la razón y a la naturaleza que otra ley cualquiera. Basta responder a esto que al talión le falta el principal fin a que debe tender toda pena, esto es, a corregir al delincuente con el menor sufrimiento posible.

A pesar de ello, existen — como anteriormente hemos dicho — disposiciones inspiradas en este antiquísimo principio en todos los pueblos, incluso en aquellos que cuentan con códigos penales modernos. Ejemplo de ello lo tenemos en nuestro Código penal de 1870, vigente hasta hace muy poco, el cual mantenía una disposición que constituye un fósil jurídico, como una verdadera supervivencia del talión a través de las estratificaciones de las leyes modernas. Dice textualmente este artículo: «que el juez que a sabiendas dictase sentencia injusta en causa criminal por delito, incurrirá en la pena impuesta por la sentencia, si ésta se hubiese ejecutado.»

OJO POR OJO

DIENTE POR DIENTE

El CRIMEN del MARQUÉS de GANGES



por G. P. M.

*Vida de una noble y
piadosa dama francesa,
indignamente sacrificada
por las pasiones que corroían
la fastuosa corte de Luis XIV.*

LA causa presente prueba de un modo doloroso para nuestra sociedad que el hombre siente una tendencia tan poderosa hacia el mal, que sólo puede apartarle de ella la fuerza de voluntad y la virtud. Careciendo de estas dos indispensables condiciones, no sirven de nada ni la más esmerada educación, ni la posición más envidiable.

Sin una fuerza de voluntad a toda prueba y una virtud ejemplar, el hombre, tiranizado por las circunstancias, se ve arrastrado a los más odiosos crímenes.

En esta causa figuran principalmente tres personajes, que a pesar de su ilustre nacimiento, de su elevada posición social y de su escogida educación, no pueden resistir el embate de esas bajas pasiones, que los arrojan a un crimen más bárbaro aún por las circunstancias y detalles de que se vió rodeado.

Y todo por la ambición y el despecho de verse defraudados en sus ilícitas pasiones.

POR el año 1649, se celebró la boda del marqués de Castellane, nieto del duque de Villars, que tanto por su nobleza como por su gallardía figuraba en primera fila entre los más distinguidos jóvenes de la alta sociedad francesa.

La novia sólo contaba trece años; era esbelta, de cutis sonrosado, cabellos negros y ojos rasgados y expresivos.

Su carácter bondadoso, unido a su peregrina belleza, le hacía no desmerecer en nada ante su amado compañero.

Hija única del señor de Rosan de Avignon, heredera del señor de Nocheres, su abuelo materno — que le había dejado un caudal de quinientas mil libras y los títulos de Nocheres Chateaublanc — se encontraba además al nivel de las señoritas más distinguidas, por su instrucción y por sus virtudes.

Una vez contraído el matrimonio, quiso el marqués de Castellane presentar a su esposa en París y, aunque al principio se resistió su abuelo, al fin cedió a acompañarles a la capital.

Después se retiró a sus dominios muy satisfecho, porque dejaba a su nieta vigilada prudentemente por un esposo a quien ella amaba y respetaba.

En una fiesta dada en palacio por Luis XIV, causó una gran sensación la joven y bella esposa del marqués de Castellane, hasta el punto de que el mismo rey se dignó bailar con ella, distinguiéndola así de las demás damas de la Corte.

La reina de Suecia también la distinguió, haciendo de ella grandes elogios.

Todos los nobles se disputaban el favor de una danza, de una palabra, o de una sonrisa de la bella Provenzala, como se la empezó a llamar en la Corte, sin hacer caso del título de marquesa de Castellane.

Pero ni las fiestas suntuosas ni el lujo inusitado de la corte de Luis XIV lograron fascinar a la marquesa. Muy al contrario, la aturdíen y la molestaban, no acudiendo a tales fiestas, más que por no contrariar a su esposo, a quien cada día amaba con más firmeza.

Con el fallecimiento del señor de Nocheres coincidió el nombramiento del marqués de Castellane para mandar las galeras francesas en Sicilia.

Pasó algún tiempo sin que la marquesa de Castellane se presentara en los salones, hasta que la funesta nueva del naufragio de las galeras francesas en Sicilia, con la muerte del marqués en aquellas aguas, acabó de alejar más aún de las fiestas a la bella y joven viuda.

Y tal fué el efecto que produjo en la marquesa la terrible noticia, que cayó enferma y estuvo más de un mes luchando entre la vida y la muerte.

DURANTE este tiempo se vió su palacio invadido por las más salientes personalidades, que acudían, solícitas, a informarse del estado de salud de la ilustre enferma.

Ya convaleciente, menudeó tanto sus visitas Luis XIV, que no tardaron en llegar hasta la noble viuda las murmuraciones que contra su honor se propalaban por todas partes.

Entonces, con el pretexto de atender al cuidado de sus dominios, se trasladó a Aviñón, pero hasta allí la persiguió

puesto que Lanide, aprovechando la enfermedad de aquella infeliz, se dedicó de lleno a sus vicios y se pasaba tres o cuatro días sin ver a su esposa. Esta se enteró por los criados que ni de noche se retiraba el marqués a su casa, y aquí su desconsuelo llegó a perjudicar bastante su quebrantada salud.

Ya convaleciente, tuvo una entrevista con su esposo.

— Te anuncio que tengo que hacer un largo viaje — le dijo él.

— ¿Sin mí?

— Sin tí.

— Eres muy cruel.

— Soy lo que debe ser un hombre precavido.

— No te comprendo.

— ¿Vas a abandonar al niño?

— No he pensado en semejante cosa.

— ¿Entonces?...

— Iremos los tres. Ya ves, el pequeño no goza de muy buena salud y un viaje así le vendría muy bien.

— Los chiquillos me molestan mucho.

— La nodriza se cuidará de que no te moleste.

— ¿Nodriza también? ¡Ea! no hablemos más. Estoy decidido a hacer el viaje solo.

El marqués partió sin decir sus planes ni dejar dicho a dónde se marchaba.

Estaba ya ausente de su hogar algunos meses, cuando la marquesa volvió a dar a luz una niña, sin tener el consuelo de que el marqués se hallara a su lado.

Por fin se presentó, pasados dos meses del segundo natalicio, y fué para proponer a su esposa la cesión a su favor de varios de sus dominios, a lo que la virtuosa y buena madre se negó

Inmediatamente cerró la puerta por dentro, al mismo tiempo que su hermano se ponía en pie y desenvainaba la espada.

— Señora — exclamó el abate, — es preciso morir: escoged entre el fuego, el veneno o el acero.

la turba de cortesanos, molestándola en alto grado con sus interesadas pretensiones.

Esto la decidió a retirarse a un convento en calidad de penitencia.

Aunque tampoco la abandonaron sus pretendientes en este santo asilo, disminuyó al menos bastante el número.

Entre los que continuaron el asedio, figuraba el joven Lanide, marqués de Ganges, barón de Languedoc, gobernador de San Andrés y dueño, además, de una gran fortuna.

Las excelentes cualidades que, al parecer, demostraba, su respetuoso cariño y sus prendas físicas, hicieron nacer la simpatía de la marquesa hacia él, simpatía que no tardó en convertirse en amor, y que, al fin, la decidió a entregarle su mano.

La boda se celebraba en el año 1658.

PERO las excelentes dotes con que el marqués de Ganges conquistó el cariño de la marquesa viuda de Castellane no eran más que aparentes.

El joven Lanide era uno de los hombres más viciosos de aquella época. Libertino, jugador, desconfiado, impetuoso y cruel, apenas le bastaba su gran fortuna para satisfacer sus vicios.

Había codiciado la belleza y la fortuna de la que ya era su esposa; y, una vez conseguidas ambas cosas, arrojó la máscara con que sedujo a la infeliz viuda y volvió a presentarse tal cual había sido siempre.

La marquesa vió con claridad, la triste vida que el porvenir le ofrecía por haberse dejado engañar por aquel hombre tan distinto a su primer marido. Sin embargo, consciente de su deber, continuó siendo tan amable y tan buena esposa como antes de conocer las perversas condiciones de su nuevo esposo. Se resignó como una verdadera mártir.

Al transcurrir un año de casados nació un niño, y este acontecimiento — que le hacía pensar a la marquesa que acabaría con el mal carácter de su esposo — fué todo lo contrario,

rotundamente, manifestando que se hallaba en la obligación de conservar intacto su patrimonio, el cual pertenecía a sus hijos.

El marqués se puso furioso al ver frustradas sus ambiciosas esperanzas y se entregó sin rebozo alguno a su anterior vida de crápula.

La marquesa, viendo herida de muerte su dignidad, respondió a aquel desafío insolente abriendo sus salones a la sociedad, aunque evitando siempre que ni la más pequeña sombra empañara su honor.

Sólo se dignaba recibir a las personas indiferentes al amor y a las que le habían dado pruebas de verdadera amistad.

Los desdichados, empero, no podían perdonarla y empezaron de nuevo las murmuraciones imprudentes.

Los celos no dejaban de molestar al esposo, mas como no encontraba motivo alguno que los justificara, se contentó con desviarse más de la buena esposa, a la cual molestaba con duras e incorrectas frases cuando ella le quería llevar por buen camino.

EN aquellos días de durísima prueba para la esposa, se presentaron en su palacio, para vivir con el matrimonio, el abate y el caballero Lanide, hermanos ambos del esposo de la marquesa.

El abate era libertino, relajado e impío en toda la extensión de la palabra; además, estaba dotado de una astucia infernal propia de su sagrado ministerio.

Su corazón estaba seco y sólo su cabeza funcionaba, con virtiéndose en un laboratorio de maldades e hipocresías. Fingió como el cómico más experto, y de este modo engañaba a cuantos le rodeaban.

El otro hermano con quien iba era tan vicioso como el abate, aunque sin poseer su talento y siendo tan débil de carácter, que se dejaba dominar por cualquiera. El amor propio lo poseía en grado superlativo, siendo el juguete de todo aquel que le halagaba.

De aquí que el abate le mandara a su antojo sin que el otro se diera cuenta. Del mismo modo logró dominar al marqués dándole sanos consejos, al parecer, y prometiéndole solapadamente que él sabría encauzar su hacienda.

Así, pues, al poco tiempo de vivir con el noble matrimonio, el verdadero dueño de la casa era el abate, sin que el mismo marqués se diera cuenta.

La belleza de la dama había encendido en el pecho del abate la avasalladora llama del deseo; por esto, echando mano de su refinado maquiavelismo, se dedicó a ponderar a su hermano el marqués las virtudes de su esposa, logrando al fin no sólo disipar sus celos, sino que la tratara con menos desprecio y hasta con cierto cariño.

— ¡Basta! — exclamó la marquesa en el colmo de la indignación. — Si resistís, vais a ser la mujer más desdichada del mundo; si cedéis, todos podremos ser dichosos.

La marquesa, lejos de contestar como merecía este malvado, se reprimió y respondió a sus insultos con una sublime sencillez:

— Puesto que, según decís, me amáis por mi belleza, aprended a estimarme por mi virtud.

El abate no contestó, y, aprovechando su indecisión, continuó la marquesa:

— Sabed, que todas las desgracias del mundo no serán bastantes para hacerme faltar al respeto que le debo a mi esposo y al que me tengo a mí misma.



Y, echando mano de la espada, le dió dos estocadas en el pecho.

Es natural que la marquesa notara el cambio verificado en su esposo y que tratara de averiguar la causa; precisamente lo que esperaba el abate.

De esta suerte le hizo saber a la dama que nadie más que él había sido la causa del cambio del marqués y que a él le debía la felicidad que disfrutaba, porque amándola tan desinteresadamente no quería verla padecer.

Esta infame declaración, tan impropia en un hermano de su esposo y más impropia aún dado su estado, inspiró a la marquesa una gran antipatía hacia este personaje.

Así y todo, comprendiendo a la vez las torpes intenciones de aquel hombre, le dió las gracias por sus bondades, aunque la expresión de su rostro dijera todo lo contrario.

Durante una cacería, tuvo el abate la ocasión de hablar a solas con la marquesa. Allí le habló descaradamente de su amor, mejor dicho, de su pasión y de sus esperanzas para el porvenir.

La dama, por más que ya había conocido las intenciones de su cuñado, quedó desagradablemente sorprendida al oír su lenguaje y contestó secamente:

— Señor abate, fijaos un momento en lo que soy yo y en lo que sois vos. Contestaos a vos mismo y así me evitaréis una dura respuesta.

— Muy bien, señora; pero no olvidéis que vuestra felicidad de ahora me la debéis a mí. Pensad que quien ha hecho esto puede deshacerlo con igual facilidad, y que nadie en el mundo podrá quitar la confianza que el marqués ha depositado en su hermano el abate.

Aquí la furia del abate no tuvo límites, y, ciego de ira, se alejó de su cuñada, haciéndole la formal promesa de que sabría vengarse cumplidamente de su desvío para con él.

La marquesa volvió a reunirse con el resto de los cazadores sin decir a persona alguna lo que acababa de suceder; y el abate partió al día siguiente para Aviñón, pretextando unas ocupaciones urgentes.

La soledad de su retiro en Aviñón hizo que se le pasara el disgusto al innoble abate y volvió de nuevo a París, para continuar la inicua persecución de la marquesa.

Entonces observó que su hermano menor, el caballero de Ganges, pasaba horas enteras conversando con su cuñada.

Esto le hizo padecer la mordedura de los celos y redobló sus astutas indagaciones sin conseguir el más mínimo detalle que perjudicara la honra de la dama.

Lo que ocurría era, que ésta, viendo la sencillez de su cuñado, le demostraba su simpatía conversando con él y agradeciéndole interiormente que no se propasara como lo había hecho el abate.

Mas la incultura del caballero le hizo ver lo que no había, confundiendo el aprecio con el amor, lo cual fué causa de que perdiera el respeto que merecía la dama, atreviéndose a insinuarle con la rudeza que su escaso talento le dictaba.

El abate, ante todo, llamó a su hermano y le dijo:

— Me consta que amáis a la marquesa.

El caballero se quedó sin saber qué contestar, y el hermano prosiguió:

(Continúa en la página 86)

DEL MUNDO

DEL DELITO



A la izquierda: Un puritano inglés rezando, ante una de las puertas de la cárcel de Winchester, por el alma de un reb recién ajusticiado. A la derecha: En Varsovia se ha seguido un sensacional proceso contra una alta personalidad polaca que había contraído matrimonio siete veces y vivía a un tiempo con sus siete esposas. En la fotografía aparecen dos de ellas que, al salir de prestar declaración, se ocultán, avergonzadas, a los objetivos fotográficos. — Abajo: Una escena de las elecciones alemanas. La policía cacheando a los electores en plena calle para evitar que, además del voto, lleven oculta alguna arma.



camino de hierro cuyas blancas piedras destacábanse vivamente de entre las traviesas. Envuelto por una nube de humo un objeto avanzaba con rapidez por la vía, aumentando ostensiblemente de tamaño.

Un momento después se nos echó encima, grande como un mamut, mostrándonos sus inmensas ruedas y un tender colosal. De un salto la máquina se desvió de nosotros dándonos la impresión de haber salvado nuestras vidas y dejándonos vislumbrar a un fogonero, en el acto de inclinarse, y al tiznado maquinista. Tras ella venía un largo rosario de coches-camas. En la plataforma delantera de uno de ellos un empleado de chaqueta blanca agitaba la diestra, saludando. En el resto de los coches todo indicaba que se dormía aún. Rápido como una flecha pasó el «Ontario» ante mis ojos, despertando en mí encontrados sentimientos..., y al momento siguiente tuve que ponerme en pie, agarrando a McKnight por un hombro.

En el estribo del último vagón, con un pie en el aire había un hombre. Llevaba el hongo negro encasquetado firmemente como si temiera que se escapase, y su abrigo flotaba abierto al viento. Fué despedido fuera del coche, empujando en su mano libre un maletín, todos sus músculos en tensión como para saltar.

— ¡Dios mío! ¡Ese es el hombre! — exclamé enronqueciendo de repente mientras el público prorrumpía en aplausos. McKnight se levantó a medias de su asiento; en su puesto, dos filas más allá de la que ocupábamos, Johnson ahogó un bostezo y se volvió a mirarme.

Me dejé caer en la butaca, tembloroso, y traté de dominar mi excitación.

— El hombre que iba en la última plataforma del tren — dije — estaba a punto de saltar. Juraría que llevaba mi maletín.

— ¿Has podido ver su rostro? — me preguntó McKnight a media voz. — ¿Le reconocerías si volvieras a verle?

— No. Se había encasquetado bien el sombrero y tenía la cabeza inclinada. Ven, que voy a averiguar dónde se ha tomado la película. Dicen que a dos millas del lugar del desastre, pero lo mismo podría ser a cuarenta.

El público, ocupado en ponerse los abrigo, no se había enterado de nada. Alison y su compañera, la señora Dallas, se habían marchado ya. Frente a nosotros, Johnson se bajaba a coger su sombrero, que se le había caído al suelo.

— Por aquí — le indiqué a McKnight. Y nos metimos precipitadamente por el estrecho pasillo que teníamos al lado, detrás de los palcos. A su extremo se abría una puerta que conducía al escena-

Parecía muy circunspecto, pero en realidad estaba excitadísimo. Le presenté a McKnight, y éste, que posee toda la imaginación que a mí me falta, se hizo cargo en seguida de la situación.

El hombrecillo decía muy de prisa:

— Hasta ayer no supe que se había usted... salvado. ¡Terrible accidente..., indescrutable! Sueño con él todas las noches; pienso en él todo el día. ¿Se rompió usted un brazo?

— No. Le lleva entablillado para diferenciarse de los demás — replicó McKnight lánguidamente.

Yo le lancé una mirada furibunda; no ganábamos nada con exasperar al hombre.

— Sí, me fracturé el húmero.

El hombrecillo se echó a reír.

— No obstante, le veo muy animado — observó.

Yo repliqué:

— Usted también ha salido ileso, según veo.

El se registraba los bolsillos.

— Sí — dijo distraídamente; — escapé con bien. Pude romperme la cabeza, pero caí por casualidad, ¿a que no lo adivina usted? ¿No? pues, sobre la almohada sujeta a mi inspección en el momento en que ocurrió el desastre. ¿Se acuerda usted?... ¡Caramba! ¿Dónde habré metido el paquete?

Por fin lo halló y dirigiéndose a la mesa lo abrió, desplegando ante nuestros ojos, con aire triunfal, un trozo rectangular de batista, agujereado en su centro.

— ¿Lo reconoce usted? — me preguntó. — He aquí las manchas de sangre y el agujero abierto por la daga. Quise apoderarme también de la almohada, pero creyeron que trataba de robarla y me la quitaron.

Richey tocó el trozo de funda, con un molín de asco.

— ¡Por San Jorge! — exclamó. — ¿Y lleva usted esto en el bolsillo? ¿No teme confundirlo con su pañuelo?

Mas el señor Hotchkiss no le escuchaba. Se había inclinado sobre la mesa y clavaba en mí sus ojuelos de hurón.

— ¿Ha leído los diarios de la mañana? — me preguntó.

Dirigí una mirada al fajo de periódicos que aun estaba sin abrir y sacudí la cabeza.

— Entonces, mi tarea es más desagradable de lo que suponía — dijo, con notoria fruición. — Usted cree, naturalmente, que la catástrofe dió fin al caso Harrington. También yo lo creía, y pensaba dejar las cosas como estaban. Después de todo, yo era el único superviviente, o de no ser así, yo nada sabía de los demás, y a pesar de las apariencias, más de un detalle hablaba en favor de usted...

— Muchísimas gracias — dije con una ironía que le pasó inavertida.

— Compré su identidad tan pronto me hubo recobrado de la conmoción que me produjo el siniestro y... descubrí, preguntando a su sastre, que usted viste, invariablemente, de oscuro.

McKnight avanzó un paso con aire de amenaza.

— ¿Quién es usted? — preguntó. — ¿Y por qué se mete donde no le llaman?

Pero el señor Hotchkiss no se inmutó.

— Mi posición aquí es poco importante — dijo, buscando en sus bolsillos una tarjeta de visita. — Soy como un remiendo en el sillón de la Justicia.

McKnight murmuró algo desagradable referente al susodicho remiendo y se retiró refunfuñando a la ventana. Nuestro visitante abrió el diario haciendo un derroche de energía:

— Aquí está. Oiga usted.

Y leyó rápidamente, en voz alta:

«La policía de Pittsburg ha enviado a Baltimore dos *detectives* a quienes se confía la busca de los supervivientes del malaventurado tren expreso de Washington. Con este motivo se dice que Simón Harrington, el conocido industrial de *Wood Street* en dicha capital, no pereció en la catástrofe, sino que fué asesinado en su litera la noche antes del accidente, y que momentos antes de la colisión el jefe de policía recibió el siguiente telegrama:

«CUERPO DE SIMÓN HARRINGTON AFUÑALADO EN SU LITERA, LÍNEA INFERIOR N.º 10, VAGÓN «ONTARIO», A LAS 6.30 DE ESTA MAÑANA.

JOHN FLANDERS, REVISOR.»

«Se espera que los supervivientes del «Ontario» sean hallados para saber cómo ocurrió el hecho. El señor Juan Gilmore, director de las fábricas de acero de Pittsburg, de quien el señor Harrington era agente de compras, ha declarado que removerá cielo y tierra hasta dar con el culpable.»

— Usted y yo somos los únicos supervivientes de ese vagón, por consiguiente, presiento grandes disgustos — concluyó Hotchkiss.

Yo sabía que aun quedaban otros dos supervivientes: la señorita Alison West era uno de ellos; el otro, la mujer a quien habíamos dejado delirando al borde del camino, con la negra cabellera tendida, después de la catástrofe; sin embargo, no quise sacarle de su error.

tiendo con dolor que me miraban desde el palco. El abominable japonés fué reemplazado por unos antipáticos perros sabios.

— Vamos a ver, pequeño: ¿cuántas ofertas de matrimonio recibirá la señorita del palco? — preguntaba su amo a uno de ellos. El perro se detuvo «sabiamente» ante un cero, vació, y en seguida sacó un ocho. El público aplaudió.

— ¡Qué imbéciles! — murmuré yo.

Transcurrido un buen rato dirigí la vista al palco. McKnight departía con la señora Dallas, mientras que «Ella»..., jella estaba mirándome! Se había sonrojado; sin embargo, conservaba toda su calma y no me saludó. Instintivamente cogí el sombrero para marcharme, mas al instante vi que se ponían en pie para salir y me contuve. McKnight volvió radiante.

— Acabo de hacer una promesa en tu nombre — dijo. — La señora Dallas me ha pedido que te lleve esta noche a cenar a su casa y me he comprometido a ello. Se te invita a que traigas contigo tu brazo roto y con él todos cuantos recuerdos conserves de la catástrofe.

Luchando contra mi deseo repuse:

— No haré tal cosa. Recuerda que no puedo cortar los alimentos y que ni aun soy capaz de hacerme el nudo de la corbata.

— Perfectamente. La señora Dallas sabe esto, porque yo se lo he dicho. Y si quieres, te mandaré a Stogie y él te ayudará a vestirse.

(Stogie es su *fackum* japonés, así llamado a causa de su delgadez, su color amarillo-terroso y porque pretende haber llegado al país dentro de un cajón.)

Una sesión de cinematógrafo concluía el programa. El salón estaba a oscuras y la música había dejado súbitamente de tocar, como sucede en los circos siempre que algún acróbata artiesga su vida en el salto de la muerte u otro ejercicio por el estilo... Después, presa de profunda emoción, vi el siguiente letrero sobre la blanca tela de la pantalla:

«Actualidades: Una vista del tren expreso de Washington tomada en la mañana nefasta del día 10 de septiembre a corta distancia del lugar de la catástrofe. Dos millas más allá quedó destruido casi por completo.»

Confieso que en aquellos momentos experimenté de nuevo algunas de las horribles sensaciones que me habían asaltado cuando el descarrilamiento; en torno mío los espectadores se inclinaban ávidamente con los rostros llenos de expectación e interés. Luego desaparecieron las letras ocupando su lugar el nivelado terraplén de un

sosuve una conferencia telefónica con Miller, el fiscal del distrito judicial. Por él supe que Bronson era vigilado y que toda tentativa de venta de los billetes que se le hiciera concluiría, probablemente, con el rescate de los mismos. En espera de tal contingencia, el Estado llevaba adelante el proceso, cosa que yo no ignoraba.

Al mediodía salí del despacho y fui a ver a «Cándida», mi mal-trecho *pony*, en compañía de un veterinario. A la una había concluido mi tarea cotidiana y tenía en perspectiva toda la tarde, larga y desolada. McKnight, contento de poder abandonar sus estudios, me propuso que le acompañara, pues pensaba asistir a una función de *variétés*; y era tal mi aburrimiento, que accedí a ello. No podía montar, ni guiar, ni jugar al *golf* y mi propia compañía me hastiaba mortalmente.

— Es el local más fresco de la ciudad — decíame Ricardo. — Allí verás ventiladores, trajes vaporosos y airosos ademanes, y... ¡Mira! ¡Ahí tienes a Johnson, el individuo más «desahogado» que hay en todo Washington!

Adquirió tres entradas, obsequiando con una de ellas al *detective* sin perder su aire de gravedad. Luego entramos. Para aquel que lleva, como yo, una vida normal y laboriosa, el ir al teatro por la tarde es algo así como el mantecado de los domingos. En el tablado, una mujer corpulenta que llevaba un tonelete rosa cantaba con acento nasal, acompañando de una vulgar patada el final de cada estrofa. Su sonrisa le sentaba, según decía McKnight, como a un Cristo un par de pistolas. Sentado dos filas delante de la nuestra, Johnson se dispuso a dormir y, en aquel momento, Richey me dió un codazo.

— Mira ahí, a ese primer palco de la derecha — me dijo en voz baja. — Cuando se concluya este acto, quiero que me acompañes a él.

Era la primera vez que la veía desde el día en que la dejé en el *cab*, en Baltimore. Exteriormente presumo que debí de conservar la calma, porque nadie se volvió a mirarme; sin embargo, a su vista se conmovió hasta la fibra más íntima de mí ser. Estaba inclinada hacia delante contemplando, arrobada, con los labios entreabiertos, al nigromante japonés que había venido a substituir a aquella a quien McKnight llamaba con muy poco respeto la «gigantilla». Recordé a la muchacha desaliñada de la granja y me pareció radiante ahora.

En un principio sólo júbilo me había inspirado su presencia, pero McKnight, tocándose en el brazo, me volvió a la realidad.

— Aquella señora que la acompaña es su prima, la señora Dallas. Ven, que vamos a saludarlas.

Pero yo no quise ir. Quedéme solo, pues, tras su marcha, sin-

— A menos que encontremos al hombre que ocupó la litera número 7 — sugerí, en respuesta a su observación.

— Ya le he buscado, aunque sin éxito. Su hallazgo no probaría, sin embargo, la inocencia de usted, a menos que demostráramos su amistad o relación con la víctima, que es precisamente lo que busco. Por de pronto, he conseguido averiguar que la litera número 7 fué ocupada al llegar a la estación de Cresson.

¡Cresson! ¡Donde Alison y la señorita Curtis habían tomado el tren!

McKnight salió del hueco de la ventana y avanzó con la mano extendida:

— Señor Hotchkiss — dijo, — lamento haberle ofendido, pero pensé, cuando usted entró, que, como el irlandés y el gobierno, estaba «contra» nosotros. Si no tiene inconveniente en guardar esas «alegres» reliquias donde yo no las vea, le convidó a comer conmigo en «La Incubadora».

(Este es el nombre que mi amigo le ha puesto a su pisito de soltero.)

Hotchkiss aceptó la invitación.

Ambos salieron juntos de casa y desde la ventana les vi meterse en el coche de McKnight. Estaba lloviendo y una de sus ruedas patinó al arrancar. Johnson, el *detective*, les vió salir con su desvergonzada sonrisa, mas me vió al volver la cabeza y se quitó el sombrero.

Dejé la ventana y me senté tras ella, a la luz del crepúsculo. El ocupante de la litera N.º 7 había subido al tren en Cresson con Alison West y su compañera, probablemente. Y esa persona le interesaba lo bastante para que tratara de escudarla. Me llegué, irritado, hasta la puerta y llamé a la señora Klopton.

— Puede usted tirar esas rosas — le ordené sin mirarla. — Están marchitas.

— Hace ya tres días — me replicó, despechada, — pero Eufemia me dijo que la había usted amenazado con despedirla si las tocaba.

horas que sucedieron a la catástrofe (sin descubrir el nombre de la muchacha, naturalmente, pues ella tenía mi palabra, pero le conté todo lo demás). Me convenía aportar al asunto un juicio claro y desencanado como el suyo. Yo había dado tantas vueltas al incidente de la granja y al famoso collar roto, que había perdido por completo toda claridad de visión.

Mi amigo me escuchaba con divertido interés, hasta que mencioné el trozo de cadena rota. Entonces sus labios exhalaban un tenue silbido.

— ¡Pero, amiguito! — protestó. — ¡Cadenas finas iguales a ésta se hacen todos los días! ¿Cómo puedes suponer que ese trozo manchado pertenezca al collar de la muchacha?

Yo miré en torno mío. Johnson se quedaba rezagado, atareado en quitarse el barro de las botas con un palitroque.

— Tengo el trozo dentro del maletín de piel de foca — le recordé. — Esta mañana, como no podía dormir, pensé en él. Estoy harto de sufrir todas las penas del infierno, y... no cabe duda, Ricardo. Es la misma cadena.

Anduvimos en silencio, uno al lado del otro, hasta tomar el tranvía de vuelta, y entonces observó Ricardo con acento decisivo:

— Bien. Tú conoces personalmente a la muchacha, yo no; mas si te agrada, y yo creo que te ha flechado, créeme, no des la voz de alarma. Por coincidencias como ésta del collar se ahorca hoy día a una persona. En cuanto a lo sucedido anoche, si ella es tal como la pintas y tiene algo que ver con el asunto, ya te ha caído quehacer. Tal es mi opinión. No cabe duda de que la dama misteriosa de hace una semana es la misma de anoche. Únicamente me desconcierta que tu nueva amiga se hallara por entonces en Altona.

Al apearnos del tranvía abordé de nuevo el tema que jamás llegaba a un segundo término en mi imaginación.

— A propósito de... de la señorita ésa del tren, Ricardo — dije con acento de soberbia indiferencia, a mi entender. — ¿Supongo que no te habrás formado de ella una idea equivocada? Yo no sé si volveré a verla alguna vez, mas de todos modos quisiera que quedara adecuadamente «clasificada» entre nosotros.

Rich no me contestó, si bien, mientras yo abría la puerta de casa con el llavín que llevaba a prevención, se plantó en la acera contemplándome con la irónica sonrisa que le era peculiar.

— El amor, como el sarapión, entra más fuerte cuanto más crecido es el paciente — dijo, al fin, a modo de comentario.

Johnson no apareció ya aquel día, y un hombrucillo de impermeable ocupó su lugar. Yo acudí por primera vez a la oficina a la mañana siguiente, con el impermeable todavía al brazo, y a las once



El domingo por la tarde, es decir, una semana después de la catástrofe, mi forzada inacción me puso frenético. Me mantenía en un estado de constante irritación el ver a Johnson al otro lado de la calle, espiándome, sin perder la casa de vista ni un momento. Y fué aquel día, precisamente, cuando las cosas vinieron a reunirse en un foco, cuando los acontecimientos compusieron algo así como un reflector del que yo fuese centro.

Aquella tarde comí solo y desanimado. El día anterior se había jugado una partida de polo para la cual presté mi *pony*, acción que entonces me pesaba, ya que, no sólo se había roto un brazuelo, sino que además este contratiempo había contribuido a la pérdida del juego. No quedaba ni un alma en la ciudad; el termómetro subía sin cesar y mi mano izquierda me hacía sentir persistentes punzadas.

La señora Klopton en persona vino a servir la mesa; ella cortó para mí el pan en menudos trozos, me preparó las tostadas con mantequilla y cortó los *beefsteaks*. ¡Pobre mujer! Daba vueltas en torno mío con una solicitud verdaderamente maternal, poniendo todo su empeño en levantar mi decaído ánimo.

— El diario dice que aun ha de apretar más el calor — dijo para consolarme. — El termómetro marca 88 grados.

— ¡Y este café está a una temperatura de noventa! — observé, dejando la taza en el platillo. — ¿Dónde está Eufemia? No la he visto en todo el día. ¿No ha roto hoy ningún plato?

— Eufemia se halla en cama — respondió gravemente la señora Klopton. — ¿Está a su gusto la carne, señor Blakeley?

Mi ama de llaves se pintó sola para llenar de misterio la frase más vulgar del mundo, por ejemplo, cuando dice: «¿Estaban húmedas las sábanas, señor?», por el tono de su voz sé que en la casa de enfrente se ha cometido un robo, o que al vecino de la derecha le ha dado un ataque de apendicitis. De modo que en esta ocasión levanté la vista y le hice la pregunta que ella esperaba:

— ¿Qué tiene Eufemia?

— ¿Y descubriste algo?

— Sólo un trozo limpio en el cristal empañado de la ventana situada frente a la de tu cuarto. ¡Bonito estaba éste! Si la casa vecina se alquila alguna vez, te aconsejo que hagas poner en tu ventana cristales deslustrados.

Al volver la esquina se me ocurrió mirar atrás. Dejando entre él y nosotros media manzana de distancia, Johnson nos seguía poco a poco. Vió que yo le miraba y se paró a encender cachazudamente un cigarro. Sin embargo, dióse prisa en coger el tranvía que nosotros tomamos, aunque por discreción quedóse en la plataforma posterior. Parecía fatigado, y sin darse cuenta pagó nuestros billetes, con gran contento de McKnight, quien observó, mientras el tranvía nos conducía a las afueras:

— Su generosidad bien merece una carrera. Conductor, pare usted ante el camino más lleno de barro que encuentre.

A la una en punto entramos en una hospedería, tras un paseo de seis millas. Hacía media hora que habíamos perdido de vista a Johnson. Cuando le vi por última vez, le separaba de nosotros un cuarto de milla y perdía terreno rápidamente, si bien antes de que hubiéramos concluido de almorzar penetró, tambaleándose, en el hotel con una de sus botas bajo el brazo. Su aspecto era desastroso. El barro le llegaba hasta los ojos, estaba sudando, y cojeaba al andar. Escogió una mesa algo distante de la nuestra y pidió que le sirvieran una botella de vino, pero aparte de llevarse maquinalmente la diestra al sombrero, no dió muestras de ocuparse de nosotros.

— Me parece que estoy alcanzando la superioridad — declaró mi amigo. — ¡Eh, señor Johnson! ¿Qué tal le va? ¡Aguarde a que hayamos recorrido seis u ocho millas más y verá cómo hacemos honor a la comida!

Sin replicar, Johnson dejó sobre la mesa el vaso que se había llevado a los labios.

A decir verdad, yo me hallaba tan derrengado como él. La anterior semana de inacción me había debilitado y me hallaba molido hasta los huesos. McKnight, que era, por el contrario, una fuente de vitalidad y energías, dispuso que se preparase una mixtura extraña, mezcla de todos los ingredientes que había en el *bar*, y se la envió a Johnson, pero éste se negó a tomarla.

— ¡Uf! — observó, malhumorado, mi amigo. — ¡Detesto a la gente de tu calaña! ¡Con seguridad que si le ofreciera un hueso a tu perro creerías que trataba de envenenarlo!

Cuando regresamos, con Johnson detrás, como el caído apéndice de una cometa, a la línea de tranvías, había yo recobrado parte de mis ánimos. Por el camino expliqué a Ricardo la historia de las tres

— Se ha metido en cama de puro susto, señor — respondió la señora Klopton a media voz. — La he llevado tres botellas de agua caliente y no ha hecho más que gemir en todo el día.

— ¿Y para qué le hace tomar agua caliente? — dije en tono serio. — No tres, una sola, me haría desesparar. Puede usted retirarse; si la necesito, tocaré el timbre.

La señora Klopton se dirigió majestuosamente a la puerta, pero al llegar allí se paró en seco y luego giró, indignada, sobre sus talones.

— Reirá mejor quien ría el último, señor — dijo con dignidad. — De todos modos, voy a avisar a la policía para que vigile la casa de al lado.

Estuvo en un tris que no le dijera la verdad, es decir, que lo mismo aquella casa que la nuestra estaban custodiadas en aquel momento por la policía, pero, si bien suelo atormentar a la pobre señora Klopton, no es menos cierto que la aprecio; por consiguiente, me abstuve de ello.

— Anoche, como el periódico decía que íbamos a tener tormenta, envié a Eufemia a la azotea para que recogiera las alfombras. Elisa se había marchado a la calle, a pesar de que le tocaba quedarse en casa, de modo que subió sola. Un momento después, serían las once sobre poco más o menos, bajó chillando la escalera. Se metió en mi cuarto y allí cayó redonda al suelo. Después me contó que sobre la baranda que separa esta casa de la vecina, me refiero a la que está desalquilada, estaba sentado un negro fantasmón, y que cuando ella apareció se puso en pie, agitando unos brazos desmesurados y bufando como un gato.

Yo había concluido de comer y encendía un cigarrillo.

— Si arriba había alguien, lo cual me permito dudar, ha hecho objeto de una broma pesada a la muchacha — sugerí. — Sin embargo, su enfermedad no me preocupa. Recuerde que siempre que Elisa se toma un día de asueto, a ella le dan ataques de uno u otro género. Pero usted está intranquila y eso ya es diferente. Esta noche subiré a la azotea y echaré un vistazo.

Efectivamente, aquella noche requisé, a la ligera, las fallebas de todas las ventanas, y recorrí varias partes de la casa que no había vuelto a ver después de adquirida. Luego subí a la azotea. Era evidente que ésta había sido hecha con el único fin de que sirviera de tapadera al edificio, porque no tenía escalera, diferenciándose en esto de las de las otras casas. Una escala de mano y una trampa daban acceso a ella, y para subir hasta allí hube de hacer toda suerte de equilibrios a causa del brazo roto. Con todo, me icé como pude, descubriendo que esta parte inexplorada de mis dominios tenía tam-

bién sus atractivos. Hacía allí más frescos que abajo y me senté en la baranda dispuesto a fumarle el último cigarrillo. La azotea de la casa deshabitada estaba unida a la mía por su parte de atrás; sin embargo, un ligero examen me demostró que la trampa, que se hallaba situada al otro lado de la baranda de ladrillo, estaba cerrada interiormente con cerrojo.

Allí no había nada de anormal y así se lo comuniqué, al bajar, a la señora Klopston, reservándome, no obstante, el detalle de que había dejado abierta nuestra trampa para que se renovara el aire dentro de la casa. A las doce me metí en la cama, en vista de que no tenía otro quehacer. Encendí la lámpara de cabezera y cogí al azar un libro de Shaw: «Las armas y el hombre», se titulaba. Desde entonces no puedo menos de pensar con amargura que yo también soy algo así como un soldadito de chocolate... Me dispuse a dormir. Shaw me ayuda siempre a conciliar el sueño. No sé como excusarme por lo que ocurrió después, ni tampoco sabría explicaros el por qué de mi acción. Obré impulsivamente, hice una tontería, pero no me pesa.

Serían poco más de las dos cuando llamaron a la puerta, apresuradamente, por dos veces consecutivas. Me tiré soñoliento de la cama (tanto la señora Klopston como las doncellas se encierran por la noche en sus habitaciones, que se hallan fuera del alcance del timbre) y me puse la bata. Cuando bajaba las escaleras volvió a sonar el timbre. Encendí la luz del recibimiento y abrí la puerta. Era Johnson el que llamaba. Como estaba despierto del todo, le reconocí en seguida. Su calva brillaba bajo la luz como un espejo y una solapada sonrisa contraía sus labios.

— ¡Díantre de hombre! — exclamé irritado, — pero ¿cuándo duermes usted?

Sin contestarme cerró tras sí la puerta y apagó la luz. Luego entablamos un vivo diálogo.

— ¿Tiene usted una llave que abra la puerta de la casa contigo? — me preguntó. — Porque está cerrada y, sin embargo, dentro hay alguien.

— La llave de esta puerta servirá. Estas casas se parecen todas entre sí. ¿Le ha visto usted entrar?

— No, pero he visto una luz que varía constantemente de posición. También la vi anoche, y hoy he estado al acecho. Por otra parte, hace una semana que sucedieron ahí dentro cosas extrañas, según ha declarado nuestro vigilante.

— ¡Una luz! — exclamé. — ¿Usted ha visto una luz?

— Sí, sí — repuso el *detective*. Y añadió sombríamente: — ¿Tiene usted un revólver?

mi amigo contemplando la escalera y la trampa. — ¡Qué articulillo *vandevillesco* podría sacarse de tu relato! ¿Y aseguras que pusiste el pie sobre su mano? Hombre, hombre; ¿dónde se ha visto eso? ¡No será en los centros aristocráticos!

Me revolví contra él.

— ¡Veo que no te has hecho cargo de la situación! — exclamé. — ¿Qué pensarías si te dijera que aquella mano era una mano de señora, recargada de sortijas?

— ¡Una señora! — repitió él. — Toma, pues, diría que te has visto en una situación comprometida y que cuanto menos se hable de ello mejor. Mira, Lorenzo, yo creo que lo has soñado. Llevas mucho tiempo metido en casa. Retiro más palabras de hace poco. En realidad, te conviene hacer ejercicio.

— Ella se escapó, sin duda, por esta puerta — continué sin hacer caso. Me había provisto de paciencia. — Evidentemente, bajó por la escalera de servicio. Bajémosla también nosotros.

— Según las novelas de este género, deberíamos hallar ahora un guante — observó, al bajar, mi amigo. Pero estaba más impresionado de lo que aparentaba.

Iba examinando atentamente los polvorientos escalones, y una vez, al caer, desprendido de la pared, un trozo de yeso, dió un bote, lo mismo que una mujer nerviosa.

— ¡Lo que no acabo de comprender — dijo parándose de repente, — es por qué la dejaste marchar. Tu carácter no tiene nada de qui-jotesco.

Yo repliqué en grave tono:

— Cuando estemos en el campo, Richey, te contaré otra historia tan fuerte, que si no me llamas estúpido e idiota, no eres amigo mío.

Pasamos, tropezando, de la semiobscuridad de la escalera a la noche cerrada que imperaba en la cocina, a causa de sus cerrados postigos. La casa respiraba humedad como todos los locales clausurados; aun en aquella calurosa mañana de septiembre hacía frío allí dentro. Cuando salimos a la plena luz del sol, McKnight se estremeció.

— Ahora que hemos salido de la casa — dijo, — te diré que no es esta la primera vez que he estado en ella. ¿Te acuerdas que la noche de tu partida vi una cara en la ventana?

— Recuerdo, sí, que lo dijiste.

— Bueno, pues como aquello me inspiraba curiosidad — continuó diciéndome mi amigo mientras andábamos calle arriba, — volví en cuanto te hubes dejado. La puerta principal estaba abierta y examiné, una por una, todas las habitaciones. Yo fui el duende de la luz de que te ha hablado la señora Klopston.

— Toda una serie de ellos; en la sala de armas — respondí. Entré en ella y salí en seguida con un Smith y un Wesson.

— No le serviré de mucho — expliqué, — porque estoy inválido, como usted sabe; mas haré lo que pueda. Podría ser, en efecto, que hubiera alguien ahí dentro. Mis criados están intranquilos.

Johnson ordenó el plan de campaña. Yo había subido ya a la azotea; por consiguiente, sugirió que tornara allí e impidiera toda tentativa de evasión por aquel lado.

— Tengo a Robinson ahí fuera — dijo. Robinson era el vigilante de policía. — Voy a encargarle que no se mueva de aquí mientras usted vigila arriba; entre tanto, yo registraré la casa. Le recomiendo que haga poco ruido.

Aquello me divertía de lo lindo. Me puse algunas ropas y a tientas fui subiendo la escalera, apoyándome con la mano sana en la baranda. El revólver saltaba dentro de mi bolsillo.

Al pie de la escala de mano me detuve y miré a lo alto. Sobre mi cabeza se extendía un trozo de cielo gris tachonado de estrellas. Y entonces se me ocurrió pensar que me hallaba en una posición poco adecuada para defenderme, ya que con mi mano útil me agarraba a la escala y estaba a punto de izar mi cuerpo, del que soy en extremo cuidadoso, para meterle en la obscuridad, y en una arriesgada empresa, siendo así que soy bastante tardo de movimientos.

Sin embargo, llegué arriba sin contratiempo de ningún género. Veía destacarse claramente el edificio contiguo y no percibí nada sospechoso. Las azoteas, separadas por un muro enano de ladrillos, se extendían a ambos lados en una línea cortada de vez en cuando por una chimenea. Me dirigí sin hacer ruido a la trampa que pertenecía a la casa sospechosa y me incliné sobre ella. Estaba cerrada y me pareció oír los pasos de Johnson que ascendía lentamente. Después paró aquel ruido. Mientras estaba aguardando, un reloj vecino dió las tres. Examiné el revólver, por vez primera, ¡y vi que estaba descargado! Hasta aquel momento mi actitud frente a los acontecimientos había sido escéptica. Había subido en busca de los ladrones adoptando la actitud tolerante que exigían las circunstancias, impulsado por el valor artificial que nos presta la posesión de un arma de fuego. Viéndola descargada, creí hallarme en la cima de un volcán en erupción. De repente miré con aire incrédulo a la trampa que tenía a mis pies. Por la tarde la había examinado y estaba cerrada. ¿Era efecto de mi imaginación, o se había levantado una pulgada? ¿No se alzaba lentamente mientras yo la observaba? No, no debo de ser un héroe, porque mi alarma creció hasta convertirse en pánico. Yo sólo podía disponer de un brazo, mientras que aquel



CAPÍTULO XV

EL CINEMATOGRAFO

SALI el martes por vez primera, pero no me metí en mi despacho. Quería andar; un poco de ejercicio al aire libre disiparía, sin duda, la melancolía que me estaba consumiendo. McKnight había insistido varias veces en llevarme de excursión en su auto, mas yo rehusé siempre su invitación.

— No sé por qué no has de subir — me dijo algo molesto. — Yo no puedo andar; apenas he recorrido a pie dos manzanas consecutivas, durante los tres últimos años. Los automóviles han convertido las piernas en meros ornamentos..., y en algunos casos ni aun eso. Anda, acompáñame, y haremos que Johnson, que está ahora ahí fuera, nos tenga que perseguir a razón de cinco dólares por hora.

— Y conseguiría lo mismo que si nos persiguiese a razón de cinco millas por hora — repliqué. — Pero lo que a mí me gustaría saber, McKnight, es, por qué se me vigila. ¿Cómo conoce la policía que fui acusado de... «aquello»?

— ¿Es habladora la dama que te envió las flores?

— No. Es decir, yo no he dicho que sea una dama.

Trataba de meter mi brazo entablillado por la manga de mi chaqueta y lancé un gemido.

— De todos modos, sé que no ha hablado — concluí con tal acen- to de convicción, que McKnight se echó a reír.

Había llovido por la mañana temprano y la señora Klopton nos auguró otro chubasco. Resumiendo: tan firme era su fe, y su aire tan decidido, que tomé el paraguas que ella me ofrecía.

— No importa — dije, — podemos dejarle en la casa de al lado; voy a contarte un cuento, Ricardo, en el mismo lugar donde se des- arrolló la acción.

McKnight se quedó perplejo; sin embargo, me siguió sin vacilar hasta la puerta misma que daba acceso a la cocina de la casa vecina. Como yo suponía, no estaba cerrada. Subimos al segundo piso y, en- tre tanto, le conté a McKnight lo que había sucedido la noche antes.

— ¡Qué cosa más rara! ¡Jamás había oído otra igual! — dijo

que levantaba la trampa, fuera quien quisiera, tenía dos. De pronto, mis rodillas se doblaron ridículamente.

Los pasos de Johnson se oían claramente, si bien sonaban lejos todavía. Levantóse la trampa dos pulgadas y quedó inmóvil. Nada se oía debajo de ella. Sólo una vez creí oír un resuello entrecortado, pero quizás era yo mismo quien así jadeaba. En aquel momento hubiera querido sostenirme con una pierna sola para preservar la otra del disparo de un posible revólver.

Y entonces surgió la mano. Yo no sé cuándo fué; allí no había nada; sin embargo, la descubrí de repente, asida al marco de la trampa. Rápida como el pensamiento se me ocurrió una idea, y le puse un pie encima.

Ni el más leve rumor ascendió de la trampa. En un segundo me puse de rodillas y agarré atrevidamente aquella mano por la muñeca. La presencia de un peligro real me había hecho recuperar mis energías.

— ¡No se mueva — advertí jadeando, — o me pondré en pie sobre la trampa y le romperé un brazo!

¿Qué otra amenaza podía yo emplear? No podía luchar, ni disparar tampoco.

— ¡Johnson! — grité.

Y en aquel momento me di cuenta de una cosa que fué mi obsesión por espacio de un mes, de una cosa en que aun hoy no puedo pensar sin estremecerme. La mano pendía helada, fría, extrañamente inmóvil, de la muñeca que yo tenía sujeta. Bajo mis dedos una arteria latía débilmente. Aquella muñeca era tan frágil como la de... La expuse a la luz e inmediatamente la solté.

— ¡Dios mío! — murmuré. Y permanecí de rodillas, contemplando, con la boca abierta, el lugar que había ocupado. No estaba allí ahora; oí el suave roce de unas faldas por la escalera abajo y después volvió a imperar el silencio.

Alcé mi mano y a la luz de las estrellas contemplé un largo arañazo que tenía en la palma.

— ¡Una mujer! — dije estupidamente para mis adentros. — ¡Una mujer! ¡Qué ridículo!

Abajo, Johnson encendía cerilla tras cerilla y juraba en voz baja. — ¿Cómo se las ha compuesto para subir ahí? — gritó. — Yo me hubiera roto las narices.

Descubrió la escala tras de una breve requisa y se plantó al pie de ella con la cabeza levantada.

— Y bien: ¿no le ha visto usted, eh? — inquirió. — La casa tiene tantos escondrijos, que no uno, toda una banda de ladrones pasaría inadvertida aquí dentro.

Encendió otro fósforo.

— ¡Hola! — exclamó. — ¡Aquí hay otra puerta!

Por el sonido de sus pasos, cada vez más apagados, comprendí que se trataba de la escalera de servicio. Pasados diez minutos como pareció de nuevo, acompañado, esta vez, por el vigilante de policía.

— ¡Se ha escapado! — dijo tristemente. — Si cumpliera usted como debe con su obligación, Robinson, hubiera vigilado la puerta de servicio.

— Yo no pude duplicarme.

Robinson se había enfadado.

— Bueno — dije lo más alegremente que pude, — si hemos concluido ya con este negocio y puedo descender la escala sin despertar a mi ama de llaves, les ofrezco una copa de *whisky*, ¿aceptan?

Ambos atravesaron sin vacilar la azotea, y una vez estuvieron fuera de la casa deshabitada, respiré más libremente. Ya en la sala de armas cumplí mi promesa y Johnson bebió a mi salud. Examinó la habitación con el aire de un inteligente y, ya a punto de marchar, miró cariñosamente mis armas.

— ¿Ha pertenecido usted al Ejército? — me preguntó.

— No — dije con una amargura que no le pasó inadvertida aun cuando no podía comprender la causa. — Soy un soldadito de chocolate — añadí. — ¿Ha leído usted las obras de Shaw, Johnson?

— Nunca le oí nombrar hasta hoy — repuso el *detective* indiferentemente. — Buenas noches, señor Blakeley, y muchísimas gracias.

Al llegar a la puerta, se detuvo, vaciando. Después tosió y me dijo con cierta confusión:

— Supongo, señor Blakeley, que se habrá dado cuenta de mí... mi... asidua vigilancia. Conste que me desagrada, pero es mi deber, y todos hemos de cumplir con él.

— El día en que le encuentre de mejor humor — repliqué, — quiero que me explique por qué se me vigila.

El Curioso Caso de las Joyas de Andrews

(Continuación de la página 6)

nes y un premio en metálico para que se divierta. Mañana le entregaré una lista completa de las joyas perdidas.

MIENTRAS viajaba en el metro en dirección a mi casa, situada en Brooklyn, recordé el caso de cuando me ordenaron seguir al hermano de Isabel.

Era un muchacho guapo y muy agradable, de diez y siete años. Ganaba catorce dólares semanales por llevar de un lado a otro acciones que valían millones.

Instigado por un ladrón, robó una acción de quinientos dólares, de los que sólo percibió treinta como botín. Los cuatrocientos setenta restantes se los quedó el otro.

Después de cumplir su condena, se unió a una banda de atracadores y, al poco tiempo, fué condenado a Sing-Sing. Isabel estuvo presa también, pero la soltaron luego. Era una muchacha muy viva y algo descarada con los jueces y periodistas. Estaba loca por su hermano y siguió sus mismos pasos, pues al poco tiempo se relacionó con una pandilla de chantagistas, que robaron treinta mil dólares antes de que el señor Braid, mi jefe, consiguiese descubrir sus mañas.

— La verdad es — murmuré entre mí, mientras bajaba del tren en la calle Hoyt, — que esa gentuza resulta cada día más peligrosa para los habitantes de Wall Street.

AL día siguiente, al llegar a la oficina, me enteré de que el señor Braid había salido para Pittsburgo. Le sustituyó Tim Harlen.

— Ni Dailey ni Marcus han podido descubrir el domicilio de Isabel Morrison — me dijo consultando los partes de los agentes nocturnos. — Hace tiempo que nadie la ha visto en los clubs.

El invierno pasado trabajó una corta temporada en el coro de una opereta que se daba en Broadway. Era amiga de la mayor parte de los artistas; pero no podemos interrogarles, porque eso la pondría sobre aviso. Tendrá usted necesidad de buscarla por sí misma. Valdrá más que se finja una muchacha de costumbres más o menos licenciosas. Aquí tiene algunas joyas de su «último papá».

Me entregó un estuche de joyas falsas, pero tan bien imitadas, que sólo un perito se habría dado cuenta de ello.

Escogí un reloj de pulsera con diamantes y zafiros, una sortija, un broche de brillantes y zafiros y un largo collar de perlas. Decidí ponerme este último guardándome lo demás en el maletín que llevaba conmigo.

Me miré al espejo y quedé satisfecha de mi propia figura. Soy de estatura regular, tengo el cabello y los ojos negros, el cutis fino y pálido y los labios naturalmente rojos. Muchas veces me he fingido corista y sé hablar perfectamente la jerga de las que se dedican al teatro de revistas.

Me dirigí como primera providencia a la parte alta de la ciudad y alquilé una habitación en un hotel en donde se alojaban artistas teatrales. Dejé allí mi maletín y luego me dediqué a averiguar dónde vivía Isabel.

Cuando salía del Princeton, daban las once, hora en que los artistas teatrales suelen ir a desayunar. Muchos de ellos son clientes de los pequeños restaurantes del barrio. Por tanto, no era difícil que encontrara en alguno la pista de Isabel.

Generalmente casi todas las muchachas de aquel barrio son parroquianas de determinados restaurantes, viven en los mismos hoteles o casas de huéspedes y se sientan a una mesa determinada, causa por la cual los dueños de estos establecimientos conocen perfectamente a todos sus clientes.

Los visité, pues, uno por uno, dando una excusa que muchas veces ha sido eficaz.

Ya en el restaurante, miraba a mi alrededor. Entonces se adelantaba un camarero para preguntarme si buscaba a alguien. Yo le describía a Isabel. Si no la reconocía, me marchaba, diciendo que mi amiga me había citado a almorzar, pero que no recordaba en qué restau-

rante, aunque estaba segura de que se hallaba en aquel barrio.

A las dos de la tarde, no había descubierto cosa alguna. Poco después, en uno de los restaurantes más importantes de Broadway, cerca de la calle Cincuenta, el jefe de los camareros me dijo que Isabel solía ir a almorzar todos los días, pero que hacía un par de ellos que no la había visto.

A las once y media de la mañana siguiente volví a aquel establecimiento. El camarero me mostró una mesa en donde se sentaron varias muchachas que parecían artistas teatrales. Todas iban muy bien vestidas.

Al acercarme a ellas, me miraron sorprendidas por mi intrusión, pero el camarero les explicó el asunto:

— ¡Ah! ¿Es usted amiga de Isabel Morrison? — preguntó cordialmente una de ellas. — ¿Está ya de regreso?

— El nombre de mi amiga es Isabel Carter — contesté fingiendo desencanto. — Se la describí a este camarero el cual me dijo que solía almorzar en esta mesa. Deseaba haberla encontrado ayer. Tal vez ustedes la conozcan. Acababa de llegar a la ciudad cuando me telefoneó. Como perdí mi librito de notas, ignoro dónde vive. ¿Tienen inconveniente en que me sienta aquí?

Esta mentira tuvo el resultado apetecido. Al llegar a los postres, ya éramos excelentes amigas. Averigüé que dos de aquellas muchachas — Dolly Lefever y Blanca Castle — vivían en la misma casa de huéspedes que Isabel. Antes de terminar la comida ya estaba dispuesta a ir allá para ver si la patrona tenía alguna habitación desocupada.

— ¿Por qué no nos acompaña? — preguntó Dolly, la más vivaracha de las dos. — Nosotras vamos ahora. Puedo asegurarle que no se está allí muy mal.

— A mí me gustaría lo indecible — contesté. — Me resulta muy antipático vivir en un hotel, a no ser que tenga una compañera de habitación. Está una muy sola.

Una página vivida entre enfermos y delincuentes que se debaten en los límites del mundo impreciso de la razón y la locura.

Un estudio profundo y sagaz sobre la locura de un hombre que en ningún momento dejó entrever el motivo de su enfermedad.

Esto es lo que se desarrolla en el sorprendente relato titulado

LA EXTRAÑA PSICOSIS DE DON FEDERICO

que publicará **GRAN PROYECTOR** en su número de diciembre

Si quiere usted conocer unas auténticas escenas de la vida de manicomio, no deje de leer esta narración escrita ex profeso para GRAN PROYECTOR por el mismo protagonista del caso.

LA casa exteriormente tenía excelente aspecto, pero por dentro producía la sensación de frialdad de casi todas las casas de huéspedes. En las paredes había numerosas fotografías con las firmas autógrafas de individuos que apenas sabían escribir.

— Esta señorita desea una habitación, señora Grogan — explicó Dolly. — ¿Qué hay acerca de la de Isabel Morrison?

— No lo sé — contestó. — La señorita Morrison se marchó con mucha prisa. Me dijo que si a fin de semana no había vuelto, mandaría a alguien a recoger sus cosas. Pero tengo un cuartito muy mono en el último piso, por diez dólares semanales. Esta mañana han venido a verlo dos señoritas, que me prometieron contestar, pero yo siempre digo que el primero que llega es el primero en ser servido.

Excuso decir el interés loco que yo tenía en ver la habitación de Isabel.

— No me gustaría vivir tan arriba, lejos del teléfono. ¿Dónde está la habitación de la señorita Morrison?

— En la parte delantera del primer piso — contestó la señora Grogan. — Se la enseñaré a usted, porque estoy segura de que a la señorita Morrison no le importará. Y, si le gusta, podría tomar de momento la habitación del tercer piso y trasladarse pasado mañana al primero. Creo que le gustará.

Habría continuado hablando, pero Blanca la interrumpió diciendo que no disponían de mucho tiempo, porque tenían función por la tarde.

— Pues bien, aquí están las llaves, señorita. Muchas gracias. Hoy mis piernas están peor que nunca.

Dolly tomó las llaves, subimos por la destartada escalera y llegamos a la parte delantera del primer piso. Entramos en una habitación grande, que tenía una ventana de buenas dimensiones, cubierta con unas sucias cortinas de encaje. Sobre la chimenea colgaba un espejo de tamaño natural. Habían recogido la ropa de la cama. Con alegría observé que la papelera estaba casi llena de papeles rotos y arrugados. De un extremo a otro de la chimenea iba un cordel, en el que se secaban dos pares de medias de seda. En la repisa veíanse cuatro pañuelos que parecían mariposas blancas. Evidentemente, habíanse caído del espejo, en donde los pusieron a secar.

— Me gustaría mucho ocupar esta habitación — observé a Dolly.

— Es probable que se la den mañana. Apostaría cualquier cosa, Blanca, que Isabel se ha ido detrás de Eugenio Parker. Supongo que ya sabrás que ya no baila en el Marquis...

— Cállate, Dolly — la interrumpió Blanca. — No seas tan charlatana. El día menos pensado tendrás un disgusto a causa de tu lengua.

Luego, volviéndose hacia a mí, me preguntó escuetamente:

— ¿Quiere usted ver la otra habitación?

— Sí. También me gustaría, aunque espero que mañana me den ésta. Creo que me quedará aquí todo el verano.

Subimos corriendo los dos pisos restantes. En el superior había dos habitaciones amuebladas. Las restantes se utilizaban como almacén de muebles descompuestos, colchones viejos y ropa usada de cama.

— Sí. Tomaré esta — dije indecisa.

— Acaso por la noche se encuentre usted un poco sola — observó Blanca. — Casi todos los huéspedes trabajan hasta

la madrugada y la inquilina de la habitación contigua, que es enfermera, se pasa las noches velando a un enfermo.

— ¿Quieren ustedes que devuelva las llaves a la señora Grogan? — pregunté.

— No, gracias — contestó. — Ya lo haré yo misma. ¿Pagará usted por adelantado? Es costumbre. Más adelante ya podrá usted hacerle esperar si quiere. Aquí está su llave. El alquiler asciende a diez dólares por semana, según le ha dicho ya la patrona.

Le entregué un billete de diez dólares y cincuenta centavos en calidad de depósito por las llaves.

Después de dirigirme un cariñoso «hasta la vista», eché a correr escalera abajo para ir a su habitación, situada en el piso inferior. La casa estaba silenciosa. Se abrió una puerta y a los pocos instantes se cerró. Se oyeron pasos en la escalera.

Era preciso obrar con cautela.

No me vanagloriaba de mi suerte, pues recordaba la fábula de la lechera; con todo, puedo decir que me sentía bastante esperanzada.



— ¿Te enteraste de que Rodríguez perdió el juicio?

— ¡Pobrecito! ¿Está en el manicomio?

— No... Está en la miseria porque perdió el juicio que entabló por su herencia.

Aunque ignoraba cómo, estaba resuelta a entrar en la habitación de Isabel para registrarla por entero. Conveniría hacerlo por la noche. Me prometía grandes descubrimientos en el cesto de papeles. Las medias y los pañuelos daban a entender claramente que había partido con gran precipitación.

Debía proveerme aquella noche de una ganzúa, de zapatillas de fieltro, de un par de llamativos trajes de noche y de bastante dinero. Además, tenía que enterarme de si Eugenio Parker tenía antecedentes penales.

Anoté todas estas cosas al salir de la casa, y en la esquina de la Sexta Avenida y la calle Cuarenta y Siete tomé un taxímetro, ordenando al chofer que me llevase a la casa inmediata a la nuestra. Tal vez ésta fuera una precaución innecesaria, pero el refrán dice que «vale más prevenir que curar».

HARLEN quedó satisfecho del éxito obtenido hasta entonces. Envío a un hombre a la Jefatura de Policía para averiguar si allí conocían a Parker, y luego me entregó una ganzúa y cien dólares.

— Mejor será que espere usted a mañana a comprarse los trajes — me dijo. — El que lleva puesto no está mal del todo.

El señor Braid me hubiese autorizado inmediatamente. Por esto resolví comprar cuanto antes los dos trajes que necesitaba, pues me molestaba tener que hacer las cosas con apresuramiento. Además, si no los utilizaba, podía devolverlos; eso, sin contar con que vale más pájaro en mano que ciento volando.

En la vida de los detectives hay ratos muy agradables. Tales fueron los que pasé al escoger dos magníficos trajes de noche: de *chiffon* de color amarillo claro con preciosos adornos el uno, y de una *georgette* de color amoratado, el otro.

En cambio, tenemos horas terribles. A las nueve de la noche volví a la casa de huéspedes. El vestíbulo estaba alumbrado débilmente. Se oían voces en la planta baja. En una de ellas reconocí la de la señora Grogan.

Cuando llegaba al primer rellano sonó el timbre del teléfono unas dos o tres veces antes de que la pesada patrona cogiera el auricular. En el rellano inmediato, me paré a escuchar.

— ¡Diga!... Sí, querida... Seguramente... ¿Que vendrá usted dentro de una hora a llevarse todas sus cosas?... Muy bien...

Presurosa subí a mi habitación, encendí la luz eléctrica, envolví la bombilla en un papel rojo y abrí mi maleta.

Dentro de una hora — pensaba mientras nerviosamente me mudaba el traje que llevaba por otro negro. — Tal vez venga antes de la hora. No puedo perder tiempo.

Bajé con cuidado la escalera, vistiendo un traje completamente negro y calzando unas zapatillas de fieltro. Algunos escalones crujían de un modo alarmante.

Sin dificultad logré abrir la puerta de la habitación de Isabel. Una vez dentro volví a cerrar y me metí la ganzúa en el bolsillo. Aunque soy bastante atropellada cuando se trata de asuntos importantes, por regla general nunca olvido los detalles.

Un farol de la calle iluminaba débilmente el centro de la habitación, pero estaba segura de ser invisible para cualquiera que pudiese mirar desde la casa de enfrente.

Casi a tientas di con la mesa y abrí los cajones llenos de ropa y otras cosas para mí sin importancia.

El cesto de los papeles me proporcionó mejor cosecha. Con la rapidez posible cogí los trozos de tarjetas postales, cartas y telegramas que allí había.

Precisamente cuando me los metía en el bolsillo oí voces, una de ellas la de la patrona y la otra desconocida por completo.

No tuve tiempo más que para esconderme debajo de la cama, cuando se abrió la puerta.

— Mire, es una habitación muy grande, María — oí que decía la señora Grogan. — Además, está muy cerca de su tocador.

Se encendieron las luces y las dos mujeres entablaron una larga conversación que no me interesaba nada.

— ¡Caramba! — exclamó de pronto la señora Grogan. — Veo que esa inútil de Amelia no ha vaciado el cesto de los papeles. Tampoco habrá barrido seguramente debajo de la cama. Siempre tengo que estar detrás de ella.

Crujió con violencia la mecedora en que se había sentado, pero entonces, gracias al cielo, sonó el timbre de la puerta.

— Será la amiga de la señorita Morrison — dijo. — ¿Quiere usted hacer el favor de ir a abrir? Me duelen mucho las piernas. Pero ¡qué impaciente es! — añadió al observar que seguían llamando. — Hágame el favor, María, o, si no, la gente se va a figurar que tenemos fuego en la casa. Yo me llevaré el cesto de los papeles.

Lo tomó en efecto, después que hubo cambiado de sitio la mesa del centro.

Ya no tenía posibilidad de escapar. Cuidadosamente me acerqué a la pared cuanto pude, esperando que la amiga de Isabel se apresurara a marcharse con el equipaje de ésta. Debajo de la cama hacía un calor sofocante.

— Tengo entendido que la semana de la señorita Morrison termina mañana — dijo una voz metálica.

— Así es, señorita — asintió la señora Grogan. — Ahora estaba enseñando la habitación...

— Pues bien, no quedará desocupada hasta mañana — contestó la amiga de Isabel. — Voy a quedarme yo en su lugar. Buenas noches.

Y cerró la puerta, quedándose dentro. ¡Valiente complicación! Mi situación era cada vez más comprometida.

En situaciones difíciles me encontré, pero como ésta nunca. Lo menos que podía desear era que la amiga de Isabel no registrara por debajo de la cama.

La señora Grogan tenía razón al suponer que la inútil Amelia no había barrido debajo de la cama, porque me molestaban bastante los insectos. Por otra parte no me atrevía a dormirme, porque tengo la mala costumbre de hablar en sueños.

La ocupante de la cama estaba, por lo visto, muy inquieta, pues no hacía más que revolverse en el lecho, motivo por el cual iba cayendo sobre mí una verdadera lluvia de polvo. Sin embargo, hacia la madrugada empezó a respirar profundamente.

Con sumo cuidado salí de mi escondrijo. Los leves crujidos del pavimento resonaban en mis oídos como cañonazos.

Tuve la suerte de que la inquilina de la habitación, al cerrar la puerta la noche anterior, dejó la llave sobre la mesa. Esto me permitiría abrir y cerrar la puerta con mi ganzúa.

Ya en mi habitación, fui examinando los papeles que había recogido. El carácter de letra de un sobre que tenía el sello de correos de Atlantic City se parecía mucho a la firma de Eugenio Parker, que encontré en una postal rota. Era de tres días antes. Podía afirmarse que Isabel había ido a unirse con su amante.

CUANDO, más tarde, vi al señor Harlen, estubo de acuerdo conmigo.

— Eugenio Parker es uno de los supuestos asesinos de María Carter y Alicia Montrose — dijo consultando unas notas. — Es un mal bicho. Tenga cuidado con él. Su especialidad consiste en explotar a las mujeres. Convendría que usted fingiese haber obtenido una indemnización por quebrantamiento de promesa matrimonial. Por medio de Parker es probable que encuentre a esa muchacha. En cuanto lo logre, déjese guiar por su propio instinto. Gaston Larson saldrá hoy mismo hacia Atlantic City a fin de averiguar si todavía continúa allí nuestro hombre. Usted puede emprender el viaje esta tarde. Supuesto que esté allí, alójese en el hotel Boston. Adiós.

Me dirigí un telegrama a mí misma llamándome a mi casa. Luego fui en

NUESTROS CONCURSOS

Al entrar en máquina la presente nota estamos aún recibiendo solución tras solución para nuestro último concurso

CÓMO SUCEDIÓ

cuyo plazo de admisión termina el día 31 de octubre.

Mientras hacemos la revisión — paciente y minuciosa — de las soluciones recibidas para publicar el resultado en el número del próximo diciembre, anunciamos a nuestros lectores que tenemos ya en preparación otro Concurso que será extraordinariamente interesante, tanto por la originalidad con que está planteado como por el valor de los premios que se darán.

busca de los trajes, los empaqueté e hice llevar mi equipaje a la estación de Pensilvania.

Todo marchó perfectamente. A las cuatro y media de aquella misma tarde estaba ya instalada en la habitación del hotel, frente al Océano.

A las ocho, Gaston Larson, un muchacho rico, fué a buscarme para invitarme a cenar.

— Eugenio Parker baila con una muchacha que se llama a sí misma Lola La Rue, en un *cabaret* que hay en el barrio de Chelsea — me dijo en voz baja en cuanto nos hubimos sentado. — Y sepa que podrá bailar con él, porque precisamente le pagan para que lo haga con las clientes que lo deseen.

Cuando entramos en *Le Chat Noir*, a media noche, la vi bailando con Eugenio Parker. Entre ellos no había la fingida alegría que usualmente distingue a los bailarines de profesión. Ella parecía ser feliz al bailar con aquel hombre, del que me convencí que estaba enamorada por las ardientes miradas que le dirigía.

— Cuando nos levantemos a bailar, después de este número — le dije a mi acompañante — necesito que lo haga usted lo peor que sepa. Me urge bailar con Eugenio Parker. La que ahora está con él es Isabel.

El modo de bailar de mi compañero fué realmente indescriptible. A los pocos minutos estábamos de regreso a nuestra mesa. No tan sólo mis pobres pies, sino también mis tobillos, habían sido las víctimas de sus caprichosos pasos. Yo bailo bien y sé seguir los pasos más complicados, pero aquel hombre se había comportado como un hipopótamo.

El dueño, hombre suave y elegantemente vestido, se aproximó a nosotros. Habíamos pedido champaña de veinticinco dólares la botella, pero nos sirvieron vino blanco de California, mezclado con agua de Seltz. Nuestro aspecto era de gente rica que no repara en gastos.

En voz bastante alta para que me oyesen, regañé a Gastón por su torpeza al bailar.

— ¿Quiere la señora, acaso, bailar con monsieur Garraboux? — preguntó indicando a Eugenio Parker.

— ¿Qué te parece, Dora? — asintió Gastón. — Por mi parte no tengo inconveniente. Reconozco que no sirvo para bailar de este modo.

— Puedes estar convencido de ello — le dije algo resentida porque, gracias a su exceso de realismo, me dolían mucho los pies.

— En cuanto haya terminado este baile, le presentaré a la señora — prometió el dueño, que observé examinaba mis brillantes «joyas».

Quince minutos más tarde, Eugenio Parker se inclinaba ante nosotros.

Realmente, bailaba tan maravillosamente, que olvidándome por un momento de que fuese un criminal a quien debía hacer caer en una trampa, me entregué al placer de ser conducida por él.

Al terminar el baile les invité a él y a su compañera a cenar con nosotros.

— Estoy seguro de que ella aceptará con gusto — murmuró mientras le brillaban los ojos.

TODOS nosotros — según habría dicho nuestro periódico local — pasamos una noche muy agradable. Salimos de *Le Chat Noir* a las tres de la madrugada y recorrimos varios restaurantes en el magnífico automóvil que Gastón había

FILMS SELECTOS

SEMANARIO CINEMATOGRAFICO ILUSTRADO



cada
sábado

30
céntos.

alquilado en Nueva York y que conducía un chofer de librea.

Cuando a las siete de la mañana estábamos desayunando en un restaurante, nos llamábamos ya por nuestros nombres de pila, ya por nuestros pseudónimos.

Isabel era una muchacha encantadora, inteligente y dada a la broma. Como se comprenderá, yo estaba firmemente decidida a hacerle soltar las joyas, pero eso no me impedía tener simpatía por ella.

Me dirigí al hotel en donde vivían como marido y mujer, aunque — dicha sea la verdad — ni por un momento creí que estuviesen casados, por más que monsieur Garraboux — es decir, Eugenio Parker — me lo asegurase la noche en que nos conocimos. También me indicó que estaba dispuesto a querermme, cuando le referí los detalles del juicio que gané por quebrantamiento de promesa de matrimonio.

— Isabel, es decir Iola, es una muchacha muy bonita — dijo, — pero no tiene comparación con usted.

Isabel, en cambio, me confió, la segunda noche en que nos vimos, que no estaba casada.

— Sin embargo, estoy loca por él — dijo. — Y me ha prometido que nos casaremos en cuanto yo reciba un dinero que estoy esperando. Entonces nos iremos a Hollywood, para ver si nos admiten como actores cinematográficos. En realidad, no es mal muchacho. Siempre me recuerda a mi hermano Tomás...

Las lágrimas asomaron a sus ojos y luego se echó a reír nerviosamente.

— ¿Cómo se llama la piedra que lleva usted en su sortija? — me preguntó.

Se refería a una esmeralda de ocho quilates, aunque falsa. Esta pregunta envolvía un ardid porque una de las mejores joyas robadas era una esmeralda semejante, de treinta y cinco quilates.

— Es una esmeralda cabujón — le expliqué. — Pronto voy a tener una mayor. ¿No ha oído usted hablar de Max? Tiene, a veces, unas gangas extraordinarias. Parece que las pesca por ahí. Nunca le he preguntado dónde. Tenía la costumbre de ir con alguna frecuencia a la Compañía de las Noches de Luna y nosotros le comprábamos alguna cosilla. La semana pasada me dijo que podría proporcionarme una esmeralda como ésta, pero de quince quilates, por 15,000 dólares, y ahora veré si puedo lograr que me rebaje el precio.

Mientras iba diciéndole esto me abstuve de mirar a Isabel, pero pude darme perfecta cuenta de que respiraba apresuradamente.

— La verdad es que no tiene gran apariencia — dijo. — No me figuraba que estas piedras verdes valiesen tanto. Sin embargo, creo que las esmeraldas talladas se pagan más que los brillantes.

— ¡Oh! Pero en este caso las esmeraldas han de carecer hasta del más leve defecto — le expliqué, dándole aires de inteligente. — Y en realidad, no resulta cara una esmeralda cabujón de quince quilates por 15,000 dólares.

— Conozco a un individuo poseedor de una de estas piedras que tal vez la daría por menos dinero. Si quiere, se lo preguntaré — acabó diciendo.

FINGI cierta indeferencia.

Pasaron dos días más antes de que volviese a hablarme del asunto. Yo sospechaba que alguien me vigilaba. Temía que ella me hubiese conocido, pues el inconveniente que tiene el ir con fre-

cuencia a declarar a los tribunales es que la gente del hampa acaba por conocerle a uno.

— Si todavía está interesada en eso, creo que el hombre de que le hablé el otro día podría venderle una magnífica esmeralda cabujón — me dijo la tercera noche. — ¿Quiere usted ir a verle? Tendrá que ir sola conmigo y con mi amigo, ¿entiende? Y valdrá más que le diga a su amigo que ha pagado un precio superior por la sortija y que le entregue el dinero. Las mujeres no debemos gastar nunca nuestro dinero.

— No hay inconveniente — asentí. — Les acompañaré con mucho gusto. Y si tienen alguna otra ganga, podré utilizar mis ahorros del banco.

Cuando terminó la representación en *Le Chat Noir*, di a Gastón las buenas noches de modo que todo el mundo se enterase. Había logrado comunicarle los planes de Isabel, pero no me fué posible indicarle a dónde íbamos.

— ¿Quieres llevarte el automóvil? — me ofreció.

Isabel declinó la oferta y poco después, ella, Parker y yo, en un taxímetro tomamos el camino de Filadelfia.

Nuestro destino era un restaurante ordinario que, a pesar de ser ya las cuatro de la madrugada, estaba bastante concurrido.

Nos esperaba un individuo pálido, con el cabello lleno de polvo y la barba sin afeitar. Íbamos a sentarnos y a pedir algo que comer, cuando una muchacha se acercó a mí.

— ¡Hola, Renata! — exclamó cordialmente cogiéndome la mano y dándome un fuerte beso. — ¿Qué haces aquí? ¿Todavía te dedicas a investigaciones? ¿Has capturado a un marido millonario?

— Nada de eso — contesté con calma. — Hace ya algún tiempo que abandoné aquella ocupación. Gano bastante más dinero con otro género de vida.

El mal estaba hecho ya, a pesar de cuanto yo pudiera decir. Aquella muchacha, que había trabajado conmigo en un almacén, era tonta de solemnidad. Despedida por hurto, siguió luego robando en mayor escala.

Después de charlar un momento me dejó para juntarse con sus amigos.

Unos ojos hostiles me miraron ceñudos. Parker sonreía sarcásticamente. Isabel estaba blanca como el mármol.

Ninguno de nosotros habló un minuto siquiera. No me fijé dónde me encontraba, pues de antemano sabía que era un lugar frecuentado por la gente del hampa. Pero no temía por mi vida, porque Parker sabía perfectamente que Gastón le prendería en el caso que yo desapareciese. No obstante, debía recordar mi misión, que era recobrar las joyas. No tenía ninguna prueba de que Isabel les hubiese robado, aunque sabía que...

En definitiva, sólo había un modo de salir del atolladero y era preciso intentarlo.

— Iola — dije, — me gustaría hablar con usted unos minutos a solas.

— Iola — repitió Parker, burlón, imitándome.

— No tengo inconveniente — accedió Isabel, — podemos ir al tocador.

Tal vez fué una imprudencia mía el pedir esta conversación a solas. Al dejar a los dos hombres solos les daba ocasión de planear algo contra mí. Además, había allí bastante gente de la peor calaña, que no tendría inconveniente en ayudar a un compañero perseguido por la ley.

Sin embargo, la desesperación es la madre de la inspiración. Hay momentos en que conviene el fingimiento y otros en que es preferible la sinceridad. A la sazón no era tiempo de la primera. Mi conocimiento de Isabel y de la historia de su familia me guiaron.

El tocador, un recinto pequeño, de paredes estucadas, tenía una ventanilla que daba a un estrecho patio. Se le llamaba «el boudoir de las suicidas», según supe más tarde, porque eran ya cuatro las mujeres jóvenes que se habían suicidado allí.

Isabel parecía inclinada a mostrarse sorda a mis explicaciones.

— Le aseguro, Isabel, que no trato de devolver las joyas al señor Andrews — le dije mintiendo. — Estoy trabajando en beneficio de su mujer. A Andrews no le importa nada que ella recobre las joyas o no. Voy a proponerle a usted un trato. Varias veces me ha dicho que le gustaría casarse con Eugenio Parker. Sí, ya sé cómo se llama. Me parece que podré proporcionarle esta oportunidad. ¿Quiere usted casarse con él a pesar de todo? Supongo que ya sabrá que ha cometido algunos hechos criminosos.

— ¡No es verdad! — replicó Isabel, encolerizada. — Lo único que le ocurre es que la policía le persigue sin cesar. Me consta que no tiene muchos deseos de casarse conmigo. Se figura que podrá conquistar a alguna de esas estúpidas viejas ricas, pero creo que, una vez nos hubiésemos casado, olvidaría estas tonterías. En el fondo es hombre bueno, aunque las mujeres le han estropeado, mimándole demasiado.

Yo opinaba de un modo distinto, mas, en resumidas cuentas, eso me importaba poco. Puesto que deseaba casarse con aquel hombre, ello resultaba conveniente para mi objeto. Rápidamente bosquejé el plan. Al principio se mostró escéptica, luego interesada y, por fin, entusiasmada.

— No podemos hacerles a ustedes ningún daño. No tenemos autorización para prenderles — terminé diciendo. — ¿Quiere usted que nos veamos mañana por la mañana en Atlantic City, a las diez? Usted llevará las papeletas del broche y de la pulsera que empeñó en Nueva York.

Isabel movió la cabeza afirmativamente.

— Las perlas — proseguí — creo que son las mismas que lleva usted ahora. Siendo así, no queda más que la esmeralda. Procure obtenerla. En cuanto Max haya examinado las joyas, les entregaremos el dinero y le doy a usted mi palabra de que inmediatamente se celebrará la boda.

— Perfectamente — asintió. — Ahora cambiemos de capa. La mía no es tan lujosa como la de usted. Si saliera por la puerta que da a la calle, caería en una trampa. Por eso tendrá necesidad de salir agarrándose a la tubería de desagüe que hay en la parte exterior de esta ventana. Sé que una muchacha logró así escapar de la policía que entró en el establecimiento. La callejuela da a la Avenida. No tenga cuidado, que todo irá bien. Y le aseguro que si logra que me case, se lo agradeceré toda mi vida.

Cambiamos de capa y nos despedimos afectuosamente. Isabel me era simpática, pero no tenía yo más remedio que obrar como lo hacía. Ante todo, está el deber.

Mi traje de georgette se estropeó un

poquito cuando me deslicé por la tubería, pero logré escapar. En un taxímetro fui al hotel más cercano y desde allí me puse en comunicación con el señor Braid. Por fortuna había regresado ya de Pittsburgh. Tim Harlen no se habría resuelto seguramente a terminar el asunto.

Escuchó con el mayor interés la primera parte de mi plan. Mostróse un poco escéptico acerca de que Isabel pudiese lograr que Parker permaneciese en Atlantic City hasta las diez de la mañana siguiente. Pero convino conmigo en que había logrado dar un desarrollo originalísimo a aquel asunto.

De acuerdo con lo tratado, mi jefe tomó el tren de las seis de la mañana y fué a mi encuentro al hotel Boston. Le acompañaba Max.

Yo estaba nerviosísima. Creía en la sinceridad de Isabel, pero ¿cómo podría lograr que el comprador de joyas robadas le entregase la esmeralda? Ella me había asegurado que la obtendría, aunque para lograrlo se viese obligada a andar a tiros con él.

Me disponía a expresar mis temores al señor Braid cuando Isabel se presentó con el rostro desencajado.

— Aquí está todo — dijo. — Comprendo que es un juego de azar, que voy a perder.

Max examinó la esmeralda y las perlas y lo declaró todo legítimo.

Media hora más tarde el señor Braid despertó a Eugenio Parker. No sé lo que le dijo, pero el caso es que muy poco después ambos bajaron a la rotonda del hotel en donde estábamos ya esperando Isabel y yo.

— Renata, va usted a ser madrina de una boda. Yo seré el testigo de la novia — me dijo el jefe.

Parker e Isabel se miraron con una expresión de amor que habría sido un triunfo para cualquier estrella cinematográfica.

Acaso el señor Braid logró demostrar a Eugenio Parker el error de su conducta. Lo ignoraba entonces y aun hoy continuo ignorándolo, porque no me comunicó lo que le había dicho.

Sea como fuere, una vez estuvieron casados, mi jefe les dió un espléndido banquete en el Boston.

Cuando se despidió de ellos dió a la novia un fajo de billetes, que representaba una cantidad bastante menor de lo que Andrews estaba dispuesto a pagar, y gravemente les aconsejó:

— Ahora, muchachos, procurad seguir el camino recto.

— Así lo haremos — contestaron los dos a la vez.

Y es de creer que eran sinceros, porque ninguna noticia llegó a nuestros oídos de que hubiesen vuelto a las andadas.

CREO, Renata, que tuvo usted una magnífica idea al aconsejarme amenazar a Parker con denunciarle de haber faltado a la ley contra la trata de blancas pasando de un Estado a otro con una mujer soltera — dijo el señor Braid cuando regresábamos en tren a Nueva York.

Me ruboricé al oír este elogio y modestamente murmuré:

— Sea como fuere, no es corriente que uno de nuestros asuntos no termine felizmente.

Y este resultado feliz fué la principal razón por la que me dieron los días de vacaciones que pedía.

ALGO

SEMANARIO ILUSTRADO ENCICLOPÉDICO

**Se publica los sábados
IMPRESO EN HUECOGRABADO**

**Próximamente:
DEFINITIVAS
REFORMAS**

**AUMENTO
DE PÁGINAS**

**NUEVOS E
INTERESANTÍSIMOS
FOLLETINES**

**PÁGINAS EN
COLORES, etc.**

**Será un periódico lleno
de utilidad, amenidad e
interés**

**No deje de leer los
próximos anuncios**

GRAN PROYECTOR

publicará, entre otros interesantísimos trabajos,
en su número de **DICIEMBRE:**



**En todos
los quioscos
1'25 ptas.
ejemplar**

La extraña psicosis de don Federico

(Una página alucinante de la vida de manicomio).

Los dramas del contrabando

(Un reportaje sobre el rey del contrabando de Hollywood).

Por el collar de un chino

(Episodio final, con el suceso más sorprendente de la serie).

Robo sin ladrón

(Un caso español sobre la desaparición de unas joyas).

El amor homicida de Elizabide

(Elizabide mata a tres personas para que no lleguen a conocer la miseria).

En el vagón de Pancho Villa

(Una interesante escena, de la que pende la vida de trescientos sesenta prisioneros).

Peligro de muerte

(Un drama en una central eléctrica de los Vosgos).

Cascarrabías

(Argumento cinematográfico de la primera película interpretada por Ernesto Vilches).



Concurso, novela en folletín encuadernable, fotografías
cinematográficas, historietas, páginas cómicas, etc.

La Superviviente de un Drama

(Continuación de la página 8)

irme hacia la puerta, el balcón o las ventanas, Angelita me tiraba del vestido y no me dejaba. Tampoco hubiera podido marcharme, porque los cierres del balcón de nuestro cuarto estaban atados con cuerdas. Pero Angelita y yo éramos muy amigas. Todavía guardo una medalla que me hizo un día, con un cordel y una rueda de un auto de juguete que estropeamos.

— Enriqueta si os pegaba, ¿verdad?

— Sí. Pero el que nos pegaba más era el viejo, su padre, que vivía con ella. Andaba con un bastón y siempre nos apaleaba con él.

— Y ¿nunca visteis nada extraño en aquella casa? ¿No venía gente, ni llegaron otros niños?

— No, no. La mujer entraba y salía mucho. Nos trafa cada día el plato de garbanzos y patatas cocidas. Y nada más. A veces venía de mal humor, y entonces nos daba más miedo que nunca. A mí ya me daba siempre. Era delgada, con unas manos secas y amarillas, con las uñas manchadas, y tenía la mirada de mala. Casi siempre, el viejo salía con ella.

Solamente un día vino un señor con bigotes y sombrero hongo. La mujer se encerró en un cuarto con él. Y nosotras miramos por la cerradura. Entonces vimos a la mujer vestida con una camisa de muchos entredoses y lazos amarillos que habíamos visto que se preparaba la víspera.

Después pasaron días. Siempre iguales. Patatas, garbanzos y palizas. Nada más.

Hasta que una mañana, desde nuestro cuarto, oímos cómo la mujer hablaba por el balcón del patio con alguna vecina. Angelita y yo salimos. Y nos asomamos también al patio. Pero la mujer, al vernos, nos dió un empujón hacia dentro y cerró el balcón en seguida. Aquel día me pegó más que nunca. Renegaba. Creí que iba a matarme.

Al poco rato llegó un municipal y le dijo que tenía que hacer una inspección de higiene en la casa. «¡No tengo gallinas, yo!», gritó ella. Pero el guardia no hizo caso. Entró y, al verme, me preguntó cómo me llamaba. «¡Felicidad!», saltó ella, en seguida. Y yo también lo dije. Me moría de miedo. Cuando vi al guar-

día me escondí debajo de la mesa y grité: «¡No me maten, no me maten, que ya seré buena!». «Y esta señora, ¿quién es?», volvió a preguntarme el municipal. Y ella: «¡Soy su madre!». También volví a afirmar. El temor de los golpes me hacía sufrir horriblemente.

Entonces el guardia se me llevó a otro cuarto con él y me dijo: «¿Cómo se llama tu madre, nena?». «Ana Congost», respondí. Claro; yo no sabía cómo se llamaba aquella otra mujer que ahora decía que era mi madre. «¿Y tu padre?». «Isidro Guitart». «Entonces, tú no te llamas Felicidad, sino Teresina, ¿verdad?». Como Enriqueta no estaba delante, me atreví. Y dije que sí. El guardia lloraba y me apretaba y besaba como un loco.

En seguida entraron otros guardias y el primero les dijo: «¡Detenid aquesta donat!». Y se llevaron a Enriqueta.

TERESITA Guitart calla un momento. Tiembla. Y se pasa las manos por los bellos cabellos rizados que Enriqueta Martí mutiló aquella vez.

— Qué miedo, ¿no, pequeña?

— Sí. Después. Cuando me enteré, por lo que oí decir a todo el mundo, de que aquella mujer mataba niños y que si no me hubieran llegado a sacar quizás al otro día me hubiera matado a mí también. Y más tarde, cuando me hice mayor, y me di más cuenta de todo.

Y ahora. Ahora todavía. Me han quedado palpitaciones y un gran desarreglo de nervios. Muchas noches tengo pesadillas. Y siempre veo el piso grande y solo, feo y triste de «la bruja», como yo la llamaba. Y a «la bruja». Cuando estoy en la cama me acuerdo siempre de sus pies secos y uñudos, que me arañaban la cara.

Y el peligro pasado, que entonces yo no sabía, ahora lo veo grande y espantoso, como un fantasma. Y me da más miedo. Un miedo que, seguramente, ya no me podré quitar nunca de encima... Un silencio:

— Muy bien, chiquilla — le decimos al fin —. Y... aún, mucho cuidado, ¿eh?

— ¿De qué? ¿De que vuelvan a raptarme? No hay peligro. Ahora ya no me dejaría raptar más que por mi novio...

Por el Collar de un Chino

(Continuación de la página 12)

— Por eso es muy probable que sea cierta la historia que cuenta Sing Ling. Es posible que tenga la costumbre de registrar a sus clientes cuando están dormidos, y, por lo visto, Frisco absorbió tal cantidad de opio, que todavía está con la cabeza turbada.

— ¿Se ha enterado ya de la desaparición del collar?

— Probablemente se figura que lo tengo yo, por el hecho de que ha despertado en la cárcel. Yo no le he dicho que no lo tengo, porque quiero ver qué manifestaciones hace. Hasta ahora guarda silencio. Es hombre ducho en estos asuntos y no hablará sin estar seguro de lo que le conviene decir.

— ¿Cree usted que Sing Ling ha escondido las perlas?

— No lo sé. Anoche me lo figuraba, pero ahora lo dudo.

— ¿Opina, pues, que las llevaba consigo Sam Wong, al salir del pueblo?

— Es probable. Y ahora dígame, doctor — añadió mirándome fijamente: — ¿examinó bien a ese hombre ayer noche?

— Sin duda.

— Quiero decir si le registró todo el cuerpo para ver si tenía alguna otra herida.

— Sí, señor. Sólo tenía el tiro en el hombro y una quemadura en la mano.

— ¿Está usted seguro de que era una quemadura?

Una obra que deben conocer todos los padres de familia

LA DELINCUENCIA EN LOS NIÑOS

Causas. Remedios

Obra premiada por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción.

por el doctor

VICTOR MELCIOR Y FARRÉ

El alto valor moral y educativo de esta obra queda manifestamente expresado en el extracto del sumario:

El Aumento de la criminalidad infantil.

Consideraciones acerca del tipo criminal.

La herencia.

Las causas de degeneración.

Casamientos consanguíneos.

El alcoholismo.

Remedios para prevenir la degeneración y la criminalidad.

Medios para combatir la prostitución.

La cristalización de la delincuencia, etc.

Un tomo de 250 páginas

== 2 pesetas ==

De venta en todas las librerías

Si no lo encuentra en su localidad, pídalo a la casa editora, utilizando el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211, BARCELONA

Agradeceré me remitan un ejemplar de la obra *La delincuencia en los niños*, por el Dr. Víctor Melcior, cuyo importe de 2 ptas, adjunto en sellos de correo (certificando la carta) — remito por giro postal n.º

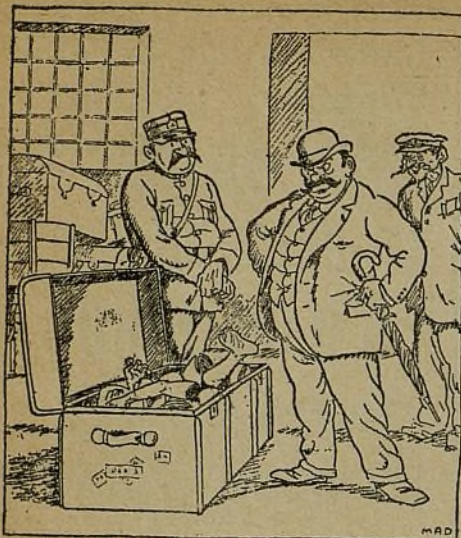
Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha



—¿Qué es esto? ¿Un asesinato o un suicidio?

—¡Oh, sí! A no ser — añadió vacilando — que se hubiese quemado aposta con la plancha con objeto de ocultar un corte.

Después de un momento de silencio, añadió:

— De modo que usted opina que si encontrase al asesino de Sam Wong...

— No sé — se apresuró a contestar el sheriff. — Acudí al lado del herido con tanta rapidez que, seguramente, no tuvieron tiempo de registrarle. No obstante, es posible que le hubiesen quitado las perlas antes de pegarle el tiro.

— ¿Y no encontraron a nadie durante la noche?

— Solamente al doctor Beecher y a Shifty Joe. Ya sabe usted que Frank les registró a los dos.

— Quizás, en definitiva, Sam Wong no tuvo que ver nada con las perlas.

— Es posible. Debíó de huir por haber roto alguna camisa — replicó sonriendo.

— Pero el caso es que deseo ver cuanto antes al doctor Beecher, para preguntarle acerca de la mano de Pete.

— Ya sabe usted que, según nos dijo Jorge, ese individuo tiene una herida infectada desde hace algún tiempo. De todos modos, si usted quiere, sheriff, iré a verle esta noche.

— Sí, puede hacerlo, si no ocurre nada nuevo. Por otra parte, me preocupa también Dave Henderson. ¿Está tan enfermo como quiere dar a entender?

— La mordedura de una serpiente de cascabel es siempre cosa grave — replicó.

— Pues creo que hoy quiere volver a su cabaña. No me sorprendería que anoche se hubiese ido allá.

— ¡Pero si no llegó a ella!

— ¿Cómo lo sabe usted, doctor? El crimen se cometió a poca distancia de su vivienda. Por eso quiero examinar yo mismo su mano. Antes de que empezara este asunto, se vió a Henderson en el comedor de Sing Ling. Y ahora que me acuerdo — añadió el sheriff. — El chino quiere verle a usted, pues desea hacerle algunas preguntas acerca de Sam Wong. Está encerrado en el calabozo que hay en este mismo edificio.

HOLA, Sing! — dije al llegar frente a la reja del calabozo. — Me extraña mucho verle aquí. Sin duda ha habido algún error, porque usted no debe de tener nada que ver en este asunto, ¿verdad?

Sing Ling sonrió muy enigmáticamente.

— Puede usted entrar si quiere — dijo el sheriff abriendo la puerta de par en par.

Entró conmigo y se quedó mirando con recelo al chino, que no abandonó su asiento.

— Es la primera vez que entro en un calabozo — dije.

— Lo mismo me ocurre a mí — replicó Sing.

— ¿De modo que desea usted adquirir noticias de su amigo Sam? ¿Eran ustedes muy amigos?

— Mucho.

Entonces le expliqué que el pobre Sam Wong recibió un balazo en el hombro y murió desangrado.

— ¿Y qué dijo?

— Nada. Ni una palabra.

Sing Ling se encogió de hombros. Yo volví a preguntarle:

— ¿Sospecha usted quién pudo herirle? ¿Sabe si Sam tenía enemigos?

— No, ninguno.

— ¿Sospecha si tenía las perlas?

— No lo sé.

— En fin, parece que no sabe usted más que nosotros.

Cuando el sheriff nos dejó solos un momento, el chino me dirigió una pregunta:

— ¿Vomitó Sam Wong?

— No — contesté, — pero yo sí.

Aquella pregunta era muy extraña. ¿Se habría enterado Sing de que me puse enfermo en la cabaña de Henderson? Después de la operación, Sam se repuso muy bien y no vomitó. Es verdad que le di muy poco cloroformo. Además,

el pobre estaba muy débil, moribundo, y sin duda no pudo vomitar, como les ocurre a muchos después de ser cloroformizados.

— ¡Oh! Sam Wong sabía vomitar con gran facilidad.

— ¿Quiere usted decir cuando estaba indispuerto?

— No, no. Siempre.

Y, al mismo tiempo, abrió la boca, cual si él se dispusiera también a vomitar.

— No haga usted eso, Sing — le dije. — Me da asco. Adiós.

— Hasta la vista, doctor — contestó el chino.


Volví al despacho del sheriff reflexionando acerca del extraño carácter de los chinos.

EN la oficina todo estaba tranquilo.

El doctor Beecher no había regresado aún. Sobre su mesa estaba el estuche de los instrumentos y el botiquín, lo cual demostraba que no había salido a hacer ninguna visita, como se figuraba el sheriff. El desorden de su dormitorio, inmediato a la oficina, demostraba que durmió hasta hora muy avanzada, según me había dicho el sheriff.

Me sorprendí de nuevo rascándome el puntito que tenía en la muñeca y me contuve.

Al pasar frente a un cristal vi que tenía que afeitarme. Esta es una operación que se hace de un modo automático y se presta muy bien a la reflexión. Además, a mí siempre me da la impresión de que mientras me afeito se estimulan las facultades de mi cerebro. Y, en efecto, en cuanto entré en mi cuartito



NIDO DE CIGÜEÑAS

DE
S. GONZALEZ ANAYA

LA ORACIÓN DE LA TARDE convirtió a González Anaya en autor de gran público. (En seis meses se han vendido 8.000 ejemplares).
LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN le acreditó de gran novelista.

Pero sólo

Nido de cigüeñas

ha satisfecho plenamente a críticos, público y al propio autor. De este libro que todos unánimemente proclaman novela excepcional, acaba de ponerse a la venta una nueva edición vestida con lujoso ropaje, como LA ORACIÓN DE LA TARDE, al precio usual de 5 ptas.

UN BUEN LIBRO

de baño y empecé a afeitarme, me pareció que se disipaba en parte la confusión mental en que había estado sumido durante todo el día.

El misterio de la fuga de Sam Wong y la muerte que recibí, era, sin duda, lo que dominaba en mi mente. El muerto era un chino vulgar, en tanto que Sing Ling, hombre muy astuto, era capaz de haberse quedado con las joyas. Entonces pensé en las razones que habría podido tener para desear una conversación conmigo. Me quedé reflexionando, con la navaja en alto, sorprendido al recordar que Sing Ling se había limitado a preguntarme por la salud de Sam Wong, de cuya muerte estaba ya enterado. Sobre todo, era muy rara su pregunta de si el muerto había vomitado a consecuencia de habersele administrado el cloroformo.

De pronto, se me ocurrió una idea que explicaba aquel misterio, y tal fue la impresión que recibí, que me corté ligeramente el cutis. Sin duda, Sing Ling se figuró que, preocupado por mi punto de vista profesional, yo no daría a su pregunta la importancia que en realidad tenía. Por eso no la dirigió al inteligente y astuto *sheriff*, sino a mí. No manifestó ningún interés hacia mi indisposición, sino que solamente me preguntó si Sam Wong había hecho una cosa que, en circunstancias normales, no le costaba nada de hacer.

¿Sería posible que yo hubiese pasado la noche a pocas pulgadas de distancia de unas perlas que valían doscientos cincuenta mil dólares? ¿Acaso Sing Ling creía que Sam Wong poseía aún en el

esófago las preciosas perlas? Si, en efecto, Sam Wong poseía la habilidad de ocultar diminutos objetos en el esófago para devolverlos cuando lo deseara, no hay duda de que estaba capacitado para ocultar grandes fortunas en joyas. Esto era un don precioso para un contrabandista de piedras preciosas. ¿Se habría dedicado a eso Sam Wong? ¿Por qué no? En Stony Creek ejerció de lavadero durante unos meses solamente, y se ignoraba a qué actividades se dedicó antes. Además, era amigo de Sing Ling, de quien se sospechaba que estaba en relaciones con la gente del hampa de casi todas las ciudades de la costa. Era posible que aquellos dos orientales hubiesen ido a ocultarse en Stony Creek, mientras las autoridades los buscaban en vano por el barrio chino de San Francisco.

Era, pues, evidente que si yo interpretaba bien el sentido de la pregunta de Sin Ling, existía la posibilidad de hallar en el esófago del muerto la razón del silencio que guardó hasta el último momento.

Entonces recordé mi extraño sueño de la noche anterior y las palabras «Verdaderamente vamos a tientas. Pero es posible que estén aquí.»

Esta frase surgió, de pronto, de mi mente subconsciente. ¿No era posible que Sam Wong se hubiese tragado las perlas y las tuviese aún en su interior?

En tal supuesto, yo podría ser el primero en examinar el cadáver y, por tanto, recuperar las perlas por cuyo hallazgo se ofrecía una verdadera fortuna.



El juez. — ¿Domicilio?

El detenido. — Lista de correos.

Y entusiasmado por esta idea, acabé de afeitarme y me dispuse a salir de casa.

Como seguía picándome la diminuta herida de la muñeca, pensé en desinfectarla con una gota de yodo. Al hacerlo, me fijé en la supuesta mordedura de insecto, que más bien parecía el pinchazo de una aguja de inyección hipodérmica. ¿Dónde me lo habrían dado? ¿Me ocurrió algo mientras dormía junto al cadáver? ¿No se debería a eso mi extraño sueño y la pesadilla que sufrí? En vano quise alejar tales ideas de mi mente, porque, por momentos, me asediaban con mayor intensidad. Tal suposición explicaría mi mareo y el vómito que atribuí a la cena.

Siendo cierto que las personas que han aspirado cloroformo suelen vomitar al recobrar el sentido, ¿no podría ser que me cloroformizaran y, además, me dieran una inyección? Aunque todo ello no pasaba de ser una conjetura, tuve ya la certeza de que durante el sueño me había ocurrido algo raro, sobre todo recordando las palabras oídas o que me pareció oír durante la pesadilla.

Tomé el sombrero y me apresuré a salir, decidido a hacer la autopsia del cadáver. Como era probable que Sing Ling quisiera hacer algo por el estilo, era preciso no dejarse anticipar de nadie.

Una vez en la calle, contuve mi impaciencia al ver al doctor Beecher, que hablaba con Jimmy Young, un individuo que tenía la debilidad de no pensar más que en caballos.

Entonces se me ocurrió otra idea.

Suponiendo que me hubiesen cloroformizado, dándome luego una inyección, para que durmiese hasta el medio día, ¿quién habría podido hacerlo, aparte del doctor Beecher? Este y Shifty Joe fueron vistos la noche anterior en las cercanías de la cabaña.

Mientras pensaba en esto, me detuve un momento en la acera, di media vuelta y volví a entrar en la oficina. Deseaba reflexionar acerca de todo ello. Una vez arriba, me asomé a la ventana y vi que el doctor Beecher se disponía a entrar en la casa, después de dejar a Jimmy Young, pero volvió a su lado para cambiar unas palabras más con él. Me quedaban, pues, pocos momentos disponibles.

¿No sería posible que el doctor des-

nada de sueños disparatados

los viajes interplanetarios son posibles y no tardarán en realizarse.

l e a : un disparo al infinito

de otto willy gail

nueva e interesantísima novela de la «colección aventura», y comprenderá que el dominio del universo por el hombre será pronto una bella
:: :: realidad :: ::

precio del libro:
2 pesetas

editorial juventud, s. a.

provenza, 214

barcelona

DOS OBRAS ÚLTIMAMENTE PUBLICADAS EN LA COLECCIÓN LOS GRANDES HOMBRES

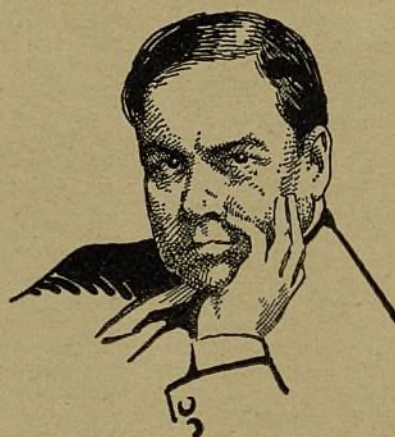


BÉCQUER

POR

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

La vida brevísima del autor de las *Rimas* no abunda en hechos trascendentales, pero sí tiene en cada uno de sus pasos un mundo infinito de ideas y sentimientos, que sólo un espíritu delicado y puro como el suyo era capaz de percibir. Y José Andrés Vázquez, en esta obra, ha sabido ir descomponiendo ese mundo becqueriano del sentimiento y de la idea con una precisión y delicadeza dignas del respeto que merece el incomparable poeta sevillano.



RUBÉN DARÍO

POR

GUILLERMO DÍAZ PLAJA

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta, y presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

UN TOMO CON NUMEROSAS ILUSTRACIONES

En tela y oro 4 pesetas

En rústica 3 »

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA
SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

EDITORES

Calle de la Diputación, núm. 211. — — — Barcelona

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA», Valverde, 21 dupl.º — Madrid

pues de abrir el esófago de Sam Wong hubiese ocultado las perlas en la oficina? ¿Las llevaría aún consigo? Esto último no era probable, pues temería que le registrasen los agentes del *sheriff*, según le ocurrió la noche anterior, después de cometido el crimen y antes de que él mismo fuese a acostarse. Era muy probable por tanto que las perlas estuviesen ocultas en la habitación en que yo me hallaba.

Me empeñé en encontrarlas. ¿Dónde convenía buscar? Indudablemente, en algún lugar raro. ¿Metidas dentro de alguna botella de medicamento? No, porque cabía la posibilidad de que yo se la hubiese pedido prestada. Tampoco era probable que estuviesen en el almohadillado de su mesa de operaciones, ni detrás de los libros de su biblioteca. En ninguno de estos sitios se hallarían bastante seguras.

Al mirar de nuevo la ventana vi que Beecher se despedía de Young y venía en dirección a la oficina. Ya no había tiempo para buscar, pues sólo me quedaban unos segundos. Necesitaba una inspiración. Me golpeé la frente con la mano, concentrando todas mis fuerzas mentales y, al pasarme la mano por el cabello, toqué unos fragmentos de goma de mascar, que aun estaban pegados en él.

Se me ocurrió una idea con la rapidez del rayo. Beecher solía mascar tabaco, y, sin embargo, allí había algunos trozos de goma de mascar. El doctor estaba ya a muy pocos pasos de la puerta de la casa, pero aun había de cruzar la acera y subir las escaleras. Sin vacilar lo más mínimo, tomé un pañuelo, lo extendí sobre la mesa y luego fui depositando rápidamente en él los pedazos de goma de mascar que desprendía del lado inferior del cajón del escritorio. Oí los pasos del doctor, que subía ya la escalera y, precipitadamente, pasé la mano por el lado inferior del cajón, para ver si quedaba todavía algún otro trozo de goma de mascar. Ya los tenía todos, excepto el que se me pegó en el cabello, el cual estaba todavía en el cesto de los papeles. Mas ya no tenía tiempo de recogerlo. Cogí el pañuelo que contenía los trozos de goma, y lo oculté debajo de mi sombrero, que me encasqueté con

fuerza. Hecho esto, crucé la estancia y la puerta, donde encontré a mi colega.

— ¿Ha visto usted a Shifty Joe? — le pregunté con cuanta indiferencia me fué posible.

— No.

— Ha estado aquí tres o cuatro veces. Parece que le interesa mucho verle a usted.

— ¡Que se vaya al diablo! — murmuró Beecher. — ¿Le ha dejado usted solo en la oficina?

Al contestarle afirmativamente, me extrañó que manifestase tal desprecio por su compañero de la noche anterior.

— Si le veo, le diré que está usted aquí, ¿eh? — añadí.

— Mejor será que no le diga nada, porque ya estoy harto de él.

Y, profiriendo otra maldición, el doctor dió un puntapié al cesto de los papeles, sin duda deseando tratar de igual modo a Shifty Joe. Como es natural, se desparramó por el suelo el contenido del cesto.

Por razones que yo solo conocía, me dispuse a mostrarme servicial y empecé a recoger los papeles.

— No se moleste usted

— Conviene recogerlos — contesté. — Hay que tener limpia la oficina.

Al mismo tiempo cogí entre los dedos el pedazo de goma de mascar que me faltaba y, una vez lo tuve disimulado en mi poder me dirigí hacia la puerta, diciendo:

— Si le encuentro, le diré que está usted aquí.

Y cerré la puerta con ruido, mientras él se quedaba maldiciendo. Era evidente que no recibiría muy bien a Shifty Joe, si yo lograba encontrarle y mandárselo.

EN el *hall*, cuando me disponía a bajar la escalera, me quité el sombrero y guardé con sus compañeros el trozo de goma que guardaba entre los dedos. Luego vacilé un momento, en mi deseo de examinar si en realidad los pedacitos de goma contenían algo, pues si bien podían contener una fortuna, también era posible que me equivocase.

Mas antes de que pudiese poner en obra mi proyecto, apareció Wallace Fisher, uno de los ingenieros de minas de la compañía. Me apresuré a ocultar el pañuelo en el sombrero, en tanto que Fisher me saludaba.

— Todo el mundo habla de usted, querido doctor — me dijo.

— ¿De mí? — pregunté distraído, sin pensar más que en lo que llevaba oculto debajo del sombrero.

— ¡Claro está! Es usted un hombre extraordinariamente sereno. Y puedo asegurarle que hoy tiene muchos admiradores.

Haciendo un esfuerzo, me fijé en lo que me decía, aunque mis pensamientos estaban concentrados en otra cosa.

— ¿Se refiere usted al hecho de haber dormido al lado de un muerto?

— ¡Claro está! Cuéntemelo todo, hombre.

— Pues no hay nada que contar. Sencillamente, que estaba muy fatigado y no quise arrostrar la tempestad para volver a casa.

— Y luego se durmió usted tan profundamente, que aun a las doce del mediodía resultó difícil despertarle.

— Es preciso recobrar el sueño perdido cuando es posible — le contesté.

— ¿Adónde va usted ahora?

— Al banco.



— ¡Ahora mismo me vas a enseñar los documentos de identidad!

— ¡Calle usted, hombre! ¿No ve que viajo de incógnito?

¿Al banco? El establecimiento bancario se hallaba contiguo al almacén de la compañía. Entonces recordé que yo tenía alquilada una caja en la cámara acorazada. Guardaría, pues, el botín en la caja acorazada, y cuanto antes mejor, para no correr el peligro de que me lo encontrasen encima. Deseaba examinar el cuerpo de Sam Wong y comprobar mi hipótesis, pero, mientras tanto, puesto que no tenía tiempo de examinar los pedacitos de goma, valía más que los pusiera a buen recaudo. Es cierto que mi primer propósito fué ir a ver al *sheriff*, pero éste podía aguardar, sobre todo existiendo la probabilidad de que quizás más tarde podría darle una sorpresa dramática.

Hablé un poco más con Wallace Fisher y luego me detuve a la puerta del banco con objeto de separarme de él. Durante un minuto continué en la puerta del banco, pensativo y asaltado por numerosas dudas. En resumidas cuentas, era una ridiculez por mi parte el haber guardado los pedacitos de goma de mascar y más aun lo sería meterlos en la caja de caudales. La idea me pareció sencillamente idiota, porque no tenía ningún motivo serio para creer que los pedacitos de goma pudiesen ocultar las perlas que se andaban buscando. Como en los casos anteriores, atribuí también mi tonta conducta a la impresión de lo ocurrido durante la noche anterior y al efecto de las sustancias químicas que quizás me propinaron.

Pasé un minuto muy desagradable en mitad de la calle, esforzándome en pensar claramente después de la excitación del registro que había practicado en mi propia oficina. Precisamente en aquel instante pude ver a Shifty Joe que daba la vuelta a la esquina, y su sola presencia fué bastante para hacerme recobrar la confianza en mis presunciones.

— ¡Hola, Joe! — exclamé. — El doctor Beecher le está esperando en su oficina.

En cuanto se fué, di rápidamente media vuelta y me metí en la pequeña oficina bancaria.

Me recibió el cajero, quien se apresuró a acompañarme a la cámara aco-

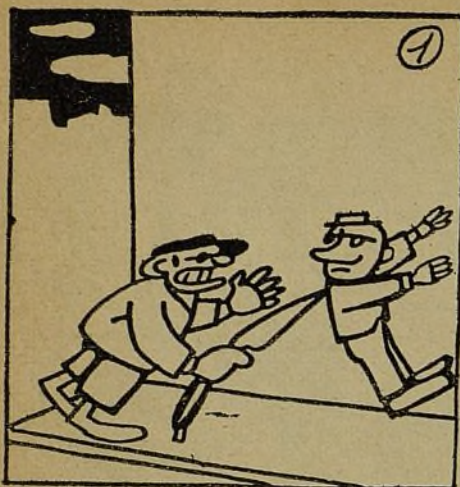


— ¿Por qué estás en la cárcel?

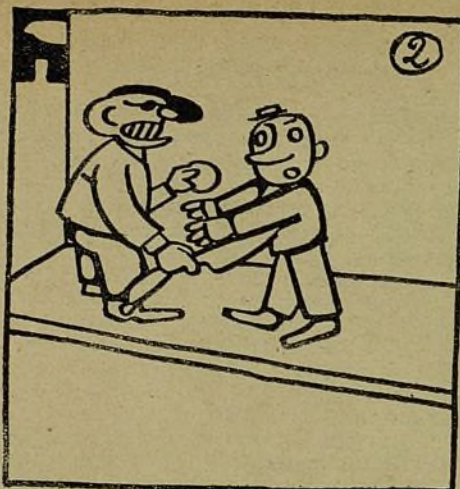
— Por estornudar.

— ¿Y qué hacías?

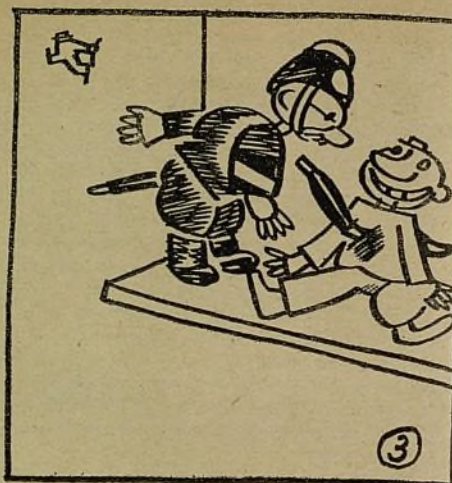
— Limpiaba un piso.



— ¡Alto! La bolsa o la vida. Y no grite usted, porque le atravieso con la navajita.



— ¡Por Dios, señor ladrón! Que no tengo más que este duro para toda mi vida...



El guardia. — ¿Por qué se ríe usted? El herido y atracado. — Porque el duro que se lleva ése es de plomo.

razada, provisto de la llave con que había de abrir la segunda cerradura de mi caja de alquiler. De igual modo como lo había hecho el ingeniero, empezó a hablarme de mi ya famoso acto de serenidad, a lo cual no le hice absolutamente ningún caso, pues estaba muy preocupado por no haber tenido todavía oportunidad de sacarme el pañuelo del interior del sombrero. Aprovechando un momento de distracción del cajero, saqué el pañuelo, me apresuré a meterlo en la caja, cerré la puerta y di vuelta a la llave.

— Guardando otro paquetito de polvo de oro, ¿eh? O quizás son diamantes.

— A usted le importaría exactamente lo mismo si acabase de guardar allí el collar de perlas que vale doscientos cincuenta mil dólares — contesté.

— ¡Caramba, doctor! No había pensado en eso — contestó riéndose. — ¿No lo han encontrado todavía?

— Creo que no.

Me despedí del cajero y, como no deseaba intervenir en la entrevista del doctor Beecher con Shifty Joe, resolví dirigirme a casa del sheriff. Mi sospecha era que aquella entrevista resultaría en extremo interesante, porque uno acusaría al otro de deslealtad. Si Alan Beecher, doctor en medicina, había descubierto que le faltaba algo, no dejaría de acusar a su compañero, quien seguramente rechazaría indignado sus palabras y echaría a su cómplice la culpa de lo que ocurría, de modo que la atmósfera se caldearía quizás demasiado.

Al llegar a su casa, encontré al sheriff fumando a la puerta.

— Buenos días, doctor.

— ¿Cómo está el misterio? — pregunté en cuanto me vi en su despacho, a solas con él.

— Más misterioso que nunca, doctor — contestó, pensativo. — Sobre todo, me extraña mucho el hecho de que el mestizo Jorge abandonara la cabafía anoche, después que usted se durmió. ¿Se ha fijado en este detalle?

— ¡Oh! Es un muchacho supersticioso. Se asustó y no pudo resistir la situación. — Eso no acaba de explicar el hecho.

— ¿No iría a ocultar algo? — Estoy seguro de que se equivoca, sheriff. ¿Le ha dicho usted por casualidad a Sing Ling que, al despertar este mediodía, estaba yo indispuerto y devolví la cena?

— No. Ni nadie más ha hablado con él. ¿Lo sabía?

— No; pero, en cambio, me preguntó si Sam Wong había vomitado antes de morir.

— ¿De veras? ¡Demonio! — exclamó el sheriff tomando el sombrero y poniéndose en pie.

Se explicaba muy bien que aquel hombre fuera sheriff, porque en un instante se hizo cargo de la idea que a mí me había costado algún tiempo descubrir.

— Espere un momento — añadí. — Me dijo también que ese Sam Wong sabía vomitar con la mayor facilidad.

— ¡Al pelo! — concluyó el sheriff encasquetándose el sombrero. — En tal caso el asunto se simplifica mucho.

— No tan aprisa, sheriff. ¿No le ha contado Frank que yo estaba muy mareado al despertar?

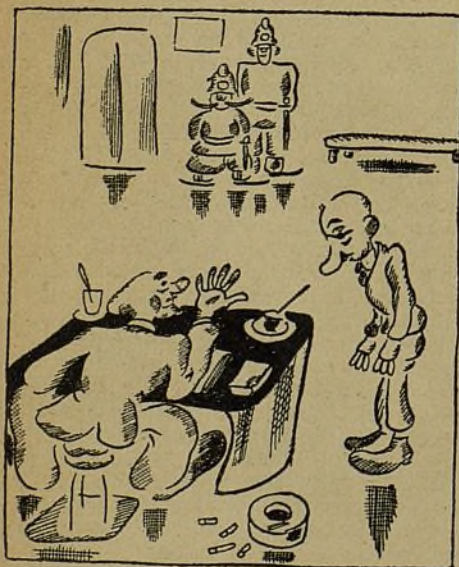
— Sí, ya me lo dijo.

— Pues ahora vea usted esto — añadió, mostrándole el pinchazo que tenía en la muñeca. — Esto parece debido a una aguja hipodérmica.

Luego le expliqué mi curioso sueño y le referí mis suposiciones con respecto a la cloroformización y lo demás.

— Ahora, sheriff — añadí, — vamos usted y yo a examinar el cadáver de Sam Wong. Anoche sólo tenía una herida en el hombro. A ver qué encontraremos ahora. Tengo la idea...

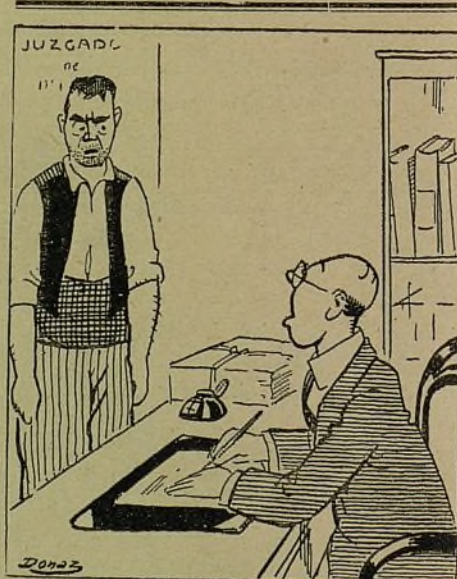
El doctor Bailey abraza la esperanza de que encontrará el collar de perlas, que quizás está aún oculto en el cadáver de Sam Wong. ¿Está en lo cierto? Léase el número del próximo mes de diciembre de GRAN PROYECTOR y se verá lo que ocurrió al examinar el cadáver de Sam Wong.



— ¿Por qué motivo robó usted los tres kilos de longaniza?

— Señor..., soy un padre de familia que... que...

— Eso no es razón. Yo también soy padre de familia y no se me ha ocurrido robar a nadie.



— Seguramente estará usted arrepentido de haber arrojado a la calle a su mujer desde el primer piso en que viven, ¿verdad?

— ¡Vaya si lo estoy, señor escribano! ¡Hubiera sido mejor arrojarla desde la azotea!

NUEVA EDICION DE



MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo,
jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor **SAIMBRAUM**

PRINCIPALES PUNTOS TRA-
TADOS EN ESTA OBRA:

PUÑETAZOS. — ZANCADILLAS. GOLPES CON LOS PIÉS. — TORCEDURAS. — GOLPES DADOS CON LA CABEZA. — REGLAS GENERALES PARA DEFENDERSE EN UN COMBATE. — OBSTRUCCIONES GENERALES SOBRE EL CUERPO A CUERPO. GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON EL SOMBRERO O LA GORRA. PARADAS EN UN CUERPO A CUERPO. — ALGUNOS GOLPES DE APACHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.

Un tomo con profusión de
fotografías y dibujos 2 ptas.

De venta en todas las librerías de
España y América y en la Adminis-
tración de

GRAN PROYECTOR

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da
derecho a recibir la obra en su do-
micilio, libre de gastos de envío.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la
nueva edición de la obra **Modos de defen-
derse en la calle, sin armas**, por el Dr.
Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito
por giro postal n.º — adjunto en sellos
de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

El Hombre que Pasó a la Cuarta Dimensión

(Continuación de la página 21)

Me reí de un modo forzado y me quité la cadena de plata que, sin sostener cosa alguna, lucía sobre el pecho, con los extremos ocultos en los dos bolsillos del chaleco. Solamente colgaba del mosquetón una chapa de identificación de una compañía de seguros contra accidentes. El reloj lo había empeñado.

Helming fué lo bastante discreto para fingir que no se había dado cuenta de mi embarazo y empezó a descender por una escalera de madera que conducía a la estancia secreta. Luego oprimió un botón y el techo volvió a ocupar su primera posición.

Vine en un pequeño cubículo de unos cuatro metros de altura y de ancho y largo semejantes. La máquina, que ocupaba el centro de la estancia, tenía un aspecto muy raro y parecía estar construida con un metal blanco muy brillante. Tendría la altura de un metro veinte, sesenta centímetros de ancho, y cerca de dos metros y medio de largo. La constituían una serie de largas varillas, cuyos extremos estaban fijos en cojinetes de cristal o cuarzo. La parte alta era plana y en el centro se veía un cuenco de cuarzo, lleno de mercurio. Pero resultaba muy difícil hacerse cargo de su construcción, porque la brillante luz verdosa que resplandecía en la superficie confundía la mirada y borraba los detalles.

En cada uno de los extremos de la máquina se veía un asiento. Mientras examinaba el que estaba más cerca de mí, me fijé en una palanca especial que tenía debajo, de manera que por vez primera creí que Helming no se proponía bromear a mi costa. Esta palanca, de aspecto muy sólido, tenía unos quince centímetros de largo. Luego se desvanecía en la nada. No puedo explicarlo. Una barra de metal, de grueso suficiente para que la mano pudiera asirla, pero que estaba fantásticamente incompleta. Podía ver perfectamente dónde terminaba el metal y dónde empezaba el espacio libre, pero no se veía en absoluto la terminación del mango de la palanca.

— El resto se halla en la cuarta dimensión — me explicó Helming. — Sería desagradable no poder volver cuando se esté allí. Por eso hice de manera que el mango pudiera asirse también desde la cuarta dimensión.

Viéndole contemplar, pensativo, su obra, me convencí gradualmente de que aquel hombre había logrado lo imposible.

— Oiga, Strome, voy a hacer la prueba definitiva. ¿Quiere acompañarme usted en el intento? La máquina ha sido construida para dos.

Vacíle antes de contestar, y Helming asintió:

— Comprendo que no debería haberle pedido eso, pues tal vez haya peligro.

Como un muchacho cuyo valor se pone en duda, me atreví a hacer entonces lo que de mí no se habría logrado después de una hora de súplicas y de argumentos.

— Me aventuraré con usted — contesté resueltamente.

Sin añadir ni una palabra más, Helming ocupó el asiento inmediato a la palanca de la máquina fantástica. Yo le imité yendo a sentarme en el otro. Mi amigo apoyó la mano en la palanca y me miró. Tenía el rostro pálido, pero sin temor alguno en los ojos.

A mí me latía el corazón con extrema violencia, como si quisiera desprenderse de los músculos que lo sujetaban. Además, tenía todo el cuerpo cubierto de frío sudor.

— ¿Está usted dispuesto? — preguntó muy tranquilo, con una sonrisa alentadora.

Yo afirmé con un movimiento de cabeza.

Oprimió la palanca. El mercurio, que llenaba el cuenco situado entre ambos, empezó a girar y a tomar la forma de una seta, mientras subía en su continente. Zumbaban las palancas y toda la máquina palpitaba como un ser vivo que tratase de tomar impulso para arrojar al espacio. El zumbido se convirtió en un chillido estridente, que me dejó sordo hasta que adquirió una intensidad inapreciable ya para el oído humano. Experimenté luego la desagradable sensación de ser arrojado al espacio y apreté los dientes y las manos, como disponiéndome a chocar contra las paredes.

De pronto, se hizo un silencio absoluto y cesó todo movimiento. Yo seguía sentado en el mismo sitio, respirando con fuerza, sudoroso de miedo y mirando, receloso, a Helming. No había ocurrido ningún cambio.

Por un momento estuvimos mirándonos. Luego en su rostro apareció la expresión de extrañeza y le oí decir:

— Es raro. No sé qué ha podido fallar.

Pero realmente había ocurrido algo. El gato saltó a las rodillas de Helming y se frotaba muy a gusto contra su brazo.

— Por lo menos he logrado traer el gato a nuestro mundo — observó tristemente.

Yo me disponía ya a decirle que desde el primer momento había sospechado que se trataba de una broma, cuando el gato dió un salto desde las rodillas de mi amigo y, atravesando el cuenco de mercurio, se vino hacia mí. Era maravilloso ver al pobre felino atravesar la materia sólida. Extendí entonces la mano derecha hacia el animal y apoyé la izquierda en las barras niqueladas de la máquina. Mejor dicho, creí que la apoyaba, pues estuve a punto de caerme del asiento cuando la mano pasó a través del brillante metal, como si no fuese más que de aire.

— Ya estamos — exclamó Helming muy alegre al mismo tiempo que abandonaba su asiento.

Yo le seguí y los dos nos quedamos ante la máquina, viendo cómo metíamos las manos a través de la masa sólida, sin encontrar más resistencia que la que ordinariamente se encuentra ante el humo.

Entonces experimentamos otra sensación muy rara, que fué la de haber perdido el peso de nuestros cuerpos. Helming saltó hacia la escalera y, temiendo yo quedarme solo, me apresuré a seguirle. No se detuvo para hacer correr de nuevo el techo, sino que lo atravesó y se perdió de vista. Sin perder momento, yo también atravesé el techo y me hallé en el laboratorio, al lado de mi amigo. La estancia tenía el mismo aspecto de antes, aunque la luz que entraba por las ventanas se parecía mucho a la del amanecer. Me asomé a una ventana y vi que el sol estaba todavía muy alto en el cielo,

si bien su luz era pálida, anaranjada, y no daba calor perceptible.

Me volví a Helming, que decía:

— La materia de tres dimensiones ha cesado de existir a no ser para nuestros ojos. Se ha desvanecido, además, todo sonido.

— Ya había notado yo el silencio absoluto que nos rodea — observé — y, en cambio, nos oímos perfectamente.

— No es así — contestó él. — Lo que pasa es que ha estado usted leyendo mis pensamientos, como yo leo los suyos. Míreme. No muevo los labios y, no obstante, usted sabe lo que digo.

Era cierto. Pero no tardé en observar que solamente podía leer aquellos pensamientos que, puestos por él en palabras, tenía la voluntad de exteriorizarlos. Se lo hice notar y él me contestó:

— Así es. Cuando formamos una idea y deseamos exteriorizarla, es como si la transmiésemos por telefonía sin hilos, lo cual quizás sea cierto — añadió sonriendo.

— De todas maneras, resulta raro que no haya ninguna vida en esta cuarta dimensión — murmuró pensativo. — A decir verdad, esperaba que este espacio estaría habitado.

Ningún sonido venía a turbar aquel silencio mortal, pero de un modo instintivo ambos nos volvimos hacia la puerta del laboratorio. Dos hombres mal vestidos y sin afeitar miraban a través de la puerta, adoptando las mayores precauciones. Penetraron en el laboratorio y cerraron cautelosamente la puerta. No cabía duda. Los dos desconocidos eran rateros dispuestos a apoderarse de cuanto cayese en sus manos.

Resultaba muy raro verlos allí, hablando con palabras inaudibles y sin que se dieran cuenta de nuestra presencia. Llegaron al banco en el que dejáramos nuestros efectos personales, se apoderaron del dinero y de mi cadena de reloj y uno de ellos se puso el gabán de Helming. Vimos entonces que el gato subía a su vez del sótano, y, acercándose a ellos, se puso a maullar. Los ladrones lo oyeron, pero, como no podían verlo, se asustaron y echaron a correr hacia la puerta, en tanto que Helming y yo les perseguíamos. En un momento les alcanzamos, pero habíamos olvidado que no nos era posible tocarlos ni hacernos oír de ellos. Helming les dirigió algunos apóstrofes y su mano se tendió para coger por el cuello a uno de ellos, pero el caso es que la mano atravesó el cuerpo del ladrón sin que le fuese posible agarrarle.

Vimos cómo echaban a correr por el jardín, escalaban la tapia y desaparecían sin que nosotros tuviésemos la posibilidad de detenerlos.

Helming volvió con objeto de dirigirse de nuevo a la habitación secreta, pero cambió pronto de idea.

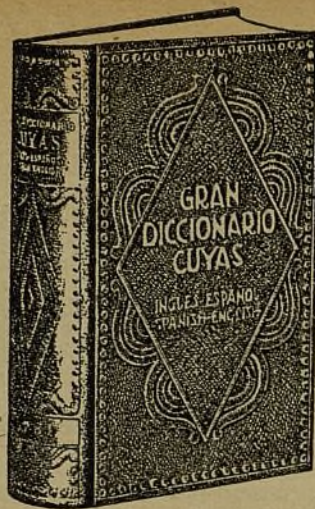
— Lo más probable es que no podamos ya hallarlos. Este es uno de los inconvenientes de la cuarta dimensión.

Luego se quedó mirándome y añadió:

— Será curioso averiguar si somos mutuamente tangibles.

Se acercó y me puso la mano en el hombro y yo la sentí muy bien. Alargué entonces mi propia mano y encontré su cuerpo sólido y tangible.

— Me parece que estamos realmente en la cuarta dimensión — dijo. — Podremos, pues, atravesar sin inconveniente la materia de la tercera dimensión, pero no la de la cuarta. De todas maneras, me sorprende que los ladrones oyeran



GRAN DICCIONARIO CUYÁS

INGLÉS - ESPAÑOL
SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO
Arturo Cuyás Armengol

REVISADO Y AUMENTADO POR
Antonio Cuyás Armengol

EN COLABORACION CON
Alberio del Castillo Yurrifa

Doctor en Historia y Letras, Profesor de la
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford
Webster, Standard, etc., y la última edición
del de la Real Academia Española

CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos reflexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; millares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel..... 25 ptas.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

Librería EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

al gato y, en cambio, no nos oyeran a nosotros.

Llamó entonces al gato, el cual fué a restregarse contra sus piernas. Mi amigo se inclinó para tocar al animal, y su mano pasó a través del cuerpo de éste.

— Mi primera teoría es cierta — observó satisfecho. — Este animal se halla entre dos dimensiones. Ahora salgamos a ver qué aspecto tiene el mundo.

Y, atrevidamente, atravesó las sólidas paredes del laboratorio.

Emprendimos un extraño viaje a través de un mundo silencioso, aunque en el más transitado barrio de Brooklyn, sumidos siempre en una semiobscuridad. Pasábamos a través de las personas que gesticulaban y hablaban en silencio a nuestro alrededor. Nos atrevimos a cruzar la calle sin hacer caso de los automóviles, que parecían incorpóreos, y hasta atravesamos un autobús lleno de pasajeros. Luego, impulsados por una extraña locura, penetramos en un banco a través de sus paredes, franqueamos sin dificultad la reja que conducía al sótano donde se guardaba el dinero, cruzamos junto a un soñoliento guardián y, finalmente, llegamos al corazón del arca de caudales, en donde encontramos numerosas y ordenadas pilas de sacos de oro.

Helming movió su pie por entre las talegas y, riéndose, exclamó:

— Bien seguras están de nuestra codicia.

Salimos decidiendo atravesar una fila de casas. En una de ellas sorprendimos a una mujer muy ocupada en la cocina, y en otra vimos a una joven que estaba tomando un baño. Entonces retrocedimos con objeto de seguir andando por las calles. Helming se detuvo junto a una esquina muy transitada, en donde numerosos seres fantásticos e incorpóreos pasaron junto a nosotros e incluso a través de nuestros cuerpos.

— No puedo negar que siento cierto desencanto — observé a mi compañero, el profesor. — Me figuraba que esto sería algo distinto, y, desde luego, más atractivo.

Mi compañero, inclinándose pensativo la cabeza, preguntó:

— ¿No oye usted unas voces débiles?

— Sí, señor — repliqué, — pero hasta ahora me había figurado que era un silbido de mis oídos.

— No. Me parece que oigo voces, como si alguien quisiera decirnos algo.

Escuché atentamente y me pareció que, en efecto, se percibían unas palabras pronunciadas con voz tan suave y lejana, que no podía acabar de comprenderlas. Por fin, me volví a mi amigo y le dije:

— Me parece oír la palabra «ojos» o alguna que se le parece mucho.

— Por mi parte oigo casi perfectamente la palabra «cierren». «Cierren... Ojos» murmuró.

Luego, volviéndose a mí, exclamó:

— Ya lo sé. Nos recomiendan que cerremos los ojos.

Así lo hicimos los dos y en el acto desapareció la fantástica multitud, las penumbrosas calles y el apagado sol. Nos hallábamos en un dilatado valle rodeado de montañas, que elevaban sus verdes cumbres hacia un cielo brillante, de color de zafiro. Sobre un prado de color esmeralda había bosquecillos de diversos árboles y todo el valle estaba adornado por las numerosas flores de mil colores diseminadas entre la hierba. Percibimos entonces el dulce aroma de

la tierra, la fragancia de las rosas y mil perfumes desconocidos, en tanto que resonaban en nuestros oídos los armoniosos cantos de los pájaros.

Por unos momentos nos quedamos embelesados, sumidos en tan peregrina belleza, y luego, como prueba, quise tocar una flor. Era perfectamente palpable entre mis dedos, lo cual me hizo comprender que me hallaba en un mundo tan real como el que acabábamos de dejar.

Vimos un pequeño grupo de figuras, cerca de un bosquecillo. Eran hombres y mujeres sonrientes, de rostros serenos, y vestían trajes muy tenues. Con vacilantes gestos saludamos a aquellos desconocidos seres. De pronto, dos muchachas se separaron del grupo y se acercaron a nosotros. Yo miré a una y me pareció bellísima, pero su mirada estaba clavada en Helming; en aquel momento me fijé en la otra, que tenía los ojos como estrellas. Vino hacia mí con ojos sonrientes y, al llegar a mi lado, estaba yo de tal manera embriagado por su belleza, que no pude hacer más que mirarla en silencio. Me puso ella la mano en el hombro y me dijo:

— Bien venido, amigo.

Lo mismo que yo y Helming, aquella mujer tenía un aspecto fantástico, aunque absolutamente material para el sentido del tacto. Y lo más extraño del caso fué que ni ella ni yo sentimos la menor timidez o cortedad, sino que nos reunimos como dos enamorados que hubiesen estado separados por espacio de unas horas.

Conocía mi nombre y, riéndose, se resistía a decirme el suyo. Por fin, supe que se llamaba Velma.

Me presentó a sus amigos y luego me llevó a un pabellón de flores, en donde me comunicó algunas de las maravillas de su mundo, el de las cuatro dimensiones. Aquel día aprendí muchas cosas. Según me dijo, la tercera dimensión se hallaba dentro de la cuarta, pero era invisible para los habitantes de ésta si expresamente no lo deseaban. En cambio, los habitantes de la tercera dimensión no podemos nunca conocer normalmente la cuarta. Helming y yo éramos los primeros hombres modernos que conseguían transponer la barrera que hay entre las dos. Pero no los primeros que habían llegado allí, pues los antiguos egipcios poseían el secreto, lo mismo que una raza civilizada que habitaba en el lugar conocido hoy día con el nombre de desierto de Gobi, en Asia.

Luego me explicó por qué la cuarta dimensión se hacía visible y tangible para mí y para Helming, en cuanto cerrábamos los ojos.

— Cuando, cerrando los ojos, borráis el mundo fantástico de la tercera dimensión, el ojo pineal — esa estructura vascular de color rojo gris que hay detrás del tercer ventrículo del cerebro — empieza a funcionar y hace visible y palpable nuestro mundo. Los sabios, según ya sabes, han tratado de averiguar su uso. Pero, como solamente puede funcionar en la cuarta dimensión, no les ha sido posible descubrirlo, a pesar de toda su imaginación.

Pasé el día en compañía de Velma, paseando por los umbrosos senderos y subiendo a las altas montañas con sólo el esfuerzo de la voluntad. Velma me recomendó una vez que abriese los ojos en la tercera dimensión y me vi en el centro de un tórrido y desolado desierto. Los cerré y, cien pasos más allá, volví a abrirlos. Entonces me vi en una importante ciudad del norte de Europa,

Colección de Novelas



WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA
EL AMADO VAGABUNDO

SÉPTIMO

EL VENDEDOR DE FELICIDADES

MOORDIUS Y COMPAÑÍA
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL
UN JOVEN AFORTUNADO

EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN
Encuadernado en cartóné, 5 ptas.

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 dup. — Madrid

alumbrada por un sol que apenas se elevaba por el horizonte del sur.

— Cien pasos en la cuarta dimensión — me explicó Velma — pueden llevarnos a cualquier punto extremo del mundo que has dejado.

Entonces yo pensé en mi madre. Mi compañera era tan buena, que no dudaba de que consentiría en que me alejase de ella por espacio de un día. Quería volver al mundo de las tres dimensiones, tomar a mi madre antes de que la operasen y llevarla conmigo a aquel paraíso por medio de la máquina de Helming. No se me ocurrió ningún posible fracaso ni que me fuese imposible volver. El funcionamiento de la máquina era muy sencillo, pues bastaba mover la palanca. Pero tuve un presentimiento del peligro y entre burlas y veras dije a mi amada:

— Suponte que me volviese a la tercera dimensión y que luego no pudiera regresar a causa de una avería de la máquina. ¿Podrías lograr volverme a tu lado?

— No pienses en eso siquiera — contestó asustada.

Pero yo insistí en la pregunta y al fin me dijo:

— No sé si podría... e ignoro si tendría el valor de arrostrar los efectos consiguientes.

— ¿Cuáles son esos efectos?

— Si yo fuese a tu mundo a buscarte — me explicó Velma, — tanto tú como yo nos veríamos obligados a ir errantes por el fantástico reino que hay entre los dos mundos, de la misma manera que tú y tu amigo ibais antes de cerrar los ojos.

— ¿Y no harías eso por mí?

— Creo que no tendría valor para tanto — contestó.

Yo le acaricié la mano, pensando en que no habría necesidad de someterla a tal prueba.

Pasó la noche agradabilísima y al llegar a la mañana dije a mi amada que debía separarme de ella por corto tiempo. Ella se negó, muy asustada, a dejarme partir y cuando le di mis razones, explicándole que quería ir en busca de mi madre, me contestó que ya cuidarían de ella los de su mundo.

— Pero quiero evitarle el tormento de la operación — repliqué.

— Ya ha sido operada.

— No, nada debía hacerse hasta dentro de unos días.

— Nada te había dicho antes — contestó Velma, — pero sabe que ya hace dos meses que saliste de tu dimensión y no un día y una noche como te figuras. Aquí el tiempo transcurre más rápidamente.

Me enojé y ella se dolió de mi sentimiento, pero al fin accedió a mis demandas y me llevó a corta distancia del lugar en que la vi por vez primera. Abrí los ojos y me encontré en una habitación del hospital, junto al lecho de mi madre. Y aunque la pobre enferma no podía verme ni oírme, parecía darse cuenta de mi presencia. Quise abrazarla, pero mis brazos no encontraron nada material que rodear. Noté que hablaba y a juzgar por el movimiento de sus labios comprendí que mi adorada madre decía:

— Roberto, Roberto mío. Vuelve y demuéstrole que eres inocente.

Y la pobre se echó a llorar.

¿Inocente de qué? No tenía más remedio que volver a su lado para consolarla en sus últimos momentos, aunque tuviese que perder mi nuevo amor por

NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con
32 artísticas fotografías

En tela y oro 5 ptas.
En rústica 3.50 ptas.

Otros títulos publicados en la
colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.
CERVANTES, por M.^a Luz Morales.
MOLIERE, por José Escofet.
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.
GOYA, por T. Gutiérrez Larreya.
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.
RUBÉN DARÍO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

toda la eternidad. Cerré los ojos y me vi de nuevo en la cuarta dimensión, acompañado de mi amada, y le dije:

— He de volver al lado de mi madre. Hazme el favor de llevarme a donde está la máquina.

En vano me rogué, asegurándome que en breve mi madre no tendría que sufrir ya dolor alguno por estar ya próxima a la muerte. Pero yo, recordando la mirada de angustia y de súplica de sus ojos, al pronunciar mi nombre, insistí en correr a su lado, aunque prometí a Velma volver cuanto antes por medio de la maravillosa máquina del profesor Helming.

Velma, visiblemente contrariada, me besó y se arrojó a mis pies, tratando de impedir mi marcha.

Al abrir los ojos me vi en el laboratorio de Helming. Me apresuré a atravesar el suelo, en dirección a la estancia secreta, tomé asiento en la máquina que divisaba de un modo vago, agarré el mango que se extendía a la cuarta dimensión y lo oprimí resueltamente con fuerza.

POR un momento no hubo cambio alguno en el silencio reinante; luego, cuando el mercurio que giraba en el cuenco de cuarzo tomó la forma de una seta, el zumbido de la máquina se convirtió en chillido taladrante. Me sentí como arrojado al espacio, disminuyó el ruido hasta convertirse en zumbido y con alguna torpeza abandoné la máquina. Sentía el cuerpo pesadísimo. No obstante, con la mayor rapidez posible subí la escalera que conducía al laboratorio, aunque tuve que retroceder en busca del botón que hacía abrir el suelo.

Era de noche y tomé un taxímetro para ir al hospital y el chofer se asombró en extremo cuando le dije que se guardara el cambio del billete de veinte dólares que le di. Era el más pequeño que tenía de los quinientos que me había entregado Helming.

Poco después estaba en brazos de mi madre.

— ¡Roberto! ¡Roberto mío! — murmuró casi feliz. — Ya sabía yo que volverías.

Aquí se echó a llorar y añadió:

— Ya sé que eres inocente, Roberto, pero quiero que tú me lo digas. ¡Dime que eres inocente!

Al mismo tiempo que sostenía mi cabeza entre sus manos, sin dejar de mirarme, le pregunté:

— Pero ¿inocente de qué?

Sus ojos se enturbiaban y con grande esfuerzo murmuró:

— Ni siquiera sabes de qué se trata.

Y murió en mis brazos, en apariencia sin sufrir en lo más mínimo. Yo la sostuve unos instantes; le cerré piadosamente los ojos y me entregué a una oración silenciosa.

Al ponerme en pie, junto a la cama vi a Dixon, detective de la Jefatura de Policía. Me puso la mano en el hombro y dijo:

— Strome, queda usted detenido. Vale más que me siga de buen grado.

— ¿Detenido? ¿Por qué? — pregunté.

Le extrañó mucho mi evidente asombro, pero contestó:

— Por haber asesinado al profesor Stuart Helming.

A pesar del dolor que me embargaba, no pude contener una sonrisa.

— No está muerto Helming.

— Le será un poco difícil probarlo — replicó el detective mientras me hacía salir a la calle.

Lo demás lo sabe ya todo el mundo. Se había encontrado un cadáver en Newtown Creek y a pesar de que tenía la cabeza horriblemente destrozada a hachazos y las facciones devoradas por los peces, lo identificaron como perteneciente al profesor Helming. Su ama de llaves y otras personas lo reconocieron fijándose en su aspecto general y, más particularmente por el abrigo que llevaba y las cartas y documentos que hallaron en los bolsillos.

Luego — y esto es lo malo — se probó que yo le había dado muerte, y eso mediante pruebas directas e indirectas: por el testimonio que, de mala gana, dió el doctor Stuggart, a quien dije que, a cambio de quinientos dólares, sería capaz de vender mi alma; por el empleado que fué a cobrar los quinientos dólares en nombre del profesor Helming; por haber sido yo la última persona a quien se vió en su compañía; y, lo peor de todo, porque entre las manos del cadáver hallaron la cadena de mi reloj, en uno de cuyos extremos se encontró la chapa de identidad que me pertenecía.

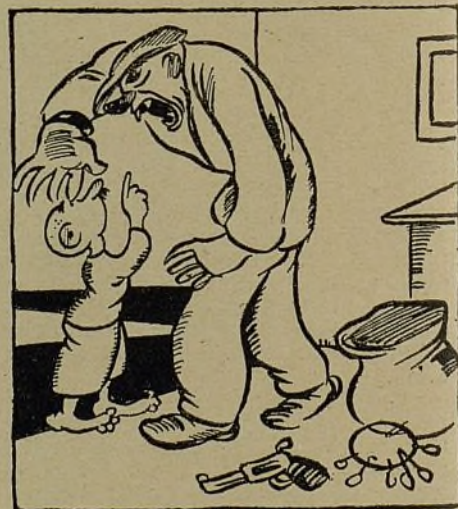
Sólo para mí resultaba claro el asunto. Los dos rateros se habrían peleado por el botín. Uno mataría al otro y le quitaría cuanto pudiese, a excepción del gabán de Helming y de la cadena de mi reloj, que olvidaría o no se atrevería a quitar al cadáver.

Referí la historia a mi manera y entonces me mandaron a la sala de observación, pero me encontraron cuerdo.

Nombré entonces un abogado para que me defendiera contra el error que se cometía conmigo, mas lo extraordinario del caso le hizo vacilar y tomó con muy poco interés la defensa de mi causa.

Por fin me llevaron al lado de la máquina del profesor, por medio de la cual yo pensaba escapar a la cuarta dimensión, pero lo hicieron con objeto de probar la falsedad de mi declaración, pues unos salvajes habían quitado a la máquina algunas piezas esenciales, que solamente habría podido reemplazar el mismo Helming.

Así fué como el jurado me consideró culpable y el juez me condenó a muerte.



El dentista al ladrón (por la fuerza de la costumbre). — Quieto un momento. Necesita usted cuatro extracciones y dos empastes.

Las Mujeres Delincuentes

(Continuación de la página 26)

Diversas especialidades de mujeres delincuentes.

También la mujer delincuente se dedica a *carterista*, cuyo trabajo es análogo al de los hombres consagrados a esta especialidad, la cual expliqué al ocuparme de los tomadores del dos. Otra modalidad es la de servir de *tapia y santera*, o sea de cómplice de los *espadistas* y *topistas*, — los ladrones de pisos — de quienes ya hablé en un trabajo anterior.

Los don Juanes presumidos que van a caza de conquistas femeninas de noche, por las calles excusadas, deben saber que existen las *tomadoras por el registro de la teta*, ladronas que se muestran complacientes con ellos, dejándose tentar mientras les hurtan de sus bolsillos o de sus *jilís* o *potasas*, como dicen en su lenguaje, todo lo que pueden, huyendo so pretexto de ver acercarse a la policía. Asimismo, esos don Juanes deben tener en cuenta que por las calles merodean las *gateras*, otra planta de la delincuencia femenina, las cuales se los llevan, conquistadoras, a sus antros, donde, mientras liban la copa del placer, una compañera, o el *macró*, amante de aquella, escondidos bajo la cama o entre un portier, les hurtan de sus bolsillos o carteras la mayor parte del dinero que llevan, respetando la cariera, con objeto de que no descubran el hurto, sino lejos del nido de amor.

Las mecheras.

En el ancho campo de la delincuencia femenina, aparecen con relieve enérgico las *mecheras*, ladronas cuyo nombre se deriva de la palabra, del argot jergal, *mecha*, que es el procedimiento de hurtar escamoteando prendas u otros objetos, escondiéndolos entre las piernas.

Las *mecheras* tienen principalmente su campo de acción en las tiendas y comercios; son la pesadilla de horteras y comerciantes que ven, cómo, por arte de magia, desaparecen las mercancías, siendo sólo obra de aquellas consumadas artistas del delito, las cuales ejecutan latrocinios a la vista de todos sin que nadie lo advierta.

Son actrices consumadas que han de representar un papel de personas decentes, logrando captarse las simpatías, por su porte o sus maneras distinguidas.

Siempre van dos, y en algunos casos, tres, o en compañía de algún *mechero*, por lo que unas veces se presentan como señoritas *bien* de la aristocracia — las *mecheras* prefieren los comercios de lujo, como sederías, lencerías, objetos de capricho, joyería, etc.; — otras veces, como un matrimonio adinerado y forastero; otras, como madre e hija casadera; otras, como una artista de *music-hall* a quien acompaña un botones para hacerse cargo de los objetos comprados y transportarlos al auto lujoso que la espera en la puerta, y otras mil adoptan disfraces, a cual más variado, para evitar suspicacias y recelos, y trabajar con la mayor impunidad. La moda femenina, que tanto ha evolucionado forjando los trajes estrechos y acortando incommensurablemente las faldas, ha sido un obstáculo para ellas, ya que les impide llevar con desenvoltura el imprescindible saco o bolso entre las piernas, donde colocan las mercancías sustraídas, saco que va sujeto con un cin-

turón y del que prenden también un gancho. Por eso, las que se dedican al hurto de las piezas de seda procuran llevar esas capas airoas que la moda autoriza, o gabanes amplios, o se presentan bien trajeadas, aunque no vistiendo a la *dernier*, con faldas de amplio vuelo.

Cada una de las *mecheras* trabaja según su especialidad. Unas se dedican a las piezas de tela valiosas; otras a las medias de seda; otras a las joyas o alhajas, etc., siendo hasta lo infinito las especialidades, según el comercio que hacen campo de sus operaciones.

Sus horas de operar son las de mayor concurrencia en las tiendas, ya que así pueden aprovecharse de los descuidos de los dependientes con mayor facilidad. Procuran pedir distintos géneros que tantean y discuten amontonándolos ante sí, y, cuando el que les sirve se vuelve de espaldas para sacar otros, una de ellas tapa de la vista a la operadora, la cual con rapidez deja caer al suelo una de las piezas, o *yepas*, y con la misma prontitud, valiéndose de una de las piernas, impele aquella hacia arriba por debajo de las faldas, introduciendo la mano por una de las aberturas de que están plagados sus trajes, para ayudar a colocar la pieza — a veces valiéndose del gancho — en el bolso o saco consabido, que en el lenguaje del hampa recibe los nombres de *burra* y *buitrón*.

Hay *mecheras* tan expertas que, en vez de llevar los sacos mencionados, se colocan los géneros substraídos entre las piernas, logrando andar con desembarazo sin temor a que se les caiga el fruto de su rapiña.

Va hemos dicho que las *mecheras*, al igual que los prestidigitadores, llevan distintas aberturas en sus trajes, por las que, además de introducir la mano para ayudar a subir las piezas grandes, deslizan los objetos pequeños que substraen, como los escamoteadores que a la vista del público hacen desaparecer un naipe, una flor o una moneda.

También llevan a ambos lados de las faldas dos pliegues, de arriba a bajo, formados a manera de bolsillos, en los que van metiendo cuanto han substraído.

Las *mecheras* que se dedican a hurtar piedras preciosas fingen ser cortas de vista y examinan éstas mientras están sobre el mostrador, con sus impertinentes, acercando a ellas el rostro, y, al menor descuido, sacan la lengua y se llevan en ella alguno de los brillantes, rubíes o topacios expuestos.

Estas ladronas se llaman *mecheras* por extensión, pero su verdadero nombre, en el argot del delito, es el de *tomadoras por la muy*, o sea por la lengua.

También se valen éstas de las uñas para substraer diestramente y sin sospechas las piedras preciosas.

Al acto de escamotear se le conoce con el nombre de *bichear*, pero este verbo casi sólo se aplica al acto de escamotear alhajas, que se hace por el procedimiento del cambiazo, sustituyendo unas por otras, o por escamoteo.

Algunas *mecheras*, al entrar en día de lluvia en los comercios, llevan colgados del brazo y medio abierto el paraguas o una de esas sombrillas pequeñas que hoy se usan, en cuyo interior echan las cintas, guantes y otros objetos dimi-

nutos y valiosos que substraen. Otras *mecheras*, las que trabajan por los mercados, llevan dos delantales uno sobre otro, teniendo el de debajo dos grandes bolsillos, en los cuales meten lo que quitan, y muchas de ellas van, además, con una cesta al brazo en cuyo fondo por la parte exterior hay una substancia pegajosa, con la que hurtan monedas u otros objetos colocando la cesta sobre ellos para que se queden adheridos con facilidad.

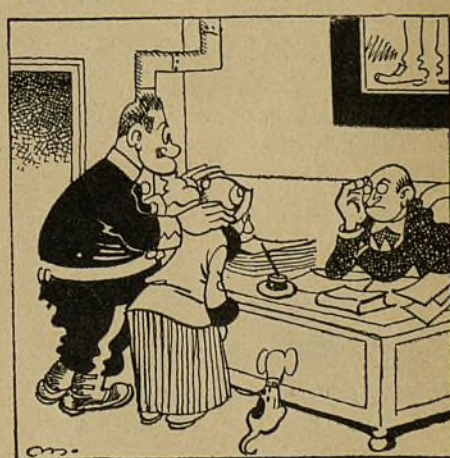
Vivan, pues, prevenidos tenderos, comerciantes y joyeros, teniendo, como Argos, mil ojos para sus parroquianas, ya que hoy abundan como la mala hierba las habilidosas *mecheras* que, al menor descuido, hacen desaparecer piezas de tela, alhajas y cuantos objetos se encuentran a su alcance.

No quiero acabar este trabajo sin referir, a propósito de las *mecheras*, que en cierta ocasión entró una de éstas en una joyería, elegantemente vestida a la última moda y ostentando alhajas con tal profusión, que, de haber sido buenas, y no lo eran, hubiera llevado sobre sí una verdadera fortuna.

La tal *mechera*, después de hacerse enseñar unas piedras preciosas pretextando querer sustituir los brillantes de una sortija que mostró — lo único valioso que llevaba — hurtó con la *muy*, o sea la lengua, uno de los mejores brillantes de la colección.

Pero el demonio hizo que fuera el más grande y que el joyero notara su desaparición, escamado ya ante las repetidas veces que había sido víctima de las *mecheras*. Increpó a la supuesta ladrona, y ésta, al protestar defendiéndose de la acusación, abrió la boca e inadvertidamente se tragó la piedra preciosa, operación que, dicho sea entre paréntesis, llevan a cabo también cuando se ven comprometidas.

Como el brillante valía lo menos ocho mil pesetas, el joyero mandó a la dependencia atar a la ladrona y registrarla minuciosamente. Pero como no parecía la piedra, sospechando la verdad, ordenó encerrarla en una habitación, donde la tuvo secuestrada dos días, hasta que consiguió, por ley natural, recobrar el brillante. Después mandó a una de sus dependientas que le diera una tunda de azotes, imitando los procedimientos que usan en los grandes almacenes de España y el extranjero con las *cleptománas*, o sean las ladronas ricas, que, por manía o impulsión morbosa, hurtan sin ánimo de lucro.



— Sí, señor comisario, no sólo me insultó y amenazó, sino que, además, asuzó al perro para que me devorara.

En el número correspondiente a **NOVIEMBRE** de la revista

LECTURAS

empieza la publicación de la interesantísima novela de **JOSÉ CONRAD**

LA LOCURA DE ALMÁYER

y también la del tercer volumen de los *Folletines encuadernables*.



En el mismo número: **El drama de las bambalinas**, por Armando Palacio Valdés; **El crimen de Verderón**, por Díez de Tejada; **Las tribulaciones de Ben-al-Ker**, por Alejandro Larrubiera; **Las tres de la madrugada**, por J. J. Bell; **Las alas y el corazón**, por F. Pérez Capo; **Los hijos del milagro**, por Benigno Benjarano; dos cuentos de nuestro concurso; **Madame Isabel**, por Mariano Tomás; **Paz de noviembre**, por Romero Cuesta; **El más histórico de los cementerios españoles**, por Santiago Camarasa; música autógrafa de Pepe Sama; argumento y fotografías de la película **Ella se va a la guerra**, y otros interesantísimos trabajos.



El día 31 de diciembre termina el plazo de admisión de trabajos para el

CONCURSO DE COMPOSICIONES MUSICALES

de que al fin le cogería con las manos en la masa.

Le vi entrar en la plaza de toros y también yo entré, aunque tuve que pagar la entrada al precio que quiso un revendedor clandestino.

Como todo fué muy rápido, no perdí la pista del viajante y, desde la escalera de entrada al tendido, le vi abrirse paso entre la multitud e instalarse al lado de una dama con la que inmediatamente se puso a hablar.

No necesitaré decir cuál fué mi emoción al reconocer en aquella dama a la hija del detective y al advertir que con ella estaba el padre. Me quedé confundido al ver que los tres departían amistosa y alegremente. No me sorprendió que hubieran elegido aquel lugar para encontrarse. Entre semejante mar humano ¿quién iba a ver o a reconocer a aquellos forasteros? Lo que sí me sorprendió fué la actitud del detective. Una cosa era no delatar a una persona por la que tenía interés y otra tratarle afablemente, como alentándole a seguir el camino de la delincuencia. ¿Qué significaba aquello?

Estuve observándoles no sé cuánto tiempo, cuando, de pronto, se me ocurrió una idea.

Bajé a saltos las escaleras y a los pocos segundos me hallé en la puerta de la calle, donde tomé un auto, para dirigirme sin perder momento al hotel. El dueño se hallaba ausente, lo cual malograba mi propósito. Pensaba que él me acompañase a hacer un registro al cuarto del joven, supuesto viajante. La ocasión era magnífica y se perdía tal vez irremisiblemente de no aprovecharla. Pero como tenía el convencimiento de que entre aquellas tres personas se hallaba la clave de los misteriosos robos, decidí penetrar en sus habitaciones, sin más trámite. llamé al encargado del despacho y le expuse rápidamente mi propósito y la necesidad de llevarlo a cabo en el acto, si no querían perder una ocasión que tal vez no se repetiría. Resistióse a secundarme al principio, pero, a poco, me ofrecía una llave que abría todas las puertas del segundo piso. Sirviéndome de ella pude entrar en el cuarto del joven, y, rápidamente, comencé a registrarlo.

Me contrarió y me desconcertó un poco no encontrar la joya que buscaba, pero en seguida tuve un nuevo y feliz pensamiento, y me dirigí a la habitación del propio detective.

Con febril actividad revolvi los cajones de un secreter que sin duda usaba Branton como escritorio. De momento, nada vi que me llamase la atención, pero cuando ya iba a cerrar el mueble, dirigiendo mi investigación hacia otro lado, hallé un paquetito en el fondo de un cajón. El envoltorio exterior era de papel; lo rasgué y vi que contenía unos trozos de oro machacado. Estaba examinándolos, pensando en qué podía ser aquello, cuando entró el encargado del escritorio.

— ¿Ha hallado usted algo interesante? — me preguntó.

— ¿Le parece a usted si esto lo es? — le respondí, enseñándole aquellos trozos de metal.

— ¡Los pendientes de la señora Castorena! — exclamó, pero destrozados, claro, y sin los magníficos brillantes que antes tenían.

— ¿Cómo puede usted distinguir en estos trozos de metal machacado los restos de unos pendientes?

— Por el dibujo, que todavía conservan, a pesar de todo. Los había dado

a guardar al dueño en más de una ocasión. La hermosura y enorme tamaño de las piedras preciosas atraieron poderosamente mi atención hacia las monturas. No hay duda alguna. Se trata de los pendientes que le robaron a la señora Castorena. Siga usted el registro. Interinamente voy a avisar al cuartelillo de policía para que nos manden una pareja. Hay que detener inmediatamente al señor Branton. Porque es evidente que él sabe quién es el ladrón...

Y salió corriendo.

«¡Ya lo creo que lo sabe! — pensé yo. — Como que tal vez sea él mismo, en complicidad con el joven aficionado a la bebida y su hija.

Proseguí el registro, pero hacía pocos minutos que se había ausentado el encargado del hotel, cuando oí pasos. Me volví. Me hallaba en presencia de Samuel Branton y de su hija. En un instante, al verme con los restos de aquellas joyas en las manos, debió de comprender que estaba descubierto. Hizo un movimiento para echar mano al bolsillo, sin duda para sacar una arma con que agredirme, pero no le di tiempo para llevar a cabo su propósito. Le eché mis manos al cuello, y más ágil y robusto que él me hubiere sido fácil ahogarle. Pero comprendí que era inútil, porque el falso detective no se hallaba

en estado de agredirme eficazmente. Con la presión de mis manos quedó algo congestionado. Le solté y cayó desvanecido en un sillón. A poco llegaba la policía, que se hizo cargo del extraño perseguidor de ladrones, tan ladrón como cualquiera de ellos.

El proceso confirmó enteramente lo que se deducía de los hechos que acabo de referir. Los certificados de detective con que Branton había ganado la confianza del dueño del hotel eran falsos. Ni Samuel Branton se llamaba así en realidad, ni la señorita que le acompañaba era su hija, ni el joven que se trataba con ellos un viajante. El primero era un aventurero italiano, cuyo verdadero nombre jamás se supo, pues había usado varios. Los otros dos personajes eran cómplices suyos.

Naturalmente, de lo primero que me preocupé fué de recuperar la joya de mi madre, lo que conseguí sin dificultad. Después, sólo pensé en volver a mi vida de ciudadano pacífico, cosa que también logré tan plenamente, que olvidé por completo esta aventura detectivesca y sólo la he recordado ahora para referirla en estas páginas, como un caso extraordinariamente curioso, de esos que a lo mejor nos depara el mundo sin que luego tengan ninguna influencia, ni en bien ni en mal, en nuestra vida.

Asesinato de Mlle. Evenepoell y sus dos criadas

(Continuación de la página 32)

plas en el mes de septiembre eran de la misma clase que las sustraídas en la casa del crimen y que ni éste ni Rosseel pudieron explicar satisfactoriamente el origen de los medios económicos con que sostenían su vida.»

Como piezas de convicción se acompañaba con el informe policiaco los siguientes objetos encontrados en casa de Rosseel:

Cinco cajas vacías de relojes; tres cucharillas de café de plata, una de ellas ennegrecida por el fuego; un par de pendientes y una sortija con diamantes; una pulsera de brazaletes y dos cadenas de reloj de oro; dos arillos con turquesas; una sortija con un topacio, y otra sortija de oro esmaltada con cinco aristas sin cabezas.

Todos estos objetos los reconoció Mr. Evenepoell, como pertenecientes a su difunta hija.

EN estas circunstancias se procedió al interrogatorio de los detenidos. Vaudenplas negó terminantemente toda participación en los hechos, asegurando que el dinero que gastaba procedía de la herencia de su madre y el que Rosseel le había dado provenía del pago de una deuda de pan que contrajera con él cuando estaba establecido. Como se le intentara demostrar que no eran ciertas sus manifestaciones, por ser superior la cantidad gastada a lo que recibiera del óbito materno, explicó que también poseía lo que le restaba de la liquidación de sus negocios.

Se comprobó con toda minuciosidad que era falso lo que decía el detenido, así como también negaron todos los tes-

tigos citados por él que fuera cierta su concurrencia el día de autos a los lugares que él señaló, y que todos estaban muy lejos de Bruselas, por lo que le fué imposible probar la coartada.

Rosseel, tras algunas vacilaciones, confesó de plano y dijo que él en unión del Vaudenplas, habían sido los autores del triple asesinato, habiéndolo acordado a su propuesta, entrando en la casa la noche del 2 de septiembre con el pretexto de pagarle a Mlle. Evenepoell lo que le adeudaba por el alquiler de la casa de la calle de Andrelech, donde había vivido un año.

Entró primero Rosseel solo, entreteniéndolo la conversación con madamoiseille durante cinco minutos al suplicarle que hiciera la cuenta de su deuda, pues, transcurrido este tiempo sin que saliera, era señal para Vaudenplas de que no había inconveniente en que él entrara, lo que efectivamente hizo, matando a la cocinera a martillazos, junto a la misma puerta, y al ver salir de la cueva a la otra criada, cuya existencia en la casa desconocían ambos, la mató igualmente.

Estos hechos se desarrollaron mientras Rosseel hablaba con la dueña de la casa, sin que se produjera el menor ruido, por lo que éste se despidió de la señorita creyendo que Vaudenplas no había entrado. Pero, al llegar al patio, le encontró con un martillo en la mano y, preguntándole qué había pasado, le enseñó a las dos mujeres tendidas en el suelo y bañadas en sangre. Como aun respiraban, Rosseel sacó su puñal y les seccionó la garganta. Entonces se dirigieron los dos al gabinete, donde, al verles

GRAN PRO- YEC- TOR



Regala a sus dos mil primeros sus- criptores una de las siguientes novelas, a elegir, de la interesante COLECCION AVENTURA

publicada por
EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
Calle Provenza, 216 **BARCELONA**

James Oliver Curwood

El regreso. El fósforo. La fuerza de los hombres. El ratón.
Corazones de hielo.



Peter B. Kyne

Los tres padrinos. El valle de los gigantes.
El solitario. El más feo. El Sheriff.

Sapper

El capitán Drummond.

Frank L. Packard

De ahora en adelante.

C. N. y A. M. Williamson

La dama del aire.



Henry Allorge

El gran cataclismo.

Zane Grey

Tappan y su burro. Cazando Pumas.
Tigre El Santa Rosa

Paul D'Ivoi

Los compañeros del loto blanco.

Un viaje extraordinario.

Gouraud d'Ablancourt

El drama de Maison Dieu.

Francis Lynde

Un legado original.

Alfred Machard

El fugitivo.

Hans Richter

El canal.

El suscriptor, al hacernos el envío del importe de su suscripción, puede mandarnos el título de la obra que desee, y la recibirá a vuelta de correo franca de portes, en su domicilio.

Para mayor comodidad,
cópiese el siguiente cupón

GRAN PROYECTOR

Calle de la Diputación, 211

BARCELONA

Agradeceré me suscriban por

..... meses a la revista

GRAN PROYECTOR (7'50 ptas.

semestre).

cuyo importe de ptas. remito por giro postal núm.
adjunto en sellos de correo (certificando la carta), debiendo remitirse como regalo
la novela

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

Fecha

Mle. Evenepoell intentó gritar, no permitiéndoselo Vaudenplas, que rápidamente la hizo caer al suelo y le destrozó el cráneo a martillazos, rematándolo Rosseel con su puñal.

Después de esto, desvalijaron la casa, fracturaron los muebles con un cuchillo y un formón de carpintero, y marcharon con el botín, no sin antes haber arrasado Rosseel el cadáver de la cocinera hasta colocarlo junto al de la sirvienta.

La relación de los objetos robados dada por Rosseel coincidía con la que facilitó el padre de la víctima, incluso en la calidad y cantidad de las monedas, y, habiendo expresado el lugar donde escondió el formón y la daga utilizados en el hecho de autos, se encontraron ambos instrumentos por la policía.

También se recuperaron cinco relojes de oro, que este procesado dijo tenía ocultos en su domicilio.

Dió luego todo género de detalles de la forma en que él y Vaudenplas se habían repartido, con absoluta igualdad, los productos del robo.

NO fué posible poner de acuerdo a ambos procesados, que sostuvieron durante toda la tramitación del proceso sus puntos de vista en extremo contradictorios. En esta forma, con la plena confesión de Rosseel y la tenaz negativa de Vaudenplas, pasó la causa al Tribunal de Bravante, ante cuyo jurado comenzó la vista el día 8 de febrero de 1848, resultando alguna de sus sesiones de un interés sumamente dramático.

Los dos procesados se sientan en el mismo banco, dejando un espacio de cer-

ca de dos metros de uno a otro, custodiados por una pareja de gendarmes.

Es Rosseel de mediana estatura, teniendo su rostro las facciones muy pronunciadas. Sus ojos grandes, un poco entornados, miran con dureza, haciéndolos más temibles, la espesura de sus cejas, a las que casi se une la selva frondosa y rebelde de su cabellera, que cubre la mayor parte de su estrecha y prominente frente. Sus orejas son grandes y enormemente separadas, con una marcada inclinación de la parte superior hacia adelante; sus labios gruesos, descolgado el mentón, completan la expresión salvaje y repugnante de su rostro.

La figura de Vaudenplas es la antítesis de la de su compañero. Más alto que él, esbelto, casi elegante, con la barba cuadrada y el pelo rizado, la falta de un ojo provoca conmiseración, por creerse es una desgracia en aquel rostro lleno de simpatía y distinción.

La indumentaria de ambos reos denota miseria, pero así como en Rosseel se ve el descuido y la despreocupación, haciendo resaltar la vejez de sus vestidos, el raído redingote de Vaudenplas se ajusta a su cuerpo y luce su brillo adquirido por el uso con porte señorial.

Se expresa brutalmente Rosseel, explicando los más nimios detalles del horroroso crimen, sin omitir la participación que en el mismo tuvo el otro delincuente, que le escucha con expresión de asombro.

Vaudenplas, con palabra persuasiva y en algunos momentos elocuente, insiste en desconocer en absoluto cuanto se relaciona con el hecho de autos, afirmando



— Y cuando salga del presidio, ¿qué piensa usted ser?

— Un viejo decrepito.

(De The Humorist)

que no puede ser de ningún modo prueba de su participación en tal delito la gratuita y fantástica declaración de Rosseel.

Declaran después ciento veinticinco testigos, sin que ninguna de sus manifestaciones sean favorables a los procesados, pues en virtud de ellas se llega al convencimiento de que Vaudenplas no ha dicho una palabra de verdad.

En la penúltima sesión, antes de comenzar los informes, el procesado Rosseel pide permiso a la presidencia para hablar y, una vez concedido, se encara con Vaudenplas, al que no había mirado siquiera en los días anteriores y le dice:

— Yo soy Rosseel, yo quien os invité a cometer este crimen comprometiendoos; y como soy yo, quiero ser el instrumento de vuestra salvación; por esto mismo os pido con todas veras que hagáis una declaración del crimen que juntos hemos cometido. La sangre inocente que se ha derramado pide venganza. Después del juicio de los hombres, que no podéis evitar, se presenta el juicio de Dios. Para comparecer delante de El y obtener su perdón, confesad el delito que habéis hecho.

Calló Rosseel y con el gesto demandó de su compañero una respuesta, que al fin dió, con tono perfectamente natural, diciendo:

— Yo no he cometido delito alguno. Yo no temo el juicio de Dios.

Entonces el Presidente, con conmovedoras palabras, exhortó a Vaudenplas para que atendiera las súplicas de Rosseel, pero aquél insistió repitiendo:

— Yo nada he hecho, señor Presidente.

Rosseel volvió a levantarse y con gran energía replicó:

— Vaudenplas, nosotros hemos acreditado nuestro valor en muchas ocasiones; demostrad que en este instante supremo no estáis dominado por un miedo ridículo. Jesucristo murió por los hombres; poneos la mano sobre el pecho y si deseáis que la muerte sea grata al Hijo de Dios, confesad el crimen; de lo contrario, tened por cierta la condenación eterna.

Vaudenplas se negó a decir una palabra más, y el Presidente suspendió la vista hasta el siguiente día, en medio de la gran emoción del auditorio y los magistrados, que no hubieran esperado nunca de Rosseel — el hombre de fisonomía brutal, expresiva del empedernido delincuente — unas palabras tan sinceramente demostrativas de su arrepentimiento y resignación.

ANTIGUA CASA A. CANALS PONS

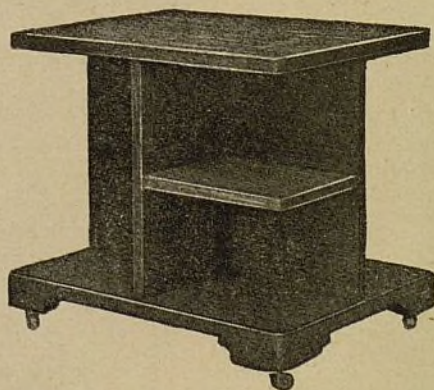
FUNDADA EN 1900

NUEVOS TALLERES MECÁNICOS

AMERICAN CONFORT

URGEL, 118, entre Cjo. de Ciento y Aragón. Teléfono 31028. Barcelona

UN MUEBLE DE ESTILO MODERNO, DE GRAN UTILIDAD



N.º 304. — Mesa-librería roble, color nogal patinado, con poleas para arrastre. Medidas: alto 56 cm. sobre 48x60 cm. Precio..... Ptas. 75

NUESTROS MODELOS TIENEN UN SELLO DE DISTINCION, PRODUCTO DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA Y DE LA SELECCIÓN DE LOS MATERIALES EMPLEADOS POR EXPERTOS OFICIALES DE NUESTROS TALLERES

TAPICERÍA - MUEBLES AMERICANOS Y DE TODAS CLASES

Pida catálogos con descuentos especiales para los suscriptores de EL HOGAR Y LA MODA, a

American Confort

URGEL, 118, entre Cjo. de Ciento y Aragón. Teléfono 31028. Barcelona

EN la última sesión de este célebre proceso, se completó la escena del día anterior con las siguientes manifestaciones del Procurador del Rey, Mr. Verhegien:

— La pasada madrugada, cumpliendo deberes profesionales, he visitado la cárcel, y el Director de la misma me dijo que Vaudenplas le había confesado al fin su participación en el crimen, pero que se negaba terminantemente a hacer este relato ante el público en la sala de este Tribunal. Inmediatamente he acudido a la celda de Vaudenplas, el cual me ha repetido lo que antes había dicho al Director, pero ha insistido en su negativa de hacer pública la confesión, prestándose tan sólo, si ello se creía necesario, a relatar particularmente los hechos, tal como sucedieron, uno por uno, a todos los jurados. He agotado toda clase de reflexiones y argumentos para convencerle de que depusiera su actitud y, no lográndolo, le propuse si aceptaba que yo expresara aquí cuanto él me decía y que después de oírme confirmara o rectificara esas manifestaciones.

El Presidente dice entonces:

— Señor Procurador del Rey, decid cuanto habéis oído al procesado Vaudenplas.

El Procurador relata entonces los he-

chos, que no eran otros que los mismos confesados por Rosseel, con ligeras diferencias en algunos detalles que no afectaban a la esencia de los mismos.

El Presidente pregunta en seguida a Vaudenplas:

— ¿Es cierto todo cuanto acaba de manifestar el señor Procurador del Rey actuando como testigo?

Vaudenplas con gran humildad, inclinando la cabeza y llevando la mano derecha al corazón, dice con voz clara y un poco titilante, después de una ligera pausa:

— Es cierto, señor Presidente.

Esta respuesta produjo gran sensación en el público y continuó la vista reproduciéndose la acusación y teniendo que limitarse las defensas a implorar la misericordia del Jurado.

El veredicto fué de culpabilidad y la sentencia los condenó a muerte. Escucharon ambos procesados la sentencia con relativa tranquilidad y, arrastrando sus grillos, se aproximaron el uno al otro, dándose un fuerte abrazo.

Se negaron a interponer recurso de apelación y, pocos días después, fueron ejecutados en la Plaza del Ayuntamiento, con lo que se satisfizo la Justicia y se calmó la ansiedad y zozobra que en toda Bélgica había provocado el triple asesinato de la Plaza de Saint-Gery.

¡Dedos Criminales!

(Continuación de la página 38)

El robo produjo una gran emoción en todo Saint Claire. Púsose la policía en activo movimiento, pero la única traza que se halló del bandido fueron las huellas digitales descubiertas en el vaso que había utilizado para beber.

En vista de que todas las pesquisas para hallar al ladrón resultaron infructuosas, el Jefe de la brigada de investigación intentó una prueba. Puso en manos de Marilyn todas las fotografías archivadas de los sujetos complicados en asuntos de la misma índole. Y, efectivamente, al cabo de un rato la niña enarboló una de las fotografías, gritando:

— ¡Es éste! ¡Es éste el hombre que vino a beber agua!

Miramos ansiosamente aquella foto. Era la de un tal Mc. Lourin Mc. Auliffe.

Pero los detectives encargados del caso declararon que la niña se había equivocado, puesto que Mc. Lourin Mc. Auliffe se hallaba en prisión al cometerse el robo.

En vista de ello, me puse a confrontar la ficha de Auliffe con las huellas digitales halladas en el vaso. ¡Exacto! La niña tenía razón. Las yemas de Mc. Laurin Mc. Auliffe eran las mismas que habían quedado impresas en el vaso que cogió el ladrón de las joyas de los Clapp.

De las comprobaciones efectuadas resultó que Auliffe había salido de la penitenciaría de Los Angeles, bajo fianza, en la fecha de autos, y había aprovechado los días de libertad para dar un golpe antes de volver a su condena.

LA CAJA DE CAUDALES

UNA mañana, cuando la cajera de uno de los cinematógrafos más importantes del Broadway, la linda Juana

La Salle, llegó a su taquilla para hacer el recuento de la recaudación del día anterior, encontró la caja de caudales abierta y vacía.

Avisó la joven, aterrada, al empresario del local y a la policía, y empezaron las averiguaciones.

La puerta de la taquilla no estaba forzada, ni se apreciaban en sitio alguno señales de violencia, por lo que se creyó que el robo había sido efectuado por el mismo personal del cine.

Interrogada la joven cajera, negó desesperadamente ninguna especie de participación por su parte en el delito, a pesar de lo cual fué detenida y trasladada a la cárcel.

En la caja de caudales, naturalmente, debían de haber quedado impresas las huellas digitales del ladrón. Efectivamente, en la parte superior de la puerta pude fotografiar unas impresiones que por su forma y posición me hicieron pensar que habían sido hechas en el momento de cerrar la puerta.

Seguidamente procedí a sacar las huellas dactilares de todo el personal del teatro. Y después me dirigí a uno de los detectives que intervenían en el asunto.

— ¿Cree usted todavía que el ladrón es Juana La Salle? — le pregunté.

— Indudablemente. Todas las sospechas recaen sobre ella. Además de que sus antecedentes son ya muy turbios. En fin; créame, amigo Barlow: la autora del robo es Juana La Salle. De modo que es inútil que niegue. Cuando vea que de todos modos no va a salir de la cárcel, ya confesará.

Una semana después me di cuenta de que me faltaba todavía fichar los dedos del conserje del teatro, Gregorio Davis. Lo hice, y, ¡cuál no sería mi sorpresa al comprobar que el dedo del corazón y

el anular derechos, hallados en la puerta de la caja de caudales, eran los de Gregorio Davis!

Lo comuniqué inmediatamente a mis jefes. Pero cuando la policía llegó en busca del bandido, éste había ya desaparecido.

Sin embargo, un mes después le cazábamos en Tejas. Y la inocente Juana La Salle volvió a su taquilla, libre y rehabilitada.

LOS NUEVE PEQUEÑOS ACUSADORES

DURANTE el verano de 1926 se cometieron en las oficinas de Los Angeles y en las de sus alrededores, una serie de robos misteriosos, y bastante importantes.

El *modus operandi* de todos ellos era siempre el mismo: el ladrón rompía los cristales de una de las ventanas de la casa, entraba por ella, lo revolvía todo, rompía la combinación de las cajas de caudales y se marchaba con el dinero y los valores que encontraba.

Estos robos se realizaban siempre por la noche, y al día siguiente, cuando los comerciantes llegaban a su despacho, lo encontraban convertido en un verdadero Campo de Agramante, completamente desvalijado.

Yo tuve la suerte de poder recoger en algunos de estos lugares asaltados muy buenas fotografías dactiloscópicas, las cuales comparé con las de todos los ladrones fichados en los archivos del Departamento, sin que ninguna coincidiera.

Volví en mi investigación y en otros quince despachos también asaltados obtuve unas cuantas impresiones dactilares más, todas muy limpias y claras.

Las confronté con las anteriores. Eran las mismas: nueve huellas de nueve dedos diferentes, los cinco de la mano derecha y los cuatro de la mano izquierda, menos el meñique.

Coloqué las nueve huellas en una ficha corriente, como si hubieran sido tomadas de la misma mano y clasifiqué la ficha normalmente.

Hasta que, de repente, cesaron los robos. El ladrón debió de salir de Los Angeles para ir a ejercer sus fechorías en otra parte. Nada se supo de él desde agosto de 1926 hasta enero de 1927.

En esta fecha fué cuando, un día, mientras el oficial Jenden daba una vuelta por el Broadway, observó que un hombre estaba husmeando dentro de todos los automóviles detenidos en una parada.

Estos manejos del desconocido extrañaron tanto al oficial Jensen, que se decidió a seguirle. Lo hizo durante media hora; hasta que vió que el sujeto extraía un abrigo del interior de uno de los coches.

— ¡Alto! — le gritó entonces el policía.

Y el ladrón de coches fué detenido.

Una vez en la cárcel, se le tomaron las impresiones digitales para enviarlas a la Oficina de Investigación donde a la sazón tenía yo eventualmente mi despacho.

Al examinar aquellas impresiones recordé vagamente haberlas visto ya en otro sitio. Entonces me fijé en que no había más que nueve dedos y súbitamente me acordé de aquellas otras nueve huellas del saqueador de oficinas que tanta guerra nos dió el verano de 1926, en Los Angeles.

No obstante, en los archivos no constaba que el llamado Ray Boyd, el pro-

pietario de las nueve misteriosas huellas, (en efecto, al detenido le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda), hubiera sido registrado nunca por la policía.

Y cuando le informé de que había descubierto en él, por medio de sus impresiones digitales, al famoso ladrón desconocido de Los Angeles, Ray repuso fríamente:

— No sé de que me habla usted. Sólo sé decirle que todo el verano de 1926 lo pasé viajando por el Norte de California, el Colorado y la Florida.

Pero yo presentí que Boyd mentía, y esperando obtener previamente algunos antecedentes más, envié veinte impresiones originales de Ray Boyd a todas las ciudades donde él decía haber estado. Asimismo, sospechando que el bandido no hubiera intentado despistarnos, haciéndonos buscar sus huellas en lugares donde no existían, envié sus impresiones dactilares a varios distritos de Tejas y otros Estados, de los que el prisionero no había hablado.

Mis suposiciones fueron confirmadas. Las ciudades que Ray dijo haber visitado contestaron diciendo que no tenían noticia alguna de él, mientras que de Dallas (Tejas), recibí un cablegrama que decía:

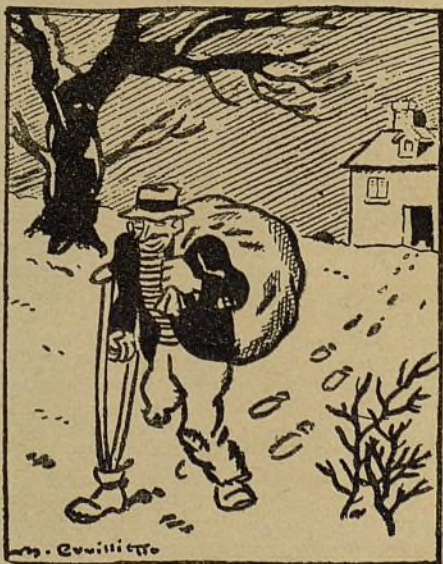
«Duke Hardy, alias Ray Harty, alias Ray Boid, Dallas 4051, fichado como peligroso ladrón en esta ciudad. Actualmente reclamado por el sheriff de Dallas. Es también violador de arcas.»

De modo que de nada le valieron sus argucias a Duke Hardy.

Sus nueve dedos, tan hábiles en el robo, habían hablado por él.

Y el ladrón de oficinas de Los Angeles, convicto ante la evidencia, fué sentenciado a dejarnos en paz, durante nueve años, en el penal de San Quintín.

PODRIA explicarle aún muchos casos más, señorita Davis — concluyó al fin el joven sargento Barlow, sonriéndome. — Pero creo que ya hay bastante. Y más que bastante, para convenirse de que la dactiloscopia ha de ser necesariamente una realidad muy firme y muy seria para que pueda constituir — como dice el titular de ese artículo absurdo que ha originado esta conversación — uno de los más importantes instrumentos de la labor policiaca.



— ¡Cualquiera sospecha ahora que yo soy el ladrón!

(De Pèle-Mèle)

La Redada

(Continuación de la página 42)

Y ya estaban Nolan y Donovan al pie de la escalerilla, cuando vieron que la puerta se cerraba.

— Nos facilitan la tarea, Donovan. Así no podrá salir nadie de aquí. ¿Te atreves a guardar la escalera?

— Vaya usted tranquilo.

— Por aquí no ha de pasar nadie... nadie absolutamente. Y si alguien lo intenta, haz fuego.

— Vaya tranquilo, jefe. Se acaba de levantar una barrera al pie de esta escalerilla.

Descubrió en seguida a Trent, vestido con impecable *smoking* que contrastaba con el miserable ambiente. A su lado estaba Dora, la rebelde muchacha que tan infructuosamente había interrogado Nolan el día anterior. Después se veía una silla ocupada por el abrigo y el bolso de la joven y en seguida otra ocupada por Gabby. Cuatro hombres más había alrededor de la mesa.

Nolan avanzó sonriente hacia el grupo. Quitó el abrigo y el bolso de Dora de la silla que había a su lado, los colgó en el respaldo y se sentó.

— ¡Qué guapa estás esta tarde, muchacha!

— ¡A usted qué le importa!

— Las mujeres bonitas me importan siempre.

Trent fumaba imperturbable. El detective le saludó:

— ¡Hola, amigo! He venido por ti.

— Le agradezco mucho la visita.

— He venido a decirte que ya que por las buenas no se os puede sacar punta, recurriré a otros procedimientos. Te doy veinticuatro horas de tiempo para salir de la ciudad. Si no lo haces, daré de lado a la diplomacia y sabe Dios lo que ocurrirá.

Notó que en este momento una mano se posaba en su hombro y se volvió.

— Perdona, Gabby, si te he dado la espalda.

— Está usted perdonado. ¿Me hace el favor de acompañarme? Deseo hablar dos palabras a solas con usted.

— Ya lo creo.

Y añadió alegremente:

— Muchacha, despídete de mí, que acaso no salga de esta con vida.

— ¿Despedirme yo de usted? ¡Ni aunque tuvieran que matarle veinte veces!

— ¡Que siempre hayas de estar de mal humor!... ¿Vamos, Gabby?

Le condujo el bandido por una escalera que había en el fondo de la sala y le hizo cruzar la primera puerta que encontraron.

Nolan dirigió una mirada a su alrededor y sujetó la puerta cuando Gabby iba a cerrarla.

— No. Me interesa ver lo que ocurre abajo mientras hablamos. Aquí no puede oírnos nadie. ¿Qué se te ofrece?

— Levamos a hacer proposiciones ventajosas, Nolan. Si usted consiente en marcharse de la ciudad será rico para toda la vida.

Nolan se echó a reír.

— El gusto que voy a tener cuando os vea a todos en presidio, y a algunos en la silla eléctrica, no se paga con todo el oro del mundo.

— No se ría usted tanto, Nolan. ¿Se da cuenta de que en este momento está completamente a nuestra merced? Todas las salidas están guardadas y de donde menos se espera salta la liebre.

— ¡Vaya un modo de llamar a las balas!

Dijo esto sonriendo, pero sus puños se habían contraído.

Gabby lo advirtió y dió un paso atrás, llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón. Pero Nolan era mucho más rápido que él y poseía una magnífica envergadura que le permitía dominar los golpes a distancia. Su puño lanzó un directo y alcanzó a Gabby en el mentón haciéndole rodar por las escaleras.

Inmediatamente, sonó un disparo y el detective sintió junto al oído algo así como un silbido de fuego. Nolan se volvió con la misma rapidez y advirtió un movimiento sospechoso detrás de una butaca de respaldo tapizado. En un fragmento de segundo, sacó el revólver y disparó. En el respaldo se vió una huella negra y un hombre cayó, quedando su cuerpo en cruz con las patas del sillón.

Sonó otro disparo en lo alto de la escalera y otra vez la mano de Nolan dió una certera réplica. Cuatro o cinco disparos más se oyeron, y siempre sirvió al detective de escudo la jamba de la puerta y ni una sola vez fracasó su vista de águila ni su firme pulso al dar la contestación.

Fué todo tan rápido, que los disparos de los bandidos y las réplicas de Nolan produjeron el efecto del tableteo de una ametralladora.

Se hizo en seguida un gran silencio y Nolan, sereno y sonriente, pero volviéndose a cada paso y con los cinco sentidos puestos en lo que ocurría a su alrededor, bajó las escaleras y avanzó por en medio de la sala en dirección a la mesa donde estaban Trent y Dora.

— Lo dicho, *Guapo*. Tienes veinticuatro horas de tiempo para salir de la ciudad.

Trent no hizo el menor movimiento. Se diría que aquel hombre era un fardo de carne sin la menor esencia espiritual. Por fin se llevó el cigarrillo a los labios y expelió lentamente el humo. Pero nada dijo.

Su amiga, en cambio, temblaba de ira.

— ¿Qué haces que no le has matado ya? — preguntó a Trent. — Sólo le falta obligarte a que le limpies los zapatos... ¿Y vosotros? — añadió dirigiéndose a todos los demás. — ¡Cuarenta hombres contra dos y todavía les tenéis miedo!

— Calma, muchacha — dijo Nolan. — El mal genio no sienta bien a una cara tan bonita como la tuya... Por cierto que quiero darte un consejo de amigo. Sé que eres buena en el fondo, porque me he informado. ¿Por qué no dejas a estos sinvergüenzas y buscas mejores compañías?

— ¡Vaya usted al diablo! ¡Yo estoy con quien me place y maldita la falta que me hacen los consejos de usted!

— Lo siento. Te aseguro que lo siento, muchacha.

Y se fué hacia la puerta. Al pie de la escalerilla que guardaba Donovan se detuvo sorprendido por un extraño cuadro. A los pies del buen ayudante había dos hombres caídos en diferentes posturas sin que se viera en ellos la menor huella de sangre. Las manos de Donovan no empuñaban arma ninguna.

— ¿Qué has hecho del revólver? — le preguntó Nolan.

— No lo he traído.
— ¿Y esto? — preguntó el jefe señalando a los caídos.
Donovan se desabrochó la americana y mostró una porra que pendía de su cintura.

— Con esto — repuso escuetamente.
— ¿Por qué?
— Temía equivocarme. Cuando hay mucha gente no me gusta emplear las armas de fuego. Podrían pagarlo justos por pecadores.

— Aquí no hay justos.
— Quien sabe, jefe.
Nolan le rodeó los hombros con sus brazos.
— Eres un valiente y un hombre de corazón.

Después hizo un gesto de adiós a Dora con la mano libre y salió de la guarida en compañía de Donovan.

ME parece que ese idiota está chulado por ti — dijo Trent con indiferencia.

— ¿Idiota? ¡Estás en un error: vale cien veces más que tú!

— Vete con él si quieres.
— ¡Claro que me iré!

— Pero mucho ojo con lo que se habla. Ya sabes lo que hacen mis hombres con los que nos traicionan.

Se levantó.

— Supongo que, cuando menos, vendrás a casa esta noche a recoger las cosas.

— Sí.
Acompañados de «Risueño», se dirigieron a la casa número doce de River Street.

La puerta era miserable y la fachada tenía un aspecto todavía peor. Algunas ventanas, cerradas herméticamente y cubiertas de polvo, denotaban que no se habían abierto desde hacía varios años. Todo el mundo la creería una casa deshabitada, y si alguien les veía entrar no se preocuparía de ellos, pues nadie en aquel barrio tenía nada que envidiar a sus vecinos.

Una escalera estrecha y oscura. Al llegar al final, la linterna de «Risueño» enfocó una puertecilla cubierta de telarañas. Desgarró y apartó éstas con la mano y empujó la puerta. Cuando Trent y su amiga estuvieron dentro, pasó «Risueño» y volvió a salir en seguida con una especie de perfumador de gran tamaño y, desde el umbral, comenzó a lanzar una sustancia gelatinosa que, descomponiéndose en multitud de hilillos, volvió a poner ante la puerta una red de telarañas.

Del angosto vestíbulo pasaron a un corredor que les condujo a estancias amplias y lujosas, dignas de un palacio imperial.

La joven se sacudía con repugnancia el polvo recogido en la estrecha y sucia escalera.

— ¡Qué asco! Menos mal que es la última vez que subo esos escalones.

En efecto, poco después salía con un maletín por la puertecilla cuyas telarañas fué preciso renovar.

Se fué derechamente al despacho de Nolan. Éste se sorprendió mucho al verla entrar.

— ¿Qué vientos te traen por aquí, muchacha?

— Vengo a hacerte proposiciones — repuso ella, sentándose en un pico de la mesa.

— Ya me las ha hecho Gabby y no me han convenido.

— ¡E parece que las mías te gustarán más.

Una colección recomendable de obras de

HIGIENE Y GIMNASIA

Para el campo y el hogar



Salud, Fuerza y Belleza por medio de la Gimnasia Sueca, por el Doctor Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

Gimnasia de las Profesiones, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

Higiene Moderna, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa, por el Dr. Monteuis.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

Para ser Fuertes, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

La Vida Sexual Normal y Psicopatológica, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas: en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en las siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA «EL HOGAR Y LA MODA»

Valverde, 21 dup. — MADRID

— Es posible — repuso Nolan en tono de burla. — ¿Qué me ofreces?

— Esto — repuso la joven señalándose el corazón.

Nolan se puso serio.

— ¿De veras?

— De veras.

— Me cuesta creerlo — balbució.

— He visto que vales más que él

— dijo Dora con franqueza — y estoy segura de que llegaría a quererte.

— Pero ¿qué he de hacer a cambio de eso?

— Dejar la ciudad. Nos marcharemos los dos lejos de aquí.

— Habremos de esperar a que los haya metido a todos en presidio.

— No. Precisamente eso es lo que quiero evitar. He sido durante algún tiempo compañera de ellos y no tengo espíritu de traidora.

— ¿No será que amas a Trent, a pesar de todo?

— No. No nos hemos amado nunca.

Acaso no lo creas, pero entre él y yo no hubo nunca más que amistad de compañeros. Trent me tenía como un objeto de lujo. Viste siempre de etiqueta para infundir respeto a su gente. Lo mismo perseguía teniéndome a su lado. Si hubiera exigido algo más, habríamos reñido inmediatamente.

— No lo dudo. Estoy tan acostumbrado a leer en los ojos de las personas, que desde el primer momento comprendí que no eras mala. Pero... no creo que pudiéramos hacer buenas migas tú y yo. Estás acostumbrada a un tren de vida que yo no podría sostener.

Ella depositó en la mesa, delante de él, el maletín que llevaba consigo.

— Ahí hay cien mil dólares entre billetes y joyas. Haz de ellos lo que quieras. Con vivir en paz me basta.

Nolan apartó el maletín.

— No puedo aceptar nada tuyo, pero te agradezco el rasgo. Tampoco puedo aceptar lo otro. Sólo dejaría de ser detective después de haber dado a Trent y a toda su gente su merecido.

Ella se irguió con un movimiento de despecho.

— Está bien. No te necesito para nada.

Cogió el maletín y se dirigió a la puerta.

— Trent se reirá cuando te vea regresar a su lado.

— No volveré al lado de Trent, pero tampoco tú sabrás nada de mí.

Nolan tuvo que hacer un esfuerzo para no llamarla y al quedarse solo permaneció un instante pensativo y silencioso. Por fin, su boca dibujó un gesto de amargura.

— ¡Maldito oficio! — murmuró. — No basta exponer la vida. Hay que sacrificar también los sentimientos.

DONAVAN, entretanto, trabajaba por su cuenta. Hacía una semana que empleaba todo su tiempo libre en pasear por el barrio del que formaba parte River Street. Toda la pericia del joven se estrellaba contra las precauciones que los bandidos tomaban para entrar y salir en su guarida, pero había hecho muchas indagaciones y atado muchos cabos, llegando a la conclusión de que si la banda no residía en el mismo barrio, cruzaba sus calles con frecuencia.

Por fin, aquella noche, había visto salir a la amiga de Trent con su maletín, y cuando la joven se perdió de vista, entró en aquella casa.

Revólver en mano subió las escaleras y se detuvo ante la puertecilla cubierta

de telarañas. Lógicamente, pensó que por allí no había pasado nadie hacía mucho tiempo, pues, para hacerlo, hubiera tenido que desgarrar aquella red que aparecía intacta.

Bajó algunos escalones reconociendo las paredes. De pronto oyó un ruido y se volvió, pero sólo tuvo tiempo de ver que por un ventanillo de la puerta salía una llamarada, y de sentir que algo perforaba su corazón.

Quedó muerto en el acto. La puerta se abrió y aparecieron Trent y «Risueño».

— Este ha terminado ya de molestarnos — dijo Trent.

— Pero no perdamos el tiempo. Hemos de hacerle desaparecer en seguida.

— Nada de eso — replicó el jefe. —

Tengo una idea que no va a sentar nada bien a Nolan. Yo voy a llamar por teléfono al detective haciéndome pasar por Donovan. Vendrá en seguida. Le haremos disparar el revólver y le arrojaremos el cadáver de su amigo. Creerá que lo ha matado él y lo demás ya puedes suponerlo. Nolan ha tomado a este muchacho verdadero cariño.

Se fué a telefonar, en tanto «Risueño» preparaba el escenario.

SOY Donovan. Venga usted inmediatamente al número 12 de River Street.

Al oír esta comunicación telefónica, Nolan dejó de pensar en la reciente visita de Dora y salió de estampía.

Tomó un taxi para llegar antes. Al ver el número doce sobre una puerta de la calle de River, entró resueltamente. Pero sólo pudo andar con ligereza los primeros pasos, pues en la escalera reinaba una oscuridad absoluta.

Tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran a las tinieblas y entonces advirtió que de lo alto venía un resplandor muy débil. Comprobó que procedía de una ventana que había en mitad de la escalera y que esta ventana daba a la calle. A unos veinticinco pasos de la casa había visto una luz que apenas rompía la sombra de la calleja y éste era el resplandor que llegaba allí a través de los empolvados cristales.

Guiándose por el tacto más que por la vista, subió hasta el penúltimo tramo. Entonces oyó un disparo y sintió en su brazo el roce candente de un proyectil.

Replicó en seguida. Un cuerpo rodó hasta sus pies. Saltó por encima de él y, arrastrándose, llegó hasta la puercecilla. Nada sospechoso advirtió. Trent y «Risueño» habían colocado el cuerpo de Donovan de modo que pudiera ser lanzado sin romper las telarañas.

Volvió a bajar, golpeando las paredes con los nudillos, por si daba con alguna puerta secreta.

— Sin duda — pensó — aquí no había nadie más que este hombre, y este hombre ha entrado por la puerta como yo. Era una emboscada... una emboscada que les ha salido al revés, porque he matado al que quería matarme.

Y murmuró contemplando al caído:

— ¡Desdichado!

Antes de irse a dar cuenta de lo sucedido, quiso cerciorarse de que aquel hombre estaba realmente muerto y encendió una cerilla.

Lanzó un grito de angustia:

— ¡Donovan!

Era él, su discípulo predilecto, su amigo querido.

— ¡Y lo he matado yo!

Le rodeó los hombros con un brazo. Le acarició como si fuera un niño, un hijo amado.

Y, al mismo tiempo, lloraba...

NUEVA OBRA DE LA DOCTORA FANNY

RECETARIO DEL HOGAR

(Enciclopedia abreviada
para la vida práctica)

Colección de 4.000 recetas
útiles recopiladas, explica-
das y ensayadas por la

DOCTORA FANNY

MATERIAS PRINCIPALES
TRATADAS EN ESTA OBRA:

Habitación. — Economía doméstica. — Higiene privada (la alcoba, el tocador y el baño). Puercultura. —uidados a los enfermos y convalecientes. Alimentación (la cocina, el comedor, la despensa y la bodega). — Floricultura. — Cría y cuidado de animales domésticos. — Destrucción de animales perjudiciales o molestos. Avicultura. — Perfumería. — Fabricación de vinos, licores, refrescos, aperitivos, ponches, etc.

Un tomo en tela, 12 pesetas

De venta en todas las librerías
de España y América.

Para pedidos, directamente a

EL HOGAR Y LA MODA

utilizando el siguiente cupón
que le da derecho a recibirlo
franco de portes.

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 21 dup., Madrid

Agradeceré me remitan un
ejemplar del Recetario del Ho-
gar, por la Doctora Fanny, cuyo
importe de 12 pesetas remito
por giro postal n.º
acompañ en sellos de correo
(certificando la carta).

Nombre.....

Domicilio.....

Población.....

Provincia.....

Fecha.....

FUE inútil que el tribunal le absolviera, por unanimidad. Fue inútil que sus superiores le expresaran su convicción de que no era culpable. Fue inútil que se le rogase que se quedara. Nolan se había prometido no volver a andar en aquellos juegos de vida o muerte y lo cumpliría. No podía olvidar aquellas palabras pronunciadas por Donovan cuando visitó en su compañía el café de la banda: «No he utilizado el revólver por temor a sufrir alguna equivocación fatal»... ¡Verdad, verdad! El revólver daba lugar a fatales errores, a horribles imprudencias. Bien convencido estaba ahora, aunque la convicción había llegado demasiado tarde.

Entregó la chapa de detective a sus superiores y salió de la oficina con la cabeza doblada sobre el pecho, sin atreverse a levantar la vista, como un criminal confeso y arrepentido.

En los días siguientes, vagó al azar por las callejas de la ciudad, como en un angustioso sonambulismo. No se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Sólo tenía alma y pensamiento para lo que pasaba dentro de sí. La imagen de Donovan no se borraba de su mente, así como el dolor no se borraba de su corazón.

En una de estas jornadas de pesadilla, notó que una mano se posaba sobre su hombro y que una voz le decía:

— ¡Gracias a Dios que te he encontrado, hombre! ¿Qué es de tu vida?

Levantó la cabeza y vió que era Dora, la muchacha que antes tanto le había interesado. Pero ahora no le interesaba nada. Se encogió de hombros y continuó su camino.

Ella le siguió, tratando de reanimarle. Lo sabía todo. El debía hacerse fuerte contra la desgracia. Para ella sería un placer ayudarle en aquellos momentos de amargura.

Como Nolan no le hacía el menor caso, cambió de actitud con su característica impetuosidad y le increpó, desechada:

— ¡La culpa la tengo yo por preocuparme de un loco como tú!

Siguió vomitando insultos mientras Nolan se alejaba. El no la oía. ¿Cómo podría oírla si el dolor le embotaba los sentidos?

Entró en un establecimiento donde se burlaba la ley seca y bebió sin freno. Era un buen sistema para buscar consuelo, que había descubierto en aquellos días de mortal angustia.

Y cada vez fué cayendo más bajo, más bajo, hasta que del Nolan fuerte, noble y valeroso de antes sólo quedó una sombra.

DORA y «Risueño» se encontraron en la calle.

— ¡Hola, muchacha! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿A qué te dedicas ahora?

— ¡A ti qué te importa!

— Dispensa, chica. Si he cometido alguna indiscreción, tengo disculpa porque estoy un poco borracho.

— ¡Ya se nota! Apesta a bebida.

— ¡Vaya un modo de tratar a la bebida! A propósito: ¿sabes a quién le gusta todavía más que a mí? Pues a Nolan.

— ¿A Nolan? ¿Cómo lo sabes?

— ¡Toma! Porque lo tenemos en casa.

Dora estaba realmente interesada.

— Es increíble. ¿Cómo habéis podido con él?

— Ahora puede con él cualquiera. Está siempre como una cuba y no come. Parece que se ha propuesto demostrar que con alcohol puede vivir un hombre.

Nos bastó ofrecerle whisky para atraér-noslo. Lo tenemos en un reservado del café y allí bebe cuanto quiere, cosa que no podría hacer en otra parte porque no tiene dinero.

— ¡Pero le vais a matar! ¡Eso es un crimen!

— ¡Qué tonterías dices, pequeña! Nosotros no pretendemos matarlo: con inutilizarlo nos basta. Esta noche prepara Trent una gran fiesta a la que asistirá toda la banda, y el jefe les presentará al más temible de los detectives norteamericanos en un estado que dará lugar a que todos los nuestros trabajen con absoluta confianza en vista de lo fácil que son de domesticar los leones enemigos.

— ¿Y dices que la fiesta es esta noche?

— Ahora mismo. Hacia allá voy. ¿Quieres venir? Trent se alegrará mucho de verte. No cesa de preguntar por ti.

— Sí, te acompaño.

EN efecto, Trent la recibió muy amablemente.

— ¿Qué? ¿Sigues tan chiflada por Nolan como antes?

— Por verle he venido.

— Entonces me alegro, porque cuando le veas no volverás a acordarte de él y tendrás que reingresar en la banda para estar a mi lado.

Más de cien hombres llenaban el salón. Se pronunciaron discursos y se hizo solemnemente la presentación de nuevos elementos. «Risueño» bebía sin tregua.

Por fin, Trent ordenó a Gabby que presentara a su gente al león para que se convencieran de que el peor enemigo de la banda había desaparecido.

Gabby abrió una puertecilla, desapareció por ella y volvió a salir en seguida empujando a un hombre. Ese hombre era Nolan, mejor dicho, una sombra de él.

Como ofreciera alguna resistencia, Gabby le dió un puñetazo y le hizo rodar por el suelo. Vino a caer a los pies de Dora, la cual parecía resistirse a creer en lo que veía.

— Pero ¿es posible que consientas que te peguen? ¿Por qué no te defiendes, cobarde?

Nolan murmuró unas palabras incoherentes y no se levantó, hasta que Gabby le cogió de las solapas y tiró de él como si fuera un fardo.

— ¡Y que haya estado yo enamorada de tí — exclamó la joven.

Se llevaron a Nolan para que continuaran bebiendo y Dora oyó que «Risueño» le decía:

— Tiene gracia, ¿verdad?

— Vosotros y él sois igualmente repugnantes.

— Si tú supieras lo que hicimos te reirías como me río yo. ¡Tiene la mar de gracia! Imagínate que Nolan se ha entregado a la bebida porque cree que mató a Donovan y no lo mató.

— ¿No? — exclamó Dora con asombro.

— No.

Y le explicó detalladamente todo lo que entre él y el jefe habían tramado para engañar a Nolan, interrumpiéndose de vez en cuando para reír a carcajadas.

Trent lo había oído todo. Se levantó y dijo a «Risueño»:

— Ven. Tenemos que hablar.

«Risueño» le siguió sin cesar de reír. Llegaron a una habitación del primer piso y entonces volvió Trent a hablar:

— Dame el revólver, «Risueño».

«Risueño» se lo dió.

— ¿Es que te vas?

— No, el que te vas eres tú para que no vuelvas a contar los secretos profesionales.

Y disparó el revólver y «Risueño» murió en el acto.

Cuando volvió el jefe al salón donde se celebraba la fiesta, dijo simplemente:

— «Risueño» se ha muerto de risa.

NOLAN se ha escapado, jefe — manifestó Gabby.

— No te preocupes. Ya volverá. A buen seguro que estará en la escalera de casa, como de costumbre.

Y dijo a Dora:

— ¿Qué has decidido?

— Acompañarte.

— Ya sabía yo que al fin entrarías en razón.

Ella sonrió. No se había dado cuenta Trent de que sólo le acompañaba por entrar en aquella escalera en que había oído decir que estaba Nolan.

Allí le encontró, en efecto. Trent subió las escaleras sin hacerle caso, pero ella se detuvo.

— ¿Qué haces aquí?

— Nada. Recordar que soy un criminal para sufrir mientras viva. Es lo menos que puedo hacer.



— La plaza vacante es de guardia de noche, por lo cual necesito una persona de conducta intachable.

— Entonces puede admitirme sin escrúpulos, señor. Precisamente por mi buena conducta me rebajaron seis años de la última condena.

(De Buen Humor)

— Oye, Nolan — replicó la joven con extraño tono. — Voy a darte una prueba de que te amo. Lo que voy a decirte acaso me cueste la vida, pero no por eso dejaré de decírtelo. Tú no mataste a Nolan. Le mataron ellos y te arrojaron el cadáver para que creyeras que le habías matado tú. Estaban escondidos detrás de la puerta y...

En este momento se oyó un disparo y Dora cayó, lanzando un grito.

Era indescriptible lo que había sucedido en Nolan al saber que no fué él quien mató a Donovan. Pareció como si todas las fuerzas que había perdido volvieran en un segundo a sus miembros. Fué como un súbito renacer de su inteligencia, de su valor y de sus energías.

Cayó de rodillas al lado de Dora, cuyo brazo sangraba.

— Gracias, querida mía, muchas gracias. Espera, que volveré por ti.

Trent, que tenía aún el revólver en la mano, disparó una y otra vez contra Nolan, pero éste ni sintió los balazos, ni dejó de subir, paso a paso los escalones. Miraba fijamente al bandido y avanzaba encorvado y con las manos crispadas. Nada habría podido detenerle. No pensaba en que podía morir: sólo pensaba en matar.

Llegó un momento en que Trent no pudo resistir aquella mirada penetrante y turbadora, y huyó despavorido hacia las habitaciones interiores de la casa. Ni siquiera quiso entretenerse en cerrar la puerta. Aquella mirada penetrante, terrible, inexorable, de Nolan le había hecho perder la serenidad por primera vez en la vida.

El detective le seguía, paso a paso, con los dedos encorvados, lo que daba a sus manos apariencia de garras, con el cuerpo doblado hacia adelante, como apercibido para saltar sobre la presa.

Atrinchado en su profundo dormitorio, Trent había requerido la ametralladora de mano y comenzó a disparar apenas apareció Nolan por la puerta del salón.

Había llegado Gabby en aquel momento y al ver herida a Dora dedujo que algo importante ocurría arriba.

— ¿Qué pasa? — preguntó.

Y ella repuso:

— Pasa que arriba está Nolan, el Nolan de antes, y os matará a todos.

En dos saltos subió Gabby las escaleras. Nolan, al oír sus pasos, se ocultó tras un mueble con un movimiento instintivo. Aquellas estancias estaban a oscuras porque Trent había apagado las luces y sólo podían adivinarse las formas humanas, gracias al resplandor procedente del vestíbulo, cuya lámpara era la única que estaba encendida.

Por este resplandor, Trent pudo ver la figura de un hombre que se dirigía al dormitorio con toda clase de precauciones y disparó contra él. Inmediatamente, el dedo de Gabby oprimió el gatillo y Nolan advirtió desde su escondrijo cómo se desplomaba. Al mismo tiempo oyó en el dormitorio un ruido semejante al que había producido el cuerpo de Gabby al caer.

Después, nada, un silencio absoluto, de muerte...

Creyó comprender. Salió de su escondrijo y comenzó a buscar por las paredes hasta dar con la llave de la luz. La halló y el salón se iluminó espléndidamente. Entonces vió que era Gabby el que estaba tendido junto a la puerta del dormitorio y que en el interior estaba Trent, también caído en el suelo, sobre un charco de sangre.

Dedujo lo que había sucedido. Gabby creyó que Trent era Nolan, y lo mismo creyó Trent con respecto de Gabby. Se habían matado mutuamente, ahorrándose aquel desagradable trabajo.

Fué en busca del teléfono. Entonces se dió cuenta de que estaba herido en un hombro, en un brazo y en una pierna. Sólo tuvo tiempo para telefonar a la jefatura de policía. Había perdido mucha sangre. Cayó desvanecido.

Quince días después, estuvo en disposición de ir a visitar a la mujer que le había dado una prueba tan indudable de cariño. Ella estaba aún hospitalizada. Nolan le llevó un ramo de flores.

La entrevista fué decisiva para ambos, pues apenas salió Nolan del hospital, comenzó a preparar las invitaciones para la boda.



Almanaque de la Madre de Familia para 1931

por La Doctora Fanny

La obra más útil, más amena y más económica

En nuestro afán de modernizar continuamente esta publicación hemos establecido en la edición de este renombrado Almanaque nuevas secciones cuyo interés reconocerán nuestros lectores.

Lea con detenimiento este extracto del

Sumario:

Calendario Santoral.

La Felicidad en el Matrimonio. — Cómo se alcanza, cómo se conserva, cómo se pierde, por Román D'Artois. *Titulos de los capítulos:* «Antes que te cases...», «Yo sé dónde le aprieta el zapato a mi marido», «El marido infiel», «La ocasión hace el ladrón», «No seáis pesadas», «No hay que decir mentiras», «El mayor peligro», «Atender bien a los hijos... sin olvidar al marido», «La cocina, símbolo de la felicidad conyugal», «Hay que hacer números», «Los inevitables parientes» y «Comentario final».

Vida práctica y confortable. — Cómo se instala un timbre eléctrico, por F. Abarca. — Enlaces para mantelería, por P. Amorós. — Enlaces para pañuelos y pijamas, por P. Amorós. — Enlaces para juegos de cama, por P. Amorós. — Enlaces para toallas, por P. Amorós. — Cómo se hace una colcha con tela corriente. — Modo de rejuvenecer una butaca vieja. — Para el cuarto de los niños. — Cómo hacer y decorar una cortina, un pabellón y una cunita, por A. Planas. — Moderna manta para cochecito. — Muñecas caseras que pueden competir con las compradas. — Con retales sobrantes hagamos almohadones, por H. T. (De nuestra casa de París.) — Un lindo juego de agarradores da una nota de color en la cocina moderna. — Elegante vestidito para niña. — Abrigo sastre para niño. — Cómo se hace el cuello de una blusa de colegial. — Modo de cortar un patrón de calzoncitos. — La moda impone el corte japonés en los trajes de niño. — La blusa es una prenda importante en el guardarropa de la colegiala. — Neceseres muy útiles para viaje, por H. T. (De nuestra casa de París.) — Dos maletas muy prácticas para las excursiones, por H. T. (De nuestra casa de París.) — Ornamentación de las ventanas, por H. T. (De nuestra

casa de París.) — Lámparas y pantallas, por H. T. (De nuestra casa de París.)

Maestría rural. Preciosa y sentimental novelita original de María Luz Morales.

Labores a punto de media y de gancho. «Gorrito de punto», «Pullover práctico», «Conjunto de lana rayado para nena», «Vestido de ganchillo», «Los primeros pantalones del nene», etc., etc.

Artes del aficionado. Pequeño tratado explicativo de cómo se repujan los metales, por Tomás G. Larraya.

Entretimientos caseros. Juegos de prendas, penitencias, palabras cruzadas, comprimidos, jeroglíficos, recreaciones, etc.

La mesa moderna. *Presentación de la mesa:* ropa, cristalería, vajilla, cubiertos, etc. *Adorno de la mesa:* flores, frutas, centros, candelabros, jarrones, etc. *Etiqueta personal de la mesa:* Cómo tratar a los invitados según su categoría y grado de amistad. *Lo que significa el té en la etiqueta moderna:* La mesa de té, su presentación y adorno.

Cosas del cine. *Argumentos y fotografías* de las películas próximas a estrenar. «El Rey vagabundo» y «Redención».

Exposición de la Casa Ideal. Varias fotografías de las habitaciones para los niños en diversos países.

Jardín ameno y florido. Recetario inédito de cocina sacado de un tratado escrito por un religioso de la cartuja de Vall de Cristo en 1830.

Recetario de belleza, variedades, cosas útiles, etc. etc.

Gran concurso de gracia infantil, con más de 200 retratos de niños.

Todos los compradores interesan en el n.º 11013 del sorteo de la Lotería de Navidad de 1930.

NOTA IMPORTANTE. — Todo comprador por el simple hecho de mandar su voto al

Concurso de gracia infantil

tiene derecho a recibir gratuitamente una preciosa novela.

Con estos obsequios el Almanaque resulta casi gratis.

Precio: 3 pesetas

Pídale hoy mismo a nuestro representante, o a su librero. Se lo remitiremos franco de portes, si hace el pedido directamente acompañando el importe y utilizando o copiando el siguiente cupón, a

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211, BARCELONA

Valverde, 21 dup., MADRID

D..... que vive
en la calle de n.º de
..... provincia de remite
3 pesetas para recibir el **Almanaque de la Madre de Familia para 1931**, libre de portes.

COMO DEBO COMPORTARME EN SOCIEDAD

MANUAL DE PRAC-
TICAS SOCIALES

por la

DOCTORA FANNY

Utilísimo manual para el trato en bodas, bautizos, lutos, invitaciones, comidas de etiqueta, bailes, cambios y ofertas de domicilio, reuniones, correspondencia y, en general, para cuanto se refiera al trato de sociedad.

La educación. — El traje.
Las modas. — La habitación.
Los criados. — En la calle.
En viaje. — En la mesa, etc.

Un tomo de cerca de 200
páginas 2 plás.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211.—BARCELONA
Valverde, 21 dup.—MADRID

Si no lo encuentra en su localidad, utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de *Cómo debo comportarme en Sociedad*, por la Doctora Fanny, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º —adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

El Crimen del Marqués de Ganges

(Continuación de la página 47)

—No os asustéis, que yo padezco del mismo mal.

—¿Vos?

—Yo la amo tan apasionadamente como vos podáis amarla.

—Bien, no lo niego... Pero desde este momento os dejo el campo libre.

—Eso no lo puedo consentir.

—¿Entonces?

—Vamos a hacer un trato. Yo permaneceré neutral, mientras vos proseguís con el asedio: si conseguís que la dama acepte vuestra pasión, yo me retiro para siempre, y si no lo lográis, me dejaréis que obre como tenga por conveniente.

Lo que el abate se proponía con este doble juego era vencer a la marquesa por sus solicitudes o hacerse dueño de su secreto, si llegaba a corresponder a su hermano.

Este aceptó el plan y ambos sellaron el pacto con un apretado abrazo.

EL asedio del joven caballero se fué entonces acentuando más, llegando a cometer graves impertinencias que la marquesa contuvo con eficaces desaires.

De este modo pudo conseguir la dama alejar al necio, pero éste, de enamorado se convirtió en su mortal enemigo, dejando al abate en completa libertad.

Este continuó con sus solicitudes, mas, cansado de la inutilidad de sus esfuerzos, cambió de plan y empezó la lucha con su cuñada como el mayor de sus enemigos.

Por cierto que en aquellos días habían presentado a la de Ganges a un joven, recomendable no sólo por su elevada posición, sino por su nobleza y exquisita educación.

Como sus conocimientos no eran nada vulgares, llegó a interesar a la marquesa, la cual se complacía en hablar con él, pero con el cuidado de que en ninguna ocasión pudiera padecer su decoro.

Aquí se aprovechó el abate para dar un aviso al marqués.

Empezó por hacerle partícipe de sus sospechas; y sin decir nada claro, porque carecía de pruebas, llegó a dejar convencido al esposo de que la conducta de la marquesa no tenía nada de correcta.

No pensó el marqués en el cambio que se había operado en el abate, al vituperar ahora a la que antes ponderaba por sus grandes virtudes.

El resultado fué que cayó en la trampa, llegando a tratar a la marquesa con los peores modos, atacado con las insinuaciones de su hermano, a quien creía fiel y amante de la familia.

La marquesa vió en seguida de dónde venían los tiros y, aunque haciendo un gran esfuerzo por el asco que le causaba el asunto, intentó revelar al esposo los torpes manejos de sus hermanos, pero el marqués no quiso oír y las cosas continuaron en el mismo estado.

A los pocos días de esto le sirvieron a la marquesa un plato de crema envenenada, cuyos efectos no fueron graves porque apenas comió dos cucharadas.

Sin embargo, el médico que la asistió en los cuatro o seis días que estuvo en cama, sospechó algo y así se lo comunicó al marqués, el cual aseguró que no había en su casa ni una sola persona que no adorara a la marquesa.

También esto lo corroboró ella, asegurando que sólo había sido una leve indisposición.

Todo quedó en el misterio.

Mas el marqués, queriendo continuar su vida de vicio y disipación sin el obstáculo de su esposa, dispuso que ésta marchara a Ganges a pasar el otoño.

La pobre señora recibió la noticia con el consiguiente disgusto, pues, sin saber por qué, le horrorizaba la idea de vivir allí.

Esto, unido con las sospechas que le hicieron tener respecto a la causa de su pasada enfermedad, la obligaron a tomar una resolución con objeto de asegurar el porvenir de sus hijos.

Con este objeto hizo testamento en Aviñón, dejando heredera a su madre, con la cláusula de poder llamar libremente a la sucesión a su hijo de seis años y su hija de cinco.

El testamento fué hecho en secreto. Sin embargo, la marquesa declaró ante los magistrados de Aviñón, en unión de otras personas, que revocaba otro testamento que formulara después de éste, no siendo de ningún modo valedero más que el que hiciera primeramente.

Después se dispuso a marchar a Ganges, no sin haber recibido antes los Santos Sacramentos como si se hallara en peligro de muerte.

Mucho le sorprendió a la dama el encontrarse en Ganges con su esposo y la madre de éste; pero la señora allanó sus escrúpulos manifestándole que, habiéndole dicho a su hijo que tenía vivos deseos de abrazarla, había acudido allí con verdadera alegría.

Otra vez volvió a pasar la marquesa una corta temporada con relativa calma, debido a las solicitudes de su suegra y al buen trato que le ofrecía su esposo.

Al día siguiente en que abandonó Ganges la madre del marqués, tuvo éste una larga conferencia con sus hermanos, y después notificó a su esposa que un importante negocio reclamaba su presencia en Aviñón.

—Iremos los dos — contestó ella,

—De ningún modo — afirmó él; — iré yo solo.

—Pero ¿qué haré yo aquí?

—Lo que gustes. Además, te acompañan mis dos hermanos. ¿Qué más quieres?

La dama obedeció, mas con una pesadumbre que no podía disimular.

Pero tanto el abate como el caballero Ganges quisieron borrar la desconfianza que hacía ellos tenía la marquesa para asegurar mejor el golpe.

Ni uno ni otro le volvió a dirigir la menor palabra que pudiese alarmarla.

Sus servicios parecían tan desinteresados como sinceros; y ella llegó a creer que se habían arrepentido de sus inicuas pretensiones y que volvían a ella brindándole una verdadera amistad.

Así pasaron algunos días, hasta que el abate con su maligno talento declaró lisa y llanamente que el marqués estaba ofendido y con razón, después de haber sabido lo del testamento que ella hizo en Aviñón.

—¿Y vos creéis que mi esposo volvería a mí si yo...?

El abate no le dejó terminar.

—Si tomáis el buen acuerdo — dijo — de anular ese documento, mi hermano, vuestro esposo, no sólo volverá a vos, sino que os aseguro una dicha completa y duradera.

Tan dominada quedó la marquesa que

cayendo al fin en las redes que le tendía el abate, no vaciló en revocar el testamento otorgando otro a favor del marqués.

Mas como el abate lo ignoraba, y la marquesa no se acordó de las declaraciones que hiciera en Aviñón en presencia de los magistrados, aquel punto quedó en el aire.

Ya dueños del precioso documento, no pensaron más que en deshacerse de la marquesa lo más pronto posible.

EL día 18 de mayo de 1667, sintióse la dama ligeramente indisputada; el doctor, a quien llamaron en seguida, le recetó un purgante, que él mismo se encargó de preparar.

La marquesa notó un olor repugnante y arrojó la pócima tomando en su lugar unas píldoras que ella tenía.

La buena señora notó aquel día que sus cuñados le preguntaban por su salud con más insistencia que de ordinario.

Parecía como si les dominaba la impaciencia.

Aquella noche siguió en cama la marquesa, acompañada por el caballero de Ganges, el cual parecía absorto.

A las preguntas que la dama le hacía contestaba con monosílabos y parecía muy inquieto.

Ya la marquesa empezaba a sospechar algo y no bueno, cuando se abrió la puerta de la habitación y apareció el abate, pálido y descañado, llevando en una mano una pistola y en la otra un vaso lleno de un líquido muy parecido al que el médico había preparado.

Inmediatamente cerró la puerta por dentro, al mismo tiempo que su hermano se ponía en pie y desenvainaba la espada.

— Señora — exclamó el abate, — es forzoso morir: escoged entre el fuego, el veneno o el acero.

La marquesa estuvo a punto de desmayarse, pero, haciendo un gran esfuerzo, pudo arrostrar la situación y murmuró:

— ¿Por qué he de morir? ¿Tan mal os he tratado? ¿Sois a un tiempo el juez y el verdugo?

Los dos infames no contestaron.

— ¿Qué os he hecho yo para que me odiéis de este modo? — volvió a decir la marquesa.

— Basta, señora — gritó el abate fuera de sí. — Decidid o decidiremos nosotros.

La infeliz, llena de angustia y bañada de sudor, adelantó una mano tomando el veneno, mientras los otros le amenazaban con sus armas, sin apartarse de ella, hasta que consumió el breva.

Los asesinos abandonaron la habitación, cerrando al puerta con llave.

El primer pensamiento de la dama fué huir para refugiarse en alguna casa donde pudiera referir lo ocurrido y avisar a algún magistrado.

Con este objeto, viendo que le era imposible abrir la puerta, se dirigió a una ventana que daba al patio.

El ruido que hizo al abrir y cerrar un armario para ponerse un peñador llamó la atención del abate, el cual entró en la alcoba en el preciso instante en que la marquesa se arrojaba al exterior.

El infame logró agarrar un trozo de tela del ligero peñador, reteniendo a su víctima hasta que, rompiéndose la tela, dejó caer al suelo a la pobre señora, evitándole así que el choque contra las piedras no fuera tan rudo.

Repuesto de su aturdimiento, dió por casualidad con la puerta que comunicaba con el campo, salió antes de que los

asesinos pudieran estorbárselo y, una vez en campo libre, se despeinó, para provocar un vómito introduciéndose las puntas de los cabellos en la garganta.

Las náuseas no tardaron en presentarse y un copioso vómito alivió el malestar que ya empezaba a sentir.

Después corrió alocada llamando en todas las puertas con objeto de que la defendieran las personas compasivas que encontraba.

Al mismo tiempo, el abate y su hermano salieron en busca de su víctima propalando la noticia de que la marquesa había sido víctima de un ataque de locura, cosa que casi todos creyeron al ver el desastroso estado de la desdichada señora.

Por fin, lograron alcanzarla en la puerta de la casa del señor Prats, haciéndola entrar el caballero, el cual la amenazaba con la punta de su espada.

El abate, pistola en mano, amenazaba a la gente que había en la calle diciendo que no podía permitir que, dado el estado de la marquesa, fuera objeto de burlas.

El señor Frats se hallaba ausente, mas como en la casa estaba su esposa acompañada de otras damas, pudieron saber por la misma marquesa que había sido envenenada.

Las señoras se apresuraron a darle ropas y a escondidas le entregaron un frasquito con un contraveneno para que fuera tomando algunas gotas.

Los dos criminales veían que pasaba el tiempo y el veneno no producía su mortífero efecto.

¿Qué pasaría si la marquesa sanaba? Sencillamente, que la justicia tomaría parte en el asunto y todo quedaría descubierta.

Decididos a jugarse el todo por el todo, empezaron por aislar a su cuñada, diciendo a las señoras que la dejaran sola para ver si de ese modo mejoraba y añadieron que, entretanto, ellos quedaban a su cuidado.

Una mañana, encontrándose el caballero de Ganges con la dama, sin que ésta tuviera a su lado quien la pudiera defender, la insultó de tal manera, que ella no pudo menos que contestar en forma parecida.

Esto puso furioso a aquel mal hombre, echando mano de la espada, le dió dos estocadas en el pecho.

La infeliz huyó hacia la puerta pidiendo socorro y allí recibió cinco estocadas más en la espalda, quebrándose en la última la punta del acero.

Hecha esta vil y cobarde acción, se fué el caballero en busca del abate diciéndole apresuradamente:

— Ya nos podemos marchar, porque el negocio ha terminado.

LOS gritos de la pobre marquesa hicieron que varias señoras se precipitaran en la habitación, las cuales, al ver a la dama bañada en sangre, mandaron llamar inmediatamente a un cirujano.

En esto, recordando el abate que aun alentaba su víctima, volvió a subir, decidido a matar de un tiro a su cuñada.

Ya en la habitación, apartó brutalmente a las señoras; mas por fortuna el tiro no salió.

Entonces, una de las damas que allí estaban, la señorita Brunet, se arrojó sobre el asesino logrando que el arma se escapara de sus manos.

El abate, enloquecido y furioso, descargó un tremendo puñetazo en la cabeza de la valiente joven y ésta rodó por el suelo sin sentido. Volvió a tomar el arma y, agarrándola por el cañón, fué hacia la marquesa para acabar con ella a culatazos, cosa que las demás señoras impidieron, consiguiendo, además, que tanto el abate como su hermano abandonaran aquella casa.

Los dos huyeron, dirigiéndose a una quinta del marqués, llamada Auberás, para reponer su estado de ánimo y disponer un plan que les librara de caer en manos de la justicia.

CUANDO acudió el doctor a casa de la marquesa y se hizo cargo de lo que había pasado, examinó detenidamente las heridas de la dama, y al fin manifestó que ninguna de ellas era mortal, pero que, debido al estrago que en el estómago había hecho el veneno, hacía falta un cuidado especial para que la enfermera pudiera conjurar el peligro.

Una vez la dama en manos del doctor, no se cuidó más que de dar parte a la justicia.

El barón de Tressard, gran preboste en aquella época, fué el primero que se dedicó a la busca de los asesinos.

Pero ya era tarde. Estos se habían embarcado en el Gras de Pataval, cerca de Ayde, y ya se perdió la pista por completo.

También le escribieron al marqués, que se hallaba entonces en Aviñón, dándole la fatal noticia; pero éste no se presentó en el palacio de Ganges hasta pasados cuatro días.

Esto denunciaba claramente su poco o ningún interés hacia su esposa, por más que, ante el individuo que le llevó la noticia, se exaltara jurando, lleno de furor, que perseguiría sin descanso a los asesinos de su esposa.

La misma marquesa notó en seguida

Una obra de amena lectura para el hombre de negocios

Memorias de un industrial de nuestro tiempo

por Pedro Gual Villalbi

En este libro se exponen, en forma sugestiva, los incidentes de la azarosa vida de los industriales de hoy. La psicología del fabricante español, la época de grandes negocios y especulaciones absurdas, la crisis económica y el desastre bancario tienen un comentarista desapasionado.

Un tomo de 249 páginas. . 6 pesetas

EDICION DE
**Sociedad General de
Publicaciones, S. A.**
Diputación, 211, Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dup., Madrid

el desvío de su esposo y esto agravó sensiblemente su estado.

Se supo que cuando sus hermanos obtuvieron de ella el testamento a favor de su esposo, se lo remitieron inmediatamente; mas el vicelegado de Aviñón se negó a registrarlo porque la marquesa no se había retractado de la declaración pública que hiciera.

Esto se lo comunicó el marqués al abate; y como la marquesa se negara a retractarse como su asesino le exigía, vino el total abandono de su esposo y la tentativa de asesinato de sus cuñados.

No tardó en presentarse en Ganges la señora Rosan, madre de la marquesa, y allí acusó públicamente al marqués como principal autor del crimen que se había cometido. La marquesa cada vez se encontraba más grave, tanto, que ella misma pidió los auxilios espirituales. Desde aquel momento perdió todas las esperanzas que le daban de recobrar la salud, y se dedicó únicamente a inspirar a sus hijos sentimientos de piedad para los que tanto daño le habían hecho.

Entre tanto, se presentó a ella el señor Catelan, comisionado por el parlamento de Tolosa para tomarle declaración.

La marquesa se limitó a decir que había venido a Ganges contra su voluntad y que perdonaba a sus asesinos.

Aquel mismo día expiró.

El señor Catelan, en vista de las sospechas que recaían sobre el marqués, ordenó que quedara arrestado en su mismo castillo, y esto ocasionó una escena violentísima por parte del acusado, el cual se quejaba amargamente diciendo que era víctima de un atropello, y que ni aun se respetaba su dolor por la pérdida de su esposa.

No se dejó ablandar el magistrado y,

después de las primeras diligencias, ordenó que fuera conducido el marqués a la cárcel de Montpellier con las debidas precauciones.

La madre de la víctima tomó posesión de los bienes y declaró, llena de indignación, que perseguiría judicialmente al marqués y que no se detendría hasta obtener una completa venganza.

UNA vez en la prisión, fué sometido el marqués a dos largos interrogatorios; y aunque se negó rotundamente a confesarse autor del horrendo crimen, las presunciones le acusaban de un modo abrumador, quedando, además, demostrado que los asesinos meditaron y concertaron el fratricidio con el marqués, y que éste lo mandó ejecutar.

Por secreta que fuera la conferencia de los señores hermanos, aparece tan claro el asunto como si se hubiera proclamado a voces en medio de la calle, pues no es de creer que dos personas de buena educación desciendan hasta el crimen sin causa alguna y sin que su razón se haya trastornado por completo.

Pero, por si todo esto no bastara, a continuación publicamos un escrito, el último que el marqués envió al tribunal de justicia ante el cual trata de defenderse sin conseguirlo.

Dice así el documento:

«Señores: a la desgracia de tener dos hermanos que han atentado contra la vida de mi esposa, — a quien amaba con la mayor ternura, — se agrega, para colmo de mi infortunio, la de verme acusado de un crimen que horroriza.

«Aunque inocente, no tengo fuerzas para defenderme, pues el espanto y la pena ofuscan mis sentidos. Todo lo que puedo hacer en mi favor es decir al

Tribunal que tenga en cuenta las armas que se emplean contra mí: indicios, es decir, calumnias.

«Nadie que esté en su sano juicio da otra fuerza a los indicios, que la de posibilidades, y jamás se ha visto imponer a nadie una pena por la sola razón de que pudo hacer esto o aquello; al contrario, las posibilidades deben hacer y hacen más bien presumir la inocencia que el crimen.

«¿Quién resultaría inocente si se estableciera el principio de poderle declarar culpable sólo por conjeturas?

«Por muchas que éstas sean, nunca pueden llegar a constituir la evidencia, como por muchos que sean los cuerpos opacos que se reúnan, jamás podrán llegar a formar un cuerpo luminoso.

«Respecto de las calumnias del envenenamiento con un plato de crema y de mis malos tratos a la marquesa, las declaro tan completamente absurdas, que ni se han probado, ni se probarán, porque, no siendo ciertos, ¿cómo se podrán probar?

«Así estoy tranquilo y espero el fallo del Tribunal sin impaciencia alguna.»

Esto fué todo lo que el marqués ofreció en defensa de las acusaciones.

El Parlamento de Tolosa comprendió perfectamente que no se defendía de otro modo porque, siendo culpable, no encontraba más que ambigüedades para salir del atolladero, y por lo tanto quedó moralmente convencido de su culpabilidad.

Así, pues, condenó al abate y al cabañero de Ganges, como verdaderos reos del asesinato, a la pena de muerte; y al marqués de Ganges, a destierro perpetuo, degradación de nobleza y confiscación de bienes. De los que huyeron no se volvió a saber nada más.

¡¡EL MEJOR JUEZ: EL PÚBLICO!!

Así se comprende que todos los números que han salido de

FILMS SELECTOS

estén completamente agotados.

FILMS SELECTOS

Sale cada sábado **30** céntimos

Pida a su proveedor le deje examinar un ejemplar de FILMS SELECTOS, y juzgue usted mismo.

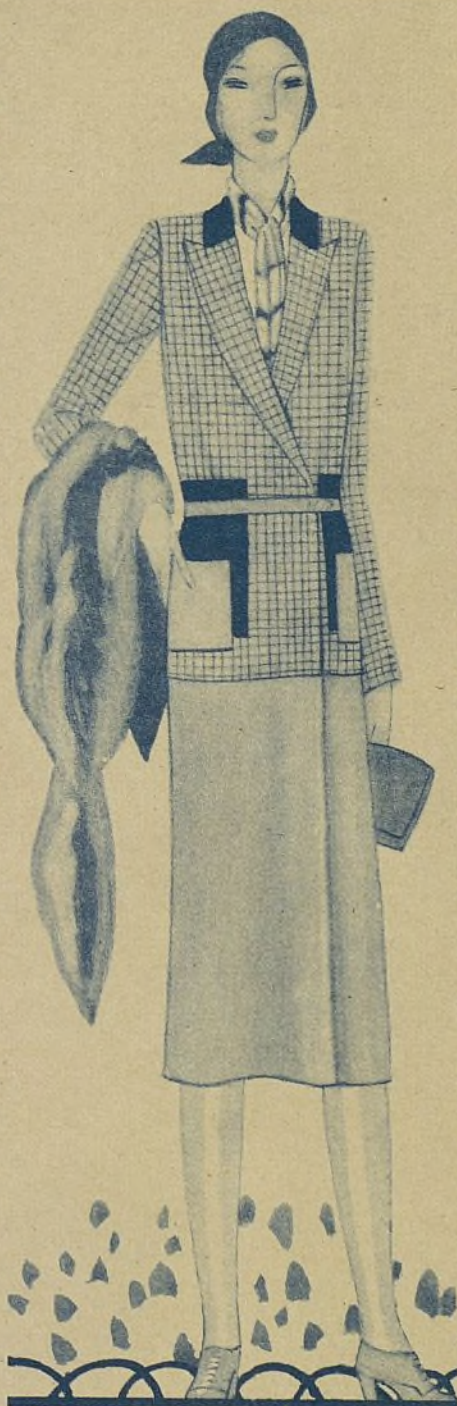
El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE PUBLICA
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR
Tomás Gutiérrez Larraya

Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR.—PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'40 pta.
Por un mes . . . 1'— pta.
Por un semestre. 6'— ptas.
Por un año . . . 12'— ptas.

Para suscripciones diríjase a
El Hogar y la Moda

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA :: MADRID ::

BEBIDAS CASERAS



Un
tomo
de
156
páginas
3
pesetas



POR LA
DOCTORA FANNY



Modos sencillos y prácticos de preparar en casa toda clase de bebidas:
Cocteles : Ponches : Jarabes : Bebidas para enfermos : Aguas minerales
Refrescos : Licores : Amargos : Cordiales : Vinos : Cervezas : Helados, etc.

J. S. S.



Un
tomo
de
156
páginas
3
pesetas



Otras obras de la Doctora Fanny publicadas en la misma colección

LA COCINA CASERA

Un tomo de 222 páginas, 2'50 ptas.

REPOSTERIA Y CONFITERIA :-: :-: CASERAS :-: :-:

Un tomo de 205 páginas, 2'50 ptas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
Calle de la Diputación, 211 - BARCELONA

EDITORES

LIBRERÍA "EL HOGAR Y LA MODA"
Calle de Valverde, 21, duplicado - MADRID